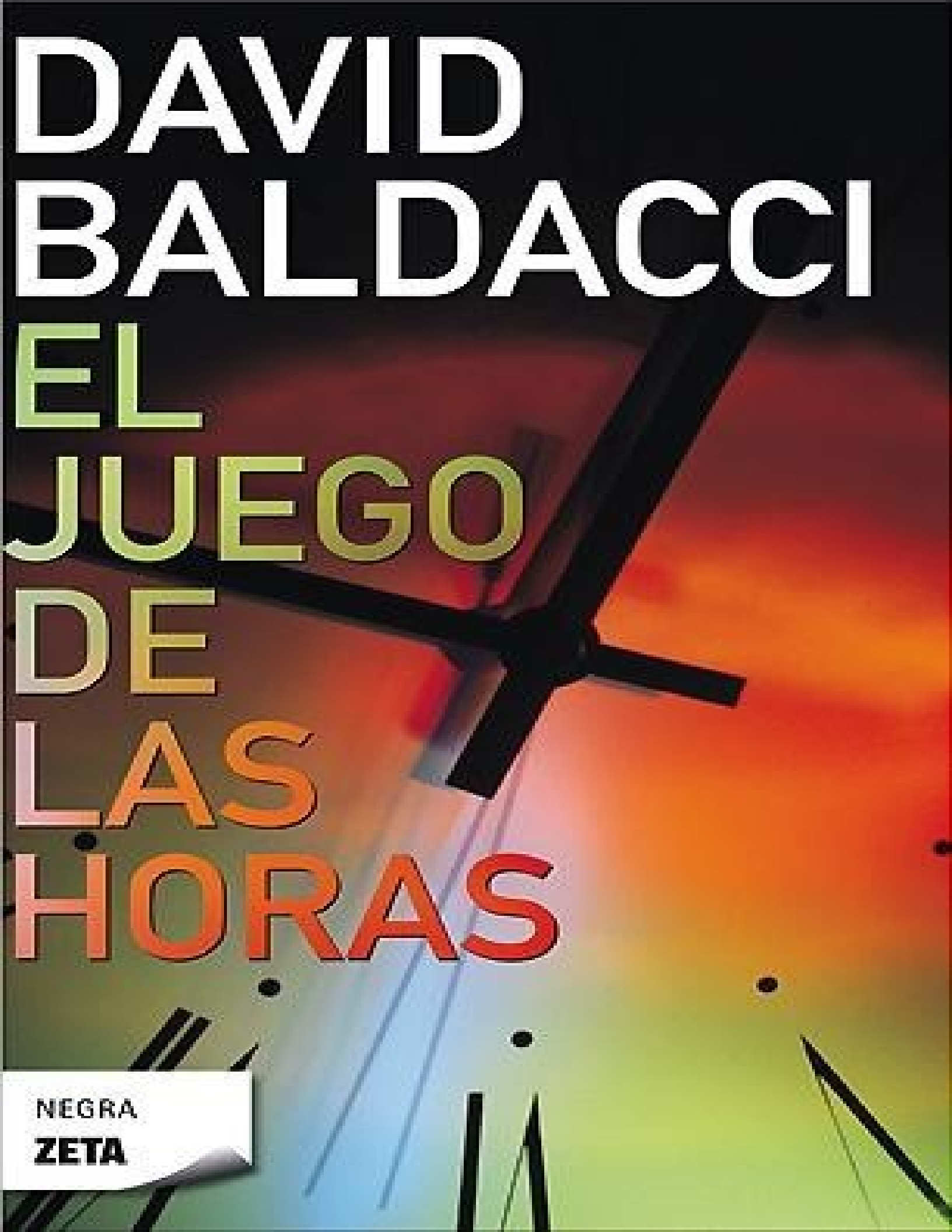
DAVID BALDACCI

EL JUEGO DE LAS HORAS



NEGRA

ZETA

El juego de las horas

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

OceanofPDF.com

David Baldacci
El juego de las horas

OceanofPDF.com

1

El hombre de la gabardina, sudoroso, avanzaba un tanto encorvado y respiraba con dificultad. El peso extra que cargaba, si bien no era excesivo, estaba mal distribuido y el terreno era irregular. Nunca ha sido fácil acarrear un cadáver por el bosque en plena noche. Se lo pasó al hombro izquierdo y avanzó trabajosamente. Las suelas de los zapatos no dejaban marcas distintivas; tampoco es que importara mucho, dado que la lluvia borraría de inmediato todo rastro de pisadas. Había consultado el parte meteorológico; estaba allí precisamente por la lluvia. El tiempo inclemente era su mejor aliado en tales circunstancias. Aparte de por el cadáver envuelto sobre el fornido hombro, el hombre destacaba porque llevaba una capucha negra con un símbolo esotérico bordado: un círculo con un retículo en cruz en el medio. Es probable que muchas personas mayores de cincuenta años lo hubiesen reconocido, ya que en otra época ese símbolo había infundido terror, pero las nuevas generaciones lo desconocían. No obstante, él sentía una satisfacción macabra por aquel simbolismo letal.

En diez minutos alcanzó el punto que había seleccionado cuidadosamente en una visita anterior. Dejó el cadáver con una veneración que no delataba su muerte violenta. Respiró hondo y contuvo el aliento mientras desataba el cable telefónico que sujetaba el fardo y desenvolvió el plástico. Dos días atrás era joven y atractiva pero ahora no resultaba agradable de mirar. El cabello rubio y suave se le apartó de la

piel verdusca y dejó al descubierto los ojos cerrados y las mejillas hinchadas. Si hubiera estado con los ojos abiertos quizás aún conservase la expresión de temor de la víctima que toma conciencia de su propia muerte, experiencia que se repetía aproximadamente unas treinta mil veces cada año en Estados Unidos.

Quitó todo el plástico y colocó el cuerpo boca arriba. Acto seguido exhaló un suspiro, contuvo las náuseas debido al hedor del cadáver y volvió a llenarse los pulmones de aire. Con una mano enguantada y la linterna buscó la pequeña rama ahorquillada que había dejado antes en una zarza cercana. La encontró y sostuvo con ella el antebrazo de la mujer apuntando al cielo. El rigor mortis, aunque iba desvaneciéndose rápidamente, le dificultó la tarea, pero él era fuerte y, haciendo palanca, logró situar la rígida extremidad en el ángulo correcto. Extrajo el reloj del bolsillo, lo iluminó con la linterna para comprobar que marcaba la hora correcta y se lo colocó a la mujer en la muñeca.

Aunque no era ni mucho menos un hombre religioso, se arrodilló ante el cadáver y murmuró una breve oración. La mujer se lo merecía, pensó.

–La culpa no fue tuya directamente, pero eras la única que tenía a mano. No has muerto en vano. Y creo que en realidad ahora estás mejor. – ¿Realmente se creía aquellas palabras? Quizá no. O tal vez no importara.

Observó el rostro de la difunta minuciosamente, como un entomólogo al contemplar un insecto especialmente fascinante. Era la primera persona a la que mataba. Lo había hecho con rapidez y, esperaba, sin causar dolor. En la noche neblinosa y opaca, la mujer parecía rodeada de un resplandor amarillento, como si ya se hubiera convertido en un espíritu.

Se apartó un poco y peinó la zona circundante, para asegurarse de que no había dejado ninguna pista. Sólo encontró un trocito de tela de la capucha enganchado en un arbusto cerca de donde yacía el cadáver. «Menudo descuido; no puedes permitírtelo.» Se lo guardó en el bolsillo. Dedicó unos minutos más a buscar cualquier otra cosa que pudiese inculparlo.

En el ámbito de la investigación criminal, esas pequeñas cosas «que sólo ve el forense» eran lo que acababa con uno. Una sola gota de sangre, semen o saliva, una huella

dactilar emborronada, un folículo piloso que pudiese dar una información sobre el ADN y la policía ya estaba leyéndote tus derechos mientras los fiscales se abalanzaban a tu alrededor. No obstante, incluso el ser perfectamente consciente de ello ofrecía poca protección. Todo criminal, por cuidadoso que fuera, dejaba material potencialmente inculpatorio en la escena del crimen. Por consiguiente, se había guardado de no mantener ningún contacto físico directo con la víctima, como si fuera un agente infeccioso capaz de transmitirle una enfermedad mortal. Ella constituía una plaga, igual que las que eran como ella. A su manera, mataban a miles. De hecho había salvado muchas vidas sacándola de la circulación.

Enrolló el plástico y se guardó el cable de teléfono en el bolsillo, volvió a echar un vistazo al reloj y luego regresó lentamente a su coche. El cadáver quedó solo, con el brazo levantado hacia el cielo lloroso. El reloj brillaba ligeramente en la oscuridad, una especie de faro amortiguado de la última morada de aquella mujer. No tardarían en descubrirla. Los cadáveres insepultos eran fáciles de encontrar, incluso en lugares tan aislados como aquél.

Mientras se alejaba en el coche recorrió con el dedo el símbolo de la capucha, trazando la señal de la cruz. El mismo símbolo del retículo en cruz aparecía en la esfera del reloj que le había colocado a la mujer en la muñeca. «Sin duda esto los mosqueará.» Respiró hondo, emocionado y asustado a la vez. Durante años había pensado que ese día nunca llegaría. Durante años no había sabido armarse de valor. Pero ahora que había dado el primer paso le embargaba una sensación de poder y liberación.

Puso la tercera y aceleró, los neumáticos se agarraban a la calzada resbaladiza y mantenían la estabilidad del coche mientras la oscuridad engullía las luces de su Volkswagen azul. Quería llegar a su destino lo antes posible.

Tenía que escribir una carta.

2

Michelle Maxwell reanudó la marcha. Había terminado la parte llana de su recorrido por las colinas de los alrededores de Wrightsburg, al suroeste de Charlottesville (Virginia); a partir de ese punto el terreno era mucho más empinado. Había sido remera olímpica antes de pasar nueve años en el servicio secreto. Por consiguiente, aquella mujer de casi uno ochenta de estatura estaba en perfecta forma física. Sin embargo, un sistema de altas presiones situado sobre la zona media del Atlántico hacía que ese día de primavera resultara inusitadamente húmedo, por lo que sus músculos y pulmones habían empezado a resentirse. Tras recorrer un cuarto del camino se había recogido la media melena negra en una coleta, pero algunos mechones rebeldes seguían molestándole en la cara.

Había dejado el servicio secreto para fundar una agencia de investigación privada en aquella pequeña ciudad de Virginia, asociándose con otro ex agente, Sean King. Éste había dejado el servicio secreto en circunstancias poco claras, pero se había convertido en abogado y forjado una nueva vida en Wrightsburg. No se habían conocido trabajando para el Tío Sam, sino a raíz de que el año anterior King se había visto involucrado en un caso de asesinatos en la localidad. Tras resolver el caso satisfactoriamente y obtener cierta fama gracias a ello, Michelle le propuso abrir la agencia y King aceptó a regañadientes. Gracias a la fama obtenida en el caso anterior y a sus buenas artes investigadoras, la agencia tuvo

éxito de inmediato. Sin embargo, actualmente estaban inmersos en un período de calma que Michelle agradecía. Ir de acampada o correr un maratón le satisfacía tanto como apresar a falsificadores o echarle el guante a un espía industrial.

El bosque estaba en silencio a excepción del rumor de las ramas provocado por la húmeda brisa. Sin embargo, el crujido repentino de unas ramas de árbol llamó la atención de Michelle. Le habían dicho que por esa zona a veces merodeaban osos negros; no obstante, si se encontraba un animal era más probable que fuese un ciervo, una ardilla o un zorro. No le dio mayor importancia, aunque le tranquilizaba el hecho de llevar su pistola junto a la riñonera. Como agente del servicio secreto nunca había ido a ningún sitio sin su arma, ni siquiera al lavabo. Nunca sabías cuándo podías necesitar la Sig de 9 mm y catorce balas.

Al cabo de unos instantes otro sonido la puso en guardia: alguien corriendo. En su época del servicio secreto había oído muchos tipos de pies que corrían. La mayoría eran inofensivos, pero otros revelaban un objetivo inquietante: sigilo, ataque o pánico. No estaba segura de cómo clasificar éstos: buenos, malos o torpes. Aminoró un poco el paso protegiéndose los ojos con la mano del sol que se filtraba por entre las copas de los árboles. Durante unos segundos el silencio fue total y luego volvió a oír los pies corriendo, más cerca. Bueno, no eran los pasos medidos de alguien haciendo *footing.* Había un toque de temor, de pánico, en las zancadas apresuradas e irregulares. A su izquierda, parecía, pero no estaba segura. Allí el sonido tendía a engañar.

–¡Hola! – gritó al tiempo que extraía la pistola.

No esperaba respuesta y no la recibió. Amartilló el arma pero dejó el seguro puesto. Igual que con unas tijeras, no era recomendable correr con un arma sin el seguro puesto. Seguía oyendo los sonidos; sin duda se trataba de pasos humanos. Miró hacia atrás; podía tratarse de una emboscada. Quizás actuaran en pareja, uno para llamar la atención mientras el otro se abalanzaba por la espalda. Bueno, si así era se arrepentirían de haberla elegido.

Se detuvo y localizó el sonido; provenía de su derecha, más allá del montículo que tenía justo delante. La respiración sonaba acelerada; el roce de las piernas y el aplastamiento de la maleza parecía frenético. En unos segundos quienquiera que fuera tendría que salvar el risco de tierra y roca.

Michelle quitó el seguro del arma y se apostó detrás de un grueso roble. Era de esperar que se tratara de otro deportista y que ni siquiera advirtiera su presencia. Por encima del montículo vio tierra y guijarros que salían disparados, lo cual anunciaba la llegada del causante de toda aquella conmoción. Michelle se preparó, aferró la pistola con ambas manos, dispuesta, en caso necesario, a disparar una bala entre las cejas de quien fuera.

Un joven apareció en lo alto del montículo, quedó suspendido en el aire unos instantes y rodó por la pendiente soltando un grito. Antes de que llegara abajo apareció otro joven, un poco mayor, pero se paró a tiempo y bajó deslizándose con el trasero.

Michelle podría haber pensado que estaban jugando de no ser por la expresión de terror que llevaban grabada en el rostro. El más joven sollozaba y tenía la cara surcada de lágrimas y tierra. El mayor lo ayudó a levantarse y echaron a correr; ambos tenían la cara enrojecida por la agitación.

Michelle enfundó la pistola, salió de detrás del árbol y levantó la mano.

–¡Chicos, deteneos!

Los jóvenes se asustaron aún más y echaron a correr en direcciones distintas. Ella intentó alcanzar a uno, pero se le escapó.

–¿Qué ocurre? – gritó-. ¡Quiero ayudaros!

Se planteó seguirlos haciendo un *sprint* pero, a pesar de haber sido atleta olímpica, no estaba segura de poder alcanzar a dos muchachos cuyos pies parecían propulsados a reacción por un susto tremendo. Se dio la vuelta y miró hacia lo alto del montículo. ¿Qué les había asustado tanto?

Mejor dicho, ¿quién les había asustado? Volvió a mirar en la dirección de los jóvenes que huían. Se giró y subió con cuidado

hacia donde habían aparecido los chicos. Podía utilizar el móvil para pedir ayuda, pero primero inspeccionaría el terreno. No quería llamar a la policía y que resultara que el motivo del susto era un oso.

En lo alto del montículo encontró el sendero por el que habían venido. Recorrió el caminito marcado de modo irregular por su huida frenética. Discurría a lo largo de unos treinta metros hasta un pequeño claro. Desde allí el sendero se difuminaba, pero entonces vio el trozo de tela colgado de la rama baja de un cornejo y se internó por allí. Al cabo de unos quince metros llegó a otro claro, mayor que el anterior, donde habían apagado una hoguera.

Se preguntó si los chicos habían acampado allí y les había asustado algún animal. No obstante, no llevaban material de acampada encima y en el claro no había nada. Además, la fogata no parecía tan reciente. «Aquí pasa algo.»

La dirección del viento cambió e hizo que el olor le inundase la nariz. Sintió náuseas. Había olido ese hedor inconfundible otras veces.

Era carne putrefacta. Carne humana.

Se tapó la boca y la nariz con su camiseta sin mangas, era preferible respirar el olor de su sudor antes que el hedor repugnante de un cadáver en descomposición. Recorrió el perímetro del claro. Lo encontró en los ciento veinte grados de su brújula mental. La mano sobresalía en el matorral que recorría el linde del claro, como si el cuerpo saludara, o se despidiera en este caso. Michelle advirtió que la piel verdusca del brazo se estaba desprendiendo. Se colocó rápidamente de espaldas al viento y respiró hondo.

Recorrió el cadáver con la mirada sin dejar de tener el arma preparada. Si bien el hedor del cadáver, el descoloramiento y el desprendimiento de la piel indicaban

que la mujer llevaba muerta algún tiempo, podían haberla dejado allí hacía poco y quizás el asesino estuviera cerca. Michelle no tenía ninguna gana de correr la misma suerte que aquella desdichada.

El sol hacía brillar algo en la muñeca de la mujer. Michelle

se acercó y vio que se trataba de un reloj. Miró la hora en el suyo: las dos y media. Se puso en cuclillas y llamó a la policía para informar de su hallazgo. Acto seguido llamó a Sean King.

–¿La reconoces? – preguntó él.

–No la reconocería ni su madre, Sean.

–Voy para allá. Entretanto ten cuidado. Quienquiera que lo haya hecho podría regresar para admirar su obra. Por cierto, Michelle…

–¿sí?

–¿No podrías correr en la cinta de algún gimnasio y no en el bosque?

Ella colgó, se colocó lo más lejos posible del cadáver sin perderlo de vista y se mantuvo alerta. El día agradable y la carrera en la que tantas endorfinas había liberado habían adoptado un tono sombrío.

Qué curioso que un asesinato tuviera ese efecto.

3

En el pequeño claro había una actividad considerable. La policía acordonó una zona amplia con cinta amarilla entrelazada entre los árboles. Dos funcionarios forenses buscaban pistas alrededor de la escena del crimen, analizando cosas que parecían demasiado pequeñas para resultar significativas. Otros se inclinaban sobre el cadáver de la mujer, mientras los demás rastreaban entre los árboles y sotobosque circundantes en busca de pistas así como de huellas del criminal. Un agente uniformado fotografió y grabó en vídeo toda la escena. Todos los policías

llevaban mascarilla para amortiguar el hedor y, no obstante, uno tras otro se turnaban para ir a vomitar al bosque.

Todo presentaba un aspecto muy eficiente y profesional, pero estaba claro que el malo les llevaba ventaja a los buenos. No encontraban absolutamente nada.

Michelle se mantenía a una distancia prudencial, observando. A su lado estaba Sean King, su socio en la agencia Investigaciones King Maxwell. King rondaba los cuarenta, medía ocho centímetros más que Michelle y llevaba el pelo corto y encanecido en las sienes. Era esbelto y ancho de hombros pero tenía las rodillas flojas y un hombro tocado, una bala se lo había desgarrado años atrás durante una redada como agente del servicio secreto. También había sido oficial de policía voluntario en Wrightsburg, pero al final había decidido abandonar los cuerpos de seguridad para el resto de sus días.

Sean King había sufrido varias tragedias a lo largo de su vida: un final vergonzoso de su carrera en el servicio secreto después de que un candidato al que debía proteger fuera asesinado delante de sus narices; un divorcio complicado y enconado; y más recientemente un complot para incriminarle en una serie de asesinatos perpetrados en la localidad que había sacado a relucir los detalles más dolorosos de sus últimos días como agente federal. Estos sucesos lo habían convertido en un hombre muy cauto, receloso de todos, por lo menos hasta que Michelle Maxwell irrumpió en su vida. Aunque su relación se había iniciado en un terreno muy resbaladizo, ahora era la única persona en la que confiaba a ciegas.

Michelle Maxwell había empezado con buen pie: terminó la carrera en tres años, ganó una medalla de plata olímpica en remo y se convirtió en agente de policía en su Tennessee natal antes de ingresar en el servicio secreto. Al igual que King, su salida de la agencia federal no había sido agradable: había perdido a un protegido por culpa de un ingenioso secuestro. Era la primera vez en su vida que

fracasaba en algo y ese desastre casi la había destruido. Cuando conoció a King, éste le había caído mal. Ahora, como socio, lo apreciaba por lo que era: la mejor mente investigadora con la que jamás había trabajado. Y su mejor amigo.

Sin embargo, eran completamente opuestos. Mientras que a Michelle le encantaba el subidón de adrenalina y llevar su cuerpo al límite con actividades físicas que sacaran el máximo rendimiento de su capacidad pulmonar y sus extremidades, King prefería pasar sus ratos de ocio buscando buenos vinos para su bodega, comprando obras de artistas locales, leyendo buenos libros, navegando y pescando en el lago a la orilla del cual estaba su casa. Era un hombre introspectivo por naturaleza, le gustaba analizar las cosas antes de actuar. Michelle tendía a moverse a la velocidad del rayo, cayera quien cayese. En cierto modo aquella asociación entre una supernova y un glaciar estable había sido fructífera.

–¿Han encontrado a los chicos? – le preguntó Michelle.

–Sí. Creo que estaban profundamente traumatizados.

–¿Sólo traumatizados? Probablemente necesiten terapia hasta su mayoría de edad.

Michelle ya había respondido a las preguntas de Todd Williams, el jefe de la policía local, a quien el pelo se le había encanecido desde el primer caso de King y Maxwell en Wrightsburg. Ahora iba y venía por la escena del crimen con una expresión resignada, como si fuera de esperar que se produjeran asesinatos y carnicerías en su pequeña jurisdicción.

Michelle observó a una pelirroja esbelta y atractiva de treinta y muchos años que, portando un maletín negro, se acercaba al cadáver para examinarlo.

–Es la forense suplente del condado -explicó King-. Sylvia Diaz.

–¿Diaz? Yo diría que se parece a Maureen O'Hara.

–Su marido era George Diaz, un afamado cirujano de esta zona. Murió atropellado por un coche hace varios años. Sylvia era profesora de patología forense en la Universidad de Virginia. Ahora ejerce a nivel privado.

–Y hace suplencias como médica forense. Una mujer muy ocupada. ¿Tiene hijos?

–No. Supongo que vive entregada a su trabajo -contestó King.

Michelle se llevó la mano a la nariz puesto que el viento había vuelto a cambiar y arrastraba el hedor del cadáver directamente hacia ellos.

–Menuda vida -dijo ella-. Dios mío, ni siquiera lleva mascarilla mientras yo estoy aquí y este pestazo casi me tumba.

Al cabo de veinte minutos Diaz se incorporó, habló con un oficial, se quitó los guantes y empezó a tomar fotos del cadáver y el área circundante. Una vez hubo acabado y cuando se disponía a marcharse, vio a King. Sonrió y se dirigió hacia ellos.

–¿Se te ha olvidado decirme que salisteis juntos? –susurró Michelle.

King la miró sorprendido.

–Salimos algunas veces hace tiempo. ¿Cómo lo sabes?

–Después de estar al lado de un cadáver no te sale esa sonrisa porque sí.

–Una observación muy astuta. Pero sé amable. Sylvia es una gran mujer.

–No me cabe la menor duda, pero ahórrame los detalles, Sean.

–Descuida, nunca los escucharás mientras quede algo de aliento en mi cuerpo.

–Ya. Te estás comportando como el típico caballero virginiano.

–Es que no quiero que me critiquen.

Sylvia Diaz le dio un abrazo a King que, según Michelle, iba más allá de la condición de viejos «amigos». A continuación él presentó a las dos mujeres.

La forense observó a Michelle de un modo que a ésta le pareció hostil.

–Hace tiempo que no te veo, Sean -dijo Sylvia volviéndose hacia él.

–Tuvimos una avalancha de trabajo, pero ahora la cosa se ha tranquilizado.

–Bien -intervino Michelle-, ¿sabemos ya la causa de la muerte?

–No es un tema que pueda hablar con vosotros -respondió Sylvia.

–Lo pregunto -dijo Michelle con fingida inocencia- porque resulta que fui una de las primeras en descubrir el cadáver. Supongo que no lo sabrás a ciencia cierta hasta que practiques la autopsia.

–Harás la autopsia, ¿verdad? – preguntó King.

–Sí, aunque antes los casos de muertes sospechosas se enviaban a Roanoke.

–¿Ahora ya no? – inquirió Michelle.

–Había cuatro centros autorizados para practicar autopsias en el Estado: Fairfax, Richmond, Tidewater y Roanoke. Sin embargo, gracias a la generosidad de John Poindexter, un hombre muy rico que también fue presidente de la Asamblea Legislativa del Estado, ahora contamos con un centro forense autorizado.

–Un depósito de cadáveres, menuda donación -comentó Michelle.

–Hace años asesinaron aquí a la hija de Poindexter. Wrightsburg se encuentra justo en la línea jurisdiccional entre la oficina del forense de Richmond y la oficina de Roanoke. Por eso hubo controversia sobre dónde se practicaría la autopsia. Al final ganó Roanoke, pero durante el traslado del cadáver el vehículo tuvo un accidente y se perdieron o estropearon pruebas de vital importancia. Por

consiguiente, nunca encontraron al asesino de la joven y, como podéis imaginar, su padre no quedó demasiado contento. Al morir dejó dinero en su testamento para construir un centro de vanguardia. – Sylvia lanzó una mirada al cadáver por encima del hombro-. Pero incluso con un centro de vanguardia, descubrir la causa de esta muerte resultará peliagudo.

–¿Cuánto tiempo lleva muerta? – preguntó King.

–Averiguarlo depende de factores individuales, medioambientales y del grado de descomposición. Con alguien muerto hace tanto tiempo, la autopsia puede darnos una idea aproximada, pero nada más.

–Veo que le han mordido algunos dedos -dijo King.

–Animales, seguro -repuso Sylvia-, pero de todos modos debería haber más indicios de la agresión. Estamos intentando conseguir algún tipo de identificación.

–¿Qué crees que significa la mano puesta de ese modo? – preguntó King.

–Me temo que eso tienen que decirlo los investigadores. Yo me limito a decirles cómo murió la víctima y durante la autopsia analizar elementos que puedan resultar útiles. Ya jugué a Sherlock Holmes cuando empecé en esto, pero enseguida me pusieron en mi lugar.

–No tiene nada de malo utilizar tu conocimiento especializado para ayudar a resolver un crimen -comentó Michelle.

–Eso sería lo más lógico, sí. – Hizo una pausa antes de añadir-: Puedo deciros que el brazo está apuntalado por el palo y que se hizo a propósito, pero no se me ocurre nada

más. – Se volvió hacia King-. Me alegro de verte, aunque haya sido en estas circunstancias. – Le tendió la mano a Michelle, quien se la estrechó.

Mientras la mujer se alejaba, Michelle dijo:

–Así pues, salisteis juntos.

–Sí. Hace más de un año que lo dejamos.

–Pues me parece que ella no se ha enterado.

–Muy perspicaz. A lo mejor hasta sabes leerme la mano. ¿Podemos marcharnos? ¿O quieres acabar tu *footing}*

–Ya he tenido suficiente estímulo por hoy.

Cuando pasaron cerca del cadáver, King observó la mano, que seguía apuntando al cielo. Arrugó el entrecejo.

–¿Qué ocurre? – preguntó Michelle.

–El reloj.

Ella le echó un vistazo y comprobó que marcaba la una en punto, y no parecía estar funcionando.

–¿Qué le pasa?

–Michelle, es un reloj Zodiac.

–¿Zodiac?

–Algo me dice que volveremos a tener noticias de este asesino.

5

Hacía tiempo que aquel risco aislado que daba a uno de los muchos canales del lago Cardinal, de cincuenta kilómetros de largo, era uno de los puntos de reunión preferidos de los adolescentes de Wrightsburg para llevar a cabo diversas actividades que no serían del agrado de sus padres. Aquella noche oscura, lluviosa y con un viento que sacudía las ramas, sólo había un coche estacionado en la zona pero, de todos modos, sus ocupantes estaban en plena faena.

La chica ya estaba desnuda; el vestido y la ropa interior se encontraban, perfectamente doblados, en el asiento trasero, al lado de los zapatos. El joven estaba intentando quitarse la camiseta por la cabeza mientras la chica le desabrochaba los pantalones; era difícil en aquel reducido espacio. La camiseta por fin salió, a la vez que los pantalones y los calzoncillos que le bajó la anhelante joven, cuya principal virtud no era precisamente la paciencia.

Él se deslizó hacia la parte media del asiento delantero tras ponerse un condón, y ella se le sentó a horcajadas, de cara a él. Los cristales del coche se habían empañado. Él

miró el parabrisas más allá del hombro de ella, aceleró la respiración y entrecerró los ojos. Era su primera vez pero su compañera parecía bastante experimentada. Él llevaba dos años soñando con aquel momento y sus hormonas habían alcanzado niveles de absoluta agonía. Sonrió mientras ella gemía y se estremecía encima de él.

Entonces abrió los ojos y dejó de sonreír.

Una silueta encapuchada le devolvía la mirada desde el otro lado del parabrisas. A través de la condensación que cubría el cristal vio la boca del cañón de una escopeta. Intentó quitarse a la chica de encima, con la idea instintiva de poner el coche en marcha y largarse de allí. No lo consiguió. El cristal implosionó y el impacto de la perdigonada en la espalda de la chica la arrojó contra él, protegiéndolo involuntariamente. De todos modos, el choque le rompió la nariz y estuvo a punto de dejarle sin sentido. Empapado de la sangre de ella pero sin tener ninguna herida grave, se apretó el cadáver contra el pecho como si fuera un escudo capaz de protegerle de aquel psicópata. Quería gritar pero no podía. Apartó a la chica para alcanzar el asiento del conductor con movimientos torpes y aturdidos. ¿Le había disparado? No lo sabía porque estaba conmocionado, atemorizado como nunca antes en su vida.

Giró la llave en el contacto cuando la portezuela de su lado se abrió y se encontró de nuevo con aquella capucha negra. Impotente, vio cómo la boca de la escopeta se deslizaba hacia él como una serpiente mortífera. El chico empezó a suplicar y llorar mientras la sangre le manaba por la nariz rota. Retrocedió hasta chocar contra el cadáver de la chica.

–¡Por favor! – rogó-. ¡No, Dios mío, no!

Los nueve perdigones le alcanzaron en la cabeza con la fuerza de un martillo gigantesco y cayó contra la joven muerta, a la cual no se le notaba nada por delante, pero tenía la espalda destrozada. Viéndola allí tumbada de

espaldas no se sabía qué la había matado. El caso de su novio era más obvio puesto que se había quedado sin cara.

El asesino dejó la escopeta contra el coche y alargó la mano. Colocó un reloj en la muñeca del chico y apoyó el brazo en el salpicadero. Luego palpó el reloj que llevaba la chica. A continuación le quitó el anillo barato de amatista y se lo guardó en un bolsillo. Al joven le arrancó una medalla de San Cristóbal que llevaba colgada del cuello y también se la metió en el bolsillo.

–Lo siento -le dijo al chico-, no eras culpable directo pero sí parte del pecado original. No has muerto en vano. Has reparado un daño que requería ser subsanado. Consuélate con eso.

No se molestó en decirle nada a la chica. Extrajo un objeto del bolsillo y lo dejó en el suelo del coche, cerró la puerta y se largó. Cuando la lluvia entró por el parabrisas hecho añicos, los dos jóvenes desnudos parecían estar aferrados el uno al otro. En el suelo yacía el objeto que el asesino había dejado.

Un collar de perro.

6

El jefe Williams se pasó por la agencia de King *c* Maxwell, situada en un edificio de dos plantas de obra vista en pleno centro de la pequeña pero elegante ciudad de Wrightsburg. Anteriormente esa oficina había alojado el bufete de abogados de King.

El jefe se sentó y puso la gorra encima de las rodillas. Con los ojos hinchados y los rasgos tensos informó a King y Michelle del truculento doble homicidio.

–Dejé la policía de Norfolk para no tener que enfrentarme a esta clase de pesadilla -se lamentó luego-. Mi ex mujer insistió en que nos mudáramos aquí para vivir tranquilos. ¡Maldita sea, qué equivocada estaba! ¡No me extraña que nos divorciásemos!

King le dio una taza de café y luego se sentó frente a él. Michelle lo hizo en el brazo del sofá de cuero.

–Esperad a que los periódicos se enteren de esto -prosiguió el jefe-. Y pobre Sylvia. Acababa de terminar la autopsia de aquella mujer y le cayeron dos más.

–¿Quiénes eran? – preguntó King.

–Estudiantes del instituto de Wrightsburg. Steve Canney y Janice Pembroke. A ella le dispararon por la espalda; él se llevó todo el impacto en la cara. Perdigones. Abrir la puerta de ese coche me ha costado el desayuno. Tendré pesadillas durante meses.

–¿Testigos?

–No que sepamos. Fue una noche lluviosa. Las únicas rodadas eran las de sus neumáticos.

–Cierto, estaba lloviendo -dijo Michelle-. Si no había más señales de neumáticos, el asesino debió de llegar al coche andando. ¿No encontrasteis huellas?

–El terreno estaba empapado. Había un dedo de agua sanguinolenta en el suelo del coche. Steve Canney era uno de los chicos más queridos del instituto, una estrella del rugby, ya sabes.

–¿Y la chica? – preguntó Michelle.

Williams vaciló.

–Janice Pembroke tenía cierta fama entre los chicos…

–¿De chica fácil? – sugirió King.

–Sí, eso.

–¿Se llevaron algo? ¿Podría tratarse de un robo?

–No es probable, aunque faltaban dos cosas: un anillo barato que Pembroke solía llevar y la medalla de san Cristóbal de Canney. No sabemos si el asesino se las llevó.

–Has dicho que Sylvia ha acabado las autopsias. Supongo que estabas presente.

Williams hizo una mueca.

–Tuve una pequeña indisposición en mitad de la autopsia de la mujer y del bosque hube de marcharme. Espero el informe de Sylvia-añadió-. No dispongo de ningún

especialista en homicidios, por lo que he pensado que no sería mala idea pediros que os estrujéis un poco el cerebro.

–¿Alguna pista? – preguntó Michelle.

–No del primer asesinato. Y todavía no la hemos identificado, estamos cotejando sus huellas dactilares. También hemos hecho un retrato robot por ordenador y lo hemos distribuido.

–¿Algún motivo para creer que los asesinatos están relacionados? – inquirió Michelle.

Williams negó con la cabeza.

–Tal vez Pembroke y Canney estuvieran implicados en algún triángulo amoroso. Hoy en día la juventud se mata por nada y ni se inmuta. Es por culpa de toda esa violencia que ven por la tele.

King y Michelle cambiaron una mirada.

–En el primer asesinato el homicida o bien atrajo a la mujer al bosque o la obligó a acompañarle -dijo King-. O la mató en otro sitio y luego la llevó al bosque.

Michelle asintió y observó:

–Si es la última opción, entonces se trata de un hombre fornido. En cuanto a los adolescentes, quizá les siguió hasta allí o les esperaba en el risco.

–Bueno, esa zona es muy conocida como picadero, si es que lo siguen llamando así-dijo Williams-. Ambos estaban desnudos. Por eso pienso que quizá se trata de algún chico al que Pembroke dio calabazas o un tipo que tuviera celos de Canney. La mujer del bosque será más difícil de identificar. Por eso necesito vuestra ayuda.

King reflexionó unos momentos y luego dijo:

–El reloj del primer asesinato, ¿te fijaste en él, Todd?

–Parecía un poco grande para mujer -dijo el jefe.

–Sylvia dijo que se lo habían puesto a propósito en la muñeca del brazo levantado.

–No puede saberlo a ciencia cierta.

–El reloj marcaba la una en punto -añadió King.

–Sí, pero es que se había parado o la ruedecita de la cuerda estaba hacia fuera.

King miró a Michelle y luego preguntó:

–¿Te fijaste en la marca del reloj?

–¿La marca del reloj? – repitió Williams, sin entender.

–Era un Zodiac: la esfera con retículo en cruz.

El jefe casi escupió el café.

–¡Zodiac! – exclamó, cayendo en la cuenta.

King asintió.

–Y era un reloj de hombre. Creo que el asesino se lo puso a la mujer.

–Zodiac -repitió Williams-. ¿Me estás diciendo que…?

–El asesino en serie Zodiac original actuó entre 1968 y 1969 en la zona de la bahía de San Francisco -explicó King-. Creo que ya debe de estar entradito en años, pero hubo por lo menos dos asesinos inspirados en él, uno en Nueva York y otro en Kobe, Japón. El Zodiac original llevaba una capucha negra de verdugo estampada con un retículo blanco en cruz, el mismo símbolo de los relojes Zodiac. Si no recuerdo mal, también dejó un reloj en su última víctima, un taxista, aunque no era un Zodiac. Sin embargo, el hombre del que se sospechaba que era el Zodiac original tenía un reloj Zodiac. Creen que de ahí le vino la idea del logo con el retículo blanco en un círculo que fue el origen de su apodo. El caso nunca se resolvió.

Williams se removió en la silla con expresión preocupada.

–Todo eso son especulaciones por tu parte -dijo-. Creo que estás yendo demasiado lejos.

Michelle miró a su socio.

–Sean, ¿de verdad piensas que se trata de un imitador? – le preguntó.

Él se encogió de hombros.

–Si dos personas imitaron al original, ¿por qué no puede haber una tercera? El Zodiac de San Francisco escribía en clave a los periódicos, pero al final se descifró y se supo que

actuaba motivado por un relato titulado *El juego más peligroso,* una historia sobre la caza del hombre.

–¿Un juego sobre la caza del hombre? – preguntó Michelle lentamente.

–¿Alguno de los cadáveres del coche llevaba reloj? – inquirió King.

Williams frunció el entrecejo.

–He dicho que son asesinatos sin relación alguna. Se cometieron con una escopeta *y,* pese a que todavía no sé cómo murió la mujer del bosque, está claro que no fueron perdigones.

–Pero ¿qué me dices de los relojes?

–Bueno, los jóvenes llevaban reloj. ¿Y qué? ¿Acaso es un crimen?

–¿Te fijaste si eran Zodiac?

–No, no me fijé. Pero tampoco lo hice con la mujer del bosque. – Se paró a pensar-. Aunque el brazo de Canney parecía apoyado en el salpicadero.

–¿Quieres decir colocado así a propósito?

–Puede ser -respondió Williams con cautela-. Pero la perdigonada le alcanzó en la cara. No me extraña que lo echara para atrás.

–¿Los dos relojes funcionaban?

–No.

–¿Qué hora marcaba el de Pembroke?

–Las dos.

–¿En punto?

–Creo que sí.

–¿Y el de Canney?

Williams extrajo su libreta y pasó unas hojas.

–Las tres -respondió nervioso.

–¿Algún perdigón alcanzó el reloj?

–No estoy seguro -repuso Williams-. Sylvia podrá decirlo.

–¿Y el de la chica?

–Parece que un trozo del parabrisas lo alcanzó.

–De todos modos, el de ella marcaba las dos y el de él las tres -dijo Michelle-. Si el reloj de la chica se paró a las dos a causa de la ráfaga de la escopeta, ¿cómo es que el del chico se paró a las tres sin que lo alcanzara nada?

Williams siguió mostrándose escéptico.

–Mirad, aparte del asunto de los relojes, que tampoco es tan convincente, no veo ninguna relación.

Michelle negó con la cabeza y dijo:

–El primer asesinato fue el número uno, Jennifer Pembroke fue el número dos y Steve Canney el número tres. No suena a una coincidencia.

–Es imprescindible que compruebes si los relojes de los chicos eran Zodiac -lo apremió King.

Williams hizo unas llamadas con el móvil y después, con expresión confundida, anunció:

–El reloj de la chica era de ella, un Casio. Su madre lo lia confirmado. Pero el padre de Canney ha dicho que su hijo no llevaba reloj. He hablado con uno de mis ayudantes. El reloj que había en su muñeca era un Timex.

King arrugó el entrecejo.

–Así pues, ningún reloj Zodiac, pero es probable que el asesino le pusiera a Canney el que llevaba, al igual que es posible que sucediera con el primer asesinato. Si no recuerdo mal, el Zodiac original también cometió un asesinato en un picadero. La mayoría o todos los perpetró cerca de cursos de agua o lugares con nombres relacionados con el agua.

–El risco en el que Canney y Pembroke murieron daba al lago Cardinal -observó Williams.

–Y la primera víctima no estaba demasiado lejos del lago -añadió Michelle-. Tras una colina cercana hay una cala.

–Yo de ti, Todd -dijo King-, empezaría a investigar la relación con el reloj Zodiac. El asesino tuvo que sacarlo de algún sitio.

Williams se miró las manos con ceño.

–¿Qué ocurre? – preguntó Michelle.

–Había un collar de perro en el suelo del coche de Canney. Supusimos que pertenecía al chico, pero su padre acaba de decirme que no tienen perro.

–¿Podría ser de la chica? – preguntó King, y Williams negó con la cabeza.

Estaban allí sentados en el despacho, dándole vueltas al asunto, cuando sonó el teléfono de la oficina. King fue a responder y luego regresó con expresión satisfecha.

–Era Harry Carrick, ex magistrado del Tribunal Supremo del Estado y actualmente abogado por cuenta propia. Tiene un cliente acusado de cosas serias y quiere nuestra ayuda. No ha especificado quién o qué.

Williams se levantó y carraspeó.

–Podría ser Júnior Deaver -dijo.

–¿Júnior Deaver? – preguntó King.

–Sí. Hizo algunos trabajillos para los Battle. Está fuera de mi jurisdicción. Ahora mismo se encuentra en la cárcel del condado.

–¿Qué hizo? – preguntó King.

–Eso tendrás que preguntárselo a Harry. – Se dirigió a la puerta-. Voy a llamar a la policía estatal. Ellos tienen agentes especializados en homicidios.

–Quizá deberías llamar también al FBI -sugirió Michelle-. Si se trata de un asesino en serie los del VICAP pueden hacer un perfil -añadió, refiriéndose al Programa de Detención de Criminales Violentos.

–Nunca pensé que tendría que cumplimentar un formulario para el VICAP aquí en Wrightsburg.

–Han simplificado mucho el papeleo -añadió ella amablemente.

En cuanto el jefe se marchó, Michelle dijo:

–Lo siento por él.

–Haremos lo posible por ayudar.

Ella se reclinó en el asiento.

–¿Quiénes son Júnior Deaver y los Battle? – preguntó.

–Júnior es un buen chico que ha vivido aquí toda la vida. Yendo por el mal camino, claro. Los Battle son otra historia. Son la familia más rica, con diferencia, de por aquí. Y encarnan todo lo que se puede esperar de una buena familia sureña.

–¿Qué significa eso exactamente?

–Pues que son, bueno, encantadores, estrafalarios… un poco excéntricos, ya sabes.

–Quieres decir chalados.

–Pues… -King meneó la cabeza.

–Todas las familias están un poco locas -dijo Michelle-. Sólo que a algunas se les nota más que a otras.

–Entonces apuesto a que los Battle son los primeros de la lista.

7

Harry Lee Carrick vivía en una finca situada en el extremo oriental de Wrightsburg. Mientras se dirigían hacia allí, King puso al corriente a Michelle de la historia del magistrado reconvertido en abogado.

–Era abogado aquí hace años. Después se fue a los tribunales del distrito y pasó las dos últimas décadas en el Supremo. De hecho, él fue quien me tomó juramento para ingresar en el Colegio de Abogados de Virginia. Su familia reside en Virginia desde hace trescientos años. Ya sabes, los famosos Lee. Tiene más de setenta años pero se conserva muy bien. Cuando dejó el Supremo se instaló aquí, en la finca familiar.

–Me dijiste que Júnior había ido por el mal camino.

–Digamos que a veces ha pisado el otro lado de la línea. Pero, que yo sepa, hace mucho tiempo que no se mete en problemas.

–Hasta ahora, al parecer.

Cruzaron una verja de hierro forjado blasonada con la letra C.

Michelle recorrió los extensos jardines con la mirada.

–Bonito lugar.

–A Harry no le ha ido mal y su familia tenía dinero.

–¿Está casado?

–Su esposa murió cuando era joven. Nunca volvió a casarse y no tiene hijos. De hecho es el último Carrick.

Atisbaron una mansión de obra vista con columnas blan

cas enclavada entre árboles añejos. No obstante, King se desvió y condujo por un estrecho camino de gravilla antes de detenerse delante de una pequeña casa de madera pintada de blanco.

–¿Qué es esto? – preguntó Michelle.

–El lujoso bufete del excelentísimo Harry Lee Carrick.

Llamaron a la puerta.

–Adelante -les respondió una voz agradable.

El hombre se levantó de detrás de un escritorio con la mano tendida. Harry medía uno setenta y cinco y era esbelto, tenía el cabello plateado y expresión rubicunda. Vestía pantalones grises, chaqueta azul, camisa blanca de botones y corbata a rayas roja y blanca. Sus ojos eran de un tono más cercano al bígaro que al azul, pensó Michelle, y también agradablemente picaruelos. Sus pobladas cejas eran del mismo color que el pelo. Les estrechó la mano con firmeza y su melodioso acento sureño les envolvió tan suavemente como una copita de licor degustada en un cómodo sillón. Poseía la energía y los modales de un hombre veinte años más joven, lis decir, era la versión hollywoodiense del aspecto que debería tener un juez.

–Me preguntaba cuándo te iba a traer Sean -le dijo a Michelle-. Por lo que me he visto obligado a tomar cartas en el asunto, ya lo veis.

Les indicó unos sillones situados en una esquina de la estancia, junto a una pared revestida de librerías macizas. Todo el mobiliario parecía antiguo y curtido. El humo de un puro flotaba como cúmulos en miniatura y Michelle se fijó en una vieja máquina de escribir Remington situada en una

mesa auxiliar, aunque también había un PC y una impresora láser junto al hermoso escritorio de madera tallada.

–Al final me he rendido a la eficacia de la vida moderna -afirmó al percatarse de la mirada de ella-. Me resistí a los ordenadores hasta el último momento y luego los abracé calurosamente. Me reservo la Remington para la correspondencia con ciertos amigos de edad avanzada para quienes sería una i›i ensa recibir una misiva en algo que no sea buen papel de car

ta con membrete y enaltecido por las teclas de una máquina de escribir como dios manda, o por mi caligrafía que por desgracia cada vez resulta más ilegible. Hacerse viejo es muy poco alentador, hasta que se piensa en la alternativa. Yo siempre recomiendo conservarse joven y guapa como tú, Michelle.

Ella sonrió. Harry era todo un caballero, y un encanto.

Insistió en preparar el té y lo sirvió en unas tazas de porcelana delicadamente envejecidas con platitos a juego. Luego, se sentó.

–Júnior Deaver… -empezó King.

–Y los Battle -concluyó Harry.

–No parecen cuajar -comentó Michelle.

–Desde luego que no -convino Harry-. Bobby Battle era brillante y duro como él solo. Hizo fortuna con mucho sudor e inteligencia. Su mujer Remmy es toda una dama. Y también es de hierro. No me extraña, dado que está casada con Bobby.

Michelle lo miró con curiosidad.

–Has dicho «era». ¿Bobby ha muerto?

–No, pero hace poco sufrió un derrame cerebral grave, no mucho antes del incidente del que se acusa a Júnior. Todavía no se sabe hasta qué punto se recuperará.

–¿No hay nadie más en la familia, sólo Bobby y Remmy? – preguntó Michelle.

–No; tienen un hijo. Edward Lee Battle, Eddie, de unos cuarenta años. El nombre completo de Bobby es Robert E.

Lee Battle. No somos parientes. Lee es un nombre de pila bastante habitual en esta zona, como seguro sabéis. Hubo otro hijo, Bobby Jr., el gemelo de Eddie. Murió de cáncer en la adolescencia.

–También está Dorothea, la esposa de Eddie. Y la hermana pequeña de Eddie, Savannah -añadió King-. Creo que hace poco ha terminado sus estudios universitarios.

–¿Dices que Eddie tiene unos cuarenta años y que Savannah acaba de licenciarse? – preguntó Michelle.

–Bueno, Savannah fue una especie de sorpresa. Remmy tenía más de cuarenta años cuando se quedó embarazada.

Por irónico que parezca, Remmy y Bobby estuvieron separados una temporada antes del nacimiento de Savannah y parecían abocados al divorcio.

–¿Qué problema tenían? – preguntó King.

–Remmy lo pilló con una prostituta. No era la primera vez; Bobby sentía debilidad por esa clase de mujeres. Por entonces todo aquello se silenciaba. Creí que sería la gota que colmaría el vaso pero se reconciliaron.

–Un bebé todo lo puede -dijo King.

–¿Viven todos juntos? – preguntó Michelle.

Harry negó con la cabeza.

–Bobby, Remmy y Savannah viven en la mansión. Eddie y Dorothea viven al lado, en lo que eran las cocheras de la finca, pero que ahora es una casa aparte. He oído rumores de que Savannah quizá se marche.

–Me imagino que habrá cobrado parte de su fondo fiduciario al acabar la universidad -dijo King.

–Probablemente lo estuviera esperando con muchas ganas -dijo Harry.

–¿Debo entender que no se lleva bien con sus padres? – preguntó Michelle.

–Digamos que Bobby fue un padre ausente y que ella y su madre son dos mujeres fuertes e independientes, lo cual significa que no se ponen de acuerdo fácilmente.

–¿A qué se dedican Eddie y Dorothea? – inquirió Michelle.

–Eddie es pintor, y un gran recreador de la guerra de Secesión. Dorothea tiene una inmobiliaria y le va bastante bien. – Harry dirigió una sonrisa maliciosa a Michelle-. Quienes forman parte del círculo social de los Battle cambian de pareja como de camisa y, por lo tanto, suelen buscar casas nuevas y más lujosas. Aunque sea bueno para el bolsillo de Dorothea, a la pobre debe de costarle recordar quién está con quién según el día.

–Se parece un poco a Peyton Place -dijo Michelle.

–Oh, hace años que superamos a Peyton Place -repuso Harry con una sonrisa.

–Y así llegamos a Júnior -apuntó King.

Harry dejó la taza de té y buscó una carpeta en el escritorio.

–Júnior estaba haciendo una obra para los Battle. En el vestidor del dormitorio de Remmy, para ser exactos. Es bueno, también me ha hecho algún trabajillo, y a mucha gente de la zona.

–¿Y el delito del que se le acusa? – inquirió King.

–Robo. En el vestidor de Remmy había un cajón secreto donde ésta guardaba joyas, dinero y otros objetos de valor. Lo forzaron y lo vaciaron. Y también desaparecieron cosas en el vestidor de Bobby. Por valor de unos doscientos mil dólares, creo, entre ellas, por desgracia, el anillo de boda de Remmy -explicó Harry. Mientras repasaba el expediente añadió-: El infierno no conoce furia como la de una mujer despojada de su alianza nupcial.

–¿Y sospechan de Júnior porque estaba trabajando allí? – preguntó Michelle.

–Bueno, ciertas pruebas parecen relacionarlo con el delito.

–¿Como qué? – preguntó King.

Harry fue enumerando con los dedos.

–El ladrón accedió a la casa por una ventana del segundo piso. La ventana estaba forzada y tenía la marca de una herramienta, así como un trocito de metal de la misma, que

coincide con una palanca de Júnior. El también tiene una escalera con la que llegaría a esa ventana. Además, encontraron fragmentos de cristal en el dobladillo de uno de sus pantalones. No pueden encajarlos en la ventana de los Battle, pero es un cristal similar, un cristal tintado.

–Dices que forzó la ventana -intervino King-. ¿De dónde salieron los cristales?

–Una parte de la ventana se rompió al ser forzada. Supongo que la teoría es que los cristales se le adhirieron al saltar por la abertura. Luego están las pisadas del suelo de madera noble en el dormitorio de Remmy. Coinciden con unas botas de Júnior. En el suelo del vestidor también encontraron restos de polvo

de yeso, cemento, serrín, el tipo de cosas que es normal que Júnior tenga en sus suelas, dado su oficio. Además había tierra que coincide con la del terreno de la casa de Júnior. Encontraron pruebas similares en el dormitorio y vestidor de Bobby.

–¿ O sea que duermen en habitaciones separadas? – preguntó Michelle.

Harry enarcó una ceja.

–Información de la cual Remmy preferiría que nadie se enterase.

–De acuerdo, todo eso es comprometedor pero circunstancial -dijo King.

–Bueno, hay otra prueba. O debería decir dos pruebas. La huella de un guante y una huella dactilar de Júnior.

–¿De un guante? – inquirió Michelle.

–Un guante de piel fina -respondió Harry-, y esos tienen las arrugas perfectamente marcadas, como si fueran una huella dactilar, o eso me han dicho.

–Pero si llevaba guantes, ¿cómo encontraron una huella dactilar? – inquirió King.

–Se supone que tenía un agujero en un dedo. Y Júnior tiene un guante así.

King lo miró con ceño y preguntó:

–¿Cuál es la versión de Júnior?

–Se declara inocente. Dice que estuvo trabajando solo hasta la madrugada en la casa que está construyendo para él y su familia en el condado de Albermarle. Pero no vio a nadie y nadie le vio. O sea que no tiene coartada.

–¿Cuándo se descubrió el robo? – preguntó King.

–A eso de las cinco de la mañana, cuando Remmy regresó a casa del hospital. Estuvo en su dormitorio alrededor de las ocho la noche anterior y hubo gente en la casa hasta las once más o menos. Así que el robo se produjo entre, digamos, la medianoche y las cuatro de la madrugada.

–Durante las horas en que Júnior dice que estuvo trabajando solo en esa casa.

–Y no obstante -intervino Michelle- crees que es inocente, ¿verdad?

Harry la miró.

–He defendido a gente culpable con anterioridad, es algo inherente a esta profesión. Como juez, he visto al culpable quedar en libertad y al inocente encarcelado, y normalmente no he podido evitarlo. En el caso de Júnior estoy convencido de que es inocente por un motivo muy sencillo: él no sabría qué hacer con doscientos mil dólares en metálico, títulos al portador y joyas; es como si yo intentara ganar una medalla olímpica de plata en las pruebas femeninas de remo de cuatro con timonel.

Michelle se sorprendió porque precisamente era lo que ella había conseguido cuando estudiaba en la universidad.

–Sí, querida -se explicó Harry-, te he investigado un poco. Espero que no te importe. – Le dio una palmadita en la mano y continuó-. Está demostrado que Júnior es un ladrón incompetente. Hace años robó unas baterías de camión de un taller mecánico de la localidad, pero ni siquiera se molestó en sacarlas de la parte posterior de su camión cuando fue a ese mismo taller a que le arreglaran el

vehículo. Aquella metedura de pata le costó seis meses de cárcel y acredita su incompetencia para el delito.

–A lo mejor ha mejorado con los años -dijo King.

–Le va muy bien como contratista. Y su mujer gana mucho dinero. Se están construyendo esa casa en Albermarle. ¿Por qué intentar robar en casa de los Battle?

–Quizá necesitara dinero extra para la nueva casa. Pero si no fue él, alguien intenta inculparle. ¿Por qué? – preguntó King.

Harry estaba preparado para esa pregunta.

–Él trabajaba allí, por lo que sospecharían de él. El ladrón pudo haberle cogido las herramientas, los zapatos, los pantalones y los guantes de la caravana en la que actualmente viven Júnior y su familia. Es un lugar muy apartado y no suele haber nadie. – Hizo una pausa antes de añadir-: No obstante, la huella dactilar es una prueba de peso. Habría que ser un experto para falsificarla.

–¿Qué tal es su familia? – preguntó Michelle.

–Tiene tres hijos, la mayor de unos doce años. Su mujer es Lulu Oxley.

–¿Lulu Oxley? – repitió Michelle.

–Regenta un club para hombres llamado Aphrodisiac. De hecho es propietaria de una parte del negocio.

–Vaya -se sorprendió Michelle-. ¿El Aphrodisiac?

–Me han dicho que por dentro está muy bien, ¿sabes? No es un local sórdido con bailarinas en *topless* -añadió Harry rápidamente-. Aunque yo nunca he ido, claro.

–Es verdad -dijo King.

Michelle lo miró.

–Por favor, no me digas que tú sí has ido a ese antro.

King vaciló, adoptó una expresión contrita y dijo:

–Sólo una vez. Con ocasión de la despedida de soltero de un amigo.

–Aja -dijo Michelle.

King se inclinó hacia delante y dijo:

–Bueno, a lo mejor Júnior no planeó ni organizó el golpe, pero quien haya sido sabía que Júnior tenía acceso a la mansión de los Battle y quizá lo contrató para que lo hiciera. Las pruebas materiales son sumamente inculpatorias, Harry.

Éste no desistió.

–Precisamente. ¡Hay demasiadas pruebas contra él!

–Bueno, ¿qué quieres que hagamos? – dijo King.

–Hablad con Júnior. Conseguid su versión. Visitad a los Battle.

–De acuerdo, pero supongamos que lo comprobamos todo y no sale nada.

–Entonces hablaré con Júnior-dijo Harry-. Si sigue insistiendo en su inocencia, no me queda otra opción que seguir adelante. Sin embargo, si el estado de Virginia ofrece un acuerdo razonable, tendré que planteárselo a Júnior. Ya ha estado en la cárcel y no tiene ningunas ganas de volver.

Le dio un archivo a King con todos los detalles. Se estrecharon la mano y Harry se volvió hacia Michelle para despedirse de ella.

–Debo reconocer que conocer por fin a esta encantadora joven ha valido la pena, me cobres lo que me cobres.

–Me voy a sonrojar, Harry.

–Lo tomaré como un cumplido.

Cuando salieron al exterior, Michelle dijo:

–Un hombre encantador.

–Fantástico, porque el que lo hayas conocido quizá sea lo único bueno que salga de esto.

Sonó su teléfono móvil. Atendió y colgó al cabo de un minuto.

–Era Todd. Vamos -dijo.

–¿Adonde? – preguntó Michelle.

–A un sitio muy divertido llamado depósito de cadáveres.

8

El Volkswagen azul claro de 1969 circulaba por una de las carreteras secundarias que llevaban al centro de

Wrightsburg. El conductor vestía vaqueros, camisa blanca de botones y mocasines. También llevaba una gorra de béisbol bien encasquetada y unas gafas de sol muy oscuras. Quizá fuera exagerado y lo sabía. La mayoría de la gente estaba tan ensimismada que era incapaz de reparar en nada de alguien con quien se acabara de cruzar.

Un Lexus descapotable se acercaba en la dirección contraria. Cuando Sean y Michelle se cruzaron con él camino del depósito de cadáveres, el hombre ni siquiera los miró. Siguió su camino en el Volkswagen, cuyo cuentakilómetros marcaba más de trescientos mil. Escarabajo había salido de la cadena de montaje de color amarillo canario. Lo habían pintado de muchos colores desde que lo robaran por primera vez, y por lo menos había tenido diez matrículas distintas. A lo largo del tiempo también le habían cambiado el número de identificación. Al igual que una pistola «limpia», era prácticamente imposible de rastrear. Y eso estaba muy bien.

Al asesino en serie Theodore *Ted* Bundy también le gustaban los Volkswagen Escarabajo para las matanzas indiscriminadas que lo llevaron de costa a costa antes de ser ejecutado. A menudo mencionaba la cantidad de «cargamento» que podía llevar en el Escarabajo quitando los asientos traseros, refiriéndose a sus víctimas. También le agradaba el bajo con

sumo del Volkswagen. Podía matar y huir fácilmente con un depósito de gasolina.

El hombre giró a la derecha y entró en el aparcamiento del centro comercial al que acudía la mayoría de los habitantes de la pequeña pero rica población de Wrightsburg. Se decía que Bundy y otros asesinos en serie de esa clase pasaban las veinticuatro horas del día tramando sus siguientes asesinatos. A hombres como aquéllos debía de haberles resultado fácil. Se decía que el coeficiente de inteligencia de Bundy era superior a ciento veinte. Bueno, el hombre que iba al volante del Volkswagen

superaba los ciento sesenta. Era miembro de la Mensa, hacía el crucigrama del *New York Times* todos los domingos con una facilidad pasmosa y habría podido ganar una pequeña fortuna en *¿ Quiere ser millonario?* antes de que el presentador acabara de formular las preguntas.

No obstante, lo cierto es que no hacía falta ser un genio para encontrar víctimas adecuadas, estaban por todas partes. En la actualidad era mucho más fácil que en la época de Bundy por motivos que quizá no resultaran demasiado obvios para la mayoría, pero para él estaban muy claros.

Observó a una pareja de ancianos que salía con paso vacilante del supermercado y subía a su todoterreno Mercedes. Anotó el número de matrícula. Más tarde lo introduciría en Internet y conseguiría su dirección. Ellos mismos hacían la compra, así que probablemente no tenían servicio ni hijos mayores que vivieran cerca. El modelo del coche era relativamente nuevo, así que no vivían sólo de la pensión. El hombre llevaba una gorra con el logotipo del club de campo de la zona, otra posible veta de la que extraer información.

Se reclinó en el asiento y esperó pacientemente. En aquel centro comercial tan concurrido seguro que aparecerían más candidatos. Podía consumir todo lo que quisiera sin siquiera sacar la cartera una sola vez.

Al cabo de unos minutos, una mujer atractiva de unos treinta años salió de una farmacia con una bolsa repleta. Él la miró y su antena homicida la siguió con interés. La mujer

se detuvo en el cajero automático contiguo a la farmacia, extrajo dinero y entonces cometió lo que debería considerarse un pecado mortal del nuevo siglo: tiró el recibo a la papelera antes de subir a un Chrysler Sebring rojo descapotable. En la matrícula personalizada ponía: «DEH DL.»

Enseguida interpretó que se trataba de sus iniciales y que era abogada, pues DL correspondía a «doctor en leyes».

Por su atuendo dedujo que era exigente con su aspecto. Tenía los brazos, la cara y las piernas muy bronceados. Si ejercía como abogada, probablemente acababa de regresar de unas vacaciones o, de no ser así, acudía con regularidad a los centros de rayos UVA en invierno. Se la veía muy en forma, tenía las pantorrillas especialmente bien torneadas. Era probable que hiciera ejercicio con regularidad, quizás incluso salía a correr por los senderos de los bosques cercanos. Cuando ella subió al coche, él reparó en la cadenita de oro que llevaba en el tobillo izquierdo. Le pareció intrigante.

El coche llevaba una pegatina del año en curso del Colegio de Abogados, por lo que probablemente era abogada en ejercicio. Además, era soltera, pues no llevaba anillo de casada. Justo al lado de la pegatina había un permiso de aparcamiento de una zona residencial cara y vallada a unos tres kilómetros de allí. Asintió con expresión agradecida. Aquellos adhesivos resultaban muy reveladores.

Salió del Escarabajo, se dirigió a la papelera, fingió tirar algo y, en el mismo movimiento, extrajo el recibo del cajero automático. La mujer tenía que haber sido más precavida. Ya puestos, podía haber tirado la declaración de la renta. En ese momento estaba desnuda, totalmente expuesta a cualquier investigación que él deseara realizar.

Cuando regresó al coche miró el nombre del titular de la cuenta: «D. Hinson.» Más tarde la buscaría en la guía de teléfonos. Y también en la de profesionales, así sabría en qué bufete trabajaba. Eso le concedía dos objetivos posibles. Los bancos habían empezado a omitir parte de los números de cuenta porque sabían que los clientes tiraban los recibos en cualquier sitio, lo cual les convertía en blancos fáciles para

tipos como él. Pero a él no le interesaba su dinero; era algo más personal.

Siguió buscando presas bajo el cálido sol. Qué bonito se estaba poniendo el día.

Se amodorró ligeramente en el asiento y se reanimó cuando, a su derecha, una mamá empezó a cargar provisiones en su furgoneta. No era una conclusión precipitada: llevaba una camiseta que pregonaba su condición de madre. En el asiento trasero iba un bebé. Una pegatina verde anunciaba que la mujer también era madre de un alumno del cuadro de honor del instituto de Wrightsburg.

Estaba bien saberlo, pensó: un muchachito de entre doce y catorce años y un bebé. Encendió el coche y ocupó la plaza contigua a la furgoneta y esperó. La mujer fue a devolver el carrito a la parte delantera de la tienda y dejó al bebé solo.

Él salió del Escarabajo, se asomó a la ventanilla abierta de la furgoneta y le sonrió al bebé, quien le devolvió la sonrisa. En el interior reinaba el desorden, probablemente igual que en la casa de la mujer. Si tenían sistema de alarma, era posible que nunca lo conectaran. Y era de esperar que olvidaran cerrar con llave todas las puertas y ventanas. Le sorprendía que el índice de criminalidad del país no fuera mucho mayor, teniendo en cuenta los millones de idiotas como ella que iban despistados por la vida.

En el asiento trasero había un libro de álgebra; el del niño de secundaria, seguro. Al lado había un libro infantil para colorear, así que había un tercer hijo. Esta suposición quedó confirmada por la presencia de unas zapatillas de deporte manchadas de hierba en el suelo de la parte trasera; parecían pertenecer a un niño de cinco o seis años.

Echó un vistazo al asiento del pasajero. Allí estaba: un ejemplar de la revista *People.* Alzó la mirada. La mujer acababa de devolver el carrito en la zona correspondiente y se había parado a hablar con alguien que salía de la tienda. Alargó el brazo y acercó la revista. El nombre y la dirección constaban en la etiqueta de envío. Ya tenía su número de teléfo

no particular; lo había incluido en el cartel de «Se vende» de la ventanilla de la furgoneta.

Otro bingo. Las llaves estaban en el contacto. Pegó un trozo de masilla blanda a las que parecían las de la casa para obtener los moldes rápidamente. Eso facilitaría la operación de forzar y entrar, sobre todo porque no habría que forzar nada.

Todo había salido a pedir de boca. El teléfono móvil de la mujer estaba en el soporte. Alzó la vista. Ella seguía cotilleando. Si hubiera querido, podría haber matado al niño, robar todas las provisiones y prenderle fuego al coche, y la muy idiota ni siquiera se habría dado cuenta hasta que alguien empezara a gritar al ver elevarse las llamas. Miró alrededor. La gente estaba demasiado ocupada en sus cosas como para fijarse en él.

Agarró el teléfono, pulsó el botón correspondiente y consiguió el número. Acto seguido accedió a su agenda telefónica, extrajo del bolsillo una diminuta cámara digital e hizo fotos de un número tras otro hasta tener todos los nombres y teléfonos. Devolvió el móvil al soporte, se despidió del bebé con la mano y regresó a su coche.

Repasó su lista. Tenía su nombre y domicilio y sabía que al menos tenía tres hijos y estaba casada. En la etiqueta de envío de la revista se leía «Jean y Harold Robinson». También había conseguido el número de su casa, el del móvil y los nombres y números de personas importantes para ella, así como un molde de las llaves de su casa.

«Ahora tú y tu querida familia me pertenecéis.»

La mujer regresó a la furgoneta y se marchó. Él la observó salir del aparcamiento, totalmente ajena al hecho de que se había convertido en uno de sus amigos íntimos en pocos minutos. Dedicó un gesto de despedida a la mamá ignorante. «A lo mejor volvemos a vernos si tienes muy mala suerte.»

Consultó su reloj: tres candidatas en menos de veinte minutos. Inhaló el aire fresco de la próspera población de

Wrightsburg, localidad que había sufrido tres asesinatos brutales seguidos.

Bueno, ni se imaginaban lo que les esperaba.

9

El depósito de cadáveres de Wrightsburg estaba situado en una calle tranquila flanqueada por árboles, a unos tres kilómetros del centro de la ciudad. Ocupaba parte de un pequeño edificio de una planta, de ladrillo y cristal, y en el jardín delantero la vegetación había crecido mucho tras las últimas lluvias. Podría haber albergado cualquier tipo de negocio. La gente que pasaba por allí nunca habría adivinado que ahí se abrían y diseccionaban cadáveres, para determinar qué y/o quién los había matado. La doctora tenía su consulta privada contigua al depósito.

King estacionó el Lexus y Michelle y él salieron del vehículo. Al cabo de unos instantes un coche patrulla se detuvo junto a ellos y el voluminoso Todd Williams bajó del mismo. No parecía muy contento mientras se remetía los faldones de la camisa en el pantalón y se ajustaba la pistolera.

–Manos a la obra -gruñó antes de dirigirse hacia el edificio.

–¿Qué le pasa? – susurró Michelle.

–Supongo que no le gusta contemplar cadáveres.

Preguntaron por Sylvia Diaz en recepción. La chica hizo una llamada y al poco apareció un hombre delgado y con gafas. Tenía unos treinta años, llevaba perilla y vestía una bata. Dijo llamarse Kyle Montgomery y ser el ayudante de Sylvia.

–Está terminando -informó con voz monocorde, aun

que abrió los ojos como platos al ver a la escultural Michelle-. Me ha dicho que os lleve a su consulta.

–¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí? – preguntó King.

Kyle lo miró con suspicacia.

–¿Qué más da?

–Sólo era mera curiosidad.

–Soy un tipo reservado -replicó Kyle.

–Seguro que estudiaste en la Universidad de Virginia, ¿verdad? – terció Michelle-. Qué gran centro de estudios -añadió, sonriéndole y acercándose a él.

King observó con expresión divertida cómo su socia se disponía a utilizar sus armas de mujer para sonsacar información a Kyle. Lo hacía muy pocas veces, pero King sabía cuan eficaz podía llegar a ser. Probablemente Kyle no tuviera nada importante que revelar pero resultaba útil tener información de todas las personas implicadas en una investigación.

El joven dedicó toda su atención a Michelle.

–Me licencié entre los primeros de mi clase -dijo pomposamente-. Quería quedarme en la zona, así que trabajé en el hospital universitario durante unos años y obtuve el certificado de asistente médico. Pero luego me despidieron y se me empezaron a acumular las facturas, hasta que me ofrecieron este trabajo. Y así, de la noche a la mañana me convertí en técnico del depósito de cadáveres. Afortunadamente -añadió con sarcasmo.

–Hay que ser especial para hacer este tipo de trabajo -comentó Michelle.

–Sí, es verdad -dijo Kyle, engreído-. Pero también soy el asistente médico de la doctora Diaz en la consulta que tiene aquí. Ahora está atendiendo a un paciente. De hecho me contrató para los dos trabajos. Hay que hacer un poco de malabarismos, ir de un lado para otro, pero por lo menos los dos despachos están pegados. Y aquí no se producen muchas muertes que requieran autopsia. Aunque, bueno, quizá las cosas estén cambiando, ¿no? De repente hay mucha acción. Wrightsburg está creciendo mucho. Vaya que sí. – Sonrió.

Michelle, Williams y King intercambiaron miradas mientras le seguían.

La consulta oficial de Sylvia era tal como Michelle se la imaginaba. Muy limpia y ordenada, decorada con gusto, por lo menos en comparación con otros depósitos de cadáveres, con cálidos toques femeninos aquí y allá para mitigar el ambiente frío y antiséptico que reinaba en el edificio. En un perchero junto a la puerta había una chaqueta de mujer, un bolso enorme y un sombrero. Bajo el perchero había un par de zapatos elegantes.

–Es una mujer muy especial. – Michelle sonrió a Kyle.

–Su consulta privada es muy parecida -dijo el joven-. A la doctora no le gusta llevar suciedad a la sala de autopsias; aunque es un lugar estéril, lo cierto es que no está siempre limpio. Tenemos un vestuario donde nos ponemos batas y mascarillas, pero a veces creo que prefiere cambiarse aquí fuera para no contaminar las pruebas. Se lo toma muy en serio.

–Me alegra saber que todavía quedan personas entregadas a su trabajo -comentó King fríamente.

Mientras Kyle se quedaba junto a la puerta a esperar a su jefa, Michelle observó el resto de la sala. En el estante situado detrás del escritorio de Sylvia había varias fotos de un hombre, solo o con la propia Sylvia. Tomó una y se la enseñó a King con expresión inquisitiva.

–Es George Diaz, su difunto esposo -explicó él.

–¿Todavía tiene sus fotos en el trabajo?

–Supongo que lo amaba de verdad.

–¿Cómo es que ya no salís juntos? ¿Hubo algún problema? – preguntó ella con tono picarón.

–Eres mi socia, no mi psiquiatra.

Sylvia apareció por la puerta un instante después de que Michelle devolviese la foto a su sitio.

–Gracias, Kyle -dijo con sequedad.

–De nada-respondió él, y se marchó con su sonrisa de suficiencia.

–¿Tu ayudante tiene una actitud arrogante o es por nosotros? – preguntó King.

Sylvia se quitó la bata y la colgó del perchero. Michelle se tomó su tiempo para estudiarla. Era un poco bajita, vestía pantalones negros y una camisa blanca de lino. No llevaba joyas, supuestamente por su trabajo; no parecía demasiado aconsejable que un pendiente o un anillo acabaran en el estómago abierto de un cadáver. Tenía la piel tersa y un poco pecosa en la mandíbula. Llevaba la melena pelirroja recogida en un moño, lo cual dejaba al descubierto unas orejas perfectas y un cuello largo y esbelto. Se sentó al escritorio con ceño y expresión abstraída.

–Kyle acaba de cumplir treinta años y no quiere trabajar aquí -respondió por fin.

–Supongo que es difícil ligar con mujeres diciendo: «¿Quieres que te enseñe unos cadáveres maravillosos?» -ironizó Michelle.

–Me parece que el sueño de Kyle es formar parte de una banda de rock famosa -dijo Sylvia.

–Claro, junto con otros veinte millones de hombres -dijo King-. Tiene que superarlo. Yo lo conseguí con diecisiete años.

Sylvia echó un vistazo a unos papeles que tenía sobre la mesa, los firmó y cerró la carpeta. Luego estiró los brazos y bostezó.

–Lo siento. Hace bastante tiempo que no practicaba tres autopsias seguidas y ha habido un brote de gripe primaveral. Es lo que estaba atendiendo en mi consulta. –Meneó la cabeza con gesto cansino-. Es un poco esquizofrénico. En un momento dado estoy examinando la garganta de una mujer de cincuenta años y a continuación diseccionо a alguien para averiguar cómo lo asesinaron. Normalmente paso meses sin pisar el depósito de cadáveres, pero la situación ha cambiado últimamente.

–Hay que ser una persona muy especial para hacer lo que haces, Sylvia -declaró King.

–No voy a la caza de halagos, me limito a presentar los hechos, pero gracias de todos modos. – Se volvió hacia

Williams, quien estaba cada vez más pálido. Le habló con un tono que no podía calificarse de cálido o dulce-: Espero que te hayas recuperado de la primera autopsia.

–Me parece que la cabeza sí, pero no sé qué decirte del estómago.

–Esperaba verte en las de los chicos. Suele resultar muy útil que el jefe de las investigaciones esté presente -añadió con leve reproche.

Williams la miró con aire contrito.

–Pensaba asistir pero me llamaron para otra cosa.

–Claro. – Sylvia miró a King y Michelle con expresión repentinamente severa-. ¿Vosotros dos tenéis buen estómago?

Ellos intercambiaron una mirada.

–Suficientemente bueno -respondió King por los dos.

Sylvia se volvió hacia Williams.

–Todd, ¿tienes algún inconveniente en que vean los cadáveres? Y recuerda que quiero que tú o uno de tus hombres también esté presente. A un jurado le parecería extraño que ningún policía haya visto los cadáveres por lo menos después de la autopsia.

Daba la impresión de que Williams estaba enfadado, pero libraba una batalla interior. Al final, se encogió de hombros y dijo:

–¡Qué demonios!, vamos allá.

10

La sala de autopsias era muy parecida a la consulta, salvo la ausencia de toques cálidos y femeninos. Todo era de acero inoxidable y estaba muy ordenado. En un lateral de la sala había dos ordenadores personales con escritorio incorporado, y en el otro dos mesas de reconocimiento de acero inoxidable con desagüe, cubas de agua con mangueras, una mesa de disección pequeña, una báscula para órganos y bandejas con instrumental quirúrgico. Los cuatro habían pasado por el vestuario para ponerse batas,

guantes y mascarillas antes de entrar. Parecían los extras de una película de bajo presupuesto sobre terrorismo biológico.

Sylvia se adelantó para hablar con Kyle y Michelle le susurró a King:

–Ya sé por qué salisteis juntos. Los dos tenéis el súper gen de la limpieza mutante. No te preocupes; me parece que están buscando una curación.

–No te hagas ilusiones -le respondió King también con un susurro-. Nunca me voy a pasar al lado oscuro.

–Primero os enseñaré el cadáver de la mujer no identificada -dijo Sylvia, encaminándose hacia ellos.

Kyle abrió una puerta de acero inoxidable y sacó una camilla en la que yacía la difunta cubierta con una sábana; un soplo de aire helado brotó de la cámara refrigerada.

Michelle se frotó un brazo y se echó a temblar.

–¿Estás bien? – preguntó King.

–Por supuesto -respondió castañeteando los dientes-. ¿Y tú?

–Hice un curso introductorio a la carrera de Medicina antes de decidirme por el Derecho. Y un verano trabajé en la morgue de Richmond. He visto muchos cadáveres.

–¿Ibas a estudiar Medicina?

–Pensaba que me ayudaría a ligar. Lo sé, lo sé, pero entonces era joven y estúpido.

Kyle se marchó. Antes de apartar la sábana, Sylvia miró a Williams con expresión más amable.

–Jefe, haz lo que te dije la primera vez y todo irá bien. Ya has visto lo peor. No hay más sorpresas, te lo prometo.

Él asintió, se tiró de los pantalones y dio la impresión de contener la respiración y rezar para que se produjera algún desastre natural que le permitiera escapar de allí.

Sylvia retiró la sábana y todos bajaron la mirada.

La incisión en forma de Y que se extendía del pecho hasta el pubis hacía que pareciera que al cadáver se le había bajado la cremallera. Los órganos de la mujer habían sido extraídos, pesados y analizados, y luego habían sido

devueltos a la cavidad corporal sin demasiados miramientos. La incisión que le había abierto el cráneo no resultaba visible desde donde estaban. La cara se veía decaída, como una muñeca cuyas puntadas de sostén hubieran cedido.

–La incisión del intermastoideo es siempre una revelación -comentó King con sequedad.

–Estoy impresionada, Sean -dijo Sylvia y le miró.

La expresión de Williams sugirió que le habría gustado estrangular a King.

El olor del cadáver era muy intenso en la pequeña sala. Michelle hizo ademán de taparse la boca y la nariz aunque llevara mascarilla. Sylvia se lo impidió.

–Esta sala está muy sucia, Michelle; hay microbios por todas partes, así que no te toques la cara con las manos. Además, intentar evitar así el olor no hace más que empeorar la situación. En un par de minutos el olfato se te embotará. Sigue respirando. – Dirigió una mirada a Williams, quien, di

cho sea en su honor, inspiraba con rapidez y se sujetaba el vientre con una mano como si intentara mantener su contenido en su sitio-. En la escena del crimen tus ayudantes no hacían más que alejarse a tomar aire fresco y volver; lo único que conseguían era recuperar el olfato.

–Lo sé -dijo Williams entre resuellos-. Se vomitaron encima de los uniformes. Nos hemos ventilado el presupuesto de lavandería de todo el mes. – El jefe, ligeramente verdoso, se mantuvo en su sitio con valentía.

Michelle se notó que inhalaba rápida y entrecortadamente. Tal como había dicho Sylvia, el sentido del olfato se le estaba anestesiando. Bajó la mirada hacia el cadáver una vez más.

–No veo ninguna herida. ¿Murió estrangulada? – preguntó.

Sylvia negó con la cabeza.

–Es lo primero que comprobé. Con un láser busqué en el cuello marcas de ligadura porque no se apreciaba ninguna a simple vista. Pensé que podía haber marcas en la capa interna de la piel pero no las encontré. Y el hueso hioides y los cartílagos tiroides y cricoides no estaban aplastados. Suelen estarlo en casos de estrangulamiento. – Bajó la mirada hacia la mujer asesinada-. También hicimos las pruebas de agresión sexual. Negativas. El asesino no la violó ni la agredió sexualmente. Debido al orden habitual de una autopsia, no descubrí la causa de la muerte casi hasta el final. – Miró a Williams con severidad-. Todd, para entonces ya te habías marchado.

El jefe le devolvió una mirada de impaciencia y le espetó:

–Maldita sea, doctora, lo estoy intentando, ¿de acuerdo? Suéltalo ya.

–No nos mantengas en suspenso, Sylvia. ¿Cómo murió? – preguntó King-. Y emplea un lenguaje para tontos, si es que puedes.

Sylvia tomó una varilla larga de metal y abrió la boca de la mujer haciendo palanca.

–Le colocaron el cañón de un revólver del calibre 22 en la boca y dispararon. El ángulo del disparo fue de unos setenta y cinco grados y la bala acabó alojada en el cerebro medio. Observé que tenía un residuo extraño en los dientes. No era del disparo, pues eso habría revelado la causa de la muerte. El asesino debió de lavarle los dientes y la boca con un fluido limpiador para eliminar la prueba. La herida del interior del paladar estaba sellada por los gases calientes que despide un arma al disparar; básicamente la cauterizan. Sin embargo, la radiografía mostró la bala alojada en el cerebro. Siempre hacemos radiografías antes de practicar incisiones. En cuanto la abrí, aparecieron el recorrido de la herida y la bala.

–¿El disparo en la boca no es una forma habitual de suicidio? – inquirió Michelle.

–No en el caso de las mujeres -repuso Sylvia-. Es la oposición clásica entre Martes y Venus, testosterona frente a estrógenos. Los hombres se suicidan con pistolas o ahorcándose. Las mujeres prefieren veneno o sobredosis de drogas, cortarse las venas o meter la cabeza en el horno. Además, no tenía restos de pólvora en las manos.

–El asesino tenía que saber que la causa de la muerte acabaría descubriéndose aunque él intentara ocultarla -observó King.

–Otro comentario interesante -dijo Sylvia-. A la mujer no la mataron en el bosque, sino en otro lugar, seguramente cerrado, y luego transportaron el cadáver al bosque. Lo más probable es que la mataran en un coche y la envolvieran en plástico.

–¿Cómo puedes estar tan segura? – quiso saber King.

–Como ya sabes, el rigor mortis es un sencillo proceso químico que comienza en el momento de la muerte. Empieza en los pequeños músculos de la mandíbula y el cuello y se va propagando hacia los músculos mayores, el tronco y las extremidades; suele completarse en un lapso de entre seis y doce horas. Digo suele porque esta regla tiene varias excepciones. El tipo de cuerpo y las condiciones medioambienta

les pueden afectar la secuencia temporal. Es posible que en una persona obesa no sobrevenga el rigor mortis; además, el frío inhibe el inicio del proceso y el calor lo acelera. La rigidez permanece entre treinta horas y tres días y luego desaparece en orden inverso al que apareció.

–De acuerdo, ¿qué nos indica esa información? –preguntó Michelle.

–Mucho. La mujer era joven, de buena musculatura y bien alimentada, pero sin sobrepeso. En un cuerpo así el rigor habría discurrido según los parámetros normales en caso de ausencia de factores ambientales excepcionales. La temperatura de la noche anterior en que la encontraron era inferior a los diez grados, lo cual habría inhibido un poco el

avance del rigor. Pues bien, cuando la examiné en la escena del crimen el rigor ya había desaparecido y tenía el cuerpo flácido. Eso significa que para entonces llevaba muerta entre treinta horas y tres días. Dada la desaparición del rigor a pesar del frío, yo diría que unos tres días cuando la encontraron.

–Pero has dicho que el rigor no es preciso. A lo mejor hubo algo más, algún factor que alteró el proceso -sugirió Michelle.

–Hice otra comprobación aparte del rigor. Cuando examiné el cuerpo en el bosque, ya estaba descolorido e hinchado por la flatulencia de las bacterias que empezaban a consumirlo. La piel también estaba pustulosa y le salían fluidos por todos los orificios. Ese proceso casi nunca empieza hasta tres días después de la muerte. – Hizo una pausa-. Y si llevaba en el bosque sólo treinta horas, la infestación de insectos habría sido radicalmente distinta a lo que vi. Esperaba ver una infestación muy intensa de mosca azul y verde, que son variedades de exterior. Las moscas atacan el cuerpo muerto casi de inmediato y depositan sus huevos. En un plazo de entre uno y dos días, los huevos eclosionan y el ciclo se renueva. Pero cuando le examiné la boca, la nariz y los ojos, encontré larvas de un tipo de mosca casera. Las larvas de las moscas de exterior todavía no habían eclosionado.

Además, los escarabajos carroñeros deberían haber pululado por el cuerpo. No hay nada que pueda impedir a los insectos hacer su trabajo. Encima, después de tres días en el bosque los animales salvajes deberían haber atacado el cadáver y arrancado buena parte de las extremidades. Pero lo único que le faltaba eran los dedos.

Giró el cuerpo hacia un costado y señaló unas manchas púrpuras en la parte donde la sangre se había acumulado durante la autopsia.

–Además, comprobé de otra forma mi teoría de que el cadáver fue trasladado. La posición de la lividez me lo

indicó. Como veis, la lividez presenta el aspecto de una contusión debido a estos tonos oscuros. Sin embargo, hay decoloración en la parte anterior del torso, los muslos y parte de las pantorrillas. Estas franjas blancas demuestran que el cuerpo estaba apoyado contra algo duro y la presión resultante inhibió el proceso.

Cambió el cadáver de postura para ver la parte posterior.

–No hay decoloración en la espalda ni en la parte posterior de las piernas. Conclusión: la mataron y la colocaron boca abajo, y eso dio inicio al proceso de asentamiento de la sangre. Normalmente la lividez se produce alrededor de una hora después de la muerte y es total al cabo de tres o cuatro horas. Si el cuerpo se mueve al cabo de otras tres o cuatro horas, la decoloración original puede desaparecer parcialmente y se forma otra nueva porque la sangre vuelve a desplazarse. Sin embargo, las marcas de lividez nuevas no se producen por cambios de posición doce horas después de la muerte, dado que al cabo de ese tiempo la sangre permanece fija.

Colocó el cuerpo en la posición inicial con cuidado.

–En mi opinión la mataron en un sitio cerrado, probablemente un coche, de un disparo en la cabeza. Creo que el cadáver permaneció en ese sitio entre veinticuatro o cuarenta y ocho horas y que luego lo llevaron al lugar donde fue encontrado. Es imposible que llevara más de diez o doce horas en el bosque.

–¿Y el traslado en coche? ¿Y el plástico? – preguntó King.

–Normal. ¿ Qué iba a hacer el asesino? ¿ Llevarla en brazos por la carretera? – repuso Sylvia-. No obstante, ni yo ni la policía encontramos fibras en la ropa de ella, que es el tipo de pista habitual debido al tapizado interior o al maletero de un coche. Y tampoco en el cuerpo. El plástico prácticamente no deja residuos.

–Encontré el cadáver alrededor de las dos y media de la tarde -dijo Michelle-. Los chicos la vieron unos minutos antes que yo.

–Si hacemos una cuenta atrás -dijo King-, eso significa que dejaron el cadáver allí, dando por supuestas las doce horas a la intemperie, no antes de las dos y media de la madrugada.

Williams había permanecido en segundo plano, pero entonces dio un paso adelante.

–Buen trabajo, Sylvia -dijo-. Wrightsburg tiene suerte de contar con tus servicios.

Ella esbozó una sonrisa.

–Una autopsia no revela quién cometió el crimen a no ser que el asesino deje restos de semen, saliva u orina que puedan analizarse. La autopsia sólo nos dice el cómo y el qué. – Sylvia consultó sus notas y prosiguió-: Como he dicho, no hay indicios de violación, ninguna lesión en el recto o la vagina, ni señales de partos. Tenía unos veinticinco años y gozaba de buena salud. En vida debió de ser una mujer corpulenta de uno setenta de estatura. Se había puesto implantes en el pecho e inyecciones de colágeno en los labios. Y también le habían extirpado el apéndice. Dispondremos de más información cuando recibamos los análisis toxicológicos dentro de un par de semanas. – Sylvia señaló el estómago abierto de la mujer-. Todd, tenía *unpiercing* en el ombligo, quizás un aro, pero ningún otro en el cuerpo. Eso quizás ayude a identificarla.

–Gracias. Investigaré al respecto.

–La única marca útil para identificarla que he encontrado es ésta. – Cogió una lupa, levantó la sábana que le cubría

la parte inferior del cuerpo y alzó una pierna para situar la lupa sobre la cara interior del muslo, muy cerca de la entrepierna-. Resulta difícil distinguirlo debido a la gran decoloración del cuerpo, pero es un gato tatuado.

Michelle observó el tatuaje del felino y la cercanía de éste a los genitales de la mujer.

–No quiero ni pensar en esa clase de relación.

–Maldita sea -dijo Williams enrojeciendo.

–Lo sé, no es muy femenino, ¿no? – dijo Sylvia. Alzó la mirada al ver que Kyle entraba en la sala.

–Hay otro poli ahí fuera. Quiere hablar con el jefe, doctora.

–¿Poli? – se asombró Sylvia-. ¿Qué te parece «agente de policía»?

–Vale, ese agente de policía quiere ver al jefe.

–¿Puedes decirle que venga?

El joven esbozó una sonrisa maliciosa.

–Es lo primero que hice, doctora, pero el agente de policía rehusó sin dar explicaciones. De todos modos, ahora que lo pienso, cuando se lo propuse palideció un poco.

–Ya voy -dijo Williams, y salió rápidamente seguido de Kyle.

Al poco, el jefe regresó con un agente de uniforme que parecía nervioso. Lo presentó como el agente Dan Clancy. Williams parecía acongojado.

–Quizás hayamos identificado a la chica gracias a la fotografía que distribuimos -dijo con voz un tanto temblorosa al verse blanco de todas las miradas-. Al parecer trabajó una temporada en el Aphrodisiac.

–¿El Aphrodisiac? – exclamó King.

Williams asintió.

–De bailarina de *striptease.* Su nombre artístico era Tawny Blaze*; el auténtico, Rhonda Tyler. – Lanzó una mirada al papel que sostenía-. Trabajó allí durante un tiempo pero se marchó cuando se le acabó el contrato.

* El significado literal de Tawny Blaze es «ardor rojizo». *(N. de los T.)*

–¿La persona que reconoció la foto estaría dispuesta a venir aquí a identificarla? – preguntó Sylvia-. Considerando el estado del cadáver no sé si sería posible, pero si…

–No hará falta -la interrumpió Williams.

–¿Porqué?

–Nos han dicho que tenía una marca distintiva. – El jefe parecía intranquilo por algo.

Michelle cayó en la cuenta.

–Un gato tatuado cerca de sus…

Williams asintió.

–¿Quién ha facilitado la información? – preguntó King.

–La encargada del Aphrodisiac. Lulu Oxley.

King se quedó boquiabierto.

–¡Lulu Oxley! ¿La Lulu Oxley de Júnior Deaver?

–¿A cuántas Lulu Oxley conoces, Sean? – preguntó Williams.

–Yo también la conozco -dijo Sylvia-. Bueno, solíamos ir al mismo ginecólogo.

–Ahí no acaba la cosa -prosiguió Williams-. Recibimos un mensaje de la *Wrightsburg Gazette.* Han recibido una carta.

–¿Qué tipo de carta? – preguntó Michelle.

–Una carta cifrada -respondió Todd Williams, que había palidecido-. Con la marca del Zodiac en el sobre.

11

King acompañó a Williams a la comisaría para echar un vistazo a la nota mientras Michelle se quedaba con Sylvia y el agente Clancy para repasar las autopsias de Canney y Pembroke.

Durante el trayecto, King llamó a Bill Jenkins, un viejo colega de San Francisco. Cuando le pidió lo que quería, su amigo se extrañó, lo cual era comprensible.

–¿Para qué lo necesitas? – inquirió.

King echó una mirada a Williams antes de responder.

–Es para un curso de derecho penal que estoy dictando en la escuela universitaria.

–De acuerdo -dijo Jenkins-. Después del alboroto que armasteis tú y tu socia el año pasado pensé que estabais metidos en otra.

–No, Wrightsburg ha vuelto a ser una población sureña tranquila y amodorrada.

–Si alguna vez decides volver al centro de la acción, llámame.

–¿Cuándo podrás tener lo que necesito?

–Estás de suerte. Esta semana tenemos un cursillo especial sobre asesinos en serie clásicos. En media hora. Dame un número de fax y un número de tarjeta de crédito -bromeó.

King preguntó a Williams el número de fax de la comisaría y se lo dio a su amigo.

–¿Cómo vas a conseguirlo tan rápido? – le preguntó.

–Has llamado en el momento preciso. Hace tiempo que teníamos que hacer limpieza en la oficina y precisamente la semana pasada sacamos ese expediente para archivarlo. También incluye la copia de las notas del profesor. De hecho, la otra noche estuve repasándolas para recordar viejos tiempos. Eso es lo que te mandaré, la clave que encontró para descifrar las cartas codificadas.

King le dio las gracias y colgó.

Una vez llegaron a la comisaría, Williams entró a grandes zancadas mientras King le seguía.

Fuera o no por deformación profesional, el jefe se encontraba en su coto privado y tenía que notarse. Soltó un bramido al agente que le había llamado por lo de la carta cifrada y le arrebató un frasco de analgésicos a su secretaria. King y el agente se reunieron en el despacho de Williams, quien se dejó caer tras el escritorio y se tragó dos comprimidos.

–Dime por favor que habéis comprobado si había huellas -dijo antes de tomar el papel y el sobre que le tendía el ayudante.

–Sí -respondió el ayudante-, aunque inicialmente Virgil Dyles, el propietario de la *Gazette,* pensó que era una broma. No nos habríamos enterado de no ser por una periodista amiga que trabaja allí y me telefoneó para decírmelo. Fui inmediatamente a buscarla, pero a mí me suena a chino.

–Entonces ¿qué es lo que hizo Virgil? ¿Pasear la carta por la dichosa oficina? – exclamó Williams.

–Más o menos -repuso el agente con nerviosismo-. Probablemente la hayan tocado unas cuantas personas. Le dije a mi amiga que mantuviera la boca cerrada, pero creo que ya había comentado con unos cuantos que la cosa iba en serio.

Williams asestó un puñetazo a la mesa.

–¡Maldita sea! – bramó-. ¡Este asunto se nos está yendo de las manos! ¿Cómo cono vamos a mantenerlo en secreto si ni siquiera controlamos a la gente de Wrightsburg?

–Veamos el mensaje -dijo King-. Ya tendremos tiempo de preocuparnos de los periodistas.

Se inclinó sobre el hombro de Williams mientras el jefe examinaba el sobre. El matasellos era local, de cuatro días atrás. El sello estaba pegado con pulcritud. Iba dirigida a Virgil Dyles, en letras mayúsculas, de la *Wrightsburg Gazette.* En la esquina inferior derecha del sobre estaba el círculo con retículo en cruz. El espacio correspondiente al remitente estaba vacío.

–No hay gran cosa-declaró Williams mientras desdoblaba la carta-. A lo mejor algún experto puede decirnos algo analizando la caligrafía y demás, pero está claro que yo no.

El mensaje estaba escrito con tinta negra emborronada, también con letras mayúsculas, y las líneas formaban perfectas columnas tanto en horizontal como en vertical.

–La parte borrosa es por la ninhidrina -explicó el agente-. La utilizan para revelar las huellas dactilares.

–Gracias. Nunca se me habría ocurrido -dijo Williams con irritación.

Todas las líneas estaban cifradas. Algunos caracteres eran letras pero otros sólo símbolos. Williams la estudió con detenimiento. Al final exhaló un suspiro y se recostó en el asiento.

–Por casualidad no sabrás descifrar claves, ¿eh? – le preguntó a King.

En ese momento el agente Rogers, que había trabajado con King cuando éste hizo de oficial voluntario en Wrightsburg, llamó a la puerta y entró con unos papeles en la mano.

–Acaba de llegar este fax para Sean.

King tomó las páginas y respondió a Williams:

–Pues ahora sí.

Llevó la carta y el fax a una mesita situada en un rincón, se sentó y puso manos a la obra. Al cabo de diez minutos alzó la vista. Aquello no pintaba bien, pensó. En realidad probablemente fuera peor que el hecho de que alguien imitara al asesino del Zodiac.

–¿Lo has descifrado? – preguntó Williams.

King asintió.

–Sé algo sobre los criptogramas gracias a mis años en el servicio secreto, pero recordé que un profesor de instituto de Salinas descifró el código de las cartas del asesino del Zodiac original. Tengo un amigo en el cuerpo muy familiarizado con el caso, y ahora me ha enviado las notas del profesor, la clave del código. Así ha sido muy fácil.

–Vale. ¿Y qué dice? – inquirió Williams con ansiedad.

King repasó las notas.

–Tiene faltas de ortografía y errores de sintaxis, a propósito, creo yo. Igual que el Zodiac original.

El agente Rogers miró al jefe.

–¿Zodiac? ¿Qué demonios es eso?

–Un asesino en serie de California -explicó el jefe-. Se dedicaba a cargarse a la gente mucho antes de que tú nacieras. Nunca lo pescaron.

El agente Rogers arrugó el entrecejo.

King empezó a leer.

–«A estas alturas ya habéis encontrado a la chica. Está cortada en pedazos pero no he sido yo. La habéis hecho pedazos en busca de pistas. No hay ni una. Creedme. El reloj no engaña. Fue la número uno. Pero vendrán más números. Muchos. Una cosa más: no soy, repito, no soy el

Zodiac. Ni su segundo, ni su tercer, ni su cuarto advenimiento. Yo soy yo. No os lo pondré tan fácil. Cuando acabe desearéis que fuera el Zodiac.»

–O sea que no ha acabado -dijo Williams lentamente.

–Me temo que no ha hecho más que empezar -repuso King.

12

El agente Clancy era alto y fornido e intentaba no parecer angustiado mientras paseaba la mirada entre Sylvia y Michelle.

–¿Va a sentirse mal? – preguntó Sylvia, mirándolo fijamente-. Espero que no se desmaye.

–Estoy bien, doctora -mintió.

–¿Ha visto alguna vez un cadáver al que se le ha practicado la autopsia? – insistió Sylvia.

–Por supuesto.

–Tiene heridas de bala en la cabeza. – La doctora miró también a Michelle.

Esta respiró hondo y dijo:

–Estoy lista.

–Forma parte de mi trabajo -aseguró Clancy intentando mostrarse seguro-. De hecho, el mes que viene el jefe Williams me va a enviar a la escuela forense.

–Tienen un programa muy bueno. Aprenderá mucho. Espero que lo que va a ver ahora no le disuada.

Sylvia se dirigió a una puerta de acero inoxidable.

–Ésta es la que llamamos sala de los horrores. Es para los cadáveres que han sufrido algún traumatismo extremo: quemaduras, explosiones, sumergidos mucho tiempo. Y disparos en la cabeza -añadió.

Pulsó un botón y la puerta se abrió. Entró en la sala y al cabo de unos instantes salió empujando una camilla metálica con un cadáver. La situó en su zona de trabajo y encendió la lámpara que había encima.

Clancy tosió y se llevó la mano a la mascarilla, pero Sylvia le explicó acerca del embotamiento del olfato. Él apartó la mano a regañadientes; parecía a punto de desfallecer. La doctora le acercó una silla disimuladamente. Michelle se dio cuenta, pero Clancy no.

–Es Steven Canney -dijo Sylvia.

Cuando destapó el cadáver, Michelle reaccionó con rapidez y colocó la silla detrás del agente a tiempo de atajarle cuando caía hacia atrás. Hizo arcadas y se desvaneció.

Arrastraron la silla hasta un extremo de la sala y allí Sylvia abrió un tubo de amoníaco y se lo colocó bajo la nariz. Él recobró el conocimiento con un sobresalto y meneó la cabeza con expresión avergonzada.

–Si quiere vomitar, el lavabo está ahí -señaló ella.

El joven se sonrojó.

–Lo siento, doctora… Lo siento mucho.

–Agente Clancy, no tiene que disculparse. Es horrible de ver. La primera vez que vi algo así, tuve la misma reacción que usted.

El joven se sorprendió.

–¿De verdad?

Sylvia le aseguró que también se había desmayado.

–Si quiere marcharse, no pasa nada. Puedo darle un informe escrito. Si quiere volver con nosotras cuando se sienta mejor, pues también puede. Y si prefiere quedarse aquí, pues adelante.

Clancy optó por la última opción, aunque en cuanto ellas se dieron la vuelta, se tapó la cara con las manos.

Sylvia y Michelle regresaron junto al cadáver.

–¿Es verdad que te desmayaste la primera vez? –preguntó Michelle en voz baja.

–Por supuesto que no, pero ¿para qué hacerle sentir peor? Los hombres casi siempre se desmayan. Y cuanto más corpulentos, más rápido. – Señaló varias zonas con heridas en el cadáver de Canney con una larga varilla de acero

inoxidable-. Como ves, el supratentorial del cerebro estaba prácticamente eviscerado, lo cual no sorprende en una herida de

escopeta. – Dejó la varilla y arrugó el entrecejo-. El padre de Canney vino a ver a su hijo. Le aconsejé que no lo hiciera, que las heridas eran muy graves, pero insistió. Eso es lo peor de este trabajo. Pudo identificarlo por una marca de nacimiento y una cicatriz en la rodilla de una lesión de rugby. Tenemos la identificación definitiva por las huellas dactilares y la dentadura. – Respiró hondo-. Lo sentí mucho por él, aunque se lo tomó muy estoicamente. No tengo hijos pero imagino qué terrible ha de ser el tener que acudir a un sitio como éste para… -Su voz se fue apagando.

Michelle dejó que el silencio reinara unos minutos antes de preguntar:

–¿Y la madre de Canney?

–Murió hace varios años. Supongo que en ese sentido ha sido mejor. – Sylvia retomó el análisis-. Es difícil determinar la distancia del disparo en las heridas de escopeta. La forma más fiable es disparar idéntica munición con la misma clase de arma y exactamente la misma obturación. Aquí no contamos con ese lujo, pero observarás que la herida de entrada no tiene ondas en los márgenes ni lesiones adyacentes. Así pues, la distancia entre la boca del arma y la víctima era inferior a sesenta centímetros.

Cubrió la parte de cabeza que Canney conservaba con una sábana pequeña.

–¿Sabes la marca de la munición?

–Sí. El tapón del cartucho estaba en la herida. También tenía todos los perdigones. Por eso la herida fue tan demoledora. Toda la energía cinética se consumió en el interior. – Consultó sus notas-. Fue una escopeta del calibre doce cargada con dos cartuchos de nueve perdigones de fabricación nacional.

–¿Y la chica murió igual?

–Le dispararon por la espalda. Las heridas fueron mortales instantáneamente pero no tan devastadoras. También tiene clavados en la piel muchos trocitos de cristal. Conclusión: el asesino disparó el primer tiro a través del parabrisas. Analizando únicamente las heridas, se diría que la distancia

entre el arma y la víctima era bastante mayor. Sin embargo, creo que en el momento de producirse el disparo el cañón de la escopeta estaba casi pegado al parabrisas, a una distancia de la chica de unos noventa centímetros. La herida en la espalda tiene los bordes irregulares característicos y lesiones adyacentes debido a que la trayectoria de los perdigones se expande. Como los perdigones tuvieron que atravesar el cristal, da la falsa impresión de que el disparo se produjo desde una distancia mucho mayor de la verdadera.

–¿Por qué crees que estaba de espaldas al parabrisas?

–Estaban haciendo el amor -dijo Sylvia-. Había residuos del espermicida del condón de Canney en la vagina. Probablemente estuviera a horcajadas sobre él, de espaldas al parabrisas. Es una postura muy habitual para el acto sexual en un coche. El cuerpo de ella hizo de escudo, de lo contrario Canney también hubiese muerto con el primer disparo.

–¿Estás segura de que no fue así?

–Se dispararon los dos cartuchos, como demuestra el número de perdigones encontrados. Había nueve en cada cuerpo. Una muerte simétrica -añadió con sequedad.

–Supongo que no se han encontrado los cartuchos.

Sylvia negó con la cabeza.

–O el asesino los recogió o el arma era de las que no tiene eyector y hay que extraer a mano los cartuchos usados.

–Supongo que como era una escopeta de ánima lisa, no existe la posibilidad de hacer pruebas de balística si encontramos un arma sospechosa -observó Michelle.

–A veces las estrías del extremo final del cañón dejan marcas en el tapón de plástico, y eso ocurrió aquí. No soy experta en balística pero quizás a la policía le baste para hacer comparaciones si encuentran la escopeta. Y además tenemos la bala del cadáver de Rhonda Tyler para los análisis de balística.

–Dicen que a lo mejor la detonación de la escopeta le paró el reloj a Steve Canney, teniendo en cuenta la hora de la muerte.

–No; le pusieron el reloj después de matarlo. Se había parado porque la ruedecita estaba hacia fuera. Lo comprobé en la escena del crimen. Encontré cristales clavados en su muñeca izquierda, justo debajo del reloj.

–¿Tienes idea de por qué se lo pusieron después de muerto?

–¿Como distintivo de la casa, quizás? – aventuró Sylvia-. Marcaba las tres. El de la chica, las dos. Esto podría señalar el orden de las muertes.

–Rhonda Tyler llevaba un reloj que tampoco le pertenecía. Marcaba la una en punto. Y era un Zodiac.

La doctora la miró y dijo:

–Y ahora tenemos una carta estilo Zodiac.

–Y tres muertos.

–O sea que el siguiente marcará las cuatro y estará en la muñeca de la próxima víctima.

–Si es que la hay -dijo Michelle.

–No tengo dudas al respecto. La primera víctima era una bailarina de *striptease.* Sin embargo, las dos siguientes eran jóvenes de la zona que hacían el amor en un coche. En cuanto empiezan a matar, los asesinos en serie suelen centrarse en un sector de la población. Este tipo ya nos ha demostrado que no actúa siguiendo esas pautas. – Hizo una pausa y añadió-: Así que la pregunta es: ¿quién será la próxima víctima?

13

El Volkswagen Escarabajo azul claro pasó despacio por delante de la comisaría y se detuvo en el cruce. El conductor lanzó una mirada al edificio de obra vista de una planta. Para entonces ya habrían recibido la carta. Quizá también la hubieran descifrado. Tampoco es que se lo hubiera puesto muy difícil. Lo difícil estaba por llegar, básicamente cuando intentaran detenerle. «Intenten lo imposible, señores policías.»

Acto seguido llamarían a la brigada de investigación criminal de la policía estatal. Querrían mantener el asunto en secreto, no tenía ningún sentido provocar el pánico entre la población. Sin duda rellenarían una solicitud de ayuda al FBI pidiendo los servicios del cacareado VICAP. Se pondrían en contacto con especialistas para acelerar el proceso y obtendrían un perfil del asesino. «Por supuesto, será totalmente equivocado.»

Poco antes había pasado por delante del depósito de cadáveres, donde la forense seguramente estaría tirándose de la coleta pelirroja delante de los tres cadáveres que representaban cosas muy distintas pero compartían elementos comunes. Encontraría pistas mínimas. Él sabía qué buscar y, por tanto, qué eliminar, pero nadie es infalible y la ciencia forense es capaz de deducir muchas cosas a partir de restos microscópicos. La forense descubriría algo, extraería algunas conclusiones correctas, pero no obtendría ningún elemento clave. Las nimiedades no le delatarían.

Cruzó la intersección cuando varios agentes salían presurosos de la comisaría, subían a los coches patrulla y se marchaban a toda pastilla. Seguramente iban tras pistas irrelevantes, desperdiciando fuerzas y tiempo, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta los escasos atributos de su jefe Todd Williams. Sin embargo, Sylvia Diaz destacaba en su campo. Y en algún momento, a medida que aumentaran los asesinatos, el FBI se haría cargo de la investigación. De hecho el reto le entusiasmaba.

Condujo hasta el cruce siguiente, paró delante de un buzón y echó la carta. Prosiguió su camino. Cuando recibieran su siguiente comunicado explicando las circunstancias de la muerte de Steve Canney y Janice Pembroke, la policía local sabría que se enfrentaba al caso de su vida.

King recogió a Michelle en el depósito de cadáveres y le informó de la carta de Zodiac. Ella, a su vez, le explicó los resultados de las autopsias de Pembroke y Canney. Por desgracia, recitar los detalles no facilitaba la resolución del rompecabezas.

–Así pues, parece que el asesino quiere dejar claro que, aunque ha imitado en cierto modo a Zodiac en el crimen de Rhonda Tyler, él no es ningún Zodiac -dijo ella-. ¿Qué opinas de eso?

King meneó la cabeza.

–Me parece que estos crímenes no son más que la salva inaugural.

–¿Crees que recibiremos otra carta?

–Sí, y pronto. Todd no está muy convencido, pero estoy seguro de que se referirá a Canney y Pembroke. Hablará con Lulu Oxley para recabar más información sobre Rhonda Tyler.

Michelle miró al frente.

–¿Adonde vamos?

–A casa de los Battle. He llamado para concertar una cita. – La miró-. Nos pagan por este trabajo, ¿recuerdas?

–Guardó silencio y luego añadió-: Hoy ya has tenido suficientes emociones fuertes. ¿Seguro que quieres venir?

–Después de lo que he visto, ¿qué mal podría hacerme una visita a los Battle?

–A lo mejor te sorprende.

OceanofPDF.com

14

La mansión de los Battle se encontraba en la cima de una colina. Era un edificio extendido de tres plantas, de ladrillo, piedra y madera y rodeado de hectáreas de césped esmeralda puntuado con árboles añejos. Olía al dinero de varias generaciones aunque los montículos de dinero que la habían construido se remontaran a pocas décadas atrás. Se detuvieron ante la verja de la entrada, de hierro forjado. Había un interfono en un bajo poste negro. King bajó la ventanilla y pulsó el botón. Le respondió una voz y al cabo de un momento la verja se abrió. King enfiló el camino asfaltado.

–Bienvenida a la mansión Battle -dijo.

–¿Se llama así?

–Sólo bromeo.

–¿Dijiste que conocías a Remmy Battle?

–Como la mayoría de la gente, supongo. Alguna vez jugué al golf con Bobby. Es gregario y dominante pero los tiene bien puestos y muy mal carácter si alguien le contraría. Remmy es de las que no suelta prenda y hay que seguirle el juego. Y si la contrarías, necesitarás un urólogo y una buena dosis de agua milagrosa para recomponerte.

–¿De dónde sale el nombre de Remmy?

–Es una abreviatura de Remington. Según dicen, era la marca preferida de escopetas de su padre. Quienes la conocen convienen en que el nombre le va de maravilla.

–¿Quién me iba a decir que en esta ciudad vivía gente tan interesante? – Michelle contempló la mansión-. ¡Uau, menudo sitio!

–Por fuera lo es. Ya veremos qué te parece el interior.

Llamaron a la puerta y casi de inmediato la abrió un hombre de mediana edad, alto y musculoso, vestido con una chaqueta de punto amarilla, camisa blanca, corbata discreta y pantalones negros. Dijo llamarse Masón. La señora Battle estaba acabando de atender unos asuntos y

se reuniría con ellos en breve en la terraza trasera, les informó.

Mientras Masón les conducía por la casa, Michelle lo observaba todo, boquiabierta. Lo que veía valía mucho dinero, pero adivinaba cierto grado de austeridad que no se esperaba.

–El interior es precioso, Sean -susurró.

–No me refería a este interior -musitó él-. Me refería a las personas.

Llegaron a la terraza trasera y vieron una mesa servida con té tanto frío como caliente y tentempiés variados. Masón les sirvió las infusiones y se marchó, cerrando las cristaleras tras de sí discretamente. La temperatura rondaba los veintipocos grados al sol y el aire estaba un poco bochornoso tras las últimas lluvias.

Michelle bebió un sorbo de té helado.

–¿Entonces Masón es una especie de mayordomo? – le preguntó.

–Sí, lleva toda la vida con ellos. De hecho es más que un mayordomo.

–¿Un confidente? Tal vez nos resulte útil para nuestros fines.

–Probablemente sea demasiado leal para esa opción -respondió King-. Pero, claro, nunca se sabe hasta dónde llegan las lealtades. Hay que preguntar, a poder ser con algo que ofrecer a cambio.

Oyeron un chapuzón y los dos se acercaron a la barandilla de hierro que rodeaba una parte de la terraza y admiraron los bellos jardines traseros.

La zona de descanso al aire libre que se veía desde allí

incluía una construcción de piedra, un amplio solárium, un comedor cubierto y una enorme piscina ovalada bordeada de ladrillo y losetas.

–Siempre me he preguntado cómo viven los verdaderamente ricos -dijo Michelle.

–Viven igual que tú y que yo, sólo que mucho mejor.

Del agua nítida y azul y, por supuesto, climatizada, emergió una joven rubia con un escueto biquini. Medía uno setenta y no cabía duda de que sus curvas y pechos eran el blanco de todas las miradas. Tenía piernas, brazos y hombros magníficamente torneados y llevaba un aro en el ombligo de su vientre plano. Cuando se agachó para recoger una toalla, se le vio un gran tatuaje en una de las nalgas, casi enteramente al descubierto.

–¿Qué lleva tatuado en el trasero? – preguntó Michelle.

–Su nombre. Savannah. – Observó a la joven secarse con la toalla-. Es increíble lo que llegan a tatuarse, y encima en letra cursiva.

–¿Ves todo eso desde aquí? – preguntó Michelle enarcando las cejas.

–No; lo vi en otra ocasión. – Rápidamente corrigió su respuesta-: En una fiesta con chapuzón en la piscina incluido.

–Aja. El nombre en el culo, vaya, ¿para que a los tíos no se les olvide?

–Prefiero no pensar en el motivo.

Savannah alzó la mirada y, al verlos, los saludó con la mano. Se enfundó un fino albornoz transparente, se calzó unas chancletas y se dispuso a subir por las escaleras de terrazo en dirección a ellos.

Cuando llegó a la terraza, dio un abrazo a King, estrujando su prominente busto contra el pecho de él. Sus rasgos faciales no eran tan perfectos como su cuerpo; la nariz, el mentón y la mandíbula eran demasiado cuadrados y un tanto irregulares, pero aquello era ser quisquillosa, decidió Michelle. Savannah Battle era una mujer muy hermosa.

Savannah repasó de arriba abajo a King con admiración.

–Te aseguro, Sean King, que cada vez que te veo estás más guapo. No es justo. Las mujeres nunca dejamos de envejecer. – Lo dijo con un acento sureño que a Michelle le sonó afectado.

–Bueno, está claro que tú no tienes que preocuparte por eso -dijo Michelle al tiempo que le tendía la mano-. Soy Michelle Maxwell.

–Oh, qué amable -dijo Savannah con tono agrio.

–Felicidades por tu graduación -dijo King-. Has ido a la William and Mary, ¿verdad?

–Papá siempre quiso que fuera a la universidad, y eso hice, aunque no puedo decir que me haya encantado.

Se sentó y empezó a secarse lentamente sus magníficas piernas con movimientos sensuales dirigidos a King, o eso interpretó Michelle. Acto seguido le hincó el diente a unos sandwiches diminutos.

–¿Qué carrera has estudiado? – preguntó Michelle, pensando que debía de haber obtenido el diploma de animadora u organizadora de fiestas, o ambos.

–Ingeniería química -respondió sin dejar de masticar. Al parecer nadie le había enseñado a no hablar con la boca llena-. Papá hizo fortuna como ingeniero y supongo que de tal palo tal astilla.

–Sentimos lo de Bobby -dijo King.

–Sabrá reponerse -respondió ella con seguridad.

–He oído decir que piensas independizarte.

Savannah frunció el entrecejo.

–Supongo que la gente se lo está pasando en grande pronosticando lo que voy a hacer. La niña Battle con un fondo fiduciario a su disposición -añadió con acritud.

–No lo he dicho por eso, Savannah -repuso King.

Ella desechó su disculpa con un gesto de la mano.

–Llevo toda la vida aguantando eso, así que ¿por qué preocuparme ahora? Tengo que forjarme mi propio camino y con los padres que tengo no resulta fácil. Pero haré algo de provecho. No iré por la vida comprando la felicidad a golpe de talonario.

A medida que la escuchaba, Michelle fue formándose una opinión más positiva de la joven.

Savannah se limpió la boca con la mano y dijo:

–Sé por qué estáis aquí. Es por Júnior Deaver, ¿verdad? No entiendo cómo fue capaz de cometer tamaña estupidez. Me refiero a que mi madre no va a quedarse sentada mientras él se larga con su anillo de bodas, ¿no?

–A lo mejor no fue él -dijo King.

–Seguro que fue él -respondió Savannah y se secó un poco más el pelo con la toalla-. Por lo que he oído, dejó tantas pruebas que, ya puestos, podía haberse sentado a esperar que llegara la policía. – Se llevó otro trozo de sandwich a la boca y, de postre, se zampó un puñado de patatas fritas.

–¡Deja de comer como una cerda, Savannah! – gritó una voz severa-. ¡Y si no te importa intenta sentarte como una señorita!

Savannah, que estaba repantigada en la silla con las piernas abiertas como una puta al acecho, se enderezó de repente y juntó los muslos como si tuvieran pegamento, al tiempo que se cubría las rodillas con el albornoz.

Remington Battle apareció en la terraza irradiando tanta presencia como una leyenda de Broadway capaz de dominar al público con un arqueamiento de cejas.

Iba vestida de forma impecable: falda plisada de un blanco inmaculado por debajo de la rodilla, zapatos de salón clásicos con un poco de tacón, blusa azul estampada y cubierta en parte por un suéter blanco sobre los hombros. Era varios centímetros más alta que su hija, aproximadamente como Michelle, y llevaba un peinado con mechas castaño rojizo y pulcro maquillaje. Tenía facciones marcadas, de hecho casi apabullantes visualmente. Michelle supuso que de joven Remmy había sido incluso más hermosa que su hija. A sus sesenta años seguía siendo una mujer muy bella. No obstante, su mirada era lo más peculiar: parte águila, parte lince e intimidante como pocas.

Remmy estrechó la mano de King y éste le presentó a Michelle. Esta notó que la dama la repasaba con la mirada de

forma severa y sospechó que Remmy Battle hallaba mucho que criticar en su vestimenta informal, la ausencia de maquillaje y su pelo alborotado. De todos modos, la mujer enseguida volvió a centrarse en su hija.

–En mis tiempos no recibíamos a los invitados medio desnudas -declaró con frialdad.

–Estaba nadando, mamá. No suelo nadar con traje de fiesta -espetó Savannah, aunque empezó a morderse una uña nerviosamente.

Remmy le dedicó una mirada tan penetrante que Savannah acabó por coger otro sandwich y un puñado de patatas fritas, se levantó, farfulló algo que a Michelle le sonó a «vieja bruja» y se alejó haciendo resonar las chancletas mojadas como si fueran signos de exclamación.

Remmy Battle se sentó y dedicó toda su atención a King y Michelle.

Los dos dejaron escapar un suspiro mientras ella los taladraba con la mirada. Para Michelle fue toda una introducción a la mansión Battle. En ese momento comprendió a qué se refería King en cuanto a juzgar el «interior».

15

–He de pediros disculpas por Savannah -dijo Remmy-. La quiero pero a veces me cuesta creer que tengamos lazos de sangre, o de cualquier otra naturaleza, ya puestos.

–No se preocupe, señora Battle, es una niña -dijo Michelle-. A su edad se hacen locuras.

–¡No es una niña! – replicó Remmy-. ¡Tiene veintidós años! ¡Se ha licenciado en una de las mejores universidades de la costa Este! *Piercing en el ombligo y tatuajes en el trasero! ¡No la envié a la universidad para que perdiera la cabeza!*

Michelle miró a King en busca de ayuda.

–Remmy, sentimos mucho lo de Bobby. ¿Qué tal está? – terció éste.

–Sigue en estado crítico -respondió la mujer con el mismo tono severo. Se llevó la mano a la frente y prosiguió con voz más comedida-: Lo lamento. Aquí me tenéis, quejándome de Savannah y olvidándome de vosotros. Es que últimamente han pasado muchas cosas. – Hizo una pausa y añadió lentamente-: Bobby estuvo mucho tiempo en coma, y los dichosos médicos ni siquiera sabían si iba a recuperarse. Pero entonces un día despertó. Incluso pudieron quitarle la respiración asistida. Hace dos noches pronunció sus primeras palabras.

–Es muy alentador -dijo King.

–Es normal pensarlo así, ¿no? Lo cierto es que no habló con coherencia. Soltaba nombres y no dijo nada que tuviera sentido. Cielos, todavía no saben si ha vuelto a entrar en coma o no.

–Supongo que a los médicos les resulta difícil determinarlo.

–Teniendo en cuenta lo que cobran, yo esperaría que caminasen sobre el agua y tuvieran línea directa con Dios -ironizó ella con amargura.

–¿Podemos hacer algo para ayudar?

–Ahora mismo un par de oraciones no irían mal.

Masón apareció con una bandeja con café. Le sirvió una taza a su ama y les ofreció a Michelle y King; ambos rehusaron y Masón volvió a la casa.

–No hay nada como una reconfortante taza de café por la tarde. – Remmy bebió un largo sorbo y se arrellanó en el asiento-. Harry Carrick es un abogado estupendo y Júnior tiene suerte de contar con él. – Hizo una pausa, bebió otro sorbo y añadió-: Pero fue Júnior. Lo sé como si lo hubiera visto con mis propios ojos.

–Pero precisamente se trata de eso, Remmy -dijo King, aprovechando la ocasión-, no le viste. Nadie le vio.

Ella desestimó el comentario con un gesto que a Michelle le recordó el que Savannah hiciera con anterioridad.

–Las pruebas son abrumadoras.

–Cierto, demasiado abrumadoras -dijo King-. A lo mejor le tendieron una trampa para incriminarle.

Remmy lo miró como si le hablara en chino.

–¿Quién en su sano juicio querría tenderle una trampa a alguien como Júnior Deaver? – replicó.

–Quienquiera que entrase en la casa y robara tus pertenencias -repuso King-. ¿Realmente te imaginas a Júnior trapicheando con bonos al portador y joyas robadas?

–Él no sabía qué encontraría. También había dinero en metálico. No hace falta ser Einstein para gastar dinero en efectivo, ¿no?

–Lo único que queremos es echar un vistazo y hablar con algunas personas. Y aunque trabajemos para Harry y Júnior, doy por supuesto que quieres que apresen al culpable.

Remmy sonrió.

–Estás en lo cierto, señor King, aunque ya lo han apresado. – De repente se enfureció y espetó-: ¡Si ese cabronazo me dijera dónde demonios está mi anillo de bodas, quizá convencería al fiscal para que retirara los cargos! ¿Por qué no se lo decís a Harry? ¡Así a lo mejor acabamos con esto de una puñetera vez!

El acento sureño de la mujer era más pronunciado cuando estaba enfadada y, a diferencia de su hija, no tenía nada de afectado. Michelle dejó su taza de té, que estuvo a punto de caérsele tras el arrebato de Remmy. Dio las gracias a Dios por no tener una madre como Remington Battle.

King le respondió sin inmutarse.

–Tomamos buena nota de ello, Remmy, pero ¿podemos echar un vistazo?

Ella lo miró de hito en hito y apretó los labios para dominar su ira. Por un instante Michelle temió que la mujer iba a lanzarle a King la taza de reconfortante café. «Tal vez debería pasarse al descafeinado», pensó.

Al final, Remmy se levantó de la silla y les indicó que la siguieran.

–Qué diablos, os lo enseñaré yo misma.

16

Remmy Battle los condujo al interior y subieron por la escalera hasta la segunda planta. Según observó Michelle, parecía que habían ido ampliando la casa con el tiempo y las alas nuevas salían del viejo bloque central.

Remmy pareció leerle el pensamiento, porque dijo:

–Hace décadas que la casa se está ampliando. Muchos de nuestros amigos tienen fincas bonitas en distintos lugares del mundo, pero ésta es la única que Bobby y yo siempre hemos querido. En ciertas partes parece una especie de mezcolanza y algunos pasillos desembocan en una pared pero a mí… -se corrigió al instante- a nosotros nos encanta.

Llegaron a una puerta que Remmy abrió.

Se trataba de una habitación con muebles bonitos, pintada con colores agradables y con una hilera de ventanas. Una de ellas parecía nueva.

Remmy la señaló.

–Entró por ahí. La policía dice que utilizó una palanca. Al final me dieron permiso para que arreglara el estropicio.

King observó un pequeño marco rajado que había en una cómoda. No tenía cristal. Lo tomó.

–¿Qué le ha pasado a esto?

Remmy frunció el entrecejo.

–Ese cuadrito estaba en una mesa junto a la ventana. Se rompió cuando Júnior entró. Todavía no lo he arreglado.

King y Michelle observaron el retrato del joven que contenía el marco roto. El dibujo estaba rasgado por la mitad.

–¿Quién es? – inquirió King.

–Es un retrato de Bobby Jr. Nunca perdonaré a Júnior haberlo estropeado.

–Tengo entendido que tenías una especie de cajón oculto en el vestidor -dijo King.

Remmy asintió y les condujo al bonito vestidor de caoba. Tenía compartimientos empotrados por todas partes y la ropa, los bolsos, los zapatos, los sombreros y accesorios estaban perfectamente ordenados.

King lo observó con indisimulada aprobación. Él tenía todas sus pertenencias perfectamente ordenadas, hecho bien conocido por Michelle. Ella advirtió su expresión de satisfacción y, cuando Remmy no miraba, le dio un golpecito en el brazo, se estremeció como si tuviera un orgasmo y luego fingió fumarse un cigarrillo tras consumar el acto.

–¿Dónde está el cajón oculto, si puedo preguntarlo? – dijo King después de fulminar con la mirada a su socia.

Remmy extrajo un cajón ligeramente y luego dio un golpecito a una pieza plana de madera que había más abajo. Se abrió y dejó al descubierto un compartimiento de unos cuarenta y cinco por sesenta centímetros.

–Un frente falso -explicó Remmy-. Parece un trozo de madera de relleno, pero si se extrae el cajón de encima se prepara una palanca en el frente falso. Si luego se da un golpecito en el extremo superior derecho de ese frente la palanca se acciona y el cajón se abre.

King examinó el mecanismo.

–Muy inteligente.

–Siempre quise un cajón secreto en mi vestidor -dijo Remmy-. Desde que era pequeña.

–Pero el ladrón no sabía cómo abrirlo, ¿no? – observó Michelle.

–Júnior Deaver no sabía cómo abrirlo -la corrigió Remmy-. Prácticamente todos los cajones estaban destrozados y forzados. Me ha costado una fortuna arreglarlos. Se lo haré pagar a Júnior en el tribunal. Que no se os olvide decírselo a Harry.

–Pero ¿cómo es posible que alguien, aparte de usted, supiera que aquí había un cajón secreto? – quiso saber Michelle.

–Con los años supongo que debo de haberlo mencionado alguna vez. No pensé que supusiera ningún riesgo porque creía que nuestro sistema de seguridad era de primera categoría.

–¿El sistema estaba encendido? – preguntó King.

–Sí, pero no hay detectores de movimiento en la segunda planta, y las ventanas de aquí tampoco están conectadas. Instalamos el sistema hace años después de casi una tragedia. Supongo que entonces pensamos que quienes llegan a la primera planta no se aventuran a la segunda -añadió.

–¿Cuál fue la casi tragedia? – preguntó King.

Remmy lo miró.

–Secuestraron a mi hijo Eddie.

–Nunca lo había oído -dijo él.

–Ocurrió hace más de veinte años, cuando estudiaba en la universidad.

–Pero todo acabó bien, obviamente -dijo King.

–Sí, gracias a Dios. Ni siquiera tuvimos que pagar el rescate de cinco millones de dólares.

–¿Por qué? – inquirió Michelle.

–El FBI siguió la pista del secuestrador y lo mató en un tiroteo. De hecho, Chip Bailey, el agente del FBI que rescató a Eddie y mató al secuestrador, vive cerca de aquí. Sigue trabajando para el FBI, en Charlottesville.

–¿No había nadie en la casa cuando se produjo el robo? – preguntó King.

Remmy se sentó en el borde de una gran cama con dosel, dando golpecitos con sus dedos largos y esbeltos en el poste tallado.

–Savannah todavía estaba en la universidad -dijo-. Acabó la carrera en invierno pero decidió quedarse a pasarlo bien como licenciada. Supongo que os habéis percatado de que a mi hija le gusta la juerga. Eddie y Dorothea no estaban en la ciudad. Masón, nuestro ayudante, y Sally, la chica que

se encarga de las caballerizas, viven en una casa al fondo de la finca. De todos modos, no se habrían dado cuenta de nada. Las ventanas de mi dormitorio dan a una parte bastante aislada.

–Entonces ¿vive sola en la casa? – preguntó Michelle.

–Vivo con mi marido. Nuestros hijos ya son mayores y ya hemos dado suficiente cobijo a amigos y parientes durante años. La casa casi siempre estaba llena. Ahora la disfrutamos sólo nosotros.

–La noche del robo la casa estaba vacía -dijo King-. Tengo entendido que estabas en el hospital con Bobby, ¿no es así?

–Así es, en el Wrightsburg General.

–Nos dijeron que usted no regresó a casa hasta las cinco de la mañana -apuntó Michelle-. ¿El horario de visitas es tan permisivo?

–Dormí en una habitación privada en la misma planta que él y que me ofreció el hospital -explicó Remmy.

–Qué detalle por su parte -comentó Michelle.

–Nuestro nombre se lee en la fachada del hospital, querida -replicó Remmy con altivez, antes de añadir con voz más rotunda-: La verdad es que por quince millones de dólares me pareció que era lo mínimo que podían hacer.

–Oh -dijo Michelle tímidamente.

–La policía me dijo que todas las pruebas apuntan a Júnior, incluidas las huellas dactilares.

–Pero estaba trabajando aquí-le recordó King-. Eso podría explicar la presencia de las huellas.

–Las encontraron en la cara externa de uno de los cristales de la ventana forzada -repuso ella, y añadió-: Contraté a Júnior para que trabajara en el dormitorio, no en el exterior de la puñetera ventana.

–También robaron en el vestidor de Bobby, ¿verdad?

–Lo forzaron.

–¿Y qué se llevaron? – preguntó Michelle.

–Venid, podéis verlo con vuestros propios ojos.

Enfilaron el pasillo hasta otra puerta. Era una habitación

que apestaba a humo de puro y tabaco de pipa. A Michelle le pareció una estancia muy masculina. Sobre la chimenea había un soporte para escopetas aunque no sostenía ningún arma. De otra pared colgaba un par de espadas antiguas, cruzadas y formando una gran X. Había varios óleos de caballos espléndidos. En un rincón se veía un soporte para pipas con varias más que usadas. En otro rincón había una mesa de escritorio y una silla. La cama era pequeña y la cómoda contigua estaba repleta de revistas de pesca, caza y ciencia. Había una pared entera recubierta con fotos de Bobby Battle. Era un hombre alto, de pecho abultado, pelo oscuro y ondulado y unas facciones que parecían férreas. En la mayoría de las fotos estaba pescando o cazando, aunque en una se le veía saltando en paracaídas de un avión y en otra pilotando un helicóptero.

Remmy arrugó la nariz.

–Lo siento por el olor. Hace días que está aireándose pero el olor persiste. Debe de haber impregnado la moqueta y los muebles. A Bobby le encantan las pipas y los puros.

Mientras Michelle observaba la guarida de Robert E. Lee Battle visualizaba mentalmente imágenes del hombre aparte de las que veía en las fotos: un hombre fuerte como un toro que vivía la vida al límite y no dejaba títere con cabeza. La idea de que un hombre como aquél estaba en coma la deprimió, aunque no lo conocía y le desagradaba su fama de mujeriego.

Michelle señaló varias fotos de Battle con grupos de personas.

–¿De dónde son éstas?

–Con empleados suyos. Bobby es un ingeniero reconvertido en empresario. Tiene más de cien patentes. A juzgar por esta habitación podrías pensar que mi esposo se ha dedicado a la buena vida, pero, por encima de todo, Bobby es muy trabajador. Todo lo que ha inventado le proporciona dinero.

–¿Cuándo se conocieron? – preguntó Michelle, y se apresuró a añadir-: Ya sé que es una pregunta personal pero parece un hombre fascinante.

A Remmy le hizo gracia la pregunta.

–Hace cuarenta y cinco años entró en la tienda de ropa de mi padre en Birmingham, Alabama, y anunció que me había visto en varias ocasiones y que era la mujer más guapa que conocía y que iba a casarse conmigo. Y que sólo quería que mi padre lo supiera, aunque dijo que no venía a pedirle mi mano, lo cual era y sigue siendo la costumbre en aquellas tierras. Dijo que la única persona a la que tenía que convencer de sus intenciones era a mí. Y lo consiguió. Yo sólo tenía dieciocho años y no sabía nada de la vida, pero no era una incauta. Al final me conquistó.

–Menudo torbellino de hombre -dijo King.

–Es diez años mayor que yo. Cuando nos casamos no tenía demasiado dinero pero poseía la inteligencia y el empuje para conseguirlo. Era especial. Y aun así me eligió a mí. – Pronunció esta última frase con una humildad sorprendente.

–Bueno, no puede decirse que no fueras un buen partido -comentó King con sinceridad.

–Supongo que fui una de las pocas que supo hacerle frente. Oh, tuvimos nuestros más y nuestros menos, como todo el mundo -añadió con voz queda. Abrió una puerta y anunció-: El vestidor de Bobby.

Era mucho más pequeño que el de su mujer pero también estaba muy ordenado.

Remmy apartó unos pantalones que colgaban de unas barras y señaló el lateral de uno de los compartimientos, donde había un panel de madera roto.

–Aquí hay un cajón secreto, del mismo tamaño que el mío. Uno de los cajones de este armario grande no llega hasta el fondo, ya lo veis. Es un truco inteligente porque desde delante es prácticamente imposible saber la hondura de los cajones. Y no se ve el ojo de la cerradura en el lateral,

a no ser que lo busques. He estado aquí miles de veces y nunca me había fijado.

King le lanzó una mirada.

–¿O sea que no sabías que Bobby tenía un cajón secreto?

Remmy apretó los labios: había hablado más de la cuenta.

–No, no lo sabía -reconoció.

–¿Qué robaron?

–¿Qué más da? Sé lo que me robaron a mí.

–Remmy, ¿quieres decir que no sabes qué guardaba Bobby aquí? – preguntó King.

Ella permaneció callada unos instantes. Cuando respondió, lo hizo con un tono más contenido.

–No, no lo sé.

17

–Vaya -dijo Michelle en cuanto salieron de la casa-. Un psiquiatra podría escribir un manual sólo con la relación entre Savannah y Remmy.

–El hecho de ignorar qué había en el cajón secreto de Bobby la saca de quicio -observó King al tiempo que volvía la vista hacia la mansión.

–Y resulta que su vestidor estaba destrozado y el de Bobby no. Significativo, ¿np?

–Cierto. El ladrón sabía dónde estaba el escondrijo de Bobby, pero no tenía la llave para abrirlo.

Antes de marcharse habían hablado con Masón y el resto del servicio. Sus respuestas habían sido increíblemente coincidentes: todos estaban en la casa de la parte trasera y no habían oído ni visto nada cuando se produjo el robo.

Subieron al coche pero, en vez de marcharse, él condujo el Lexus por el camino asfaltado que conducía a la parte posterior de la finca.

–¿Adonde vamos? – preguntó Michelle.

–Conocí a Sally Wainwright, la encargada de las caballerizas, en un certamen ecuestre el año pasado. Vamos

a comprobar si tampoco vio ni oyó nada aquella noche.

Sally, de unos veinticinco años, era mona y menuda pero enjuta y nervuda; llevaba su melena castaña recogida en una coleta. Estaba limpiando un box cuando Michelle y King se aproximaron. Se secó el sudor de la cara con un trapo y se acercó al coche.

–Probablemente no te acuerdes de mí-empezó King-, pero el año pasado pasé un día contigo en el certamen de adiestramiento para recaudar fondos en Charlottesville.

Sally esbozó una ancha sonrisa.

–Por supuesto que me acuerdo de ti, Sean. – Miró a Michelle-. Tú y la señorita Maxwell sois muy famosos por aquí.

–O infames -repuso él. Lanzó una mirada a los establos y los caballos-. ¿Hay muchos Battle que sigan montando? – preguntó.

–Dorothea nunca ha montado. Eddie bastante a menudo; se dedica a las recreaciones de la guerra de Secesión y a veces ensilla uno.

–¿Te gusta ese tipo de cosas? – preguntó Michelle.

Sally soltó una risita.

–Yo soy de Arizona y la guerra de Secesión me importa un bledo.

–Veo el caballo de Savannah. Solía participar en competiciones, ¿verdad? – dijo King.

Sally arrugó el entrecejo.

–Solía.

King esperó a que aclarase ese comentario.

–Es una gran amazona. Aunque no se le da tan bien limpiar, cepillar y tratar con personas que no han nacido en cuna de oro. – De repente pareció temer haber hablado más de la cuenta.

–No te preocupes, Sally -dijo King para tranquilizarla-. Sé a qué te refieres. – Hizo una pausa antes de añadir-: ¿La señora Battle monta a caballo?

–Llevo aquí cinco años y no la he visto montar ni una sola vez. – Se apoyó en el rastrillo-. Antes os he visto llegar. ¿Habéis venido de visita?

King le dijo por qué estaban allí y Sally arrugó de nuevo el entrecejo.

–No sé nada del tema -dijo.

–O sea que supongo que estabas en casa con Masón y los demás cuando ocurrió.

–Sí. Me acuesto temprano. Tengo que levantarme al alba.

–Ya. Bueno, si se te ocurre algo, llámame. – Le tendió una tarjeta de visita, que ella ni siquiera miró.

–No sé nada, Sean, de verdad que no.

–De acuerdo. ¿Viste a Júnior Deaver por aquí alguna vez?

Sally vaciló antes de contestar.

–Un par de veces. Cuando él trabajaba aquí.

–¿Hablasteis alguna vez?

–En una ocasión, quizá -dijo de forma evasiva.

–Bueno, gracias y hasta pronto, Sally.

Se marcharon. King miró por el retrovisor y se fijó en que la joven parecía muy nerviosa.

–Nos oculta algo -dijo Michelle.

–Ya.

–¿Adonde vamos ahora?

King señaló una gran casa situada al otro lado de la valla de listones de madera.

–Nos faltan dos Battle para dar por concluida la jornada -afirmó.

18

–O sea que éstas son las cocheras -dijo Michelle al apearse del coche y observar la estructura de ladrillo de unos cuatrocientos metros cuadrados-. ¡Pensaba que eran más grandes! – añadió con ironía.

–Supongo que depende del tamaño del coche. – King lanzó una mirada al Volvo familiar último modelo-. Ése es el de Eddie.

–Déjame que lo adivine: ¿eres clarividente?

–No, pero veo un uniforme de soldado confederado y un caballete para pintar en la parte trasera.

Eddie Battle abrió la puerta y los acompañó al interior. Era un hombre corpulento, por lo menos de uno noventa y de cien kilos de puro músculo. Tenía el cabello oscuro y rebelde y unos sorprendentes ojos azules, los rasgos marcados y curtidos por la vida al aire libre. Michelle observó que había heredado el pelo de su padre y que la boca y los ojos procedían directamente de su madre. Sin embargo, carecía de la severidad y fría reserva de ella; de hecho, su temperamento juvenil resultaba cautivador. Le recordaba a un guapo surfero de California ya entrado en años.

Les estrechó la mano, los condujo a la sala de estar y los invitó a sentarse. Tenía los antebrazos, musculosos y de venas bien marcadas, manchados de pintura y llevaba algo parecido a botas de caballería con las perneras de unos vaqueros desteñidos por dentro. La camisa blanca de trabajo tenía varios rotos y manchas de pintura; iba sin afeitar. Parecía la antítesis del hijo de un ricachón.

Rió entre dientes cuando advirtió que Michelle le miraba el calzado.

–La semana pasada me mataron durante una torpe carga contra una posición unionista fortificada en Maryland. Quería morir con las botas puestas y parece que no soy capaz de reunir la energía suficiente para quitármelas. Me temo que la pobre Dorothea está muy enfadada conmigo.

Michelle sonrió y King dijo:

–Probablemente te preguntes por qué estamos aquí.

–No. Mi madre me ha llamado para decírmelo. Me temo que no tengo mucho que contaros. Estábamos fuera cuando se produjo el robo. Dorothea estaba en una convención de agentes inmobiliarios en Richmond. Y yo luché en una fiera recreación de dos días en Appomattox y luego fui en coche

hasta Tennessee para admirar las primeras luces del día en las Smoky Mountains. Estaba pintando un paisaje -explicó.

–Suena agotador -dijo Michelle.

–No lo creas. Me gusta montar a caballo, jugar a los soldaditos y ponerme perdido de pintura. Soy como un niño que nunca ha tenido que hacerse mayor. Creo que a mis padres les duele ver en qué me he convertido, pero soy un buen artista, aunque nunca seré un maestro. Y los fines de semana hago de soldado. Soy un privilegiado y lo sé. Y por eso intento ser modesto y autocrítico. De hecho, tengo muchos motivos para ser modesto y crítico conmigo mismo. – Volvió a sonreír, mostrando una dentadura tan perfecta en cuanto a forma y color que Michelle supuso que se trataba de fundas.

–Eres sincero sobre tu persona -dijo Michelle.

–Mirad, soy hijo de padres multimillonarios y nunca he tenido que trabajar para ganarme la vida. No me doy aires e intento hacer lo que sé lo mejor posible. Sin embargo no estáis aquí por eso, así que adelante con las preguntas.

–¿Habías visto alguna vez a Júnior Deaver por aquí? –preguntó King.

–Sí, trabajaba mucho para mis padres. También hizo algunos trabajillos para mí y Dorothea y nunca tuvimos ningún problema con él. Por eso no entiendo lo del robo. Ganaba un buen dinero con nuestra familia, aunque quizá no fuera suficiente. He oído que hay muchas pruebas que relacionan a Júnior con el robo.

–Quizá demasiadas -apuntó King.

Eddie lo observó pensativo.

–Entiendo. Supongo que no he pensado demasiado en el asunto. Últimamente hemos estado muy absortos en temas familiares.

–Lamentamos lo de tu padre.

–Es curioso. Siempre pensé que nos enterraría a todos. Aunque todavía es posible. Está acostumbrado a salirse con la suya.

Se produjo un silencio antes de que King hablara.

–Esta pregunta puede sonar un tanto extraña pero tengo que formularla.

–Toda la situación es un tanto extraña, así que dispara.

–Al parecer tu padre tenía un cajón secreto en el vestidor y lo vaciaron. Tu madre no sabía nada del cajón y por tanto no sabe qué contenía. ¿Sabes algo al respecto?

–No. Que yo sepa, mis padres no tienen secretos el uno para el otro.

–Pero tienen habitaciones separadas -observó Michelle con brusquedad.

La afable sonrisa de Eddie se esfumó.

–Eso es asunto suyo. No significa que no duerman juntos o que no se quieran. Papá fuma puros y le gusta tener su cuarto de un modo determinado. Mamá no soporta los puros y le gusta tener sus cosas a su manera. La casa es grande y pueden hacer lo que les dé la real gana.

King adoptó una expresión de disculpa.

–Ya te dije que era extraña.

Eddie parecía dispuesto a ladrarles otra vez pero se contuvo.

–No sabía que papá tuviera un cajón secreto. Pero no soy su confidente.

–¿Tiene algún confidente? ¿Savannah, quizá?

–¿Savannah? No, yo tacharía a mi hermana pequeña como posible fuente de información interna.

–Supongo que estaba fuera, en la universidad -dijo Michelle.

–Por supuesto que estaba fuera, y mucho antes de ir a la universidad.

–Veo que no estáis muy unidos -dijo Michelle.

Eddie se encogió de hombros.

–La verdad es que ninguno de los dos tiene la culpa. Casi le doblo la edad y no tenemos nada en común. Cuando ella nació yo ya iba a la universidad.

–Tu madre nos contó lo que te pasó entonces -dijo King.

–A decir verdad, no recuerdo gran cosa. Nunca había visto a la persona que me secuestró hasta que me enseñaron su cadáver. – Eddie dejó escapar un largo suspiro-. Tuve mucha, mucha suerte. Mis padres se pusieron tan contentos cuando regresé que concibieron a Savannah. Por lo menos ésa es la anécdota oficial de la familia.

–Tu madre nos ha dicho que Chip Bailey ha pasado a ser un buen amigo.

–Me salvó la vida. ¿Cómo se paga eso?

King dirigió una mirada a Michelle.

–Te entiendo perfectamente.

Oyeron acercarse un coche que se detuvo con un chirrido de neumáticos delante de la puerta.

–Ha de ser Dorothea -dijo Eddie-. No le gusta perder el tiempo aparcando coches.

Michelle miró por la ventana y vio el gran Beemer negro. La mujer que bajó vestía una falda negra corta y ajustada, zapatos y medias negros y exhibía una melena ondulada del mismo color. Se quitó las gafas de sol, miró con severidad el coche de King y se dirigió a la puerta.

Dorothea entró en la sala a grandes zancadas, como una burda imitación, aunque fuera negro azabache, de Remmy Battle, o al menos eso pensó Michelle. Acto seguido se preguntó si la mujer había imitado conscientemente a su suegra. Delgada como dictan las modas pero con caderas curvilíneas, un trasero redondo y firme y unas piernas esbeltas y sexy,

tenía un pecho desproporcionadamente grande que, sin duda, había pasado por manos profesionales. Tenía la boca un poco grande para su rostro y el pintalabios quizá demasiado rojo para su tez clara. Los ojos eran de un tono verde apagado pero de expresión sagaz.

Se saludaron y presentaron y luego Dorothea encendió un pitillo mientras Eddie explicaba el motivo de la visita de King y Michelle.

–Me temo que no puedo ayudaros, Sean -dijo. Dorothea sólo miraba a King y parecía ignorar a Michelle a propósito-. No estaba en la ciudad cuando ocurrió.

–Cierto. O no había nadie o quienes estaban no se percataron de nada -dijo Michelle, que decidió hacerse notar.

Los ojos verdes y apagados se volvieron lentamente hacia ella.

–Lo siento si la familia y el servicio no planificaron su agenda colectiva para que coincidiera con las actividades delictivas de Júnior Deaver -replicó con tono glacial y condescendiente. Si hubiera tenido los ojos cerrados, Michelle habría jurado que la que hablaba era Remmy Battle. Antes de que Michelle tuviera tiempo de replicarle, Dorothea volvió a dirigirse a King-: Me parece que os equivocáis de presa.

–Sólo intentamos asegurarnos de que un hombre inocente no acabe en la cárcel.

–De todos modos me parece que estáis perdiendo el tiempo -repuso ella.

King se levantó.

–Bueno, al menos no vamos a hacer que lo perdáis vosotros -dijo con tono afable.

Mientras se marchaban, Michelle y King oyeron que alzaban la voz entre ellos.

Michelle miró a su socio.

–Me imagino que las reuniones familiares de los Battle deben de ser muy divertidas.

–Espero no experimentarlo nunca en carne propia.

–¿Hemos acabado ya por hoy? – preguntó Michelle.

–No; te he mentido. Aún falta Lulu Oxley.

19

Se detuvieron delante de una caravana doble estacionada de forma permanente sobre un cimiento de hormigón al final de un camino de grava. La línea eléctrica y

la de teléfono que llegaban hasta la caravana eran los únicos indicios de conexión con el mundo exterior. Los pinos escuálidos y los raquíticos arbustos de laurel ofrecían un telón de fondo deprimente para el muy modesto hogar de Júnior Deaver y Lulu Oxley. Delante de la caravana, como si de un centinela se tratara, había un Ford LTD antiguo y oxidado con el techo de vinilo resquebrajado, un cenicero lleno de colillas y una botella de Beefeater vacía en el asiento delantero, junto con matrículas abolladas y sucias de Virginia Occidental.

Sin embargo, Michelle se fijó en las jardineras de las ventanas de la caravana y en otras macetas llenas de flores primaverales que adornaban la escalerilla de madera que llevaba a la puerta. La caravana se veía vieja pero el exterior estaba limpio y en buen estado.

King miró el cielo.

–¿Qué buscas?

–Tornados. La única vez que me pilló uno estaba en una caravana en medio de Kansas. No se movió ni una sola brizna de hierba en toda la zona pero el tornado levantó la caravana y la dejó en Misuri. Por suerte, salí antes de que empezara la acción. El hombre al que había ido a interrogar sobre una red de falsificación decidió aguantar y lo encontraron en un campo de maíz a quince kilómetros de distancia.

King no se dirigió a la puerta principal sino que rodeó la caravana. Justo detrás del avance a unos doce metros y circundado en tres de los lados por árboles frondosos había un cobertizo de madera. No tenía puerta, las paredes internas estaban cubiertas de herramientas y en el suelo había un gran compresor. Cuando se acercaron a la estructura, un perro flaco, al que se le marcaban las costillas, salió del cobertizo, los vio y empezó a ladrar y a enseñarles los dientes amarillentos. Por suerte, el animal estaba encadenado a una estaca bien clavada.

–Bueno, basta ya de fisgonear -declaró King.

Mientras subían la escalerilla de la caravana una mujer corpulenta apareció detrás de la puerta mosquitera.

Tenía el cabello negro y abundante con mechones plateados. Llevaba un vestido que parecía un canelón púrpura pegado a su corpachón cuadrado y su rostro estaba formado por unas mejillas blancuzcas, papada triple, labios pequeños y unos ojos muy juntos. Tenía la piel muy pálida y prácticamente sin arrugas. De no ser por el color del pelo, habría sido difícil adivinar su edad.

–¿Señora Oxley? – dijo King tendiéndole la mano. Ella no se la estrechó.

–¿Quién cono lo pregunta?

–Soy Sean King y ésta es Michelle Maxwell. Harry Carrick nos ha contratado para realizar una investigación en nombre de su marido.

–Pues menuda hazaña teniendo en cuenta que mi marido lleva diez años muerto -fue su sorprendente respuesta-. Debéis de estar buscando a mi hija Lulu. Yo soy Priscilla.

–Perdone, Priscilla -dijo King y miró a Michelle.

–Ha ido a buscarlo. A buscar a Júnior. – Bebió un sorbo del tazón de Disneylandia que tenía en la mano.

–Pensaba que estaba en la cárcel -dijo Michelle.

La mujer la miró.

–Estaba. Para eso existen las fianzas, guapa. He venido desde Virginia Occidental para ayudarle con los niños hasta que Júnior salga de este lío, si es que sale. – Meneó su enor

me cabeza-. Hay que ser tonto para robar a los ricos, pero Júnior ha sido tonto toda su vida.

–¿Sabe cuándo volverán? – preguntó King.

–Pasarán por el colegio a recoger a los niños, así que no tardarán mucho. – Priscilla los miró con recelo-. ¿Y qué habéis venido a hacer exactamente?

–El abogado de Júnior nos ha contratado para buscar pruebas que demuestren su inocencia -explicó King.

–Pues tenéis mucho camino por delante.

–Entonces ¿cree que es culpable? – preguntó Michelle apoyándose en el pasamanos.

Priscilla la miró sin disimular su indignación.

–No es la primera vez que hace el gilipollas.

–A lo mejor no fue Júnior -dijo King.

–Sí, y a lo mejor yo llevo la talla S y tengo un programa en la tele.

–Si van a volver dentro de poco, ¿podemos esperarles dentro?

Priscilla levantó la pistola que llevaba en la otra mano; la había ocultado de su vista detrás de su cadera prominente.

–A Lulu no le gusta que deje entrar a gente. Y no puedo saber si sois quienes decís ser. – Encañonó a King-. No quiero dispararte, guapito, pero no me lo pensaré dos veces, y a tu amiguita flacucha igual, si intentáis algo raro.

King levantó la mano en señal de rendición.

–No pasa nada, Priscilla. – Hizo una pausa antes de añadir-: Tiene una buena pistola. Una HK de nueve milímetros, ¿verdad?

–Ni puta idea, era de mi marido -respondió Priscilla-. Pero lo que sí sé es dispararla.

–Daremos un paseo por aquí fuera y esperaremos -anunció King al tiempo que bajaba la escalerilla de espaldas y tiraba de Michelle.

–Muy bien. Y no me robéis el Mercedes -les advirtió Priscilla mientras cerraba la puerta.

–¿«Amiguita flacucha»? – dijo Michelle-. Me gustaría meterle la pistola por el…

King la cogió por el hombro y la alejó de la caravana.

–Mantengamos la calma y así podremos seguir jugando a los detectives.

Mientras se alejaban, King se agachó, tomó una piedra y la lanzó por un barranco.

–¿Por qué crees que Remmy Battle dejó el agujero en el compartimiento secreto del vestidor de Bobby? Hizo arreglar el suyo. ¿Por qué no también el de Bobby?

–A lo mejor está enfadada con él.

–¿Y crees que lo está porque no sabía que había un cajón secreto en el vestidor ni qué contenía?

–Ya puestos, hay algo más que me intriga -dijo Michelle-. ¿Por qué tenía el anillo de bodas en ese cajón? Nos ha dicho lo fantástico que es su marido, así que ¿por qué no lleva puesta la alianza? No puede ser por lo del cajón secreto. No lo descubrió hasta después de que le robaran el anillo y otras pertenencias.

–Quizá sospechara que Bobby le ocultaba algo, o quizá tuvieran problemas. Como dijo Harry, Bobby tenía amantes. O tal vez ella nos haya mentido.

A Michelle se le ocurrió otra idea.

–¿Crees que alguien contrató a Júnior para que entrara en la casa y robara lo que había en el cajón secreto de Bobby?

–¿Quién sabía de su existencia aparte de Bobby?

–La persona que lo construyó.

King asintió.

–Y esa persona podía dar por supuesto que allí se guardarían objetos de valor. De hecho, podría tratarse de la misma persona que hizo el de Remmy. Bobby podría haberlo contratado sin decírselo a su mujer.

–Bueno -dijo Michelle-, supongo que podemos descartar la opción de que Remmy contratara a Júnior para que entrara en la casa y robara lo que su esposo guardaba en el cajón. Si sabía dónde estaba podía haberlo hecho ella sólita.

–Si es que sabía dónde estaba. A lo mejor no lo sabía o no fue capaz de encontrarlo sola, y entonces contrató a Júnior para que lo encontrara y pareciera un robo.

–Pero si lo hubiera contratado, nunca habría llamado a la policía.

King negó con la cabeza.

–No si Júnior la traicionó y le robó sus objetos de valor mientras buscaba el alijo secreto de Bobby. A lo mejor Júnior

no está diciendo todo lo que sabe porque quiere ver cómo caen los naipes.

–Este caso es mucho más complicado de lo que la gente cree -admitió Michelle cansinamente.

–Nunca pensé que fuera sencillo.

Los dos se volvieron en dirección a la furgoneta que se detuvo junto a la caravana.

King observó a sus ocupantes y luego miró a Michelle.

–Lulu ha pagado la fianza. Júnior Deaver es el que va a su lado. Veamos si le sacamos la verdad.

–Teniendo en cuenta cómo nos han ido las cosas hasta ahora, no cuentes con ello. Las respuestas claras no abundan.

20

Júnior Deaver tenía el aspecto inequívoco de un hombre que se gana la vida con las manos. Llevaba los vaqueros y la camiseta llenos de manchas de pintura y parecía revestido de polvo de yeso. Medía casi dos metros y tenía brazos gruesos y fuertes, muy bronceados y con numerosas cicatrices, costras y por lo menos cinco tatuajes, según el recuento de Michelle, dedicados a varios temas desde las madres hasta Lulu pasando por la Harley-Davidson. El pelo castaño y largo le clareaba y lo llevaba recogido en una coleta que le resaltaba las canas y las entradas cada vez más pronunciadas. Llevaba una pequeña perilla y unas pobladas patillas casi le cubrían las mejillas regordetas. Sacó a su hija pequeña, una niña de seis años de hermosos ojos pardos y finas coletas, de la furgoneta con una ternura que Michelle nunca habría esperado de él.

Lulu Oxley era delgada y vestía un traje chaqueta negro recién planchado y zapatos de tacón bajo. Peinada de peluquería con el pelo castaño recogido en un original moño, llevaba unas gafas modernas de montura dorada. En una mano sujetaba un maletín y en la otra la manita de un niño de unos ocho años. Su tercer retoño, una niña de unos

doce años, la seguía cargada con una pesada mochila escolar. Los tres niños vestían el uniforme de una escuela católica de la zona.

King dio un paso adelante y le tendió la mano a Júnior.

–Júnior, soy Sean King. Harry Carrick nos ha contratado para que trabajemos en tu nombre.

Júnior miró a Lulu, quien asintió, y entonces estrechó a re

gañadientes y con excesiva fuerza la mano de King. Michelle vio que su socio hacía un gesto de dolor antes de soltársela.

–Te presento a mi socia, Michelle Maxwell.

Lulu los observó a los dos.

–Harry me avisó de que vendríais -dijo-. Acabo de sacar a Júnior y no quiero que vuelva a entrar.

–No voy a volver -gruñó Júnior-. Porque no he hecho nada malo. – Mientras lo decía, la niña que sostenía en brazos empezó a sollozar-. Oh, cielo. Mary Margaret, no llores. Papá se va a quedar en casa. – La niña siguió sollozando.

–¡Mamá! – llamó Lulu-, ven a buscar a los niños, ¿quieres?

Priscilla apareció en la puerta, sin pistola a la vista, e hizo entrar a los dos mayores en la caravana antes de tenderle los brazos a Mary Margaret para llevarse a la llorosa niña. Lanzó una mirada a Júnior.

–Bueno, ya veo que hoy día sueltan a cualquiera de la cárcel.

–¡Mamá! – exclamó Lulu con severidad-, entra y ocúpate de los niños.

Priscilla soltó a Mary Margaret que entró corriendo en la caravana. Luego asintió en dirección a King y Michelle.

–Este tío que tiene tanta labia y su chávala han venido a hacer un montón de preguntas. Dicen que trabajan para Júnior. Yo les dispararía un tiro de advertencia y les mandaría por donde han venido.

Al oír lo de «chávala» King agarró a Michelle del brazo para que no cometiese una imprudencia.

–Señora Oxley -dijo él-, como ya le he dicho, estamos aquí por Júnior. Ya hemos ido a ver a Remmy Battle.

–Vaya, la finolis -espetó Priscilla Oxley, y soltó un resoplido-. ¿Y qué tal está hoy la reina del cotarro?

–¿La conoce? – preguntó King.

–Trabajé en el Greenbrier Resort, en Virginia Occidental. Ella y su familia iban allí a menudo.

–¿Y era… exigente? – inquirió King.

–Era una tocahuevos -declaró Priscilla-. Y si Júnior

fue tan imbécil como para robarle a una bruja como ésa, se merece lo que le caiga.

Lulu señaló con el dedo a su madre.

–Mamá, tenemos cosas de que hablar con esta gente. – Miró hacia la puerta de la caravana, donde Mary Margaret estaba escuchando y temblando de angustia-. Cosas que los niños no tienen por qué escuchar.

–No te preocupes por eso, querida -respondió Prisci11a-, les informaré sobre todos los defectos de su padre. Sólo que me llevará unos dos meses.

–Madre, no lo hagas -dijo Júnior bajando la vista. Era bastante más alto que Priscilla, aunque no pesara mucho más que ella, pero tanto a King como a Michelle les quedó claro que le tenía terror a su suegra.

–No me llames madre. Con todo lo que Lulu y yo hemos hecho por ti, y ¿así nos lo pagas? ¡En menudo lío te has metido! ¡A ver si vas a acabar en la silla eléctrica!

Los sollozos de Mary Margaret se convirtieron en berridos y Lulu entró en acción.

–Disculpadme -dijo a King y Michelle.

Subió la escalerilla, agarró a su madre por el vestido y tiró de la voluminosa mujer hacia el interior de la caravana junto con Mary Margaret. Tras la puerta cerrada se oyeron gritos amortiguados y voces airadas y luego de repente se hizo el silencio. Al cabo de unos segundos, Lulu salió y cerró la puerta.

–Mamá a veces se pasa si ha bebido. Lo siento -se disculpó.

–No le caigo demasiado bien -dijo Júnior, aunque no hacía falta que lo aclarase.

–¿Por qué no nos sentamos aquí? – sugirió Lulu al tiempo que señalaba una vieja mesa de camping situada a la derecha de la caravana.

En cuanto lo hicieron, King les informó de la visita a los Battle.

–El problema está ahí -dijo Lulu señalando el cobertizo situado detrás de la caravana-. Le he dicho a Júnior un millón de veces que ponga una puerta y un cerrojo.

–Ya sabéis -dijo él tímidamente-, trabajo en casa de los demás y no tengo tiempo para la mía.

–Pero la cuestión es -continuó Lulu- que ahí puede entrar cualquiera.

–No si está *Luther* -dijo Júnior haciendo una seña hacia el perro que había salido del cobertizo otra vez y ladraba de alegría al ver a sus dueños.

–*¡Luther!* -exclamó Lulu con incredulidad-. Claro que ladra, pero no muerde, y se tumba como un bebé cuando alguien le ofrece un hueso. – Se volvió hacia King y Michelle-. Hay colegas que continuamente le piden herramientas. Si no estamos aquí, le dejan notitas diciendo cuándo devolverán lo que han cogido, pero a veces nunca lo devuelven. Está claro que *Luther* nunca ha cortado por lo sano.

–Dejan media docena de cervezas como agradecimiento -se apresuró a decir Júnior-. Son buenos chicos.

–Que son chicos está claro, pero lo de buenos está por ver -repuso Lulu con vehemencia-. Uno de ellos podría haberte tendido una trampa.

–Venga, nena, ninguno de ellos me haría una cosa así.

–Lo único que tenemos que presentar es una duda razonable. Si el jurado piensa que hay otra versión eso ya es positivo -explicó King.

–Es verdad, Júnior -dijo su mujer.

–Pero son amigos míos. No voy a meterlos en líos. Sé que no han hecho nada contra mí. Joder, es imposible que entraran en casa de los Battle. Y además tampoco iban a enfrentarse a la señora Battle, eso está más claro que el agua. No he ido a la universidad pero soy suficientemente listo como para no llevarme el puto anillo de bodas de esa mujer. Joder, ¡como si me hiciera falta!

–No tienes que hacer nada contra tus amigos -insistió King-. Sólo danos nombres y direcciones, e investigaremos con discreción. Probablemente todos tengan buenas coartadas y podamos pasar a otra cosa. Pero mira, Júnior, sean amigos o no, necesitamos encontrar a otros posibles sospechosos. Las pruebas en tu contra son muy consistentes.

–Escúchale, Júnior-dijo su mujer-. ¿Quieres volver ala cárcel?

–Claro que no, nena.

–¿Pues entonces? – Ella lo miró expectante.

Júnior les dio varios nombres y direcciones a regañadientes.

–Vamos a ver, Júnior -dijo King con tacto-. Tienes que ser muy claro conmigo. Trabajamos para tu abogado, así que todo lo que digas es confidencial, no saldrá de aquí. – Hizo una pausa y escogió sus palabras con cuidado-. ¿Tuviste algo que ver con ese robo? No me refiero a que lo cometieses tú, pero ¿es posible que hicieras algo para ayudar a otra persona a cometerlo, quizás incluso sin saberlo?

Júnior se levantó con los puños apretados.

–Muy bien, gilipollas, ¿qué te parece si te parto la cara? – bramó.

Michelle se levantó y llevó la mano a la cartuchera, pero King le hizo una señal de que no se moviera.

–Júnior, mi socia fue atleta olímpica, tiene varios cinturones negros y podría partirnos la boca a los dos con

un solo movimiento. Además lleva una nueve milímetros y te podría meter una bala entre ceja y ceja en menos que canta un gallo. Ha sido un día largo y estoy cansado, ¡así que siéntate y empieza a usar la cabeza antes de que acabemos mal!

Júnior miró boquiabierto a Michelle, quien le devolvió la mirada sin el menor rastro de preocupación o temor. El se sentó pero siguió mirándola cada tanto mientras King continuaba.

–No queremos llevarnos sorpresas por el camino. Así que si hay algo que no nos hayas contado a nosotros o a Harry, tendrás que hacerlo ahora mismo.

Tras unos instantes Júnior negó con la cabeza.

–No os he ocultado nada. Yo no fui y no tengo ni idea de quién fue. Y ahora me largo a ver a mis hijos. – Se levantó y entró en la caravana pisando fuerte.

21

Cuando King y Michelle regresaron al coche Lulu les acompañó.

–Júnior es buena persona. Nos quiere a los niños y a mí -declaró-. Trabaja mucho pero sabe que la situación no pinta bien para él y eso le está amargando la vida. – Soltó un largo suspiro-. Las cosas nos iban bien, quizá demasiado bien. El trabajo me va de maravilla y Júnior tiene más trabajo del que puede asumir. Estamos construyendo una casa y a los niños les va muy bien en el colegio. Sí, a lo mejor es que nos iba demasiado bien.

–¿Has conservado tu nombre de soltera? – preguntó Michelle.

–No tengo hermanos -repuso Lulu-. Mis hermanas adoptaron el apellido de sus maridos. Quería conservar el apellido al menos mientras viva.

–Trabajas en el Aphrodisiac, ¿verdad? – preguntó King.

Lulu se sorprendió.

–Sí. ¿Cómo lo sabes? – Esbozó una sonrisa-. No me digas que has estado allí.

King le devolvió la sonrisa.

–Sí, una vez, hace años.

–Cuando fui a trabajar allí era más que nada una casa de putas. Entonces se llamaba Love Shack, ¿sabes?, por la canción de los B'52. Pero yo le veía más posibilidades. Con los años lo he convertido en un buen club. Sí, todavía hay bailarinas y esas cosas, pero eso no es más que una sección, lo que se conserva del original. Júnior hizo buena parte de las obras de renovación. Tendríais que ver cómo ha quedado, columnas de madera, bonitas molduras, cortinas elegantes y paredes empapeladas. Tenemos un restaurante muy bueno, con mantelerías y vajilla de porcelana, sala de billar y un lugar para jugar a cartas, una sala de cine y un bar de primera con una zona acondicionada especialmente para que los hombres fumen puros. Además, acabamos de abrir un club para los empresarios locales. Un lugar para relacionarse, ya sabéis. Tenemos acceso a Internet, un centro de negocios. Los ingresos aumentaron un ochenta y seis por ciento el año pasado y fue el mejor de los últimos diez. Además he insistido para que cambien el nombre por algo un poco más…

–¿De mejor gusto? – sugirió Michelle.

–Sí -afirmó Lulu-. Soy propietaria de una parte del local, o sea que eso supone mi jubilación y la de Júnior. Quiero que sea lo más rentable posible. Tengo los costes a raya, un nivel de deuda asumible y un flujo de ingresos con muy poca competencia directa, y nuestra clientela media es perfecta: varones con ingresos elevados a quienes no les importa gastar dinero. Tendríais que ver nuestras cifras de beneficios brutos en comparación con lo que era.

–Hablas como toda una mujer de negocios -dijo Michelle.

–Las vueltas que da la vida. Ni siquiera acabé el instituto. Mi padre tuvo un aneurisma cuando yo tenía dieciséis años. Dejé los estudios para cuidar de él. Supongo que no lo hice

demasiado bien porque se murió. Pero entonces me casé con Júnior, volví a estudiar y obtuve el bachillerato e hice cursos de administración de empresas en la escuela politécnica. Empecé a trabajar en Love Shack a tiempo parcial. De camarera -se apresuró a añadir-. No tengo las cualidades físicas necesarias para ser bailarina. Fui ascendiendo, aprendí el negocio y aquí estoy.

–Y han asesinado a una de tus bailarinas -apuntó King.

Lulu se puso tensa.

–¿Cómo lo sabes?

–Somos una especie de asesores informales del jefe Williams -explicó King.

–Había sido una de nuestras bailarinas -corrigió Lulu.

–¿La conociste? – preguntó Michelle.

–No mucho. Por ahí pasan muchas bailarinas. La mayoría no se quedan demasiado tiempo, este mundillo es así. Y nosotros cumplimos las normas. No permitimos nada aparte de los *stripteases.* No vamos a arriesgarnos a perder la licencia porque alguna chica quiera ganar dinero extra abriéndose de piernas.

–¿Acaso es lo que Rhonda Tyler quería? ¿Se marchó por eso? – inquirió Michelle.

–Ya le he contado todo esto a la policía. ¿Tengo que repetíroslo a vosotros por algún motivo?

–Ninguno -respondió King.

–Mejor, porque ya tengo suficientes problemas como para preocuparme de una chica que ha dejado que la mataran.

–Dudo que buscase ese resultado -dijo Michelle.

–Querida -repuso Lulu-, llevo en este negocio el tiempo suficiente para haber visto tantas cosas que ya nada, y nada quiere decir nada, me sorprende.

–Estaba pensando lo mismo -dijo King.

Lulu los observó mientras se marchaban en el coche y luego entró en la caravana.

Michelle siguió sus movimientos por el retrovisor.

–¿Dice que prácticamente no conocía a la mujer y aun así fue capaz de identificarla con un retrato robot y sabía lo del tatuaje en la entrepierna? Pues suena bastante inverosímil.

–Podría ser -dijo King.

–Y aunque Júnior quizá sea demasiado tonto para saber qué hacer con valores y joyas, me parece que su mujer es suficientemente espabilada como para vender ese material y sacar una buena tajada.

–Si eso es así, nuestro cliente es culpable.

Michelle se encogió de hombros.

–Así son las cosas a veces. ¿Qué hacemos ahora?

–Averiguar quién instaló los cajones secretos en los armarios de los Battle. Comprobar las coartadas de los amigos de Júnior e informar a Harry de lo que hemos hecho hasta ahora.

–Y esperar a que se produzca el siguiente homicidio -añadió Michelle con un suspiro.

22

Diane Hinson salió de su bufete del centro a la misma hora de siempre: las siete de la tarde. Subió a su Chrysler Sebring último modelo y se marchó. Compró algo de comida para llevar en un restaurante de la zona, condujo hasta su urbanización privada, saludó al viejo guarda, que no iba armado y al que fácilmente intimidarían un par de mozalbetes descarados, y se dispuso a continuar hasta su casa, situada al final de una calle larga.

Ese año las cosas le estaban yendo bien. Recién nombrada socia en Goodrich, Browder Knight, el segundo bufete de abogados más importante de Wrightsburg, por fin había conocido a un hombre que podía ser el definitivo, un contable de casi uno noventa de estatura y cuatro años menor que ella, al que le gustaba hacer *rafting* en aguas rápidas y a veces le ganaba en la cancha de tenis. Diane pensaba que cualquier día le haría la esperada pregunta y su respuesta sería un «sí» inmediato. Además había

conseguido un cliente nuevo para el bufete con facturas de más de seis cifras, lo cual aumentaría sus ingresos personales de forma considerable. Estaba pensando trasladarse a una casa unifamiliar más grande. Hacerlo con un anillo en el dedo y un marido junto al que envejecer sería como un sueño hecho realidad para aquella abogada de treinta y tres años.

Estacionó el coche y entró en la casa. Dejó la cena en el microondas, se puso el chándal y salió a correr. Al cabo de cinco kilómetros y poco más de veinte minutos regresó un

poco sudorosa pero sin problemas para respirar. En la universidad había sido una buena corredora de media distancia y jugaba al tenis con frecuencia, por lo que se había mantenido en forma con los años.

Se duchó, cenó, vio un programa de la tele y recibió una llamada de su amado contable, que estaba en Houston auditando una empresa. Tras varias promesas entrecortadas de sexo realmente memorable en cuanto regresara a casa, colgó, vio el último boletín de noticias, se dio cuenta de que era casi medianoche y apagó el televisor. Se quedó en bragas en el baño, tomó una camiseta larga que colgaba de la puerta y se dirigió a la cama.

Notó la presencia detrás de ella, pero antes de que pudiera gritar la mano enguantada le rodeó el cuello, le cortó el aliento y también la voz. Un brazo muy fuerte le aprisionó el cuerpo y la inmovilizó. Aturdida, Hinson se encontró boca abajo en el suelo, incapaz de moverse o gritar cuando le colocaron una mordaza en la boca y le ataron las manos a la espalda con el cable del teléfono.

Como abogada penalista había defendido a hombres acusados de violación, y había conseguido la libertad para algunos que deberían haber ido a la cárcel. Se había cuestionado esos triunfos profesionales. Ahora, de bruces en el suelo con un peso que la aplastaba, se armó de valor para ser violada. Con un terror agobiante, sabía que en cualquier momento le bajarían las bragas y se iniciaría el

humillante y doloroso proceso. Con náuseas de miedo, se dijo que no debía oponer resistencia, que tenía que dejarle hacer y así a lo mejor sobreviviría. No le había visto la cara. Le resultaba imposible identificarle. Él no tendría ningún motivo para matarla.

–Por favor -intentó decir a través de la mordaza-, no me hagas daño.

Su súplica cayó en saco roto.

El cuchillo se le clavó en la espalda y le rozó el lado izquierdo del corazón. El agresor lo extrajo y se lo volvió a clavar, con lo que le provocó un corte de cinco centímetros en el pulmón izquierdo y le cortó la aorta al salir. Para cuan

do hubo acabado, la mujer tenía doce puñaladas en la espalda. Sin embargo, Diane Hinson había muerto con la cuarta.

El hombre de la capucha negra se inclinó sobre ella, con cuidado de no pisar el charco de sangre que iba formándose en la alfombra, y le dio la vuelta. Le levantó la camiseta, extrajo un rotulador del bolsillo y le dibujó un símbolo en el vientre plano. Dibujó el mismo símbolo en la pared de detrás. Lo hizo grande porque no quería que a nadie se le pasara por alto. A veces la policía parecía imbécil.

Regresó junto al cadáver y le quitó con cuidado la cadenita que llevaba en el tobillo, la que le había llamado la atención en el aparcamiento del centro comercial. Se la guardó en el bolsillo.

Dejó el cuchillo junto al cadáver; no podrían relacionarlo con él. Lo había cogido del cajón de la cocina al entrar en la casa. Se había escondido detrás de los arbustos a oscuras al lado de la puerta del garaje esperando que llegara a casa. Cuando ella abrió el garaje, él esperó a que bajara del coche y entonces entró. La mayoría de la gente cerraba la puerta del garaje pulsando el botón situado cerca de la puerta al dirigirse al interior de la casa. Ella no le había visto colarse en su domicilio.

Le desató las manos y le apoyó el brazo en un cajón de la cómoda medio abierto. En el centro comercial había visto que llevaba reloj así que no se había molestado en traer uno. Colocó las manecillas del reloj de forma que marcaran la hora que quería y sacó la ruedecita, por lo que no seguiría funcionando. No pronunció ninguna oración junto al cadáver, aunque sí farfulló algo sobre que aquello era una lección para quienes no se guardaban los recibos del cajero automático.

Repasó la habitación de forma metódica por si encontraba posibles pruebas de su presencia allí. Las huellas dactilares y de la mano estaban descartadas. No sólo llevaba guantes sino que se había pegado parches de fieltro en la yema de los dedos y en las palmas. Extrajo una pequeña aspiradora manual del bolsillo del abrigo y la pasó por el suelo y por

debajo de la cama, donde se había escondido. Hizo lo mismo en el armario donde se había ocultado al comienzo, y repitió la misma operación con las escaleras y, por último, el garaje.

Después se quitó la capucha, se colocó una barba postiza y un sombrero y se marchó por la puerta trasera. Se dirigió a su coche, estacionado en una calle lateral fuera de aquella urbanización vallada y elitista con su guarda de seguridad entrado en años y desarmado. Puso en marcha el Volkswagen. Condujo rápido pero sin sobrepasar los límites de velocidad. Tenía que escribir otra carta. Y sabía exactamente qué pondría.

23

Sean King se levantó temprano en la casa flotante alquilada de trece metros de eslora amarrada al muelle. Aquél era su hogar, por lo menos hasta que terminara de construirse una casa nueva que sustituyera la que había desaparecido en un cráter provocado por el hombre. Se puso un traje de neopreno, inspiró y se zambulló en el agua.

Tras nadar con energía varios cientos de metros regresó a la casa flotante y se dispuso a recorrer tres kilómetros con su kayak Loon. Tenía que reconocer que las costumbres deportivas de su socia se le estaban contagiando.

Mientras remaba pensando en eso, alzó la vista y la vio. No se sorprendió, ni siquiera a esa hora. A menudo se preguntaba si dormía. ¿Acaso era posible que su socia fuera una vampiro a quien no afectaba la luz del día?

Michelle iba en su canoa remando con una habilidad, fuerza y ritmo con la que King sólo podía soñar. Avanzaba con tal rapidez que cualquiera que no la conociera habría dado por supuesto que su canoa llevaba motor.

La llamó y le dijo:

–¿Es la hora del café o esta mañana te vas al Atlántico?

Ella sonrió, le saludó y se dirigió hacia él.

Se acercaron al muelle y amarraron las embarcaciones.

En la casa flotante King preparó café mientras Michelle daba cuenta de una barrita energética. Lanzó una mirada en derredor, todo perfectamente ordenado.

–Este barco es casi mayor que mi casa, ¿sabes? –comentó entre mordisco y mordisco.

–Y está mucho más ordenado, lo sé -respondió él mientras servía zumo y café.

Habían transcurrido dos días desde su visita a Lulu y Júnior. Habían informado a Harry Carrick, quien pareció satisfecho con sus progresos pero les informó que el jurado de acusación había decidido formular cargos contra su cliente. Habían localizado al hombre que instaló los cajones secretos en los vestidores de los Battle. Era mayor, estaba jubilado y no parecía tener ningún.motivo para entrar a robar en casa de unos clientes. Aquello parecía un callejón sin salida hasta que King le preguntó cuándo le había pedido Robert Battle que le instalara el cajón secreto.

Al viejo le había incomodado la pregunta.

–No me gusta guardar secretos -había dicho-. La señora Battle es toda una dama, como no hay otra igual.

–¿ O sea que el señor Battle no quería que ella lo supiera? – sugirió Michelle cuando comprendió que el anciano no quería continuar.

–Entrando y saliendo cuando ella no estaba, no me gustaba, no señor -dijo evitando responder directamente a la pregunta.

–¿Sabe por qué el señor Battle quería instalar ese cajón? – preguntó King.

–No pregunté porque no era asunto mío -dijo el anciano con terquedad.

–¿Cuándo fue el encargo? – preguntó Michelle.

–Hace unos cuatro o cinco años -respondió el viejo tras reflexionar unos segundos-. El cajón de la señora Battle lo instalé varios años antes.

King caviló un momento antes de preguntar:

–¿Y el señor Battle sabía de la existencia del de su mujer?

–No sé si lo sabía o no. Me han dicho que está a las puertas de la muerte.

–Nunca se sabe con un hombre como él -respondió King.

Luego habían comprobado las coartadas de los amigos de Júnior. Todos estaban en el bar bebiendo o en la cama con

sus esposas, novias o amantes. Por supuesto, era posible que las mujeres mintieran, pero resultaría difícil desmentirlas sin investigar a fondo. No obstante, King había tenido la impresión en todos los casos de que decían la verdad, y ninguno de los amigos de Júnior parecía remotamente capaz de llevar a cabo tal robo y encima tender una trampa tan inteligente a Júnior. Su experiencia parecía limitada a clavar clavos, beber cerveza y acostarse con mujeres.

–¿Vas a vivir en esta casa flotante mientras reconstruyes tu casa? – preguntó Michelle.

–No me queda otro remedio.

–Tengo una habitación vacía en mi casa.

–Gracias, pero no creo que mi gen de la limpieza sobreviviera.

–He mejorado.

–¡Mejorado! La última vez que estuve tenías de todo, desde esquís acuáticos a escopetas apiladas en una mesita del comedor, un montón de ropa sucia en el fregadero de la cocina y platos por lavar en una silla del salón. Serviste la cena en platos de papel sobre una especie de tabla de surf apoyada en dos sillas… Con una vez me basta, te lo aseguro.

–Bueno -dijo ella, dolida-, pensaba que apreciarías el hecho de que cociné para ti. ¿Sabes cuántas latas tuve que abrir?

–Estoy seguro de que fue todo un suplicio. – Iba a añadir algo más cuando le sonó el móvil. Era Todd Williams. La conversación fue breve pero cuando King colgó se le veía profundamente afectado.

–¿Otro asesinato? – preguntó Michelle mientras dejaba el café y lo miraba.

–Sí.

–¿Quién?

–Alguien que conocía.

24

El brutal asesinato de Diane Hinson no sentó nada bien en su elegante y supuestamente segura urbanización. Cuando Michelle y King llegaron al lugar, un grupo reducido pero vociferante de vecinos había rodeado a varios atribulados hombres de traje que representaban a la directiva del selecto complejo. En medio del asedio también estaba el viejo guarda de segundad, que presentaba un aspecto tan consternado que parecía a punto de llorar.

Los coches de policía y otros vehículos de emergencia llenaban la calle delante del domicilio de Hinson, y la franja de césped que había delante de la casa estaba circundada por la cinta policial amarilla, aunque tampoco es que

hubiera demasiada gente con ganas de ir a echar un vistazo. Los agentes uniformados iban y venían por la puerta de entrada y el garaje. King detuvo el vehículo y se apearon.

El jefe Williams los saludó desde la entrada delantera. Se dirigieron rápidamente hacia él y entraron en la casa.

Todd estaba más abatido que en el depósito de cadáveres. La gravedad parecía absorberlo hacia el interior de la tierra.

–¡Maldita sea! – exclamó-. No sé qué he hecho para merecer esto.

–¿Han identificado a Hinson de forma concluyente? – preguntó King.

–Sí, es ella. ¿Por qué? ¿La conoces?

–Es una ciudad pequeña, los dos somos abogados.

–¿La conocías bien?

–No lo suficiente para resultar útil en la investigación. ¿Quién la encontró?

–Se suponía que debía llegar temprano al trabajo, tenía que preparar un alegato o algo así. Como no aparecía, la gente de su bufete la llamó a casa y al móvil. Luego enviaron a alguien aquí. Su coche estaba en el garaje pero nadie respondía a la puerta. Se preocuparon y nos llamaron. – Williams meneó la cabeza-. Es el mismo tipo que se cargó a Tyler, Pembroke y Canney, no hay duda.

–¿Significa que has recibido una carta sobre los chicos del instituto? – preguntó Michelle.

Williams asintió, extrajo un papel del bolsillo y se lo tendió.

–Aquí tienes una fotocopia. Los del periódico no dijeron nada porque iba dirigida a Virgil y él estaba fuera. Al parecer, a nadie se le ocurrió abrirla. ¡Y se llaman reporteros! ¡Y una mierda!

–¿Estaba en clave como la primera? – inquirió King.

–No, así es como la recibimos. Y sin símbolos en el sobre.

–Pues la teoría del Zodiac se va por la borda -dijo King. Miró a Michelle-. ¿Qué dice?

Ella leyó rápidamente antes de leerla en voz alta:

–«Bueno, uno más y otros que seguirán. Ya os dije la primera vez que no era el hombre Z. Pero probablemente penséis que ese chico mordió el polvo bajo la mano de Z. Pensadlo de nuevo. Dejé el collar de perro porque el perro no me lo hizo hacer. Ni siquiera tengo perro. Quise hacerlo yo solo. Y no, tampoco soy él. Hasta la próxima, y no tardará demasiado. No SOS.»

Michelle miró a King con expresión confundida.

–¿El collar de perro? ¿Y el perro no me lo hizo hacer?

–Ya veo que eres demasiado joven, Michelle -dijo King-. SOS es Hijo de Sanr", David Berkowitz, un asesino de Nueva York en los años setenta. Le apodaron el asesi-

* *Son ofSam,* en inglés.

no del picadero porque algunas de sus víctimas eran parejas jóvenes a las que mataba en el coche.

–El picadero, como Canney y Pembroke -dijo Michelle.

Williams asintió y dijo:

–Y Berkowitz decía que su vecino tenía una especie de demonio que le comunicaba las órdenes para matar a través de su perro. Una gilipollez, por supuesto.

–Pero nuestro hombre sabe muy bien qué está haciendo. Lo ha dicho -declaró King.

–No lo entiendo -intervino Michelle-. ¿Por qué cometer asesinatos imitando el estilo de antiguos asesinos para luego escribir cartas explicando que no se trata de eso? Me refiero a que la imitación es la forma más sincera de adulación, ¿no?

–Quién sabe -dijo Williams-. Pero mató a los dos jóvenes.

King miró al jefe y volvió a echar un vistazo a la carta.

–Un momento. No ha dicho eso. Ha dicho «uno más».

–No te pongas quisquilloso con la sintaxis de un loco -replicó Williams-. Se los cargó a los dos y ya está.

–Vuelve a mirar la carta, también emplea el singular: «chico», no «chicos».

Williams se rascó la mejilla.

–Bueno, a lo mejor se le olvidó la última letra. Podría ser tan sencillo como eso.

–Si fue intencionado, ¿de qué chico habla? – preguntó Michelle.

Williams suspiró antes de señalar hacia las escaleras.

–Bueno, venid a ver esto -dijo-. De todos modos, no creo que aclare nada. Y no necesito una puñetera carta para decirme a quién no está imitando esta vez.

Subieron las escaleras y entraron en el dormitorio. Diane Hinson seguía en el mismo sitio donde había muerto. Técnicos forenses, agentes de policía, hombres del FBI y detectives de la policía estatal se ocupaban de analizar la escena del crimen y recabar todo aquello que resultara útil. Sin

embargo, a juzgar por sus gestos de contrariedad, les resultaba muy difícil encontrar pistas.

King vio a Sylvia Diaz enfrascada en una conversación con un hombre fornido que llevaba un traje que no le sentaba nada bien. Ella le dedicó una sonrisa cansina y volvió la cabeza. Cuando King se fijó en el símbolo de la pared, se llevó un buen susto.

Era una estrella de cinco puntas pero dibujada al revés.

–Sí, te ha pasado como a mí -dijo Williams antes de inclinarse para levantar la camiseta de Hinson-. Y también está aquí. – Todos observaron el dibujo en el vientre de la mujer.

Michelle también había visto el símbolo de la pared.

–Es una estrella de cinco puntas al revés -dijo. Tomó aire y miró a King y Williams-. Ése sí que lo conozco. Richard Ramírez, ¿verdad?

–El Acosador Nocturno -dijo King, asintiendo-, quien, si no me equivoco, actualmente está en el corredor de la muerte a casi cinco mil kilómetros de aquí. Dibujó la estrella de

cinco puntas al revés en algunas de sus víctimas y también en la pared del dormitorio de una de ellas, igual que aquí.

Williams puso el cadáver de costado y todos contemplaron las múltiples cuchilladas que le cubrían la espalda.

–Sylvia cree que la tumbaron boca abajo, la apuñalaron en la espalda y luego la giraron y le apoyaron la mano en el cajón de la cómoda.

El jefe volvió a colocarla como estaba, sin indicio de que fuera a devolver el desayuno. La resistencia de Williams a las imágenes de pesadilla parecía ir en aumento.

–¿Alguna pista? – preguntó Michelle.

–Empleó un cuchillo de la cocina para apuñalarla y el cable del teléfono para atarla. Tiene marcas en las muñecas que lo atestiguan. Pero le quitó las ligaduras para apoyarle el brazo. Aquí hay muchas huellas, pero me sorprendería que el cabrón no hubiera llevado guantes.

–¿Estamos seguros de que se trata de un hombre?

–No hay señales de lucha. La inmovilizó bastante rápido. Y aunque una mujer podría haberlo hecho con un arma en la mano, atarla habría resultado muy difícil. Hinson podría haberse revuelto. Estaba muy en forma.

–¿Y nadie vio ni oyó nada? – dijo King, desconcertado-. Estas casas son adosadas. Alguien debió de ver u oír algo.

–Lo estamos investigando, por supuesto, pero es demasiado pronto para saberlo. La casa que está a la derecha de la de Hinson está a la venta y vacía.

–¿A qué hora murió? – preguntó Michelle.

–Esto tendrás que preguntárselo a Sylvia, si es que el tipo del FBI la suelta.

King miró de nuevo a Sylvia.

–¿EsdelVICAP?

–Si quieres que te sea sincero, no estoy seguro. Ha venido tanta gente que no sé quién es quién.

–Todd -dijo King-, asegúrate de no decir eso delante de un abogado defensor.

Williams pareció confundido pero al punto dijo:

–Oh, ya te entiendo.

Se acercaron a mirar el reloj.

–Marca las cuatro en punto -añadió Williams y torció el gesto.

King se inclinó y lo miró más de cerca.

–No, no es así.

–¿Qué? – exclamó Williams.

–Está puesto a las cuatro y un minuto.

Williams se inclinó a su lado.

–Venga ya, Sean. Creo que, dadas las circunstancias, ya es suficientemente significativo.

–El asesino ha sido muy meticuloso hasta ahora, Todd.

Williams adoptó una expresión escéptica.

–Acababa de matar a esta mujer y quería largarse. Probablemente actuara a oscuras. A diferencia de las anteriores escenas del crimen, aquí podía haber testigos potenciales. Con las prisas, probablemente no reparó en que se pasaba un minuto.

–Tal vez -dijo King con el mismo grado de escepticismo-. Pero un asesino suficientemente cuidadoso como para no dejar ni un solo rastro no me parece que vaya a escribir «chico» cuando quería decir «chicos», o que ponga el reloj a las cuatro y un minuto si quería ponerlo a las cuatro.

–Entonces ¿por qué quiso ponerlo a las cuatro y un minuto? – preguntó Michelle.

King no tenía respuesta para eso. Observó el cadáver mientras Williams se iba a comprobar otra cosa en la habitación.

Michelle le puso una mano en el hombro.

–Lo siento, Sean, había olvidado que la conocías.

–Era buena persona y una abogada muy competente. No se merecía esto; bueno, nadie se lo merece.

Cuando pasaron al lado de Sylvia al salir, ella los detuvo. El hombre del traje estaba hablando con otro grupo alrededor del cadáver. Era un poco más bajo que King, pero

más gordo y fornido; parecía que la espalda iba a reventarle el traje. Tenía pelo castaño con canas, orejas grotescas y nariz chata de boxeador entre unos ojos castaños e intensos.

–Bueno, ya van cuatro. El Acosador Nocturno. Quién lo diría… -Sylvia meneó la cabeza.

–¿Quién es el hombre con el que estabas hablando? – preguntó King.

–Un agente del FBI. Chip Bailey, de Charlottesville.

–¿Chip Bailey? – repitió King lentamente.

–¿Lo conoces? – inquirió Sylvia.

–No, pero no me importaría conocerle.

–Ya te lo presentaré. Más tarde. Ahora esta gente está muy ocupada.

–De acuerdo. – Hizo una pausa antes de añadir-: ¿Te has fijado en la hora del reloj?

Sylvia asintió.

–Las cuatro y un minuto. Como el de Pembroke.

–¿Cómo? – exclamaron King y Michelle al unísono.

–El reloj de Pembroke marcaba las dos y un minuto. ¿No os lo había dicho?

–No -respondió Michelle-, y Todd tampoco. A él no le parece que un minuto sea importante.

–¿Tú qué opinas? – le preguntó King.

–Me parece importante, pero no sé por qué.

–¿Hay algo más que te sorprenda? – inquirió King.

–He comprobado si hubo móvil sexual, por supuesto. Negativo. Lleva muerta ocho o nueve horas. Doce puñaladas.

Michelle interpretó el tono de voz de Sylvia.

–Eso significa ensañamiento.

–Sí, y también rabia -dijo Sylvia-. No presenta heridas defensivas ni en manos ni en antebrazos. Está claro que la sorprendió y la inmovilizó rápidamente. – Recogió el bolso-. Vuelvo a la consulta. Tengo pacientes que examinar y luego haré la autopsia de Hinson.

–Saldremos contigo -dijo King.

El sol iba calentando rápidamente el aire fresco del exterior.

–¿Qué tal va la investigación sobre Júnior Beaver? – preguntó Sylvia.

King la miró sorprendido.

–¿Cómo lo sabes?

–Me encontré con Harry Carrick en el supermercado. Le dije que estabais investigando los asesinatos y me contó que también trabajabais para él. Sigo sin creerme que Júnior Deaver hiciera una cosa así. Ha trabajado en mi casa. Siempre me pareció muy educado y trabajador, aunque un poco tosco.

–Fuimos a ver a Remmy, Eddie, Dorothea, Savannah y el personal de servicio.

–Y conseguisteis poca cosa, seguro -comentó Sylvia.

–Remmy está muy afectada por lo de Bobby -señaló King.

–He oído decir que está muy mal.

–Bueno, hay esperanza -dijo Michelle-. Hace poco volvió en sí, incluso habló, pero parece ser que divaga, no es congruente, sólo suelta nombres y cosas así. Pero supongo que es una buena señal.

–Los derrames cerebrales son impredecibles -dijo Sylvia-. Cuando crees que el paciente se está recuperando, de repente se muere, o viceversa.

King meneó la cabeza.

–Bueno, espero que sobreviva, más que nada por Remmy. – Miró a Sylvia-. ¿Nos informarás de lo que descubras sobre Hinson?

–Todd me ha dicho que os informe y él es el jefe. Por lo menos hasta que el FBI o la policía estatal se haga cargo de la investigación.

–¿Lo crees probable? – preguntó Michelle.

–Si el objetivo es encontrar a este maniaco, creo que sería algo positivo.

25

Los cuatro asesinatos en serie de Wrightsburg llegaron a las noticias nacionales esa misma tarde y continuaron en el noticiario de la noche. La mayoría de los ciudadanos de la pequeña ciudad se sentaron frente al televisor mientras los presentadores explicaban dónde se encontraba aquel municipio de la Virginia rural actualmente asolado por una serie de crímenes violentos y al parecer aleatorios. Según las noticias, las autoridades estatales y federales estaban investigando el caso y era de esperar que detuvieran al asesino en breve. Se les olvidó mencionar que ninguno de los investigadores contemplaba esa posibilidad como factible a corto plazo.

Al igual que sus conciudadanos, King y Michelle estaban sentados frente al televisor del despacho de aquél, viendo y escuchando las noticias que daban a entender que su discreta ciudad se había convertido en un matadero.

–¡Mierda! – exclamó King cuando el presentador anunció a todo el país que el asesino había enviado dos cartas a la *Wrightsburg Gazette.*

Michelle comprendió su reacción.

–¿Crees que el asesino está viéndolo? – dijo.

–Por supuesto que sí. La fama forma parte de todo esto.

–¿De verdad crees que los asesinatos son aleatorios?

–No existe una relación obvia entre las víctimas. – King guardó silencio por un instante y añadió-: Aparte de la mención a un solo chico en la carta sobre Canney y Pembroke. La pregunta es: ¿cuál de los dos?

–No te sigo.

King la miró.

–Si el chico era el objetivo, por ejemplo, y resulta que ella simplemente estaba ahí cuando ocurrió, eso significa que había algún motivo para que él muriera. Así pues, si existe tal razón, entonces quizá la haya para las otras mujeres

asesinadas. Y es probable que esos motivos guarden relación.

–¿Y los relojes?

–El logotipo del asesino, claro, pero quizás haya algo más.

–Esperemos que Sylvia consiga respuestas pronto.

King consultó la hora.

–Tengo que ir a una cena.

–¿Dónde?

–En el Sage Gentleman, con gente de fuera de la ciudad - dijo él-. ¿Quieres venir?

–No; tengo cosas que hacer.

–¿Una cita? – King le sonrió.

–Sí, con mi entrenador de *kickboxing.* Nuestro plan es sudar y gemir un rato con la ropa puesta.

Se marcharon en direcciones opuestas. Como era habitual en ella, Michelle superaba la velocidad permitida en una media de treinta kilómetros en su Toyota Sequoia blanco, al que llamaba *la Ballena,* en honor a Moby Dick. Cruzó la última y poco concurrida intersección unos treinta segundos antes de llegar al camino de grava que serpenteaba por el bosque hasta su casa. En cuanto ella pasó la intersección, los faros del Volkswagen Escarabajo azul claro se encendieron y el conductor puso en marcha el vehículo, giró a la derecha y empezó a seguirla.

Aminoró cuando ella tomó el camino de grava y la observó mientras sus neumáticos levantaban polvo y piedrecitas antes de desaparecer en la oscuridad creciente. Unos quinientos metros hacia arriba y luego a la izquierda, lo sabía porque ya había estado por allí en ausencia de Michelle. No había más viviendas en casi un kilómetro a la redonda. La casa estaba de espaldas a un pequeño muelle del lago donde

ella tenía la canoa, un kayak y su moto acuática Sea-Doo. La casa ocupaba unos ciento cuarenta metros cuadrados con un diseño de planta abierta. Él se había

asegurado de que vivía sola, sin siquiera un perro que le hiciera compañía. Sin embargo, había sido agente federal y tenía habilidades especiales; no debía infravalorarla. Siguió un poco por la carretera, aparcó en un claro detrás de una arboleda y se dispuso a acercarse a la casa a pie por el bosque.

Al llegar, vio al Sequoia en la rotonda frente a la puerta principal. Había luz en la casa. Extrajo los prismáticos y observó la fachada delantera de la vivienda. No había rastro de ella. Siguiendo la línea de los árboles, se dirigió a la parte trasera. Había una luz encendida en una habitación, en la planta de arriba. Supuso que se trataba de su dormitorio. Una cortina cubría la ventana pero advirtió su silueta en dos ocasiones. Los movimientos eran inequívocos: se estaba desvistiendo. Bajó los prismáticos mientras se desvestía. Michelle salió al cabo de unos minutos vestida con ropa de deporte, subió al coche y se marchó.

El rodeó la casa a tiempo de ver cómo los faros traseros del coche parpadeaban antes de desaparecer en la oscuridad al doblar la esquina. Estaba claro que le gustaba la velocidad. Echó un vistazo a la puerta. Estaba cerrada con llave pero eso no suponía ningún problema. No había sistema de seguridad; eso también lo había comprobado. Extrajo la ganzúa adecuada del kit que llevaba.

En un par de minutos estaba dentro. La casa era un caos; se maravilló ante la capacidad de la mujer para orientarse con tanto lío. Colocó el dispositivo detrás de una pila de libros y discos compactos que estaban criando polvo en una esquina del salón. Se trataba de un trasmisor de prueba de FM del tamaño de una moneda. Había soldado un micrófono al transmisor, lo cual era ilegal porque convertía el transmisor en un micrófono de vigilancia, aunque no puede decirse que le preocuparan el incumplimiento de la ley y la privacidad. Subió al dormitorio de Michelle, donde escudriñó el armario y encontró varios trajes negros de chaqueta con pantalón,

dos blusas blancas, tres pares de zapatos de vestir gastados y también un montón de vaqueros, sudaderas, ropa de deporte y varios pares de zapatillas.

Volvió abajo. No tenía una habitación específica que sirviera de despacho; de todos modos echó un vistazo a la pila de cartas que estaban desperdigadas encima de la mesa de la cocina. Nada extraordinario, siempre y cuando se considerara normal estar suscrito a *Shooting Magazine* e *Iron Women.*

Salió al exterior; tenía una última misión. Como ocultaba los micrófonos en distintos puntos, no podía estar pendiente de todos a la vez. Así pues, había modificado el transmisor de forma que se conectara por vía inalámbrica con una micrograbadora digital que se activaba con la voz y que escondería en el exterior de la casa de Michelle. El transmisor tenía un alcance de cien metros en el interior de un edificio, y la grabadora contaba con un disco duro que permitía almacenar horas de grabación. Volvió a entrar en la casa, habló y luego corrió al exterior para comprobar que la micrograbadora funcionaba. Sus palabras habían quedado grabadas. Satisfecho, se marchó. Ya había colocado micrófonos en la casa flotante de King dos días antes, así como pinchado el teléfono y el despacho del detective privado, de modo que por lo menos dos de las personas que intentaban encontrarle le proporcionarían información privilegiada sin saberlo. Tal como King imaginaba, sí había visto las noticias. Era perfectamente consciente de que se estaba reuniendo un ejército de agentes de la ley para apresarlo. Antes la muerte. Y se llevaría por delante a cuantas personas hiciera falta.

26

Más tarde esa misma noche, Kyle Montgomery, ayudante de Sylvia y aspirante a estrella de rock, aparcó su jeep delante del depósito de cadáveres y salió. Llevaba un abrigo oscuro con capucha con la inscripción «Universidad de

Virginia», unos pantalones de peto arrugados y botas de montaña sin calcetines. Advirtió que el Audi descapotable azul marino de Sylvia también estaba allí aparcado. Consultó la hora. Casi las diez de la noche. Era tarde para que ella estuviera allí pero tenía que diseccionar a la última víctima, la abogada, recordó. Su jefa no había requerido su ayuda en ese caso, decisión que le agradecía sobremanera. Sin embargo, su presencia allí por la noche convertía su propósito en algo un tanto arriesgado porque no sabía exactamente dónde estaba Sylvia. Probablemente en el depósito de cadáveres; de todos modos, si se encontraba en la consulta médica, siempre podría inventarse una excusa en caso de que lo descubriera. Deslizó su tarjeta de seguridad por la ranura situada junto a la puerta, oyó el clic de la cerradura y entró en el edificio.

Sólo estaban encendidas las tenues luces de emergencia. Se abrió paso por el familiar entorno y sólo se paró al pasar junto a la consulta de Sylvia. La luz estaba encendida pero no había nadie.

Entró en la zona destinada a farmacia, abrió un armario con su llave y extrajo una serie de frascos. Tomó una pastilla de cada uno y las separó en bolsitas que había marcado con rotulador negro indeleble. Posteriormente entraría en el sis

tema informático del consultorio y cambiaría las cifras del inventario para enmascarar el robo. Kyle sólo cogía unas pocas pastillas cada vez, por lo que le resultaba fácil no dejar rastros.

Iba a marcharse cuando recordó que se había dejado la cartera en la casilla del depósito de cadáveres por la tarde. Se guardó las pastillas en la mochila y sigilosamente abrió la puerta que separaba las dos zonas. Si se encontraba con la doctora, podía decirle la verdad: que se había dejado la cartera. Pasó junto al despacho correspondiente al depósito. Estaba vacío. Entró en el vestuario. La sala de autopsias estaba en la parte posterior del edificio; allí debería de estar Sylvia, ocupada con su compañera silenciosa. El no pensaba

acercarse. Aguzó el oído, esforzándose por distinguir el sonido de la sierra Stryker, la circulación del agua o los instrumentos esterilizados repiqueteando contra el metal, pero sólo había silencio. Resultaba un tanto desconcertante, aunque buena parte del trabajo de una autopsia era silencioso. Al fin y al cabo, los muertos no se quejarían de que los fisgonearan y agujerearan.

Entonces oyó algo que parecía proceder de la parte posterior del edificio. Quizá su jefa fuera a marcharse. Tomó la cartera rápidamente y se colocó en una zona de penumbra. De repente temió que lo encontrara allí; podría hacerle preguntas indiscretas. Ella era así, directa y rotunda. ¿Y si le pedía que abriera la mochila? Se pegó más a la pared y notó el pulso en las sienes. En silencio maldijo su falta de coraje. Transcurrieron varios minutos. Al final se armó de valor para moverse. Al cabo de treinta segundos ya había salido del edificio y estaba en el coche, con los fármacos birlados en la mochila.

Cuando llegó al lugar el aparcamiento estaba lleno. Consiguió encajar el jeep entre dos todo terrenos enormes y entró en el local.

El Aphrodisiac estaba rebosante de actividad y prácticamente todas las mesas y taburetes ocupados. Kyle mostró el carné de conducir a un gorila de aspecto somnoliento a la entrada de la sala donde estaban las bailarinas y dedicó unos

minutos a admirar a las señoritas. Las mujeres, curvilíneas y casi desnudas, realizaban movimientos tan lascivos contra las barras metálicas verticales que sus pobres madres se habrían muerto de vergüenza, después de estrangular a sus desvergonzadas hijas, claro está. A Kyle le encantaba.

Consultó la hora y subió por las escaleras hasta la segunda planta, donde recorrió un pasillo en dirección a una gruesa cortina roja que colgaba en un pasadizo. Tras la cortina había una hilera de puertas pequeñas. Se dirigió a la

primera, dio el golpecito acordado e inmediatamente recibió permiso para entrar.

Cerró la puerta tras de sí y se quedó parado, nervioso y poco dispuesto a avanzar en la penumbra. No era la primera vez que lo hacía, pero cada ocasión tenía su nivel de riesgo e incertidumbre.

–¿Las tienes? – preguntó la mujer con voz tan baja que apenas la oyó.

Kyle asintió.

–Aquí mismo. Todo lo que te gusta. – Se introdujo la mano en el bolsillo del abrigo y extrajo las bolsitas. Las sostuvo como un niño pequeño que enseña orgulloso un pájaro muerto a su madre.

Como siempre, la mujer iba ataviada con un vestido largo y holgado y con un pañuelo en la cabeza. Ocultaba los ojos tras unas gafas oscuras, aunque la iluminación de la estancia fuera tenue. Estaba claro que no quería que la reconocieran. Kyle se había preguntado a menudo quién era, pero nunca se había armado de valor para averiguarlo. La voz le resultaba familiar pero no conseguía identificarla.

Un día se había encontrado una nota en el jeep: si quería ganar dinero extra debía llamar al número de teléfono escrito en el papel. Bueno, ¿a quién no le venía bien un poco de dinero extra? Respondió de forma afirmativa y le dijeron que la pequeña farmacia de la consulta de Sylvia podría ser una fuente de ingresos muy lucrativa para él. Los artículos de la lista del comprador eran analgésicos potentes y otros fármacos psicotrópicos.

Como no tenía escrúpulos que se lo impidieran, Kyle estudió la oferta, buscó la mejor manera de acceder a aquella mina de oro potencial y llegó a la conclusión de que era factible. Acordaron las condiciones, empezaron las entregas y Kyle aumentó sus ingresos de forma significativa.

El vestido largo no disimulaba el bonito cuerpo de la mujer. El entorno privado, la cama situada en una esquina de la habitación y el hecho de estar en un local de

striptease siempre aceleraban el corazón de Kyle. En una fantasía recurrente, él entraba en la estancia siendo más corpulento y viril de lo que era. Le tendía las pastillas, igual que hacía siempre, pero cuando ella se acercaba á recogerlas él la cogía, la levantaba en vilo, riendo ante la insignificante resistencia que oponía y la arrojaba con brusquedad sobre la cama. Entonces se encajaba entre sus piernas y le hacía todo lo que quería hasta bien entrada la noche. Su vigor sexual aumentaba con los gemidos de ella, hasta que al final le repetía al oído que lo quería, a él, al fabuloso amante que era Kyle.

En esos momentos sintió un tirón en la entrepierna mientras esa fantasía se repetía en su cabeza una vez más. Se preguntó si de hecho tendría valor para materializarla. Lo dudaba. Era un tipo patético. Ella dejó el dinero en la mesa y tomó las bolsitas antes de indicarle que se marchara.

Él dobló los billetes y se los guardó en el bolsillo con una ancha sonrisa, y se marchó.

Kyle no se daría cuenta hasta más tarde de que había visto algo muy significativo, principalmente porque no tenía sentido. Y al final le daría que pensar. Y en algún momento ese pensamiento le llevaría a la acción. Por el momento lo único que se planteaba era qué hacer con el dinero que acababa de ganar. Kyle Montgomery no era ahorrador, sino más bien derrochador. Para él la gratificación instantánea era un modo de vida. ¿Una guitarra nueva quizás? ¿O un televisor, un CD-DVD nuevo para su pequeño apartamento? Para cuando regresó al jeep y se marchó, había optado por la guitarra nueva. La encargaría al día siguiente.

La mujer de la habitación cerró la puerta con llave, se

quitó el pañuelo y las gafas. Se descalzó y se quitó el vestido, por lo que se quedó con una camisola de seda. Examinó las etiquetas de las bolsitas, extrajo una pastilla, la machacó y se tragó el polvo con un vaso de agua seguido de un trago de Bombay Sapphire.

Puso música, se tumbó en la cama, cruzó los brazos sobre el pecho y dejó que el poder del fármaco la transportara a otro lugar, un lugar en el que podía ser feliz, al menos durante unos instantes. Es decir, hasta el día siguiente, cuando la realidad de su vida volviera a gritarle a la cara.

Tembló, tuvo una convulsión y luego se quedó quieta; el sudor le brotaba por todos los poros mientras llegaba a lo más alto y luego descendía a lo más bajo. En uno de los espasmos cargados de calor, se arrancó la camisola empapada de sudor y cayó al suelo cubierta únicamente con las bragas; jadeaba, mientras rodaba a un lado y a otro presa de una convulsión de éxtasis prefabricado. Los nervios se disparaban debido a la deliciosa tensión del potente brebaje.

Pero era feliz. Por lo menos hasta el día siguiente.

OceanofPDF.com

27

King acabó de cenar con sus amigos hacia las nueve y media y decidió llamar a Michelle para ver si quería tomar algo en el Sage Gentleman y seguir hablando del caso. Ella apareció al cabo de diez minutos. King observó divertido que muchos de los hombres que estaban sentados a la barra volvían la cabeza al ver a la alta y atractiva morena recorrer el local con paso seguro ataviada con unos vaqueros, un suéter de cuello alto, botas y un cortavientos del servicio secreto. Pensó en la de fantasías que se les estarían ocurriendo, sin saber que iba armada y era una mujer peligrosa e independiente.

–¿Qué tal la cena? – preguntó.

–Aburrida como era de esperar. ¿Qué tal el *kickboxing}*

–Necesito otro monitor-dijo ella.

–¿Qué le ha pasado al que tenías?

–No está a mi altura.

Mientras recorrían el local con la mirada en busca de una mesa libre, Michelle vio un rostro conocido en un rincón.

–¿Ése no es Eddie Battle?

En ese preciso instante, Eddie alzó la vista, los vio y les hizo seña de que se acercaran.

Se sentaron a su mesa, donde todavía había restos de la cena.

–¿Dorothea no cocina esta noche? – preguntó King con una sonrisa.

–Pues no. De hecho, esto representa buena parte de

nuestra vida de casados. Yo soy quien suele cocinar - añadió con una mueca juvenil.

–Un hombre de muchos talentos -dijo Michelle.

Llevaba pantalones de pana, jersey negro con coderas marrones y mocasines.

–Veo que por fin te has quitado las botas de caballería - dijo Michelle.

–No sin esfuerzo. Con ese tipo de calzado se hinchan los pies.

–¿Cuándo tienes la siguiente recreación? – preguntó King.

–Este fin de semana. Por lo menos el tiempo ayudará. Esos uniformes de lana pican mucho y, si hace mucho calor, son un martirio. Aunque estoy pensando en dejarlo. Tengo la espalda fatal de tanto montar a caballo.

–¿Has vendido algún cuadro últimamente? – preguntó Michelle.

–Dos, ambos a un coleccionista de Pensilvania que resulta que también hace recreaciones. Sólo que él lucha para la Unión, pero no se lo tendré en cuenta. Al fin y al cabo, el dinero no conoce dueños.

–Me gustaría ver tu obra algún día -dijo King.

Michelle expresó el mismo deseo.

–Bueno, lo tengo todo en el estudio de detrás de la casa. Llamadme cuando queráis. Os lo enseñaré encantado. – Hizo una seña al camarero-. Parecéis sedientos y, como diría mi madre, beber solo es de mala educación y una vergüenza.

–¿Habéis resuelto el caso y sacado a Júnior Deaver del atolladero? – preguntó Eddie mientras esperaban los cócteles. Hizo una pausa antes de añadir-: Supongo que no podéis decírmelo. Estamos en bandos contrarios, ¿no?

–Es un caso difícil de resolver -dijo King-. Ya veremos.

Les trajeron las bebidas. King probó su whisky y preguntó:

–¿Qué tal está tu madre?

Eddie consultó su reloj.

–Está en el hospital, aunque ya son casi las diez, así que pronto la echarán de la habitación de papá. De todos modos, dormirá allí. Es lo que suele hacer.

–¿Cuál es el pronóstico de tu padre?

–La verdad es que ha mejorado. Dicen que lo peor ya ha pasado.

–Me alegra oírlo -dijo Michelle.

Eddie se tragó parte de su bebida y dijo:

–Tiene que salvarse. No hay otra opción. – Los miró a los dos-. No sé si mamá sobreviviría a su muerte. Y aunque la muerte nos espera a todos, no le imagino cabalgando hacia el atardecer en estos momentos. – Bajó la mirada, avergonzado-. Lo siento, demasiada ginebra me hace decir cursiladas. Probablemente por eso beber solo nunca es buena idea si se tienen problemas.

–Hablando de beber solo, ¿dónde está Dorothea? – preguntó Michelle.

–En un ágape -respondió Eddie cansinamente aunque se apresuró a añadir-: Una agente inmobiliaria tiene que hacer todas esas tonterías. Pero es indiscutible que tiene éxito.

–Cierto, Dorothea ha tenido mucho éxito -convino King con voz queda.

Eddie alzó su copa.

–Por Dorothea, la mejor agente inmobiliaria del mundo.

Michelle y King intercambiaron una mirada incómoda.

Eddie bajó la copa.

–Mirad, ella tiene lo suyo y yo tengo lo mío. Eso supone cierto equilibrio.

–¿Tenéis hijos? – preguntó Michelle.

–Dorothea nunca ha querido tener hijos, de modo que es asunto zanjado. – Se encogió de hombros-. Quién sabe, tal vez yo tampoco quería. Imagino que habría sido un padre pésimo.

–Podrías haber enseñado a tus hijos a pintar, a montar a caballo, quizás hasta les hubiese gustado hacer recreaciones.

–Todavía puedes tenerlos -añadió King.

–Para eso tendría que cambiar de esposa -dijo Eddie con una sonrisa de resignación-, y no estoy seguro de tener fuerzas para ello. Además, los Battle no se divorcian. Es impropio. Joder, si Dorothea no me matara por ello, es probable que mi madre sí lo hiciera.

–Bueno, es tu vida -comentó Michelle.

Él la miró de forma extraña.

–Eso es lo que uno cree, ¿verdad? – Apuró su copa y dijo-: He oído en las noticias que han llamado a los peces gordos para ayudar.

–Incluyendo a tu viejo amigo Chip Bailey.

–No estaría aquí de no ser por él.

–Estoy seguro de que tus padres le estuvieron muy agradecidos.

–Oh, sí. Mi padre le ofreció el puesto de jefe de seguridad en una de sus empresas. Cobrando un dineral.

–No lo sabía -dijo King-, pero está claro que no lo aceptó.

–No. Supongo que le gusta ser policía. – Eddie hizo chocar la cuchara contra el tenedor-. Recuerdo que cuando era niño en esta zona no había más que colinas y bosques. Era fantástico. Nunca nos preocupábamos de que ocurriera algo grave.

–¿Y ahora? – preguntó Michelle.

–Ahora matan a la gente en su casa, la dejan en el bosque, les disparan en el coche. Si quisiera formar una familia, no creo que lo hiciera aquí.

–Bueno, supongo que podrías vivir en cualquier sitio -dijo King.

–No estoy seguro de que a mi madre le gustara la idea.

–Pero insisto, Eddie, es tu vida, ¿no? – dijo Michelle.

Esta vez Eddie Battle no se molestó en responderle.

28

Mientras Kyle Montgomery cometía su fechoría y Eddie, King y Michelle estaban en el bar, Bobby Battle yacía en una cama del hospital bajo una telaraña de tubos intravenosos. Remmy Battle estaba sentada a su lado, sujetando firmemente la mano de su esposo.

Remmy tenía la vista clavada en la hilera de monitores que detallaban gráficamente el fino hilo del que dependía la vida de su marido. Aquella noche había tenido una recaída y volvía a necesitar respiración asistida, una máquina que

emitía un pitido agudo cada vez que la respiración de Bobby se desviaba. El ritmo respiratorio de Remmy también aumentaba y disminuía de forma irregular con los pitidos de aquel artefacto infernal.

–Hola, señora Battle, ¿va todo bien? – dijo la enfermera al entrar.

–¡No! No me reconoce -le espetó-. No reconoce a nadie.

–Pero los médicos han dicho que está haciendo progresos. Hace falta tiempo. Sus constantes vitales están mucho mejor. Aunque vuelva a necesitar respiración asistida, su situación ha mejorado, de verdad que sí.

–Gracias por decírmelo. – Remmy se serenó-. Muchas gracias, querida. – Bajó la mirada hacia el hombre fornido que yacía en la cama.

La enfermera sonrió y pareció sentirse un tanto incómoda.

–Señora Battle… -empezó con un tono deferente sin duda reservado a los pocos afortunados cuyo nombre aparece en edificios.

–Lo sé -respondió Remmy en voz queda.

–¿Hoy va a dormir aquí? – preguntó la enfermera-. Si es así, diré que le hagan la cama.

–Esta noche no. Volveré por la mañana, pero gracias de todos modos.

Remmy se levantó y se marchó. La enfermera dio un repaso rápido al paciente y salió de la habitación al cabo de unos minutos.

Battle era el único paciente de aquel pasillo corto en el que abundaban los cuartos de almacenaje. Las diez habitaciones restantes de la unidad desembocaban en una zona central situada frente al puesto de enfermería. Remmy Battle había pedido aquella habitación para su esposo porque ofrecía mayor intimidad. También había una entrada trasera al final del pasillo que le permitía, gracias a un código de acceso especial, entrar y salir sin tener que pasar junto a un montón de habitaciones, enfermeras y miradas

curiosas. La habitación en la que a veces dormía estaba en el mismo pasillo que la de su marido.

Eran poco más de las diez y en esta parte del hospital, aislada del resto, se estaba produciendo el cambio de turno del personal. La enfermera que cuidaba de Battle pasaría los tres cuartos de hora siguientes en el puesto con su sustituta, repasando el estado actual de los pacientes a su cuidado, así como la medicación pertinente y las instrucciones de los médicos.

Todas las habitaciones de los pacientes de aquella unidad

I

estaban controladas por cámaras, y las imágenes iban al puesto central de enfermería de la unidad. Se suponía que los monitores del puesto de enfermería se vigilaban continuamente, aunque durante el cambio de turno no se cumplía este requisito durante unos veinte minutos, ya que las enfermeras, que trabajaban demasiado y estaban al límite de sus fuerzas, se esforzaban por hacer el trabajo de una hora en un tercio del tiempo. Sin embargo, la maquinaria que ayudaba a mantener a los pacientes con vida contaba con dispositivos

de aviso que alertaban inmediatamente de cualquier cambio drástico en su estado.

Poco después de la marcha de Remmy, una persona entró por la misma puerta trasera por la que ella acababa de pasar. Vestida con bata de hospital y una mascarilla que le ocultaba la parte inferior del rostro, y con un aspecto que encajaba en el mundo hospitalario, pasó junto a la habitación de Bobby Battle, echó una mirada y vio que el paciente estaba solo. Fue a echar un vistazo al recodo del pasillo y vio que el puesto de enfermería estaba vacío. Luego entró en la habitación de Battle y cerró la puerta.

Sin tiempo que perder, desvió ligeramente la cámara situada frente a la cama de forma que la grabación no mostrara la izquierda de la habitación. Acto seguido, la silueta enmascarada se acercó al soporte de las sustancias

intravenosas, extrajo una aguja hipodérmica del bolsillo de la bata y la clavó en una de las bolsas de medicación colgada por encima de la del suero hasta vaciar el contenido de la jeringuilla. Miró a Battle, que tenía una expresión tranquila, a pesar de llevar un tubo por la garganta. Le tomó la mano, le colocó un reloj en la muñeca e hizo que marcara las cinco. Por último, extrajo un objeto de otro bolsillo y lo colocó encima del pecho de Battle.

Era una pluma blanca de pájaro.

Al cabo de unos momentos había salido por la entrada posterior y se dirigía al aparcamiento. Poco después, un vehículo abandonaba tranquilamente el recinto hospitalario.

Quien iba al volante tenía una carta que escribir y enviar.

Diez minutos más tarde de que el coche se hubiera marchado, sonó un pitido de alerta en la habitación de Bobby Battle, seguido de otro. En unos segundos, todos los aparatos emitían sus alertas de mal agüero.

Las enfermeras corrieron a la habitación. Al cabo de un minuto se transmitió un código azul por megafonía y un equipo médico de emergencia altamente cualificado acudió presuroso. Todo fue en vano. El fallecimiento de Robert E. Lee Battle se produjo a las 22.23 horas.

29

Al comienzo se dio por supuesto que Battle había muerto a causa de complicaciones postoperatorias. La pluma blanca que su asesino le había dejado en el pecho se había caído al suelo cuando el equipo médico intentó resucitarlo. Más tarde, un auxiliar descubrió la pluma y la dejó en la mesita situada junto a la cama del difunto, quizá suponiendo que era de una almohada. El reloj que el asesino le había puesto en la muñeca quedaba medio oculto por los tubos intravenosos y por las pulseras de identificación. Remmy Battle, angustiada, entró y salió sin fijarse en la pluma ni en el reloj. Hasta que una enfermera no mencionó la pluma nadie se había planteado nada extraño. No procedía de una

almohada del hospital porque éstas no eran de plumas. Además, el cambio brusco e imprevisto del estado de Battle resultaba sorprendente y merecía analizarse.

No obstante, hasta alrededor de las tres de la mañana, cuando estaban a punto de trasladar el cadáver al depósito del hospital, no se fijaron en el reloj de la muñeca del difunto, lo cual les llevó a examinar el cuerpo con mayor cautela, así como las bolsas de suero. Fue entonces cuando el médico de guardia advirtió la punción en la bolsa.

–Dios mío -fue lo único que acertó a decir.

Sacaron a Todd Williams de la cama. De camino al hospital, llamó a King, quien a su vez llamó a Michelle. Los tres llegaron más o menos a la vez. Les sorprendió encontrarse allí a Chip Bailey. Williams presentó rápidamente a King y Michelle al agente del FBI.

–Estaba en un motel de la ciudad y tenía el receptor de la policía encendido -explicó Bailey-. Maldita sea, Todd, tienes a todos tus hombres en el hospital.

–Se trata de Bobby Battle -espetó Williams-. Un ciudadano importante de la zona.

King terminó en silencio el pensamiento no pronunciado del hombre: «Y ahora prepárate para recibir toda la ira de la viuda.»

Una enfermera los acompañó a la habitación de Battle. El difunto yacía todavía conectado a los tubos intravenosos y con la respiración asistida por la garganta, aunque todos los aparatos de corazón-pulmón y monitores estaban apagados, pues ya no necesitaban sus pitidos y lecturas digitales. Michelle no podía evitar mirar a Battle constantemente, alguien de quien había oído hablar mucho pero a quien no había conocido. Por algún motivo, y no sólo por cómo había fallecido, parecía tan fascinante muerto como lo había sido en vida.

La enfermera jefe y el médico de guardia explicaron lo que habían descubierto con respecto a la pluma, el reloj y el orificio en la bolsa de suero.

–Todo esto es muy raro -dijo el médico, pronunciando el eufemismo del año.

–Ya nos parecía que no pasaba todas las noches -respondió King.

Williams examinó el reloj.

–No es un Zodiac -dijo con voz queda a Michelle y King-. Pero marca exactamente las cinco, y la ruedecita está hacia fuera.

Cuando Todd Williams le enseñó la pluma a Chip Bailey, la reacción del agente fue palpable, pero no dijo nada hasta que el médico y la enfermera se marcharon.

–Mary Martin Speck -les dijo cuando estuvieron a solas-. Una enfermera; la apodaban Florence Nightinghell*.

* Juego de palabras intraducibie con el apellido de la célebre enfermera y filántropa Florence Nightingale (literalmente «ruiseñor») y Nightinghell *{hell,* infierno) por su similitud fonética. *(N. de los T.)*

La señora mató a veintitrés pacientes en seis estados a lo largo de diez años. En la actualidad cumple cadena perpetua en una penitenciaría federal de Georgia. Su sello personal era una pluma blanca de pájaro; afirmó estar llevando a cabo la labor del Señor.

–O sea que podemos esperar otra carta -dijo King.

–Ni siquiera ha habido tiempo de recibir la de Hinson -se quejó Williams-. ¿Por qué Bobby Battle? ¿Por qué querría el asesino añadirlo a la lista? Era sumamente arriesgado entrar aquí de esa manera.

Sin embargo, tras consultar de nuevo con la enfermera jefe enseguida se enteraron de que entrar por la puerta trasera no era nada difícil. El código era sencillo: 4-3-2-1 y hacía años que no lo cambiaban. Había muchas personas del hospital que lo sabían y probablemente lo hubieran dicho a otras.

–¿Sabemos lo que se inyectó en la bolsa? – inquirió Michelle.

–El laboratorio lo analizará y revelará su toxicidad -declaró Williams-. Por suerte, alguien reparó en el orificio de la bolsa antes de que la tiraran.

–¿Dónde está Sylvia? – preguntó King.

Williams meneó con la cabeza.

–En casa, enferma. Acabó la autopsia de Hinson anoche, pilló algún virus y ahora mismo está vomitando en el lavabo. Al menos es lo que estaba a punto de hacer cuando la llamé. Vendrá en cuanto pueda.

–El FBI también -intervino Bailey-. Es la quinta muerte relacionada, por lo menos que sepamos. Vamos a tener una presencia más activa, Todd. Lo siento.

–Entonces quizá puedas hablar con Remmy. Cuando la mujer se entere de esto, va a pedir mi pellejo.

–Yo me esperaría a que recibiéramos una carta del asesino -dijo King-. La presencia del reloj y la pluma pone de manifiesto que se trata de otra víctima, pero tenemos que estar absolutamente seguros antes de abrir la caja de los truenos de Remmy.

–Tienes razón -convino Bailey.

–¿ Se ha echado algo en falta de la habitación de Bobby? – preguntó Michelle-. Nuestro hombre se llevó algo de sus anteriores víctimas.

–No lo sabremos a ciencia cierta hasta que hablemos con Remmy -dijo Williams-. Ahora quiero tener claro cuál fue la sucesión de los hechos. – Salió un momento y regresó con el médico de guardia y la enfermera jefe-. ¿Podemos repasar de nuevo cómo se sucedieron los acontecimientos?

–Sí, señor -respondió la enfermera-. La señora Battle estuvo aquí desde las cuatro hasta las diez aproximadamente. Estuvo en la habitación todo el rato. El señor Battle estaba vivo y en proceso de mejora unos minutos antes de las diez, cuando su enfermera lo vio por última vez. No hubo más visitas durante ese tiempo.

–¿Y antes de la llegada de la señora Battle? – preguntó Michelle.

–Su hija, Savannah, estuvo un rato al mediodía. No sé la hora exacta. Y luego también vino Dorothea Battle, hacia las dos y media.

–¿Entraron por la puerta trasera? – preguntó Bailey.

–Savannah sí, pero Dorothea entró por delante.

–Necesitamos saber la hora exacta de esas visitas -dijo Williams.

–Las conseguiremos -afirmó el médico con fría formalidad-. Ahora, si me disculpan, tengo otros pacientes que atender.

Sin duda el hombre estaba pensando en la demanda que les caería encima a él y al hospital, pensó King.

–Espero que tenga más suerte con ellos -repuso Williams, que también captó la preocupación del hombre.

Cuando el médico se hubo marchado, Williams siguió interrogando a la enfermera.

–Entonces el estado de Battle cambió a las diez y cuarto.

Ella asintió.

–Sufrió un paro cardiaco. El monitor mostraba una línea recta cuando entró la primera enfermera. El equipo de emergencia intentó resucitarlo, pero fue en vano.

–Así pues, en el lapso de unos diez minutos entre la última visita de la enfermera y su muerte, el asesino actuó y el veneno, si es de lo que se trata, hizo efecto.

–Eso parece -convino Bailey.

–He visto que la habitación tiene cámara de vídeo -dijo King.

–Al igual que todas. Así se controla a los pacientes desde el puesto de enfermería.

–¿Pero nadie vio que alguien entraba en la habitación después de que la señora Battle se marchara?

La enfermera se puso nerviosa.

–A veces no hay nadie en el puesto de enfermería.

–¿Durante el cambio de turno, por ejemplo? – sugirió King.

–Si alguien entró después de la marcha de la señora Battle -repuso la mujer-, tuvo que ser por la puerta trasera, porque, de lo contrario, le habrían visto.

–Entendido -repuso King.

–Hay que tener cojones para hacer esto en un sitio lleno de gente -comentó Williams.

–Bueno, si alguien pensaba intentarlo -dijo la enfermera-, escogió el momento idóneo.

–Sí, está claro -dijo King.

Cuando se marchaban, King se detuvo en el puesto de enfermería.

–¿Le importa que eche un vistazo? – preguntó a la enfermera jefe.

Pasó detrás del gran mostrador y miró las imágenes que aparecían en los monitores.

–Esto no se graba, ¿verdad? – preguntó.

–No, no los tenemos por seguridad sino para controlar el estado de los pacientes.

–Pues quizá tengan que replantearse la idea.

–¿Qué has ido a hacer? – preguntó Michelle en cuanto salieron de la unidad.

–Se me ha ocurrido que alguien que estuviera familiarizado con los procedimientos del hospital sabría lo de las cámaras. A nadie le gusta que le filmen mientras mata a alguien; obstaculiza mucho la defensa legal, vamos. En el resto de las habitaciones la cámara estaba colocada de forma que toda la cama y los aparatos que la flanqueaban resultaban visibles. En la habitación de Battle sólo se veía la cama y la zona de la derecha.

–El asesino movió la cámara para que no le mostrara actuando -dijo Michelle.

–Eso es.

Al salir del hospital se encontraron con Harry Carrick. Aunque era muy temprano, Carrick vestía de forma impecable con una americana de *tweed* y una camisa de vestir con el cuello abierto.

–¿Qué haces aquí, Harry? – preguntó King.

–Bobby Battle y yo somos viejos amigos. Bueno, éramos viejos amigos. Además soy el abogado general del hospital. Me han llamado a casa. Acabo de reunirme con ellos. Tenemos un problema, eso está claro. Pero así son las cosas. ¿Habéis visto a Remmy?

–No; ya se había marchado cuando llegamos.

–Estoy al corriente de algunas de las cosas encontradas en la habitación de Bobby. Supongo que hay más -dijo Carrick.

–Sí. Pero todavía no sabemos de qué se trata exactamente.

–Bueno, no quiero entreteneros pero tenemos que volvernos a reunir pronto por el caso de Júnior.

–¿Qué tal va?

–Lo que habéis descubierto hasta ahora no resulta de gran ayuda para el caso. Tanteé al fiscal para llegar a algún acuerdo pero no se ha molestado ni en responder. Está claro que Remmy es quien tiene la última palabra. Ya estaba enfadada y ahora, con la muerte de Bobby, no creo que se ablande.

I

–Probablemente se endurezca más -comentó Michelle.

–Probablemente -convino Carrick-. Bueno, no os entretengo más. Si os enteráis de algo más sobre la muerte de Bobby, decídmelo.

Le observaron subir a un MG británico descapotable y alejarse en dirección al brillo rojizo del amanecer.

Michelle se volvió hacia King.

–Compadezco a Harry. Es amigo de los Battle y encima representa a Júnior Deaver y al hospital en que ha muerto Bobby.

King asintió.

–La demanda contra el Wrightsburg General está al caer. Qué irónico, demandar a un lugar que tiene tu nombre en la

fachada.

–No creo que eso disuada a Remmy Battle.

–Yo tampoco. – Se desperezó y bostezó-. No sé si ir al despacho o volver al barco a dormir.

–Yo voy a correr un rato -dijo Michelle-. ¿Por qué no vienes conmigo? Las endorfinas son buenas para el cerebro.

–¿A correr? ¡Pero si acabas de hacer *kickboxingl* -exclamó King.

–Eso fue ayer, Sean.

–Hasta Dios se tomó un día libre, ¿lo sabías?

–Si hubiera sido mujer no lo habría hecho.

–De acuerdo, me has convencido.

Michelle sonrió.

–¿Vienes conmigo?

–No; vuelvo al barco a descansar. Si Dios descansó, yo haré lo mismo.

30

La oficina de correos había recibido instrucciones estrictas de enviar a la policía toda carta sospechosa dirigida a la *Gazette.* La carta sobre Hinson llegó después del asesinato de Bobby Battle. Estaba redactada de forma sencilla: «Un abogado menos, ¿qué más da? Confío en que esta vez sepáis quién no soy. Hasta pronto.»

Mientras tanto, Sylvia Diaz le había practicado la autopsia a Robert Battle.

En ese momento estaba sentada con King y Michelle en su consulta. Les informó de que tanto el jefe Williams como Chip Bailey habían presenciado la autopsia.

–Me parece que Todd ya no tiene problemas con las autopsias, desgraciadamente debido a la abundancia de ellas -comentó.

–¿Qué mató a Bobby? – preguntó King.

–No lo sabré hasta que reciba los análisis toxicológicos la próxima semana, pero parece que alguien inyectó una buena dosis de cloruro potásico en su suero. En unos diez

minutos llegaría a su organismo. En cuanto eso se produjo, el corazón sufrió una desfibrilación. Teniendo en cuenta que estaba débil, el final le llegó rápido y al menos sin dolor.

–Todo esto sugiere conocimientos médicos -dijo King.

Sylvia reflexionó.

–El cloruro potásico no suele utilizarse para matar, pero si la persona tenía conocimientos médicos, fue un poco descuidada.

–¿A qué te refieres?

–Battle tenía la típica colección de tubos intravenosos: heparína para licuar la sangre, una solución de azúcar salino, una NPT o solución nutritiva, un antibiótico para la infección pulmonar que contrajo por estar conectado tanto tiempo a la respiración asistida, y dopamina para controlar la presión arterial.

–De acuerdo, ¿y qué nos aporta todo eso? – preguntó King.

–Bueno, si la persona hubiera inyectado el cloruro potásico directamente en el tubo en vez de introducirlo en la bolsa de NPT, se habría producido el mismo desenlace fatal pero habría resultado indetectable. La solución de NPT ya incluye cloruro potásico, igual que el organismo de Battle. Pude determinar que habían añadido cloruro potásico a la bolsa comparando los niveles con una solución de NPT normal. Había más del triple, suficiente para matarlo.

–¿Estás diciendo que si el cloruro potásico se hubiera inyectado directamente en el tubo y no en la bolsa nunca te habrías dado cuenta?

–Exacto. El residuo del tubo habría sido insuficiente para levantar sospechas. De hecho, sólo habría resultado sospechoso en caso de que no hubiera habido residuo de cloruro potásico. Como he dicho, Battle ya tenía cloruro potásico en el organismo. Se absorbe de forma natural, por eso la autopsia no habría revelado la sobredosis.

–¿O sea que es como si la persona tuviera conocimientos médicos pero no fuera experta? – sugirió King.

–O -dijo Michelle- porque quería que se descubriera que Battle había sido asesinado, como si el reloj y la pluma no bastaran.

–Casi no bastaron -le recordó King-. La pluma se había caído al suelo y el reloj estaba oculto entre los tubos y las pulseras de identificación del hospital.

–Pero eso no tiene sentido -dijo Sylvia-. Me refiero a que la primera regla cuando se comete un asesinato es intentar que sea perfecto. ¿Y qué mayor perfección puede existir que simular que no hubo tal asesinato?

Michelle y King menearon la cabeza, incapaces de encontrar una teoría que explicara el comportamiento del criminal.

Sylvia suspiró y dijo:

–No es que importe, pero Battle tenía indicios de arteriesclerosis. También presentaba unas arrugas extrañas en la superficie de la aorta. Y tenía un pequeño tumor en el pulmón derecho, quizás un cáncer incipiente. No es de extrañar en un fumador de su edad.

–¿Y la causa de la muerte de Diane Hinson? – preguntó King, y se apresuró a añadir-: Bueno, parecía bastante obvia.

–Hemorragia interna masiva. Le seccionaron la aorta y le perforaron la cavidad cardiaca y el pulmón izquierdo. Ella también murió en cuestión de minutos -añadió-, aunque su muerte no fue ni mucho menos tan indolora como la de Battle.

–¿Hubo violación o agresión sexual? – preguntó King.

–No; tal como comprobé en mi primer examen, no había indicios de ello. Por cierto, he oído lo de la similitud con Florence Nightinghell. Supongo que tendremos una carta al respecto.

–La carta de Hinson indicaba que lo veríamos pronto y así fue -observó Michelle-. Al menos es un hombre de palabra.

–Primero una bailarina de *striptease,* luego los jóvenes del instituto, después una abogada y ahora Bobby Battle -dijo King.

–Es como si el asesino se arriesgara cada vez más -comentó Sylvia.

–Pasar de una bailarina de *striptease* que pudo haber recogido en cualquier bar, dispararle y dejarla en el bosque, a envenenar a un hombre de negocios multimillonario que yace en estado de coma en una cama de hospital no parece tener mucho sentido -declaró King-. No quiero parecer insensible, pero ¿cómo elige a sus víctimas? ¿Son rollos de una noche o consulta el registro de personalidades?

–Como he dicho, este hombre va por libre -respondió Sylvia al tiempo que se restregaba los ojos enrojecidos.

King la miró.

–Tienes un aspecto terrible -dijo con una sonrisa encantadora-. Deberías estar en la cama.

–Gracias por fijarte. Intentaré hacerlo un día de éstos.

–¿Dónde está Kyle? – preguntó Michelle-. ¿No puede echarte una mano?

–Él no es patólogo; no sabe hacer autopsias. Además, ha llamado para decir que está enfermo. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo. Me he pasado vomitando buena parte de la noche y tengo un montón de pacientes esperando. Gracias a Dios que existen los antibióticos.

–¿Qué opinas de que el asesino decidiera emular a Mary Martin Speck? – preguntó Michelle.

–¿Te refieres a que sea una mujer en vez de un hombre?

Michelle asintió.

–No lo sé -respondió Sylvia-. A Battle podría haberle matado una mujer. Está claro que no se necesita fuerza física para inyectar una solución en la bolsa del suero. Sin embargo, apuesto a que Rhonda Tyler y Diane Hinson fueron asesinadas por un hombre. Una mujer no habría podido recorrer tanta distancia por el bosque cargando con Tyler, y las heridas de cuchillo de Hinson eran muy profundas. Ha

sido un hombre o una mujer tan fuertes que no querría encontrármelos en un callejón oscuro.

–Entonces -dijo Michelle lentamente-, es posible que haya dos asesinos, un hombre y una mujer.

–No necesariamente -matizó King-. La única prueba al respecto es la relación que Bailey reveló con respecto a Speck y la pluma de pájaro. Hasta que recibamos la carta, no sabremos si el asesino imitaba a Speck. La pluma puede simbolizar otra cosa, algo específico del asesino.

–Es cierto -convino Michelle. Sylvia asintió.

King las miró.

–¿Queréis oír una sugerencia estrambótica?

–Me muero de ganas -ironizó Michelle.

–Bobby Battle era un hombre muy rico. Me pregunto quién sale beneficiado en su testamento.

Se produjo un largo silencio.

–¿Sugieres que un familiar lo mató por dinero e intentó hacer que pareciera uno de los asesinatos en serie? –preguntó Sylvia finalmente.

–No pudo ser Eddie. Estuvo con nosotros en el Sage Gentleman hasta pasadas las once -dijo Michelle.

–Es verdad -dijo King-, pero Dorothea y Savannah estuvieron en el hospital con anterioridad. No pudieron poner el veneno entonces porque habría muerto antes de que llegara Remmy. Sin embargo, supongamos que una de ellas escondió el cloruro potásico en la habitación durante su visita y luego entró a hurtadillas al ver que Remmy se marchaba, hizo el trabajito y se marchó tranquilamente.

–Eddie dijo que Dorothea estaba en un ágape -le recordó Michelle.

–Tendremos que verificarlo.

–Bueno, el móvil de muchos asesinatos es el beneficio económico -dijo Sylvia-. Quizá tengas razón, Sean.

–Ya puestos, aquí hay otra opción: Remmy pasó horas en la habitación con Battle, por lo que dispuso de tiempo más

que suficiente para inyectar esa sustancia en la bolsa antes de marcharse.

–¿Qué motivos podría tener? – inquirió Sylvia-. Es rica.

–¿Y si Bobby había vuelto a las andadas con mujeres y Remmy se había hartado? Quizá no haya suficiente dinero en el mundo para aplacar una cólera así.

–Eso es otra historia, claro. ¿Tienes alguna prueba?

King pensó en el cajón secreto de Battle y en el hecho de que Remmy no llevara su anillo de bodas, pero decidió no mencionárselo a Sylvia.

–No digo que dispongamos de pruebas de ello -dijo-. Me limito a sugerir hipótesis. Una mujer despechada es uno de los móviles para asesinar más antiguos del mundo, quizás incluso más que el dinero. Se marcha con una coartada y deja

la pluma y el reloj para despistar. El modus operandi del asesino en serie ha salido en las noticias, así que ella sabe esa clase de detalles.

–Pero el hecho de que estuviera allí no la convierte en sospechosa, sobre todo teniendo en cuenta la tardanza de la muerte por envenenamiento -arguyo Sylvia-. Si hubiera querido hacer una cosa así, habría entrado en cualquier otro momento, lo habría hecho y se habría marchado sin que la vieran.

–Bueno -dijo Michelle-, si yo fuera el asesino de Battle e intentara colgarle el muerto al asesino en serie de la zona, me andaría con pies de plomo.

–¿A qué te refieres? – preguntó Sylvia.

–Si fuera el verdadero asesino, esto no me habría hecho ni pizca de gracia.

–No te sigo -insistió Sylvia.

–A ver si me explico: los asesinatos en serie se han planificado y ejecutado minuciosamente. Tenemos cartas de seguimiento del asesino en las que provoca a la policía. Está claro que este tipo es un obseso del control y que tiene algún plan magistral en mente. Ahora bien, si otra persona

mató a Bobby Battle e intenta culpar a nuestro obseso, éste puede considerar que perjudica su obra maestra. Querrá vengarse de la persona que mató a Battle.

–O sea que quizá tengamos a un asesino yendo tras otro asesino -dijo King.

–Exacto -respondió Michelle.

31

–Os nombro ayudantes -declaró el jefe Williams al día siguiente, sentado y mirando a King y Michelle en la oficina de éstos. Ellos le devolvieron una mirada de asombro.

–¡Qué dices! – exclamó King-. Ya fui tu ayudante. No tengo ningún interés en repetir, Todd.

–No tenéis más remedio. ¡Os necesito!

–La servidumbre forzosa se abolió hace muchos años -le espetó King.

–¿Qué ocurre, Todd? – preguntó Michelle.

–Los federales me están desplazando, eso es lo que ocurre.

–Pero tú querías su ayuda -dijo King.

–Pero no quería que me apartaran del caso, aquí en mi propia ciudad. No quiero que la gente crea que no soy capaz de hacer mi trabajo. Estoy dispuesto a colaborar con los federales, claro está, incluso dejarles llevar la investigación conmigo. Pero maldita la gracia si ni siquiera me dejan investigar esta ola de crímenes en mi propia casa.

King meneó la cabeza, perplejo.

–Todd, me parece que has asistido a demasiadas autopsias. ¿Por qué no dejas que se encarguen ellos? Tienen recursos y experiencia. Que sea su dolor de cabeza.

–El orgullo también cuenta, Sean -replicó Williams-. Y vosotros ya habéis dedicado mucho tiempo a este caso. Tenéis hipótesis e ideas. ¿Quién dice que trabajando juntos no podamos resolver el caso antes que el todopoderoso FBI?

Joder, Chip Bailey va por ahí dándose aires. Lo único que me falta es que me diga que le prepare el café. Esa será la

gota que colme el vaso. Antes le pego un tiro a ese cabrón. – Los miró con expresión de súplica-. Venga, vosotros tenéis tanta experiencia como cualquiera de esos tipos. Sé que juntos podemos conseguirlo. Y recordad, vivimos aquí y ellos no. Hemos de lograr que Wrightsburg vuelva a ser un lugar seguro. Es nuestro hogar. Toda la gente cuenta con nosotros.

Michelle y King intercambiaron una mirada.

–Bueno, esta propuesta supone todo un reto -dijo Michelle.

–Igual que volar en ala delta, y eso no significa que haya que hacerlo -refunfuñó King.

–Venga ya, Sean, este caso te tiene intrigado, es innegable -apuntó ella-. Pensarás en el caso independientemente de que trabajes en él o no. Y si somos ayudantes podremos investigarlo con categoría oficial. Así podríamos hacer progresos.

–¿Y qué pasa con nuestra agencia de investigación?

–Podéis seguir con ella -se apresuró a responder Williams-. No os pido que dediquéis todo vuestro tiempo a este caso. Pero sí estoy dispuesto a daros acceso a todo. No tendréis que ir detrás de mí a todas partes. Podéis hablar con quien sea y fisgonear por vuestra cuenta con mi placa. Tengo el poder. Puedo nombrar ayudante a quien me dé la gana.

–¿Y Bailey lo verá con buenos ojos? – preguntó King con escepticismo-. Vamos, Todd, ya sabes cómo son.

–¿Y qué si le molesta? No podrá discutir vuestras credenciales. Dejádmelo a mí. Voy a por todas en este caso, aunque tenga que llamar al gobernador.

–No sé -vaciló King-, esto podría acabar en una pesadilla para hacerse con el poder, y ya viví muchas de ésas cuando estaba en el servicio secreto.

Michelle le dio un golpecito en el brazo.

–Venga ya, ¿qué daño iba a hacerte?

–¡Ese loco podría matarnos! ¡Seguro que eso duele!

Michelle miró a Williams y le guiñó el ojo.

–Cuenta conmigo -dijo.

El jefe de policía miró a King, expectante.

–¿Sean?

Transcurrieron unos instantes que parecieron largos.

–De acuerdo -murmuró al final.

–Bien -dijo Williams con alivio. Extrajo un par de placas plateadas del bolsillo, recitó unas palabras de jerigonza legal para que juraran el cargo y se las tendió-. Ya sois oficialmente ayudantes del jefe de policía. Ahora mirad esto.

Les tendió un papel. Michelle y King lo leyeron a la vez.

–La carta del asesino de Bobby, el imitador de Mary Martin Speck -dijo Michelle al levantar la mirada.

King leyó la carta en voz alta:

–«Otro menos. Ya van cinco. Esta vez ha sido un pez gordo, pero habrá más. Y no, no soy Mary, aquí no hay ninguna Florence Nightinghell. La pluma no era más que eso, ¡una pluma para los pesos pluma que sois todos vosotros! Hasta pronto. No soy MMS.» -Alzó la mirada con expresión pensativa-. ¿Había un símbolo del Zodiac en el sobre que contenía la carta?

–No; estaba limpio. Al igual que la carta sobre Canney-Pembroke y la de Hinson. Ya hemos comprobado si había huellas y otros restos. Nada.

–Esta carta dice que Battle fue la quinta víctima -dijo King.

–Sean, está claro que es la quinta -repuso Williams.

–Pero en la carta sobre Canney-Pembroke sólo mencionaba la muerte de un chico. Si nos lo tomamos al pie de la letra, eso supondría que Battle es la víctima número cuatro. Se trata de una contradicción.

Williams se dio una palmada en el muslo.

–¿Veis? Por eso quiero contar con vosotros. Veis cosas, deducís cosas.

–Nuestras deducciones pueden estar totalmente equivocadas -replicó King.

–O totalmente acertadas -repuso Williams-. Hay otra cosa que debéis saber. Hinson llevaba una cadenita de oro en el tobillo. No estaba en el cadáver y no ha aparecido en la casa.

–El anillo de Pembroke, la medalla de san Cristóbal de Canney, probablemente el aro que Tyler llevaba en el ombligo, y ahora la cadenita de Hinson -enumeró King.

–A lo mejor los quiere como recuerdo -arriesgó Michelle-. Trofeos de sus gestas.

–Quizás. ¿A Bobby Battle le faltaba algo?

–Nada que sepamos. – Williams miró fijamente a King-. ¿Cuál será vuestro próximo movimiento?

King caviló unos instantes.

–Ha llegado el momento de que averigüemos de una vez por todas si existe alguna relación entre los asesinatos -dijo finalmente.

–Pero Sean, ya sabemos que el asesino es el mismo -repuso Williams.

–No, no lo sabemos -replicó King con dureza-. Pero de todos modos no me refiero a eso, sino a que tenemos que descubrir si las víctimas estaban relacionadas entre sí de algún modo.

–Pero en los asesinatos en serie no suelen estarlo -protestó Williams.

–Esta podría ser la excepción que confirma la regla -declaró King-. Y mientras tanto tendremos que volver a la guarida de los leones.

–¿La guarida de los leones? – repitió Michelle.

–La mansión de los Battle -repuso King.

–Creo que prefiero vérmelas con Priscilla Oxley -reconoció Michelle-. Y si esa mujer vuelve a llamarme flacucha o chávala, no me voy a quedar callada.

Cuando Williams se hubo marchado, Michelle preguntó a King:

–¿Qué esperas descubrir en casa de los Battle?

–Con un poco de suerte, la respuesta a tu pregunta de por qué Remmy no llevaba el anillo. Y también la verdad sobre lo que contenía el cajón secreto de Bobby.

–Pero todo eso guarda relación con el robo, no con el asesinato.

–Cierto, sólo que quizá mataron a Battle por culpa del contenido del cajón. Aunque lo hubiera matado otra persona, tenemos que encontrarle.

–De acuerdo, pero si lo envenenó uno de los Battle, cuando los interroguemos se dará la circunstancia de que estaremos hablando con un asesino.

–Pues cuanto antes lo sepamos, mejor.

–Si fue uno de ellos, ¿por quién apuestas? Eddie estaba con nosotros, así que o fue la dama de hierro, la hija casquivana o la nuera de lengua viperina.

–Por ahora me reservo mi opinión. Pero si la muerte de Battle fue una imitación con un móvil distinto, eso sigue sin conducirnos a la persona que ha matado a cuatro más y piensa continuar.

–¿Crees que habrá más víctimas?

–Quién sabe. – Le dio una palmadita en el hombro-. Tú ve con cuidado.

–Ya sabes que sé cuidarme sólita, Sean.

–No me refería a eso. Lo que quiero es que me protejas a mí.

32

El asesinato de Bobby Battle fue la noticia del día en la zona. Los titulares sensacionalistas atribuían su muerte al asesino en serie. Lo que no sabía la prensa ni el público eran los robos a cada una de las víctimas y el contenido exacto de las cartas.

Los habitantes de Wrightsburg cerraban la puerta con llave, limpiaban sus armas, conectaban las alarmas de las casas y estaban ojo avizor con sus conciudadanos. La expresión de sus ojos estaba clara: si alguien como Bobby

Battle había muerto asesinado en un concurrido hospital, nadie estaba a salvo.

Lo cierto es que no se equivocaban al suponerlo.

La cueva estaba apartada, en las onduladas colinas al este de Wrightsburg en dirección a Charlottesville. La entrada quedaba oculta por pinos caídos y capas de densa hiedra y vegetación variada, y no había ningún sendero apreciable que condujera a ella. El agujero de la roca era suficientemente grande como para albergar varios clanes de osos negros, como ocurriera en el pasado. Sin embargo, ahora sólo había un ocupante que caminaba sobre dos piernas, aunque bien podía considerársele un depredador.

Estaba cavilando sentado a una mesa toscamente labrada en el centro de la cueva. La había equipado con suficientes suministros para que resultara habitable durante largos períodos. La única iluminación procedía de un farol provisto de batería. El hombre sostuvo en alto la capucha que había llevado para matar a cuatro personas. La palpó ligeramente. Un verdugo, eso es lo que era, sencilla y llanamente. No obstante, los verdugos sólo ejecutaban una sentencia impuesta por la justicia.

Miró el periódico. Una foto de Robert Battle tomada hacía varios años le devolvía la mirada. «El empresario y filántropo millonario Robert E. Lee Battle asesinado en el hospital. Las sospechas recaen en el asesino en serie», rezaba el titular.

¡Asesino en serie! Esas tres palabras le martillearon el cerebro. Finalmente hizo una bola con el periódico y lo arrojó al suelo. Furioso, cogió el farol y lo lanzó contra la pared, con lo que quedó a oscuras. Se puso en pie y recorrió la estancia pesadamente, chocó contra objetos, se cayó, se levantó y golpeó con los puños las paredes de piedra. Cuando estuvo exhausto, se dejó caer en el frío suelo.

De repente gritó con tanta fuerza que le pareció que el corazón se le saldría del pecho. Al final, el sudor le empapó el cuerpo, la respiración se le normalizó y acabó

tranquilizándose. Fue lentamente hasta un mueble apoyado contra una pared, lo abrió y extrajo otro farol, uno de queroseno. Buscó una cerilla a tientas en el bolsillo, encendió la mecha, alzó la luz, miró alrededor y encontró el periódico. Se sentó de nuevo a la mesa y leyó el artículo, evitando mirar la foto del difunto.

Aquello era un revés, sí, un revés importante, pero la vida estaba llena de reveses. Se limitaría a hacer lo que siempre había hecho: sacarle partido a los obstáculos que se le presentaban. El gran Bobby Battle podía estar muerto pero quedaba trabajo por hacer. Había más gente que matar, no, ejecutar, se corrigió.

Observó el titular. «Las sospechas recaen en el asesino en serie.» Ese imitador le había tomado la delantera de la peor forma posible, y luego le había echado la culpa. En cierto modo no le quedaba más remedio que admirar el profesionalismo del muy cabrón. Admirar sí, perdonar no.

Extrajo un papel en el que había escrito en código el nombre de sus víctimas, las que ya estaban muertas y las que mataría en el futuro. Tomó un lápiz y trazó un signo de interrogación en la última línea de la página. Encontraría a ese imitador antes que la policía y lo mataría. Era de justicia.

33

–Kyle, ¿qué estás haciendo? – preguntó Sylvia al entrar en la oficina de su consulta y verlo sentado frente al ordenador.

Él se volvió rápidamente en la silla.

–Oh, hola, doctora, no te esperaba tan temprano.

–Eso parece. ¿Qué estás haciendo exactamente?

–Conectándome a Internet.

–Ya te he dicho otras veces que no puedes utilizar este ordenador para asuntos personales.

–No son asuntos personales. Iba a pedir unas batas nuevas y mascarillas quirúrgicas que necesitamos. He

encontrado una oferta en Internet mucho más barata que la de nuestro proveedor.

–Kyle, está bien para la consulta, pero el depósito de cadáveres depende del gobierno. En las compras hay que cumplir ciertos requisitos muy estrictos. No puedes pedir algo por tu cuenta y pretender que el gobierno te extienda un cheque para pagarlo.

–Vaya, doctora, lo único que quería era ahorrarnos unos pavos.

–Aprecio tu iniciativa. Lo único que te estoy diciendo es que hay que seguir ciertos pasos.

–A veces me pregunto por qué me molesto. Sólo hay burocracia.

–¿Crees que a mí me gusta? Mira, envíame un mensaje de correo electrónico con la comparación de costes y lo in

troduciré en el sistema. Si las condiciones son buenas, lo tendremos en cuenta.

Kyle se animó.

–De acuerdo, doctora. Ya va bien.

Ella cruzó los brazos y lo miró de hito en hito.

–Pareces completamente recuperado de tu enfermedad. Debió de ser un virus muy rápido.

–Sí. ¿Y tú? ¿Te sientes mejor?

–No. Pero no me queda más remedio que venir a trabajar.

–Venga ya, doctora, los muertos no se enteran si llegas tarde.

–En los depósitos de cadáveres suelen apilarse los cadáveres y con cada minuto que pasa los cuerpos se deterioran, se pierden pruebas de vital importancia y aumentan las posibilidades de que los criminales queden en libertad. Me niego a que aquí suceda lo mismo.

–Entendido, doctora. Eres la mejor.

–Aja. Termina lo que estás haciendo. Hemos de acabar los informes de las autopsias de Hinson y Battle y tenemos una lista de pacientes por atender.

–Ahora mismo.

En cuanto Sylvia se hubo marchado, Kyle terminó rápidamente lo que estaba haciendo en realidad: manipular el inventario de farmacia para encubrir el robo. Al acabar, se recordó que tenía que encontrar alguna oferta de batas en internet para enseñársela a Sylvia. Su jefa tenía una cualidad innegable: no se le olvidaba nada. Si no le mandaba la oferta, le preguntaría, y si él no le daba una respuesta, sospecharía. Se suponía que no tenía el código de entrada para acceder a esos ficheros, pero se lo había sonsacado a la mujer que se encargaba de ello. La mujer sólo venía tres días a la semana, lo cual a él le daba muchas posibilidades de borrar su rastro cada vez que hacía una «retirada» de la farmacia.

Sin embargo, Kyle no había valorado lo suficiente a Sylvia. Ella ya sospechaba de él. Y esa sospecha no hacía más que aumentar con el tiempo.

Cuando Kyle se levantó para ir junto a su jefa echó un vistazo al periódico que había en la mesa contigua al ordenador. El titular era el mismo que había hecho despotricar al hombre de la cueva: «Battle supuestamente asesinado por el asesino en serie.» Leyó rápidamente la noticia. Había sucedido la misma noche en que le había llevado las drogas a la mujer del Aphrodisiac. De hecho, según el periódico, el asesinato se había producido a la misma hora en que Kyle había pasado en coche por delante del hospital camino del local. Podía haberse cruzado con el asesino, constatación que le hizo estremecerse. Al pensar en la noche, de repente recordó lo que había visto. Y tal como Kyle acostumbraba hacer, de inmediato empezó a preguntarse cómo beneficiarse de esa información.

34

Júnior Deaver sacó una plataforma de tejas de asfalto de su camioneta, rompiendo el silencio matutino. Echó un vistazo a la casa que construía para su familia. La estructura y el tejado estaban terminados y éste pronto tendría tejas.

Había sido un proceso lento. Casi todo lo había hecho él, pidiendo de vez en cuando favores a sus colegas. No era una casa grande, pero sí mucho más que la caravana en que vivían entonces. Extrajo el cinturón de herramientas de la camioneta, se lo ciñó a la cintura, y se dispuso a encender el compresor de gasóleo que alimentaría el martillo de aire comprimido con que clavaría los clavos de las tejas.

De pronto oyó unos pasos sigilosos que se acercaban a él. Giró en redondo. No esperaba visitas en aquel lugar tan aislado. Nadie aparte de su mujer sabía que estaba allí. Y ni siquiera había oído un coche.

Cuando vio a la mujer se quedó lívido.

Remmy Battle vestía un abrigo de cuero negro hasta los pies con el cuello levantado. Llevaba gafas de sol, botas y guantes, aunque no hacía tanto frío.

–¿Señora Battle? ¿Qué está haciendo aquí?

Ella se detuvo a medio metro de él.

–Quiero hablar contigo, Júnior, en privado.

–¿Cómo sabía que estaba aquí?

–Sé muchas cosas, Júnior, muchas más de las que la gente piensa. Por eso quería hablar contigo.

Júnior levantó las manos.

–Mire, ya me he buscado un abogado. Mejor que hable con él.

–Ya he hablado con él. Ahora quiero hablar contigo.

Ella miró con recelo y luego echó un vistazo alrededor como si esperara ver aparecer agentes de policía listos para detenerle. Adoptó una expresión obstinada.

–No creo que tengamos nada de que hablar. Ya consiguió meterme en la cárcel.

–Pero has salido, ¿verdad?

–Bueno, sí, pero tuvimos que pagar la fianza. Nos hemos quedado casi en la ruina. No tenemos tanto dinero.

–Venga ya, Júnior, tu mujer gana un montón de dinero en su club. Lo sé por experiencia. Mi marido era asiduo del

lugar. Probablemente ganara una pequeña fortuna gracias a él.

–No sé nada de eso.

Ella hizo caso omiso de su respuesta.

–Mi difunto esposo.

–Me he enterado -musitó Júnior.

–Le han asesinado, ¿sabes? – dijo ella con un extraño tono monocorde.

–Sí, también me he enterado de eso.

–Sales de la cárcel y a él lo matan.

Él la miró con ojos como platos.

–Oiga, señora, no me va a acusar también de eso, ¿no?

–Oh, estoy segura de que tienes una coartada.

–Por supuesto que sí.

–Mejor para ti, pero no estoy aquí por eso. – Se acercó todavía más y se quitó las gafas. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

–Entonces ¿a qué ha venido?

–Quiero que me lo devuelvas, Júnior. Que me lo devuelvas ahora mismo.

–Maldita sea, señora Battle, yo no le robé la alianza.

–¡Me importa una mierda el maldito anillo! – gritó ella-. Quiero las otras cosas. Devuélvemelas. Ahora mismo.

Júnior se dio un golpe en el muslo, presa de la frustración.

–¿Cuántas veces tengo que decirlo? No tengo nada porque yo no entré a robar en su casa.

–Te pagaré lo que quieras -insistió ella. Miró la casa a medio construir-. Te traeré a un equipo de primera para que te acabe la casa. Pagaré para que te la hagan el doble de grande; te instalaré una piscina, lo que quieras. – Se le colocó a un centímetro y lo agarró por la descolorida chaqueta tejana con mano firme-. Te daré lo que tú o Lulu queráis. Pero quiero que me devuelvas lo que me quitaste. Dámelo y retiraré todos los cargos y además tendrás una casa preciosa. El puto anillo te lo puedes quedar.

–Señora Battle, yo…

Ella lo dejó mudo de un bofetón. Habría matado a cualquier hombre que le hubiera hecho aquello. Sin embargo, no tenía ninguna intención de contraatacar.

–Pero si no me lo devuelves, desearás haber pasado veinte duros años en prisión. Me lo suplicarás cuando haya acabado contigo. Tengo contactos, Júnior, te lo aseguro. Vendrán a verte. Nunca olvidarás su visita. – Le soltó la chaqueta-. Te daré un poco de tiempo para pensártelo, pero no demasiado. – Se volvió para marcharse y lo miró-. Una cosa más, Júnior. Si intentas utilizar algo de eso, del modo que sea, o se lo enseñas a alguien, vendré y me encargaré del asunto yo misma. Con una escopeta del doce que mi padre me dio justo antes de morir. Y te volaré la tapa de los sesos. ¿Me entiendes, hijo? – añadió en un tono tan espeluznantemente sereno que Júnior se notó los latidos del corazón en las sienes.

A Remmy Battle no debió de parecerle que su pregunta necesitara respuesta. Volvió a ponerse las gafas y se marchó tan sigilosamente como había llegado.

Júnior permaneció inmóvil mientras su prominente barriga le palpitaba, observando cómo se marchaba. A lo largo de su vida había participado en muchas peleas de bar con hombres muy fornidos y violentos; incluso había sufrido

varias lesiones graves por ello. Durante aquellos incidentes había tenido miedo. Sin embargo, no era nada comparado con el terror que sentía en ese momento, porque no le cabía la menor duda de que aquella mujer enloquecida hablaba muy en serio.

35

Esa misma semana Chip Bailey convocó una reunión a primera hora de la mañana con todo el personal asignado a la búsqueda del asesino o asesinos de cinco personas. Se celebró en la jefatura de policía de Wrightsburg, lo cual para King, que asistió junto con Michelle, Todd Williams y varios

agentes de la policía estatal de Virginia y miembros del FBI, fue una constatación en toda regla de quién estaba al frente del caso. Al fin y al cabo, el FBI era como un gorila de más de trescientos kilos. Su mal humor resultante se puso de manifiesto enseguida.

–Tenemos un perfil -afirmó Bailey mientras su ayudante repartía carpetas a quienes se sentaban alrededor de la mesa.

–Deja que lo adivine -dijo King-. Varón blanco de entre veinte y treinta años, con estudios secundarios y quizá carrera universitaria, coeficiente intelectual por encima de la media, pero le cuesta conservar un trabajo; primogénito de unos padres de clase obrera, trauma infantil, madre dominante, posiblemente ilegítimo, se interesó por entrar en la policía, es un obseso del control y un solitario; también expresó un entusiasmo temprano por la pornografía sadomasoquista, el voyeurismo y la tortura de animalitos.

–¿Ya tenías una copia del informe? – gruñó Bailey.

–No. Pero la mayoría dice eso o algo muy parecido.

–Es que resulta que los asesinos en serie comparten rasgos semejantes. Ha quedado claro con el tiempo -espetó

Bailey-. De hecho, el contenido de este informe se ha corroborado con el tiempo. Desgraciadamente, tenemos mucha experiencia. Más de las tres cuartas partes de los asesinos en serie del mundo están en este país y se les puede atribuir un total de mil muertes desde 1977, y dos tercios de las víctimas eran mujeres. Lo único interesante de este tipo es que parece tener un enfoque mitad organizado y mitad desorganizado. Utilizó ligaduras en un caso pero no en los otros. Transportó a una víctima, mientras que a las otras no. Ocultó un cadáver en el bosque, pero los otros los dejó en el lugar del crimen. El arma no apareció en un caso, lo que no ocurrió en los demás. Todo esto se basa en datos concretos, Sean.

–Probablemente la mayoría encaje en ese perfil, pero no todos. Algunos son inclasificables.

–¿Y crees que éste es uno de ésos? – inquirió Williams.

–Piénsalo. Ninguna de las víctimas sufrió agresión sexual ni mutilación; en los asesinatos en serie es habitual. Y analicemos los objetivos. Los asesinos en serie no suelen ser especialmente valientes. Cogen la fruta que está a punto de caer: niños, fugitivos, prostitutas, jóvenes homosexuales y enfermos mentales.

–Una de las víctimas era bailarina de *striptease* y quizá prostituta -apuntó Bailey-. Dos eran estudiantes de instituto. Y otro yacía en la cama de un hospital. Blancos bastante fáciles, ¿no?

–Desconocemos si Rhonda Tyler era prostituta -dijo King-. Y aunque lo fuera, ¿la mataron por serlo o por otro motivo? Y Canney y Pembroke no eran fugitivos. Además, ¿de verdad crees que un asesino del estilo de Ted Bundy entraría en una habitación de hospital e inyectaría algo en el suero de un paciente que ha sufrido un derrame cerebral? – Hizo una pausa para que los presentes asimilaran sus palabras antes de añadir-: Y Bobby Battle era un hombre muy rico. Quizás hubiese más gente que quisiera verlo muerto.

–¿Te refieres a que puede haber dos asesinos sueltos? – preguntó Bailey con escepticismo.

–Me refiero a que no lo sabemos pero no podemos descartar la posibilidad.

Bailey continuó sin inmutarse.

–He tenido un poco más de experiencia en esto que tú, Sean, y hasta que no surja algo que me haga cambiar de opinión, vamos a utilizar este perfil, y daremos por supuesto que sólo hay un asesino. – Miró a King-. Tengo entendido que os han nombrado ayudantes. – Miró a Michelle-. Quiero que sepáis que considero muy positivo contar con dos profesionales experimentados para el caso.

«Pero», pensó King.

–Pero -prosiguió Bailey- tenemos protocolos para actuar. Debemos coordinarnos y mantenernos informados entre nosotros. Todos hemos de estar en el mismo bando.

–Y, por supuesto, el FBI será el centro de intercambio de toda la información -dijo Williams apretando los dientes.

–Eso es. Si surge alguna pista prometedora, quiero saberlo de inmediato. Luego ya valoraremos quién es el más adecuado para seguirla.

King y Michelle intercambiaron una breve mirada. Estaban pensando lo mismo: «Así Bailey y el FBI tienen la última palabra, realizan la detención y se llevan todo el mérito.»

–Hablando de pistas -dijo King-, ¿tienes alguna?

Bailey se echó hacia atrás en la silla.

–Es un poco pronto para saberlo, pero ahora que tenemos recursos humanos algo aparecerá.

–¿Se sabe algo sobre el reloj Zodiac? – preguntó Michelle.

–En ese aspecto, estamos en un callejón sin salida -reconoció Bailey-. No había ningún rastro significativo en los lugares del crimen ni en los cadáveres. Peinamos el barrio de Diane Hinson. Nadie vio nada. Hemos hablado con la familia y los compañeros de Canney y Pembroke. Ningún rival celoso con la conciencia culpable.

–¿Y Rhonda Tyler? ¿Cuál es su historial?

Bailey rebuscó en sus notas.

–A diferencia de lo que puedas pensar, el FBI sabe cómo recopilar datos, Sean -declaró-. Nació en Dublín, Ohio. Dejó el instituto y se dirigió a Los Ángeles para convertirse en actriz. ¡Obvio! Cuando su sueño se desinfló, acabó cayendo en la droga, se dirigió hacia el este, pasó una breve temporada en la cárcel por un par de delitos menores y se encaminó al sur. Fue bailarina de *striptease* durante cuatro años en varios clubes situados entre Virginia y Florida. Su contrato en el Aphrodisiac había concluido dos semanas antes de que la mataran.

–¿Dónde vivía cuando desapareció? – preguntó Michelle.

–No estamos seguros. El club tiene unas cuantas habitaciones que las chicas usan cuando actúan en él. Están en la casa e incluyen tres comidas al día, así que a las

bailarinas les van de perilla. Hablé con Lulu Oxley, la encargada. Dijo que Tyler se alojó allí al comienzo pero que luego encontró otro sitio.

–¿Mientras seguía trabajando en el club? – preguntó King.

–Sí. ¿Por qué?

–Bueno, esas bailarinas tampoco ganan tantísimo dinero, así que debe de ser difícil renunciar a alojamiento y comida gratis. ¿Tenía amigos o parientes en la zona con quienes podría haberse alojado?

–No, pero intentamos descubrir dónde vivió durante ese tiempo.

–Es muy importante averiguarlo, Chip -dijo King-. Si encontró a un amante rico y viejo poco antes de que la mataran, tenemos que saber quién es. Podría tratarse del hombre que le puso una pistola en la boca y la dejó a merced de los lobos.

–Qué curioso, yo estaba pensando lo mismo -dijo Bailey con desdén.

–¿Has hablado ya con los Battle? – preguntó Williams.

–Pensaba ir hoy -respondió el agente del FBI-. ¿Quieres venir conmigo?

–¿Por qué no vas con Sean y Michelle?

–De acuerdo -dijo Bailey frunciendo el entrecejo.

Tras tratar otros aspectos de la investigación, se levantó la sesión. Mientras Bailey daba otras órdenes a sus hombres, Williams se acercó a King y Michelle.

–Ya veis, tenía razón: los federales tienen la sartén por el mango y se llevan el mérito.

–Tal vez no, Todd -dijo Michelle-. No puede decirse que sean poco razonables. Y lo más importante es encontrar a este psicópata, independientemente de quién lo consiga.

–Cierto. De todos modos sería mejor que quienes lo pilláramos fuéramos nosotros.

–Iremos a casa de los Battle a ver qué descubrimos -dijo King-. Pero no esperes milagros, Todd. Este hombre sabe qué se trae entre manos.

–¿El asesino o Bailey? – masculló el jefe.

Se dirigieron a casa de los Battle en coches distintos, King y Michelle en *la Ballena* y Bailey en el gran sedán del FBI.

–El FBI siempre ha contado con mejores coches que el servicio secreto -dijo King al ver el vehículo de Bailey.

–Sí, pero nosotros disponemos de mejores barcos.

–Eso es porque se los quitamos a la DEA, que los confiscó a los barones de la droga suramericanos.

–Bueno, tenían ciertas obligaciones. – Michelle lo miró a los ojos-. Por cierto, ¿qué mosca te ha picado durante la reunión? Bailey se había mostrado muy dispuesto a cooperar hasta esta mañana. Ha sido como si intentaras cabrearle a propósito.

–A veces es la única manera de descubrir cómo es alguien realmente.

Cuando las grandes verjas de la finca de los Battle se cerraron detrás de ellos, King reconoció:

–Quien me preocupa es Savannah.

–¿Savannah? ¿La señorita juerguista? ¿Por qué lo dices?

–¿Tú fuiste la niña mimada de tu padre?

–Bueno, sí, supongo que sigo siéndolo.

–Cuando se es la niña mimada, nunca se deja de serlo. Y Savannah se ha quedado sin padre.

36

Cuando llegaron a la casa había varios coches estacionados en la zona de aparcamiento. Masón les abrió la puerta con una sonrisa. Tanto King como Michelle se dieron cuenta enseguida.

–¿Masón parece más contento? – susurró Michelle a King mientras seguían al hombre al interior.

–Sí -dijo King-. Incluso diría que está encantado.

Remmy los recibió en la espaciosa biblioteca. Se sentaron en mullidos sofás de cuero y observaron a la señora de la casa preparándose delante de ellos, como una

reina ante la corte. King pensó que no tenía el aspecto de una mujer cuyo marido acababa de ser asesinado. No obstante, Remmy nunca hacía las cosas como los demás.

–Sé que es un día triste para ti, Remmy -empezó Chip Bailey con el tono apropiado para la ocasión.

–Ya me estoy acostumbrando -respondió ella.

–No te quitaremos mucho tiempo. Creo que ya conoces a Sean y Michelle.

–Sí, su última visita fue memorable.

King advirtió el tono de la mujer. «¿Qué fue lo memorable?»

Bailey carraspeó.

–¿Eres consciente de que la muerte de Bobby no se debió a causas naturales?

–¿Estás seguro? ¿No fue una metedura de pata con la medicación?

King se planteó si lo preguntaba porque pensaba demandar al hospital, pero enseguida decidió que tenía otros motivos. Ojalá supiera cuáles.

–No; fue una sobredosis intencionada, cuyo efecto se produjo muy rápido. De hecho, quienquiera que lo hiciese entró en la habitación de tu marido poco después de que te marcharas.

–Muy poco después -puntualizó King-. Remmy, ¿viste a alguien al salir?

–Salí por la puerta trasera, como de costumbre. Vi gente al llegar al aparcamiento pero nada más. Nadie con aspecto sospechoso, si es a eso a lo que te refieres.

–¿Vio a alguien conocido? – inquirió Michelle.

–No.

–¿Y a qué hora llegaste a casa? – preguntó Bailey.

Remmy lo miró de forma harto significativa.

–Chip, ¿debo deducir por tu pregunta que soy sospechosa de la muerte de mi esposo?

Se produjo un silencio incómodo hasta que intervino King.

–Estamos inmersos en una investigación. El agente Bailey está haciendo su trabajo.

–Si no te importa, ya me encargo yo de esto -terció Bailey con firmeza.

«De acuerdo -pensó King-, intentaba facilitarte las cosas. Ahora estás solo, so chulo.»

–Remmy, tengo que saber dónde estaban todos cuando Bobby fue asesinado. Responde a mi pregunta y pasaremos a otra cosa.

En ese momento Masón entró con una bandeja de café.

King se dio cuenta de que ya le había servido uno a Remmy y entonces le tendió la taza.

–Gracias, Masón -dijo Remmy.

Masón sonrió, le dedicó una inclinación de la cabeza a la señora y se marchó.

–Salí del hospital alrededor de las diez y volví a casa en coche.

–De acuerdo -dijo Bailey mientras lo anotaba-. ¿A qué hora llegaste aquí?

–A eso de las once.

–Pero el hospital no está a más de media hora en coche de tu casa -señaló King.

–Fui por una carretera secundaria. Necesitaba aire, y tiempo para pensar, por eso conduje despacio.

–¿Alguien puede corroborar cuándo llegaste a casa? –preguntó Bailey.

Dio la impresión de que Remmy se molestaba un poco, pero contestó.

–Masón todavía estaba levantado y me abrió la puerta. –Bebió un sorbo de café-. Antes de tener tiempo de desvestirme y acostarme sonó el teléfono y me dijeron que mi esposo había muerto. – Guardó silencio unos instantes como si observara las profundidades del café-. Llamé a Eddie pero no estaba en casa.

–De hecho, estuvo con nosotros en el Sage Gentleman hasta pasadas las once -explicó King-. Cenó allí y tomamos

una copa con él.

Remmy enarcó una ceja.

–¿Dónde estaba Dorothea? – preguntó.

–Eddie dijo que en un ágape en Richmond.

Remmy soltó un bufido.

–¿Ágape? Desde luego no se pierde ni uno. – Hizo una pausa y continuó con un tono más calmado-. Regresé al hospital y vi a mi difunto esposo. – Los miró a todos, de uno en uno, como si les retara a rebatirle una sola palabra-. Así acabó el día más largo de mi vida.

–¿Echaste algo en falta de los efectos personales de Bobby en el hospital?

–No. Soy muy quisquillosa con eso, les hice confeccionar un inventario a los del hospital.

Bailey carraspeó.

–Remmy, ésta va a ser una pregunta difícil, pero quiero que lo intentes.

La mujer se puso tensa.

–¿De qué se trata? – dijo.

Bailey miró a King de soslayo antes de hablar.

–Los otros asesinatos que parecen relacionados con la muerte de Bobby quizá no lo estén. Es posible que lo matara otra persona.

Ella dejó la taza, se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas.

–¿Cuál es la pregunta exactamente?

–¿Sabes de alguien que quisiera hacerle daño a Bobby?

Ella pareció llevarse una desilusión y se recostó en el asiento.

–Todo el mundo tiene enemigos. Un hombre rico y próspero tiene más que los demás.

–¿Estás pensando en alguien en concreto?

–No.

–Remmy, intentamos llegar a la verdad.

–Yo también -replicó.

–Al decir «enemigos», ¿te refieres al plano personal o empresarial?

La mujer desvió la mirada.

–No sabría decirlo. Si me disculpáis, tengo que encargarme de los preparativos del funeral, ahora que por fin me han devuelto el cadáver de mi esposo de ese sitio -dijo, refiriéndose sin duda a la manipulación indigna que habrían sufrido los restos de su esposo en el depósito de cadáveres.

–Remmy, tenemos más preguntas -dijo Bailey.

–Pues ya sabes dónde encontrarme cuando me las quieras formular -le espetó ella.

–Bueno, tendremos que hablar con Savannah. ¿Está en casa?

La viuda había empezado a levantarse y se quedó a medias.

–¿Por qué queréis hablar con ella?

–Estuvo en el hospital el día de la muerte de Bobby.

–¿Y qué?

–Pues eso significa que tengo que hablar con ella -dijo Bailey con firmeza-. ¿Sabes, Remmy?, le salvé la vida a tu

hijo. Pensaba que eso habría bastado para que confiaras en mí.

King esperaba que ella montara en cólera, pero se limitó a comentar:

–Tendrás que esperar un rato. Mi hija no suele levantarse temprano. – Y se marchó de la sala.

–¿O sea que no descartas la opción de los dos asesinos, Chip? – King no pudo evitar preguntarlo.

–En la investigación de un asesinato no descarto nada. El hecho de que no faltara nada de la habitación de Battle no cuadra con el resto de los asesinatos. – Miró a King y a Michelle-. ¿Vosotros qué pensáis?

–Creo que la mujer tiene planes propios e intenta sonsacarnos tanta información como nosotros a ella -respondió Michelle.

–Y me parece que nos ha ganado esta ronda con facilidad -declaró King.

37

La mañana en que tuvo lugar el interrogatorio de los Battle, Kyle Montgomery estaba en su apartamento con la nueva guitarra acústica que se había comprado. Tocó unos cuantos acordes y cantó un par de estrofas. Luego dejó la guitarra a un lado, se enfundó unos guantes, cogió lápiz y papel y se sentó a la mesa de la cocina. Mientras mordisqueaba el lápiz, se planteó qué escribir y cómo redactarlo. Al cabo de unos minutos de reflexión empezó a trazar unas mayúsculas grandes. Cuando iba por la mitad, hizo una bola con el papel y lo desechó. Lo repitió un par de veces más antes de conseguir el redactado final.

Se recostó en el asiento y lo leyó tres veces. Sin duda llamaría la atención de la mujer; sin embargo, su dilema era que no sabía si en realidad disponía de información útil para chantajear. No obstante, si ella era culpable, la carta sin duda surtiría efecto. Y su siguiente mensaje incluiría una petición de dinero para ser entregado de alguna forma muy segura que ya se le ocurriría. Se preguntó cuánto valía aquella información y acabó llegando a la conclusión de que todavía no lo sabía. Observó su guitarra nueva. La había conseguido con una hora de trabajo. ¡Una hora! ¡Y pensar que trabajaba como un burro por una miseria! Bueno, quizá no tuviera que hacerlo mucho más.

Introdujo la carta en un sobre, escribió la dirección, se dirigió al buzón de la esquina y la echó. Cuando la solapa metálica del buzón se cerró, Kyle se preguntó si acababa de

cometer un error garrafal. No obstante, ese miedo se desvaneció enseguida, sustituido por una emoción incluso más fuerte: la codicia.

Esperaron cuarenta y cinco minutos y Bailey ya se disponía a salir de la biblioteca y buscar a alguien del servicio cuando Savannah Battle por fin entró en la sala.

Mientras que la madre había semejado una roca gélida, la hija parecía una foto en llamas unos segundos antes de arrugarse y desintegrarse.

–Hola, Savannah -saludó King-. Sentimos tener que molestarte en estos momentos.

Si respondió algo, nadie lo oyó. Se quedó allí de pie, vestida con unos pantalones de chándal holgados y una camiseta de la William Mary bajo la cual no llevaba nada. Iba descalza y despeinada. Tenía la nariz y las mejillas tan enrojecidas que parecía haberse zambullido de cabeza en una caja de colorete. Se mordía las uñas.

–Savannah, ¿quieres sentarte? – sugirió Bailey.

La joven siguió allí, mirando el suelo con el dedo en la boca. Al final, Michelle se levantó, la acompañó hasta el sofá, le sirvió una taza de café y se la tendió.

–Ten -instó con firmeza.

Savannah cogió la taza con ambas manos y bebió un sorbo.

La entrevista que tuvo lugar a continuación resultó muy frustrante. Savannah, cuando respondía a las preguntas, no hacía más que farfullar. Cuando le pedían que repitiera, volvía a farfullar. Había ido al hospital a la hora de comer para ver a su padre el día de su muerte. Eso es lo máximo que consiguieron sacarle tras varios intentos tediosos y fallidos. Se quedó una media hora, no vio a nadie y luego se marchó. Su padre no estuvo consciente durante ese tiempo. No se molestaron en preguntarle si tenía motivos para creer que alguien quisiera matar a su padre. Aquello exigía un nivel de lucidez del que la joven no era capaz en aquellos momentos.

Estaba en casa la noche de la muerte de Bobby Battle pero no recordaba si la había visto alguien.

Cuando se marchó de la sala, Michelle le dijo a King:

–Tenías razón. La niña mimada de papá está conmocionada.

–Pero ¿sabemos exactamente por qué?

Chip Bailey recibió una llamada que le obligó a marcharse de repente.

King y Michelle lo acompañaron hasta la puerta.

–Nos quedamos por aquí. Ya sabes, asuntos de los ayudantes del jefe de policía.

A Bailey no le hizo mucha gracia pero no tenía razones para impedírselo.

–Disfrutas acosándole, ¿verdad? – dijo Michelle en cuanto se hubo marchado.

–Busco los pequeños placeres de la vida allá donde se encuentren.

Regresaron a la biblioteca, donde Masón recogía la bandeja del café.

–Déjame ayudarte. – King juntó las tazas de café, vertiendo el contenido de una al hacerlo-. Lo siento -se disculpó. Recogió el líquido con una servilleta.

–Gracias, Sean-dijo Masón al tiempo que levantaba la bandeja.

Lo siguieron hasta la amplia cocina equipada con electrodomésticos de línea profesional y todos los artilugios que un cocinero necesitaría para transformar la comida en arte.

King dejó escapar un silbido.

–Me preguntaba cómo era posible que los Battle ofrecieran tantos platos deliciosos en las recepciones a las que he asistido.

Masón sonrió.

–La mejor calidad. La señora Battle no se conforma con menos.

King se sentó en el borde de una mesa.

–Por fortuna todavía estabas levantado cuando Remmy llegó a casa aquella noche -dijo-. Teniendo en cuenta todo lo que ha sufrido últimamente…

–Ha sido duro para toda la familia -apuntó Masón.

–Sin duda. ¿O sea que llegó a eso de las once?

–Así es. Recuerdo que miré la hora al oír el coche.

Michelle anotó la información mientras King seguía preguntando.

–¿Estabas todavía en la casa cuando recibió la llamada informándole de la muerte de Bobby?

Asintió.

–Estaba acabando algunas cosas y a punto de irme cuando bajó corriendo las escaleras. Estaba desesperada, medio vestida, ni siquiera se expresaba bien. Tardé unos momentos en tranquilizarla y lograr entender sus palabras.

–Dijo que llamó a Eddie para que viniese a buscarla.

–Pero no estaba en casa. Yo quería llevarla al hospital pero me dijo que me quedara aquí por si llamaba alguien. Se marchó al cabo de unos diez minutos. Cuando regresó parecía un fantasma, sin brillo en los ojos ni nada. – Masón bajó la mirada y pareció avergonzarse de lo que había dicho-. De todos modos, ahora resulta que lo asesinaron. La señora Battle es una persona fuerte. Tiene mucho aguante, pero dos golpes como éstos y tan seguidos…

–Esta mañana parecía muy serena -comentó Michelle.

–Es fuerte -repitió Masón-. Y tiene que serlo por los demás.

–Sí, Savannah estaba muy afectada. Supongo que ella y su padre estaban muy unidos -dijo Michelle.

Masón no hizo ningún comentario al respecto.

–Aunque no ha estado mucho en casa en los últimos años -insistió ella.

–Casi nada -dijo Masón-. Aunque no sabría decir si eso es bueno o malo.

«Ya lo has dicho, Masón», pensó King, y dijo:

–Al parecer Savannah estaba en casa aquella noche. Me sorprende que no fuera al hospital con Remmy.

–No sé si estaba en casa o no. Yo no la vi.

–¿Puedo hablarte con sinceridad, Masón?

El hombre se volvió hacia él con gesto un tanto sorprendido.

–Supongo que sí.

–La muerte de Bobby quizá no esté relacionada con los demás crímenes.

–Bueno -dijo Masón lentamente.

–O sea, que si lo mató otra persona tenemos que empezar a buscar motivos.

–¿Te refieres a alguien de la familia? – preguntó al cabo.

–No necesariamente, pero no se puede descartar esa posibilidad. – Miró al hombre a los ojos-. Llevas mucho tiempo con ellos. Es fácil darse cuenta de que eres algo más que un miembro del servicio.

–He estado con ellos para lo bueno y para lo malo -declaró Masón.

–Cuéntanos lo malo -instó King.

–Mira, si intentas conseguir que diga algo en contra de la señora Battle…

–Lo único que intento es llegar a la verdad, Masón.

–¡Ella nunca habría hecho una cosa así! – exclamó con severidad-. Ella quería al señor Battle.

–No obstante no llevaba el anillo de bodas.

Masón lo miró de hito en hito.

–Creo que tenía que hacerle algún arreglo. No quería arriesgarse a que sufriera más daños. Yo no le daría mayor importancia -dijo.

«Bonita respuesta», pensó King.

–¿Se te ocurre alguien más?

Masón se lo pensó y negó con la cabeza.

–No sabría decirte. Me refiero a que no sé de eso -añadió rápidamente.

«¿Lo de antes o lo de ahora?», se preguntó King. Le tendió una de sus tarjetas.

–Si se te ocurre algo, llámanos. Somos más agradables que el FBI -añadió.

Mientras Masón los acompañaba a la salida, King se de

tuvo frente a una estantería que albergaba muchas fotos. Le había llamado la atención una en concreto. Se la señaló a Masón.

–Es Bobby Jr., el gemelo de Eddie. Tenía unos catorce años cuando se hizo esa foto. Nació unos minutos antes que Eddie, por eso él era el «júnior».

–No me digas que llevas tantos años con los Battle -le dijo Michelle.

–Compraron esta finca y estaban construyendo la casa, tenían a los niños y necesitaban ayuda. Respondí a un anuncio y estoy con ellos desde entonces. Otros miembros del servicio han ido y venido pero yo siempre he estado aquí. – Se le fue apagando la voz. Se recuperó y vio que King y Michelle le observaban-. Me han tratado muy bien. Si quisiera podría jubilarme.

–¿Tiene planes de hacerlo? – preguntó Michelle.

–Ahora no podría abandonar a la señora Battle, ¿verdad?

–Estoy convencido de que tu presencia significa mucho para ella -declaró King.

Michelle miró los rasgos extraños del muchacho de la foto.

–¿Qué tenía Bobby Jr.?

–Un grado de retraso mental muy alto. Cuando empecé a trabajar para ellos ya estaba mal. Entonces contrajo cáncer y murió poco después de cumplir los dieciocho.

–Era el gemelo de Eddie, pero Eddie es normal -dijo King-. ¿Eso no es poco corriente?

–Bueno, así fue la cosa. Eran mellizos.

–¿Qué tal se llevaba Eddie con su hermano?

–Hacía todo lo posible por él. No podía ser más cariñoso. Creo que Eddie sabía que él no había salido así por la gracia de Dios.

–¿Y Bobby padre?

–El señor Battle tenía mucho trabajo por aquel entonces, viajaba mucho. Ni siquiera estaba aquí cuando Bobby Jr. murió. Pero no me cabe duda de que quería al muchacho -se apresuró a añadir.

–Debió de ser muy traumático para Remmy que secuestraran a Eddie.

–De no ser por el agente Bailey, habría perdido a sus dos hijos.

–Por suerte está aquí otra vez -dijo King.

Salieron de la casa, pero cuando Michelle se encaminó hacia el coche, King la tomó del brazo.

–Hace un día precioso. Me apetece dar un paseo -dijo.

–¿Adonde?

–Ya lo verás. – Extrajo del bolsillo la servilleta que había utilizado para limpiar el café vertido y la olió. Sonrió.

–¿Qué es? – preguntó Michelle.

–No es una gran sorpresa, pero a Remmy le gusta el café con un poco de bourbon.

38

El paseo de King los llevó a los jardines traseros. Deambularon por la zona desde la que se veía la ventana del dormitorio de Remmy. King miró la casa donde vivía el servicio y luego a la ventana de su patrona.

–Si alguien estuviera mirando… -dijo distraídamente.

–Está claro que Masón siente debilidad por Remmy. Quizás espere convertirse en el nuevo señor de la casa.

King lanzó una mirada alrededor y vio a la mujer dirigiéndose hacia el establo.

–Vamos a hablar de caballos.

Al volverse, una silueta en una ventana de la segunda planta le llamó la atención. Era Savannah, mirándoles. Pero desapareció tan rápido que King ni siquiera estuvo seguro de haberla visto. Pero sí. Y la expresión de su rostro no admitía dudas: estaba aterrorizada.

Ambos saludaron a Sally Wainwright al llegar al establo. Su talante alegre no resultó tan efusivo en esta ocasión.

–Cielos, estoy pensando en dejarlo -reconoció.

–¿Por el asesinato de Battle? – preguntó King.

–Y cuatro personas más -le recordó Sally mientras miraba por encima del hombro como si buscara un atacante-. Cuando llegué, ésta era una ciudad bonita y tranquila.

Ahora mismo probablemente estaría más segura en Oriente Medio.

–Yo no me precipitaría -le aconsejó Michelle-. Es posible que te arrepientas.

–Sólo quiero vivir -dijo Sally.

King asintió.

–Bueno, entonces quizá puedas ayudarnos a encontrar al asesino antes de que vuelva a actuar.

Sally se sorprendió.

–¿Yo? Yo no sé nada.

–Quizá sepas algo importante, aunque tú ignores que lo es -declaró King-. Por ejemplo, ¿se te ocurre alguien que le deseara algún daño a Bobby Battle?

Sally negó con la cabeza, demasiado rápido en opinión de King.

–Venga, Sally, lo que digas no saldrá de aquí.

–Sean, te digo de verdad que no sé nada.

King decidió cambiar de táctica.

–¿Qué te parece si te sugiero unas cuantas posibilidades y tú me dices si te parecen factibles?

Sally se mostró dubitativa.

–¿Y bien? – accedió al fin.

–Battle era rico. Hay personas que se benefician con su muerte, ¿no?

–Supongo que la señora Battle heredará la mayor parte. Y Savannah tiene su fondo fiduciario. No creo que necesite más dinero.

–¿Eddie?

Sally miró en dirección a la casa que había albergado las antiguas cocheras.

–No parece que anden justos de dinero. Y sé de buena fuente que Dorothea gana mucho dinero.

–¿Cómo lo sabes? – preguntó Michelle.

–Mi mejor amiga le hace la manicura. A Dorothea le gusta fanfarronear.

–Bueno, hay gente que nunca tiene suficiente dinero -sugirió King.

–No creo que ése sea el motivo -dijo Sally.

–Si no es el dinero, ¿qué puede ser? – Miró de forma significativa a la mujer-. Supongo que no llevas aquí el tiempo suficiente para estar al corriente del pasado adúltero de Bobby.

–Oh, sé más de lo que piensas -soltó Sally-. Me refiero a que… -Se calló y se miró las botas sucias.

–No pasa nada, Sally -la tranquilizó King, disimulando el placer que sentía al ver lo rápido que había picado el anzuelo-. ¿Sabes algo del tema porque quizá Bobby te hizo insinuaciones?

Sally negó con la cabeza.

–No, no se trata de eso.

–Entonces ¿qué es? – presionó King-. Podría ser importante, Sally.

Ella vaciló, hasta que dijo:

–Venid conmigo.

Fueron más allá de los establos y de la casa del servicio, y luego por una calzada pavimentada hasta llegar a un edificio de obra vista de dos plantas con ocho puertas de garaje de madera añeja. En la parte delantera había un surtidor de combustible antiguo con una burbuja de cristal.

–Es el garaje privado del señor Battle. Tiene, o tenía, una colección de coches antiguos. Supongo que ahora son de la señora Battle. – Extrajo una llave y entraron.

El suelo era de losas blancas y negras en forma de damero. En las estanterías había trofeos polvorientos de exposiciones de coches antiguos. Delante de siete de las puertas, perfectamente alineados entre sí, había coches antiguos que iban desde un Stutz Bearcat hasta un vehículo impresionante con el techo de loneta y una calandra redonda cuya placa delantera proclamaba que se trataba de un Franklin de seis cilindros de 1906.

–Había oído que Bobby coleccionaba coches antiguos pero no sabía que tuviera una colección tan extensa -dijo King.

–Tiene más en la segunda planta. Hay un elevador especial -explicó Sally-. Tenía a un mecánico a tiempo completo para ocuparse de ellos. – Se dirigió a la última plaza y se paró en ella. King y Michelle también se colocaron allí. No había ningún coche. La miraron con expresión inquisitiva.

Ella vaciló unos instantes.

–Que no salga de aquí -les advirtió. Ambos asintieron-. Aquí solía haber un coche. Era enorme, uno de esos grandes Rolls-Royce que salen en las películas antiguas.

–¿Qué le pasó? – preguntó Michelle.

Sally vaciló de nuevo, como si se debatiera entre decirlo o no.

King se dio cuenta de su dilema.

–Sally, ahora que ya has empezado…

–Bueno…, fue hace más de tres años. Era de noche y yo había entrado aquí para echar un vistazo. Se suponía que no tenía llave, pero el mecánico que trabajaba aquí se encaprichó conmigo y me dio una. Así pues, estaba aquí dentro cuando oí que se acercaba un vehículo. Entonces fue cuando me di cuenta de que faltaba un coche. La puerta empezó a abrirse y vi los faros. Me llevé un susto de muerte y pensé que me despedirían si me encontraban aquí. Me escondí ahí. – Señaló unos bidones de gasolina de doscientos litros situados en un rincón-. El Rolls entró en el garaje y el motor se paró. El señor Battie bajó con un aspecto terrible. Terrible de verdad.

–¿Cómo te diste cuenta? ¿No estaba oscuro? – preguntó King.

–Las puertas tienen un sensor automático. Por la noche las luces se encienden cuando se levantan las puertas.

–¿A qué te refieres con mal aspecto? – preguntó Michelle-. ¿Parecía enfermo, borracho?

–No, más bien disgustado, preocupado.

–¿Llegaste a descubrir por qué? – inquirió King.

–No. De todos modos, como he dicho, presentaba mal aspecto pero de repente empezó a sonreír y luego a reír. ¡Se echó a reír! Bueno, hasta que apareció ella.

–¿Ella? ¿Quién? ¿Remmy? – preguntó King.

Sally asintió y dijo en voz baja:

–Si ella hubiera tenido un arma, creo que hace tiempo que el señor Battie estaría muerto.

–¿Qué sucedió entonces? – preguntó Michelle.

–Empezaron a discutir. Bueno, al comienzo ella le gri

taba. Yo no entendía muy bien a qué se refería, pero por lo que oí había otra mujer implicada.

–¿Daba la impresión de que Remmy sabía quién era? – preguntó King.

–Si lo sabía, no dio ningún nombre, o por lo menos yo no lo oí -declaró Sally.

–¿Qué hizo Bobby?

–Empezó a gritarle, le dijo que no era asunto suyo con quién se acostaba.

–Y pensar que casi me parecía un hombre admirable -comentó Michelle indignada.

–Dijo algo más que nunca olvidaré -continuó Sally. Hizo una pausa, dejó escapar un rápido suspiro y los miró con preocupación.

–Continúa -instó King-. No creo que a estas alturas haya algo que nos sorprenda.

–El señor Battle dijo que no era el único de la familia que tenía esa costumbre.

–¿De tener amantes? – preguntó King.

Sally asintió.

–¿Y crees que se refería a Remmy? – preguntó Michelle.

–Supuse que sí. Pero la señora Battle siempre parecía tan decorosa y…

–Entregada a su esposo -sugirió King.

–Sí, exacto.

–Las apariencias engañan.

–¿Y el Rolls? – preguntó Michelle.

–Desapareció a partir de aquel día. No sé qué fue de él. De hecho Billy Edwards, el mecánico que se ocupaba de los coches, también se marchó. Que yo sepa, después de aquel día nunca volvió.

–¿No volviste a verlo antes de que se marchara?

–No, su taller estaba vacío al día siguiente. No sé quién vino y se llevó el coche. Debió de ser por la noche porque, de lo contrario, alguien lo habría visto.

–Gracias, Sally, has sido de gran ayuda.

Se dirigieron a la parte delantera de la casa.

–¿Cómo interpretas todo esto? – preguntó Michelle.

–Me plantea muchos interrogantes. ¿Quién era la amante de Bobby por entonces? ¿ La referencia de tener amantes iba dirigida a Remmy? ¿Y por qué deshacerse del coche? – King arrugó el entrecejo-. Me pregunto si existe alguna posibilidad de encontrar al tal Billy Edwards y preguntarle por el tema.

–¿Y si vamos directamente a Remmy?

–Querrá saber cómo nos hemos enterado. Y está claro que a Sally no se le da bien ocultar sus sentimientos. Se desmoronaría con una sola mirada de Remmy. En algún momento quizá tengamos que preguntarle, pero por ahora mejor intentarlo por otras vías.

–No hacemos más que aumentar los interrogantes sin encontrar respuestas -dijo Michelle.

–En algún momento cambiarán las cosas. Aunque a lo mejor no nos gusten las respuestas que encontremos.

OceanofPDF.com

39

Dorothea y Eddie Battle no estaban en casa, por lo que King y Michelle fueron aquella tarde al Aphrodisiac a hablar con Lulu Oxley sobre Rhonda Tyler, la bailarina de *striptease* asesinada.

Cuando llegaron el aparcamiento ya se estaba llenando con los clientes de la tarde. Mientras pasaban por uno de los bares, atisbaron a las bailarinas prácticamente desnudas y a los hombres que las miraban y silbaban.

–La verdad es que no le veo la gracia -dijo Michelle.

–No puede decirse que el espectáculo esté precisamente dirigido a alguien como tú.

–Venga ya, ¿ me estás diciendo que tú disfrutas viendo esto?

–No, pero me temo que soy una minoría dentro de mi sexo. – Sonrió y añadió-: Igual que ser inteligente, refinado y sensible.

Les condujeron al pequeño y abarrotado despacho de Lulu, donde la encontraron absorta en el trabajo y no muy contenta de que la interrumpieran.

–Se lo he contado todo al FBI y al jefe Williams -declaró mientras cerraba el encendedor y daba la primera calada a un pitillo.

–Bueno, ahora somos sus ayudantes, así que nos lo puedes contar también a nosotros -dijo King con tono afable mientras le enseñaba la placa.

Dejó escapar un suspiro, dio otra profunda calada y se recostó en el sillón.

–Por si no te has enterado, las autoridades sanitarias han dictaminado que fumar es malo para la salud -dijo Michelle, apartándose el humo de la cara con la mano.

–Las autoridades sanitarias no regentan un club para caballeros -repuso Lulu.

–Estaremos encantados de ser fumadores pasivos si nos hablas de Rhonda Tyler -dijo King.

–Bueno, ya van tres veces. Rhonda Tyler, también conocida por el jodido nombre artístico que tuviera…

–Tawny Blaze -dijo Michelle amablemente.

–Eso, buena memoria-dijo Lulu mirándola-. Bueno, vino a trabajar aquí con un contrato. Se alojó en una de las habitaciones del club, pero poco antes de que se le acabara el contrato nos dijo que tenía otro sitio donde alojarse. Trabajó durante el tiempo que le quedaba de contrato y eso es lo último que supe de ella. Había trabajado aquí otras veces y siempre se había comportado como una auténtica profesional, nunca causó ningún problema.

–¿Mencionó que tuviera amigos o parientes en la zona?

–A mí no. Pero teniendo en cuenta su profesión, es habitual que la familia tienda a rehuirte.

–¿Y algún hombre que hubiera conocido? – *sugirió Michelle.

Lulu dejó caer la ceniza en una taza de café vacía que había en su escritorio.

–No que yo sepa.

–¿ Hay alguien a quien pudiera haberle contado esa clase de cosas? – preguntó King.

–Quizás hablara con alguna chica.

–¿Podemos hablar con ellas?

–Si conseguís despertarlas… Las que trabajan por la noche no se levantan hasta la tarde, y las del turno de tarde ahora están en el escenario.

–Lo intentaremos -dijo King.

–Pues adelante-respondió observando fijamente a Michelle.

Cuando se encaminaban a la puerta, Michelle volvió la

cabeza y vio que Lulu metía una mano en el cajón del escritorio. Cuando la retiró, no tenía nada en ella. Michelle apartó la vista antes de que la mujer la viera espiando.

–Por cierto, tengo una noticia que a lo mejor os parece interesante -dijo Lulu-: La arrogante Remmy Battle amenazó a Júnior.

King y Michelle se quedaron boquiabiertos cuando les resumió el encuentro, incluida la oferta de Remmy de gratificar extensamente a Júnior si le devolvía los objetos robados.

–¿O sea que quería algo que estaba en el cajón pero no le importaba el anillo de bodas? – preguntó King, confundido.

–Al parecer, la dama tiene algo que ocultar.

–¿Dónde está Júnior hoy?

–Haciendo un trabajo en Lynchburg; no podréis verlo. Pero más tarde estará en la casa que está construyendo para nosotros.

–Dame la dirección. Y el número de móvil de Júnior. – Mientras los anotaba, King formuló otra pregunta-: ¿Bobby Battle era cliente del club?

Lulu se esforzó en no mostrarse sorprendida por la pregunta.

–Me parece que lo vi unas cuantas veces.

–¿ Recientemente?

–¿Qué consideras recientemente?

–En los últimos dos años.

–No sabría decirte.

«Y yo voy y me lo creo», pensó King.

–Gracias otra vez por tu ayuda.

–Os enseñaré dónde están las habitaciones -se ofreció Lulu.

Los condujo a la planta superior y señaló el pasillo separado por la cortina roja.

–Buena suerte -dijo en un tono que no sugería que así lo deseara.

Cuando se disponían a internarse en el pasillo, Lulu le dio un toquecito a Michelle en el brazo.

–Oye… ¿puedo hacerte una pregunta? – dijo.

–Nosotros te hemos hecho un montón de preguntas, así que adelante.

–¿Has pensado alguna vez en dedicarte a la danza con barra?

–¿Cómo dices? – exclamó Michelle, atónita.

–Es que tienes el atractivo perfecto de la típica vecinita americana insinuante. Es algo poco habitual en el negocio. Estás más delgada que las demás y no tienes demasiado pecho, pero no creo que a los hombres les importara en cuanto vieran lo que sí tienes.

Michelle se sonrojó.

–Supongo que bromeas.

–El sueldo es mejor de lo que imaginas y te quedas con todas las propinas. Además, puedes hacer el turno de noche y seguir con tu trabajo normal durante el día. Las leyes estatales no permiten el desnudo integral en los clubes de *striptease, o* sea que llevas tanga. Pero la parte de arriba va fuera, es la política del club. Si no muestras las tetas no hay pasta.

Michelle esbozó una sonrisa tensa.

–Permíteme que te diga una cosa: el día que me veas bailando en la barra con un tanga delante de un grupo de gilipollas borrachos será el día en que el cielo se caiga y nos aplaste a todos.

–No sé… -intervino King, que había estado escuchando la conversación con gran interés-. Yo dejaría una propina de veinte pavos por verlo.

40

Recorrieron el pasillo, cruzaron la gruesa cortina roja y empezaron a llamar a las puertas. Había varias habitaciones abiertas y vacías. De las demás surgían blasfemias o gruñidos somnolientos. Cuando encontraban una puerta abierta, siempre ocupadas por jóvenes ligeras de ropa y expresión sumamente cansada, Michelle formulaba la misma pregunta mientras King apartaba la mirada. «No la conocía mucho», era la respuesta más habitual. Sin

embargo, en la penúltima habitación del pasillo oyeron una voz.

–Entra.

Michelle entró, y cuando salió al cabo de un par de minutos estaba conmocionada.

–¿Te encuentras bien? – preguntó King.

–Una mujer desnuda de más de metro ochenta llamada Heidi me acaba de hacer proposiciones deshonestas.

–Si quieres te espero en el coche.

–¡Cállate!

–Debe de ser por tu aspecto insinuante.

Una joven ataviada con una bata larga que no ocultaba por completo sus curvas y sus enormes pechos les abrió la puerta de la última habitación. Llevaba el cabello rubio teñido recogido en una coleta e iba descalza. Daba sorbos a una taza de café solo. Dijo llamarse Pam, y cuando le explicaron el motivo de su visita los invitó a pasar.

Se sentaron a una pequeña mesa rodeada de cuatro sillas. La habitación resultaba agradable aunque King no pudo evi

tar mirar la cama deshecha del rincón y las prendas de lencería apiladas en ella. Se volvió y se encontró con la mirada severa de Michelle.

–¿Conocías a Rhonda? – se apresuró a preguntar King.

–Sí, señor.

King la miró. Parecía tan joven que si la hubiera visto desnuda restregándose contra una barra, probablemente le habría lanzado una manta y habría llamado a su padre para que fuera a recogerla.

–¿La policía ya ha hablado contigo?

–Sí, señor. El FBI, o en todo caso se presentaron como si lo fuesen.

–¿Puedes decirnos qué les contaste?

–Sí, señor.

–No hace falta que me llames señor, Pam. Me llamo Sean, y ella Michelle.

Pam se miró los regordetes dedos de los pies con el esmalte desportillado y cruzó un pie rechoncho encima del otro.

–Lo siento, supongo que estoy un poco nerviosa.

Michelle le dio una palmadita en la mano.

–No tienes por qué estarlo.

–Es que después de que mataran a Rhonda y eso… Supongo que pudo tocarle a cualquiera de nosotras, aunque Rhonda corría riesgos que yo nunca correría.

–¿Qué clase de riesgos? – inquirió King.

–Trabajábamos en los mismos clubes. Ella salía con desconocidos sólo porque la trataban bien. Llevo haciendo esto un par de años y eso no es prudente. Siempre volvía -se secó unas lagrimitas-, pero esta vez no.

–¿Tienes idea de con quién se fue esta vez? – preguntó Michelle.

–No. Como le dije al FBI, a veces me lo decía antes de marcharse y otras no. Esta vez no me lo dijo. – Bebió un sorbo de café y se secó los gruesos labios con el dorso de la mano. King reparó en que tenía el esmalte de uñas rojo gastado.

–¿Cuándo la viste por última vez?

–Un par de semanas antes de que la encontraran. Se nos había acabado el contrato aquí pero yo firmé por un mes más. Me gusta este sitio. Nos pagan un buen sueldo y la gente nos trata bien. No hay muchos lugares en los que te den habitación y comida.

–Y supongo que no hay clientes que te molesten -dijo King.

–No, señor, nada de eso -se apresuró a decir-. Son muy estrictos en ese aspecto.

–¿La viste alguna vez con algún hombre que no conocieras? ¿Te habló de que estuviera saliendo con alguien?

–No, no lo recuerdo. Lo siento.

King le dio una de sus tarjetas.

–Si recuerdas algo más, llámanos.

Ensimismados en sus pensamientos, King y Michelle salieron hacia el coche de ella.

King echó un vistazo al aparcamiento, que estaba lleno.

–Me cuesta creer que la gente tenga tiempo para venir aquí en pleno día.

–La verdad, me da asco -afirmó Michelle. Seguía con el entrecejo fruncido cuando se sentó al volante-. ¿Sabes que hay que tener veintiún años para entrar en un club de éstos pero basta con tener dieciocho para actuar en ellos? ¿Qué sentido tiene?

King se encogió de hombros.

–Reconozco que es ridículo y degradante. ¿Por eso estás de tan mal humor?

–No. Es por el legendario Aphrodisiac, que ha resultado ser una pérdida de tiempo absoluta.

–¿Cómo dices eso? No sólo has recibido una oferta de trabajo como bailarina de barra, lo cual de hecho podría venirte bien cuando nuestra agencia pase por un mal momento, sino que encima has hecho una buena amiga como Heidi.

Al cabo de unos instantes King se frotaba la zona del brazo en la que ella le había propinado un golpe.

–Joder, Michelle, me has hecho daño -se quejó.

–Pues te dolerá todavía más si sigues haciendo esos comentarios.

41

Júnior Deaver salió de su casa a medio construir y miró el cielo oscuro. Estaba cansado, había trabajado en casa de otros antes de volver allí para clavar tejas y tablones de madera. Por lo menos ya estaba todo bajo techo. Había acabado justo antes de que oscureciera y luego había hecho unos trabajillos en el interior. Todos tenían muchas ganas de abandonar aquella estrecha caravana.

Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza el juicio que se avecinaba. Lulu no dejaba de hablar del tema. No cesaba de decir que podía significar el fin de todos sus sueños. ¿Y si la señora Battle les ponía una demanda? Todo habría terminado. Entonces su suegra empezaría a meter baza y, cuando empezaba, Priscilla Oxley no tenía freno. Júnior había pasado por muchos momentos bajos en su vida, pero el presente era sin duda el peor.

Pensó en la oferta de Remmy Battle. Ojalá tuviera algo que darle. Le fastidiaba que nadie le creyera. No obstante, considerando todas las pruebas que había en su contra, comprendía que la mujer pensara que era culpable.

Mientras mordisqueaba un sandwich y bebía un sorbo de la cerveza que había sacado de la neverita, reflexionó sobre algunas cosas. Podía acabar con todo aquello de inmediato… diciendo la verdad sobre lo que había hecho aquella noche, pero antes prefería ir a la cárcel. No podía hacerle aquello a Lulu. Había sido una estupidez, una gran estupidez. Pero ya no podía volver atrás.

Se acabó el sandwich. Tenía un montón de mensajes en el móvil. Odiaba aquel aparato; todo el mundo quería las cosas de inmediato. Consultó la lista de llamadas. Una le sorprendió: Sean King. «¿Qué querrá?», pensó Júnior. Bueno, tendría que esperar.

Entró en la casa. Eran casi las ocho, una buena hora para finalizar la jornada laboral. Llevaba en pie desde las cuatro de la madrugada. La espalda le dolía horrores de tanto subir y bajar la escalera con las tejas. Empezaba a ser viejo para ese tipo de trabajo. No obstante, esperaba seguir así hasta eí día de su muerte. ¿Qué otra opción tenía un tipo como él?

El golpe procedió directamente desde detrás de él, le fracturó el cráneo y le hizo tambalearse. Júnior se llevó las manos a la cabeza y se volvió al mismo tiempo. A través de la sangre que le corría por la cara vio la capucha negra acercarse a él, con la pala levantada. Consiguió parar el golpe con el antebrazo, aunque se lo partió. Cayó gritando

de dolor. Mientras yacía en el suelo de madera, vio que la pala se abalanzaba hacia él de nuevo. Logró levantar el pie izquierdo y hacer caer a su atacante.

El hombre se dio un buen golpe, pero se levantó enseguida. Júnior se incorporó sujetándose el brazo roto. Mientras el vientre prominente le palpitaba, siguió lanzando puntapiés al agresor para intentar mantenerlo alejado y escabullirse. Vomitó el sandwich y la cerveza y llenó el parquet de porquería. Consiguió incorporarse pero recibió otro golpe en la espalda y volvió a caer.

Júnior Deaver medía más de un metro noventa y pesaba más de ciento veinte kilos. Si lograba encajarle un golpe a su atacante, que era menos fornido, la situación podía cambiar rápidamente. Mataría a ese hijo de puta. Teniendo en cuenta lo maltrecho que estaba, Júnior supo que sólo tenía una posibilidad. Como se había enzarzado en muchas peleas de bar, tenía experiencia. Debía engañar a aquel cabronazo.

Se arrodilló y casi tocó el suelo con la cabeza, fingiéndose indefenso. Cuando vio que la pala se alzaba, se lanzó hacia delante y golpeó a su atacante directamente en el vientre,

por lo que los dos resbalaron por el suelo hasta chocar contra una pila de travesanos.

Cayeron al suelo y se quedaron despatarrados. Júnior intentó inmovilizar a su atacante, pero el dolor del brazo y el hombro era muy intenso. Le brotaba sangre de la brecha que tenía en la cabeza, lo que mermaba su capacidad por momentos. Júnior intentó ponerse en pie pero el otro fue más rápido. Se apartó rodando, cogió uno de los travesanos rotos y golpeó una y otra vez a Júnior en la cabeza, cada vez con más fuerza y ensañamiento; el travesano se astilló y acabó partiéndose por la mitad. Júnior gimió, rodó por el suelo y no volvió a levantarse. El vientre le palpitaba, sangraba por las distintas heridas de la cabeza y se quedó inmóvil, con los ojos cerrados.

El hombre de la capucha se le acercó con precaución, temeroso de otra artimaña. Maldijo a Júnior y luego a sí mismo por haber infravalorado tanto a su víctima. Creía que acabaría con él al primer golpe de pala en la cabeza. Se tranquilizó y se dijo que tenía que acabar el trabajo.

A él también le palpitaba el estómago, se notaba áspera la garganta y el aumento de ácido láctico en los músculos le mareaba. Se arrodilló junto a Júnior y extrajo del abrigo la pieza de madera redondeada y la cuerda. Le pasó el torniquete por la cabeza, le rodeó el grueso cuello y poco a poco lo fue tensando hasta oírle jadear para respirar. Siguió girándolo de forma que la presión fuera constante. Al cabo de unos minutos, el grueso vientre palpitó por última vez y se detuvo.

El hombre soltó la madera y se sentó en cuclillas. Se palpó el hombro que se había golpeado al chocar contra Júnior y los travesanos. Sobreviviría. Lo más problemático era que la pelea habría dejado pruebas potenciales. Se examinó minuciosamente. Estaba empapado de sangre, vómitos y mucosidades de su víctima. Por suerte llevaba la capucha, guantes y manga larga, porque incluso un pelo de la cabeza o los brazos con la raíz del ADN podría acabar siendo una pesadilla forense para él.

Escudriñó la zona y luego al cadáver en busca de algo que

pudiera delatarlo ante Sylvia Diaz o quien fuese. Exploró las uñas de Júnior para eliminar todo resto humano revelador que hubiera podido acabar allí. Cuando estuvo convencido de no haber dejado ningún rastro significativo, extrajo una máscara de payaso del otro bolsillo del abrigo y la dejó al lado del cadáver. Se había arrugado por el choque contra Júnior pero, aun así, era difícil que a la policía se le escapara el significado implícito.

Comprobó el pulso de Júnior para asegurarse. Luego esperó cinco minutos y volvió a tomárselo. Conocía bien los cambios sutiles que se producían en el organismo después

de la muerte y, por suerte, todos se estaban produciendo. El hombre estaba muerto. Levantó con cuidado la mano izquierda de Júnior. Tiró de la ruedecita del reloj y lo puso a las cinco en punto, la misma hora que el impostor había dejado en el de Bobby Battle. Aquello sería un mensaje claro para la policía y el impostor. Quería tenerlos bien informados. En vez de dejar el brazo levantado, bajó la mano, extrajo un rotulador negro del cinturón de herramientas de Júnior y dibujó una flecha en el suelo apuntando directamente al reloj. Por último, quitó la enorme hebilla del cinturón de Júnior, que llevaba el logo de NASCAR, y se la guardó en el bolsillo.

El sonido le sobresaltó hasta que lo reconoció: el móvil de Júnior estaba zumbando. Se había caído durante la pelea. Miró el visor. Era una llamada de su casa. Bueno, podían llamar todo lo que quisieran. Júnior ya no volvería a casa.

Se puso en pie con piernas temblorosas. Contempló al hombre con la soga del torniquete alrededor del cuello, y la máscara de payaso a su lado. Esbozó una sonrisa. «Una vez más he hecho justicia», se dijo. No tenía intención de rezar ante el cadáver. Apagó de un puntapié el generador accionado con batería y la zona se sumió en la oscuridad; Júnior desapareció como por arte de magia.

El siguiente sonido que oyó lo alarmó.

Se trataba de un coche que se acercaba. Se asomó al marco de una ventana delantera. Los faros recortaban la oscuridad y se acercaban a él.

42

King *y* Michelle bajaron del Lexus y miraron en derredor. Habían cambiado de coche en la casa flotante de King porque al todoterreno de Michelle se le había estropeado un faro. King encendió una linterna pero el fino haz hizo poco para contrarrestar la oscuridad.

–Su camioneta está aquí -afirmó Michelle al tiempo que daba un golpecito a la destartalada camioneta llena de

herramientas *y* materiales de construcción.

–¡Júnior! – llamó King-. Soy Sean King. Queremos hablar contigo.

Michelle se hizo bocina con las manos.

–¡Júnior! ¡Júnior Deaver! Tal vez esté en la casa.

–¿Trabajando a oscuras? – repuso King.

–En el sótano quizás.

–Bueno, pues supongo que tenemos que entrar.

–¿Tienes otra linterna en el coche?

–No, pero a lo mejor Júnior tiene alguna en la camioneta.

Miraron y encontraron una en el suelo de la cabina.

Entraron por la puerta delantera y barrieron la estancia con las linternas. En un rincón había una gran lona que cubría lo que parecía una pila de mampostería. Por todas partes había maderas apiladas y otros materiales de construcción, herramientas, cubos, sacos de cemento, un verdadero desorden.

–Oye, esto se parece a tu casa -bromeó King.

–Hoy estás muy agudo. Mira, aquí están las escaleras que bajan al sótano.

Michelle llamó de nuevo pero no recibió respuesta alguna.

–A lo mejor se ha hecho daño -dijo.

King miró alrededor.

–Esto empieza a parecerme un poco raro -reconoció con voz queda-. Será mejor que…

Michelle ya había desenfundado la pistola. Bajaron al sótano con cuidado.

En el rincón más alejado había unos bidones apilados. Miraron detrás. Nada. El sistema de calefacción se encontraba en otra esquina del sótano. Apuntaron las linternas a la masa metálica pero siguieron sin ver nada.

Detrás del depósito del agua caliente, en un punto que no habían iluminado con las linternas, el encapuchado les observó subir por las escaleras. Poco a poco fue saliendo de su escondrijo.

Al llegar arriba, King y Michelle volvieron a mirar de forma más concienzuda. Ella fue quien lo vio primero.

–¡Oh, no! – musitó. Tomó a King de la mano y tiró de él-. Sangre -le susurró al oído, y apuntó la linterna al suelo. Las manchas carmesí resultaban claramente visibles. Siguieron el rastro con las linternas hasta la lona.

Avanzaron sigilosamente, con cuidado de no pisar las manchas. King se arrodilló, levantó la lona y vieron que se trataba de Júnior. Le tomó el pulso.

–¡Maldita sea! Está muerto. – Movió la linterna a su alrededor-. ¡Mierda!

–¡Dios mío! – exclamó Michelle.

–Tiene una soga de torniquete alrededor del cuello.

–No me digas que…

King retiró un poco más la lona y apuntó con la linterna.

–Y su reloj marca las cinco. Hay una flecha negra dibujada en el suelo señalándolo.

Michelle iluminó la cara de Júnior.

–No hace mucho que ha muerto, Sean.

–Lo sé; todavía está caliente. – King se quedó inmóvil-. ¿Qué ha sido eso?

Michelle miró detrás de ella y describió varios arcos con el haz de la linterna.

–¿Qué?

–Me ha parecido oír pasos.

–No he oído nada… -La respiración se le cortó en la garganta al ver el punto de láser rojo en la cabeza de King. Su significado estaba muy claro para una experta en armas como ella-. Sean, no te muevas -dijo con voz quebrada-. Tienes la luz roja.

–¿Que tengo qué…? – Entonces cayó en la cuenta.

La bala seguiría el rastreador de láser e impactaría exactamente donde marcaba el punto: en este caso su cabeza. Mientras ella observaba, el punto rojo se desplazó lentamente hacia su pistola, revoloteando como una avispa mortífera preparada para picar. Ese mensaje también

estaba claro. Vaciló entre correr el riesgo o volverse y disparar. Miró a King, que también había visto la ubicación del punto y, intuyendo su vacilación, negó con la cabeza para que no cometiese una imprudencia.

Ella dejó el arma y la empujó a un lado con el pie. Cuando el punto rojo se paró en su linterna, la apagó y la dejó en el suelo. Entonces el punto rojo le apuntó al pecho y se movió arriba y abajo por su cuerpo de un modo aparentemente burlón, como si la estuviera acariciando.

Michelle estaba cada vez más molesta y empezó a calibrar cuánto tendría que desplazarse para recuperar su arma. Mientras calculaba las posibilidades de encajar un disparo antes que su contrincante, no se dio cuenta de que el punto rojo había desaparecido.

Cuando por fin se percató, miró la silueta de King en la penumbra.

–¿Se ha ido? – susurró.

–No lo sé. No oigo nada.

Al cabo de unos momentos oyeron disparos. Los dos se

arrojaron al suelo, Michelle se arrastró hacia su pistola. «¡Vamos! ¡Vamos!» Cuando cerró la mano alrededor de la culata, aguzó el oído.

–Sean, ¿estás bien? – Transcurrieron unos segundos y no recibió respuesta-. ¡Sean! – susurró desesperada.

–Estoy bien -dijo él.

–Joder, casi me da un infarto. ¿Por qué no decías nada?

–¡Porque me he caído encima de Júnior, por eso!

–Oh.

–Sí, oh.

Esperaron varios minutos. Cuando oyeron que un vehículo arrancaba y se alejaba, Michelle se incorporó con presteza, agarró una linterna y corrió al exterior con King pisándole los talones.

Entraron en el Lexus.

–Llama a la policía -dijo King-. Diles que bloqueen las carreteras de la zona lo antes posible. Y luego llama a Todd.

Michelle ya estaba al teléfono.

King pisó el acelerador y el coche avanzó pesadamente. El camino parecía lleno de baches y a Michelle se le cayó el teléfono de la mano. King frenó.

Intercambiaron una mirada.

–Maldita sea, ha disparado a los neumáticos -dijo él con expresión de incredulidad-. Fueron los disparos que hemos oído. A ver si puedo conducir de todos modos. – Tras recorrer treinta metros quedó claro que si circulaban a más de ocho kilómetros por hora acabaría rompiendo un eje.

Michelle bajó de un salto e iluminó los neumáticos pinchados, los del lado del acompañante. Corrió hasta la camioneta de Júnior. También tenía dos neumáticos estropeados. Llamó a la policía y luego a Todd, mientras King esperaba decepcionado junto al coche.

–Todd y sus hombres están en camino -anunció ella.

–Me alegro -masculló él.

–Nunca se sabe, a lo mejor tienen suerte y lo pillan, Sean.

–Los buenos casi nunca tienen tanta suerte. – Cruzó los brazos y miró hacia la casa a medio construir.

Michelle dio un golpe contra el capó del coche.

–Dios mío, me siento como la mayor novata del mundo por permitir que ese tipo nos sacara ventaja. Me cuesta creer que hayamos estado a unos metros de ese maníaco. ¡Unos metros! Y ha escapado. – Se quedó en silencio, mirando el suelo antes de dirigir la vista a su compañero-. Bueno, di algo, ¿en qué estás pensando?

Sean no respondió de inmediato, y cuando lo hizo le temblaba un poco la voz.

–Estoy pensando que esta noche tres niños se han quedado huérfanos de padre, y que una mujer ha enviudado. Y me pregunto cuándo acabará esta pesadilla.

–Cuando alguien atrape a ese cabrón.

King no apartó la vista de la casa a medio construir.

–Pues a partir de ahora éste será nuestro trabajo a tiempo completo.

43

Tal como King había pronosticado, la policía no consiguió apresar al asesino de Júnior. Cuando se hizo público que se había producido otro asesinato, el pánico se apoderó de la zona. El alcalde de Wrightsburg, en una sorprendente muestra de falta de confianza en Todd Williams y en el FBI, exigió la presencia de la Guardia Nacional y la instauración del toque de queda. Por suerte, nadie hizo caso de su petición. La prensa y la televisión llegaron a Wrightsburg y alrededores con un enorme apetito de detalles, por triviales e irrelevantes que resultaran para la investigación. Los grandes camiones de los medios de comunicación y sus antenas parabólicas y los reporteros con micrófonos inalámbricos pasaron a ser tan omnipresentes como los capullos en primavera. Los únicos que se alegraban de esta situación eran los dueños de restaurantes y hoteles y los resabidillos del lugar, a quienes se oía soltar hipótesis interminables. Casi todo el mundo quería conseguir sus quince minutos de fama.

Todd Williams estaba abrumado por la avalancha periodística, al igual que Chip Bailey. Ni siquiera King y Michelle evitaron por completo el aluvión y tuvieron que observar consternados cómo se sacaban a relucir detalles de sus pasadas hazañas en el servicio secreto y les convertían en noticia del presente.

Recibieron más apoyo de los cuerpos de seguridad, tanto federales como estatales, y King se preguntó si el aumento del número de agentes beneficiaba o perjudicaba la investigación.

Él se decantaba por esta última opción ya que todos se disputaban un buen sitio en el sonado caso.

Al final llegó la carta. Anunciaba que el asesinato de Júnior Deaver era un homenaje al Príncipe de las Tinieblas,

el asesino en serie John Wayne Gacy. «Y pensabais que él sólo mataba jovencitos y niños -rezaba el mensaje burlón-. Ahora ya sabéis que no le importa cargarse a currantes gordos como Júnior Deaver.»

Todos estaban en otra reunión matutina del equipo operativo en la jefatura de policía. La sala de reuniones se había convertido en una especie de sala de guerra con hileras de ordenadores y teléfonos sonando todo el día, gráficos, mapas, pilas de expedientes, investigadores especializados agotando todas las pistas, litros de café y donuts y sin conseguir perfilar siquiera un sospechoso viable.

–Gacy estranguló a muchas de sus víctimas con esa técnica de ligadura -explicó Chip Bailey.

–Veo que dominas el tema de los asesinos en serie -dijo Michelle.

–Es mi obligación. Me he pasado años siguiéndoles el rastro.

–Y en la cárcel el muy cabrón empezó a pintar payasos -añadió King-, lo cual explica lo de la máscara, por si no lo descubríamos sólo con el torniquete del verdugo.

–Y el reloj de Júnior marcaba las cinco en punto -dijo Michelle-. O sea que nuestro asesino en serie no sabe contar o quienquiera que matara a Bobby Battle era un imitador.

–Creo que podemos dar por supuesto que nos enfrentamos a dos asesinos -reconoció Bailey-. Aunque existe la remota posibilidad de que sólo haya uno y esté cambiando los números por algún motivo.

–¿Por qué? ¿Busca que le acusen de cinco asesinatos en vez de seis? – preguntó King-. No sé en otros lugares, pero en Virginia sólo se ejecuta a los asesinos una vez.

Williams refunfuñó y cogió el tubo de aspirinas.

–Maldita sea, me está doliendo la cabeza otra vez.

–¿Has visto el testamento de Bobby Battle? – preguntó Michelle.

Williams se tomó un par de comprimidos y asintió.

–Ha dejado la mayor parte de su patrimonio a Remmy.

–¿Eran copropietarios de sus bienes? – preguntó King.

–No. La mayor parte sólo estaba a nombre de Bobby, incluidas las patentes. La casa pasa a Remmy automáticamente y, aparte, ella también tiene muchas propiedades.

–Has dicho la mayor parte. ¿A quién le dejó el resto?

–A algunas organizaciones benéficas. Un poco para Eddie y Dorothea, aunque no lo suficiente para asesinar por ello.

–¿Y a Savannah? – preguntó King.

–No, ella no hereda nada. Pero ya tenía un fondo fiduciario considerable.

–De todos modos, no dejarle nada es un poco cruel.

–Quizá no estuvieran tan unidos -sugirió Bailey.

King lo miró.

–¿Conoces bien a la familia?

–Eddie y yo nos vemos bastante a menudo. Vamos a cazar juntos y he asistido a varias de sus recreaciones. Ha venido a Quantico a conocer la academia del FBI. De hecho, Remmy y Bobby también vinieron, junto con Masón, el mayordomo. He comprado un par de cuadros de Eddie. Dorothea me ayudó a encontrar casa en Charlottesville. Pasé una tarde con ellos después de que asesinaran a su padre. Estaba consternado. Le preocupaba mucho el efecto que tendría en su madre.

King asintió y dijo:

–Además, no pudo matar a su padre porque estaba con nosotros.

–Y estaba participando en recreaciones cuando la bailarina y los chicos fueron asesinados -dijo Bailey.

–¿Y Dorothea? – preguntó Michelle.

–Lo hemos comprobado. También está limpia.

–¿También en el momento en que Bobby Battle murió? – inquirió King.

–Bueno, dijo que estaba camino de Richmond en el coche para asistir a una reunión la mañana siguiente.

–¿Sola?

–Sí.

–O sea, que en realidad no tiene coartada. Por cierto, ¿conoces bien a Dorothea?

–Fue mi agente inmobiliaria -respondió Bailey-. No creo que esté hecha un mar de lágrimas por la muerte de Bobby.

–¿Forman un matrimonio feliz? – preguntó Michelle.

–Eddie la quiere, lo sé. No estoy seguro de hasta qué punto es recíproco. De hecho, entre nosotros, no me sorprendería que tuviera algún rollo por ahí.

–Y Savannah dijo que estaba en casa cuando murió su padre. ¿Es cierto?

–Interrogué al respecto a los miembros del servicio, pero todos se habían marchado a su casa a aquella hora, a excepción de Masón, y él no recuerda haberla visto. Y lo cierto es que no puede decirse que estuviera en plena forma cuando hablamos con ella. Tendré que interrogarla otra vez.

–O sea que sigue siendo sospechosa. ¿Qué me dices de Bobby y Remmy? – inquirió King.

–¿Qué quieres saber?

–Si te dijera que nos consta que tuvieron una pelea fuerte hace tres o cuatro años por las infidelidades de Bobby, ¿te sorprendería?

–No -respondió Bailey-. Tenía esa fama. Algunas personas creyeron que lo había superado, pero hay cosas que nunca cambian.

–Lo cual podría constituir un motivo perfecto para matar a su esposo -observó Michelle.

–Puede ser -admitió Bailey.

–¿Qué me dices de Remmy? – preguntó King.

–¿Qué? ¿Si tenía amantes? – Al ver que King asentía, Bailey dijo en tono categórico-: No, nunca.

–Me da la impresión de que Masón piensa mucho en Remmy -apuntó King.

–Ya, pero no es de su clase y nunca lo será, si eso es lo que insinúas.

King observó a Bailey unos segundos y luego decidió cambiar de tema. Miró a Williams.

–¿Sylvia ha acabado con la autopsia de Júnior?

–Sí -respondió el jefe, que se había recuperado lo suficiente como para zamparse un donut de chocolate y dos tazas de café-. Murió por estrangulación con la ligadura, aunque antes le había golpeado en la cabeza con una pala y una madera. Perdió un montón de sangre.

–Lo sabemos -dijo King con sequedad.

–Cierto -respondió el jefe-. De todos modos, Sylvia cree que esta vez quizá tenga algún rastro del hombre. Y el equipo técnico extrajo algunas fibras que no coinciden con nada de lo que Júnior llevaba. Además, tenemos parte de una huella de neumático, que puede corresponder al coche en que escapó…

–Mejor que cotejéis esas fibras con mi ropa -dijo King-. Es que… tuve cierto contacto con Júnior cuando oímos los disparos.

–Por cierto, ¿habéis conseguido las balas de los neumáticos? – preguntó Michelle.

–Eran del calibre cuarenta y cuatro -dijo Williams-. Nada especial. Tal vez en algún momento encontraremos un arma que coincida.

–El tipo tenía un objetivo con láser, eso puede considerarse especial -dijo King.

–A Júnior le faltaba la hebilla del cinturón -añadió Williams.

–Otro trofeo -comentó Michelle.

–Parece que Júnior se resistió hasta el último aliento -dijo Bailey-. Tenía numerosas heridas defensivas en las manos y el antebrazo. Y había una pila de travesanos derribada, probablemente durante la pelea.

–Está claro que el hombre ha empezado a cometer errores -dijo Williams-. Vosotros dos aparecisteis cuando

estaba haciendo el trabajito.

–No conseguimos gran cosa -dijo Michelle-, aparte de permitir que escapara.

King volvió a leer la fotocopia de la carta.

–Es la primera vez que se refiere a una víctima por su nombre -comentó.

–Ya me he dado cuenta -dijo Bailey.

–¿Por qué querría hacer eso? – preguntó Williams.

–Está jugando con nosotros. Quiere hacerse el listo.

–¿Con qué fin? – preguntó Michelle.

–Porque todo esto forma parte de un plan mucho mayor que ahora mismo no vemos -repuso King.

–¿Y de qué podría tratarse? – preguntó Bailey en tono de escepticismo.

–Cuando lo descubra, serás el segundo en enterarte -dijo King dirigiendo una mirada a Williams-. ¿Qué tal se lo tomó Lulu, Todd?

Williams se encogió de hombros.

–No derramó ni una lágrima, pero bueno, los niños estaban delante. Sin embargo, su madre se puso histérica, empezó a gritar sobre lo mucho que quería a Júnior, que qué iban a hacer ahora sin él… Al final Lulu tuvo que sacarla de la sala. Menuda señora.

King y Michelle intercambiaron una mirada y se limitaron a menear la cabeza.

–Ahora llegamos a un aspecto interesante -dijo Williams-. Nos dijiste que Remmy había amenazado a Júnior, que quería que le devolviera unas cosas y que no quería que Júnior se las enseñara a nadie.

King asintió.

–Al menos eso es lo que Lulu nos contó que le había dicho Júnior. Pero no fue Remmy Battie quien le pegó una paliza a Júnior antes de estrangularlo.

–Pero Lulu dijo que Remmy le había dicho a Júnior que conocía a gente que podría darle un escarmiento.

King meneó la cabeza.

–No estoy seguro de que Remmy quisiera matar a Júnior, al menos por el momento. Según Lulu, le dio tiempo para pensárselo. Muerto no puede decirle dónde están sus cosas, aunque tampoco creo que en vida pudiera porque dudo que fuera él quien las robara.

–Pero está muerto -dijo Bailey-, o sea que no puede enseñárselo a nadie, lo que quiera que sea.

King seguía sin estar convencido.

–Pero Remmy no podía estar segura de ello. Quizás él hubiera hecho planes por si le ocurría algo.

–Tienes razón -dijo Williams-, pero es algo que deberemos averiguar. No es que me apetezca plantearle esta situación a Remmy.

–Bueno -dijo King-, hemos de ir a ver a algunas personas.

–¿Quiénes? – preguntó Bailey con acritud.

–El padre de Steve Canney y los padres de Janice Pembroke.

–Ya hemos hablado con ellos. Y con todas las personas relacionadas con Diane Hinson.

–Pero no te importará que repitamos, al fin y al cabo cuatro ojos ven más que dos -dijo Michelle.

–Adelante -dijo Williams-. Tenéis plena autoridad.

–Informadme si descubrís algo interesante -dijo Bailey.

–Descuida, me muero de ganas -murmuró King.

44

King y Michelle fueron a su despacho antes de ir a ver a los padres de Canney y Pembroke. Vieron el todoterreno Volvo plateado y el BMW Serie Ocho aparcados frente a su oficina.

–Eddie y Dorothea -dijo Michelle al bajar de *la Ballena.* Como si estuvieran sincronizados, las puertas de los respectivos vehículos se abrieron y la pareja salió-. Van en coches separados -comentó en voz baja.

–Y quizá vayan en direcciones opuestas.

Eddie vestía pantalones grises, camisa blanca y americana azul y llevaba un maletín de cuero. Michelle pensó que el bronceado intenso, los rasgos duros y curtidos y la ropa distinguida le daban un aspecto muy atractivo.

Dorothea iba completamente de negro, lo cual parecía adecuado dadas las circunstancias, pero King pensó que no tenía relación con el luto por la muerte del patriarca de la familia: las medias de red, los tacones de aguja y el muy pronunciado escote la delataban.

King abrió la puerta del edificio de oficinas y todos entraron.

Cuando estuvieron aposentados, King habló.

–Lo sentimos mucho por tu padre, Eddie. – Miró a Dorothea pero no dijo nada porque la expresión de la mujer no invitaba a tales condolencias.

–Todavía no me lo creo -reconoció Eddie-. Mamá estaba allí a las diez, y a las diez y media papá había muerto.

–Nos dijo que no vio a nadie al salir -dijo Michelle.

–Bueno, no cabía esperar que el asesino se pusiera a dar saltos delante de Remmy y a gritar: «¡Voy a matar a tu marido!» -comentó Dorothea de mal talante.

–Gracias por recordárnoslo, Dorothea -dijo Eddie-. Si no tienes nada práctico que decir, quédate ahí sentada y sigue enfurruñada.

«Bien dicho, Eddie Battle», pensó Michelle.

Dorothea pareció dispuesta a contraatacar con algo adecuadamente desagradable pero consiguió contenerse. Se quedó sentada de brazos cruzados, mirando el suelo con ceño.

–¿ Qué podemos hacer por ti, Eddie? – preguntó King.

Eddie extrajo un periódico del maletín y señaló un artículo en portada. King tomó el periódico y le echó un vistazo a la noticia mientras Michelle la leía por encima de su hombro.

Al acabar, King se mostró muy disgustado.

–¿Cómo demonios se ha filtrado a la prensa la noticia de que Remmy amenazó a Júnior?

–A lo mejor ha sido Lulu -sugirió Michelle-. O su suegra Priscilla. No me extrañaría que hubiera sido ella.

–Da igual -dijo Eddie-; ahora toda la ciudad piensa que mamá ordenó matar a Júnior.

–Pero la *Gazette* también ha informado de que la muerte de Júnior está relacionada con los asesinatos en serie -señaló Michelle.

Eddie resopló.

–Eso no importa. La gente piensa que pagó a alguien para que lo pareciera.

–¿Cómo se lo ha tomado Remmy?

–Muy mal.

–¿Pero no niega que amenazara a Júnior? – preguntó King.

Eddie se mostró precavido.

–No vamos a entrar en matices, Sean, pero aunque le hubiera amenazado, no tuvo nada que ver con la muerte de ese hombre.

–No puedo controlar lo que piensa la gente.

–Lo sé, pero he creído que…

–¿Qué quieres que hagamos, Eddie? – preguntó Michelle con delicadeza.

–Sí, estaría bien que fueras al grano -intervino Dorothea-. Tengo dos casas por enseñar esta mañana.

Eddie hizo caso omiso de ella.

–¿Podéis ir a hablar con mamá otra vez? Sé que estuvisteis allí el otro día con Chip y que no os hizo mucho caso. Pero si vais otra vez, sé que hablará con vosotros. Ahora mismo necesita hablar con alguien.

–¿Qué va a contarnos exactamente? – inquirió King.

–No lo sé seguro -reconoció Eddie-. Pero por lo menos sabréis su versión de los hechos en vez de esta porquería que han publicado.

–Estoy seguro de que Chip y sus hombres lo harán.

–Pero ella se sentirá más cómoda con vosotros. Entre nosotros, Chip y mamá no se llevan tan bien como parece.

–¿Aunque te salvara la vida?

–No sé cómo explicarlo. Sólo sé que es así.

–El habla muy bien de ella.

–Veo que no he sido suficientemente claro. A mamá no le cae nada bien.

–De acuerdo, hablaremos con ella. Pero, insisto, eso no evitará las murmuraciones de la gente.

–Como Eddie no hace más que andarse por las ramas -intervino Dorothea-, voy a decíroslo claro: es completamente imposible que Remmy estuviera relacionada con la muerte del hombre, pero si encontrarais a quien mató a Júnior se acabarían todas las murmuraciones.

–Eso -convino Eddie-. Y a lo mejor también encontráis al asesino de papá.

–¿ Crees que podría tratarse de la misma persona? –preguntó King.

–Me parece mucha coincidencia que Júnior fuera acusado de robar en casa de mis padres y luego asesinaran a mi padre y a él, uno después del otro.

–De hecho eso fue idea mía -afirmó Dorothea con orgullo-. Y el motivo por el que he venido. Se me ocurrió anoche. ¿Y si alguien pretende endosarle a ese asesino en serie las muertes de Bobby y Júnior? Si es así, sus muertes deben de estar relacionadas con lo que robaron.

–En realidad nos lo estamos planteando -reconoció King.

–¿Lo ves? – exclamó Dorothea señalando a su marido-. Te lo dije.

–De acuerdo, Dorothea, de acuerdo. – Eddie asintió-. ¿Crees que es posible, Sean?

–Cualquier cosa es posible -respondió King con vaguedad-. ¿Tu madre estará hoy en casa?

–Sí, pero mañana es el funeral. Asistirá mucha gente.

–Entonces hablaremos con ella después del mismo. ¿A qué hora es la ceremonia?

–A las dos. El funeral será en Christ Church y el entierro en Kensington. Podéis venir, por supuesto.

Dorothea se inclinó hacia delante.

–¿Tenéis alguna pista, algún sospechoso?

–Es una investigación en curso, Dorothea. No podemos hacer comentarios al respecto -replicó King.

–Pensaba que si os ayudábamos, podríais contarnos cosas -dijo ella sin rodeos.

–Lo siento, no funciona así. Pero ya que estás aquí, tengo una pregunta que hacerte. ¿Visitaste a Bobby la tarde del día en que fue asesinado?

Dorothea lo miró con expresión inquisitiva.

–Así es. ¿Y qué?

–¿Cuál era el objeto de tu visita?

–Mi suegro. Quería comprobar qué tal estaba. No era la primera vez, y pasé por allí mucho antes de que le mataran.

–Y esa noche fuiste a Richmond. ¿A qué hora llegaste?

–No me acuerdo. Era tarde. Me fui a la cama.

–¿En qué hotel?

–El Jefferson. Siempre me alojo allí.

–Ya. Estoy seguro de que sabrán decirnos la hora exacta de tu llegada.

–¿Adonde demonios pretendes ir a parar? He venido aquí a intentar ayudar y no para que me interroguen.

–Y yo intento ayudarte a ti. Si estabas en un hotel a ciento cincuenta kilómetros de donde asesinaron a tu suegro, tienes la coartada perfecta. Estoy seguro de que el FBI ya lo ha comprobado.

Dorothea miró fijamente a King unos segundos, se levantó y se marchó. Eddie les dio las gracias y la siguió rápidamente. King y Michelle les observaron por la ventana mientras subían a sus respectivos coches.

–No te crees que estuviera en el hotel a las diez, ¿verdad? – dijo Michelle.

–Creo que estaba en otro sitio que no quiere que su marido sepa. Y estoy seguro de que Bailey ya lo ha

descubierto pero no se ha molestado en decírnoslo. Eso de que había ido otras veces a ver a Bobby es mentira. Pregunté en el hospital.

Michelle observó a Eddie poner el coche en marcha.

–Me pregunto cómo un hombre tan agradable acabó con una bruja como ésa.

King la miró con una sonrisa.

–¿Te estás enamorando de Eddie Battle?

Michelle se sonrojó.

–Hablo en serio, Sean.

–¿Tienes algún plan para mañana al mediodía?

–Salir a correr, quizá.

–Pues no puedes; vamos a un funeral.

–¿ Por qué? – preguntó ella.

–No es del dominio público, pero los asesinos suelen asistir al funeral de sus víctimas.

–Pues no fuimos a los otros.

–Es que no los hubo. Al parecer, los padres de Rhonda Tyler no quisieron tomarse ninguna molestia, así que la enterraron sin más cerca de Lynchburg. Fui al entierro. Los únicos presentes eran los sepultureros.

–Me sorprende que no fuera nadie del Aphrodisiac, como Pam, por ejemplo.

–Creo que quieren olvidar incluso que sucedió. Y a Steve Canney lo incineraron sin funeral.

–Un poco raro para una estrella del rugby.

–Su padre no opinó lo mismo que tú.

–¿Y Pembroke? – preguntó Michelle.

–Sus padres estaban tan avergonzados por lo que estaba haciendo con Canney cuando murió que la enterraron en un lugar no revelado de la zona.

–¿Hinson?

–Sus padres se llevaron sus restos a Nueva York -contestó King-, donde había nacido.

–¿Cómo interpretas la visita de Eddie y Dorothea?

–Entiendo que Eddie viniera. Probablemente le haya hecho venir su madre. Su hijo leal y diligente es una herramienta perfecta para ella. La presencia de Dorothea es menos clara. Ha dicho que venía para contarnos su teoría sobre el asesino. De hecho, no creo que haya pensado en el tema más de dos segundos. Creo que vino con la intención de sonsacarnos información.

–Quizá quiera llevarse una parte mayor de la herencia. ¡Como si lo necesitara!

–Es posible que así sea -dijo King.

–¿Qué quieres decir? Si es la reina de las inmobiliarias locales.

–Dorothea participó en unas dudosas aventuras inmobiliarias que se fueron al garete hace poco.

–¿Lo has investigado?

–Me estaba hartando de que Chip Bailey fuera el que más se divertía.

–¿Y no se lo has dicho?

–Es del FBI, que lo descubra él mismo.

–O sea que Dorothea necesita dinero e intenta congraciarse con Remmy para conseguirlo.

–Podría ser. – King consultó la hora-. He concertado entrevistas con Roger Canney y los padres de Pembroke para dentro de una hora. Cuando acabemos con ellos quizá quieras ir de compras.

–¿De compras? ¿Para qué?

Él la repasó con la mirada.

–Los vaqueros y una cazadora del servicio secreto no son el atuendo más adecuado para un funeral.

45

Sylvia Diaz estaba contando pastillas. Las contó una vez y luego otra. Repasó las recetas que había extendido las tres últimas semanas y las comparó con el inventario de la farmacia correspondiente a ese período. Por último, se sentó al ordenador y examinó las cifras de inventario que

constaban en el registro. Coincidía con las existencias de la farmacia pero no con las recetas extendidas. Sylvia confiaba en las recetas escritas. Había fármacos que no constaban en ningún sitio. Llamó a la encargada de la oficina forense y habló con ella. Repasaron juntas los registros. A continuación habló con la enfermera-farmacéutica, que hacía recetas para los pacientes en la consulta… Al terminar, estaba convencida de saber cuál era el problema.

Se planteó qué hacer. Todo lo que tenía era una serie de pruebas circunstanciales, nada irrefutable. Empezó a preguntarse cuándo se había producido el robo o los robos. Sólo había una forma de averiguarlo. La puerta del depósito de cadáveres y la de la consulta disponían de un sistema de acceso mediante tarjeta codificada para entrar fuera de horas. En un registro electrónico constaba quién y cuándo entraba en alguno de esos recintos. Llamó a la empresa de seguridad, dio la información necesaria y la contraseña y formuló la pregunta. Aparte de ella, le dijeron que sólo una persona había accedido a la consulta fuera de horas durante el último mes: Kyle Montgomery. De hecho, Sylvia descubrió que había realizado su última visita nocturna alrededor de las diez de la noche del día que mataron a Bobby Battle.

La madre de Janice Pembroke era mayor de lo que King esperaba. Janice era la pequeña, la menor de ocho hijos, explicó la señora Pembroke. Tenía cuarenta y un años cuando nació Janice. Ella y su segundo marido, el padrastro de Janice, vivían en una deteriorada casa de ladrillo en un barrio venido a menos. Janice era la única que vivía con ellos. El padrastro era un hombre bajo, barrigón y de expresión avinagrada; tenía un cigarrillo sin encender detrás de una oreja y una Bud en la mano cuando apenas eran las nueve de la mañana. Al parecer no iba a trabajar temprano, si es que iba. Sonrió con lascivia a Michelle y no le quitó los ojos de encima en cuanto se sentaron en el abarrotado salón. La madre de Janice era menuda y tenía cara de agotada, lo cual no era de extrañar después de criar a ocho

hijos y perder a su pequeña de una forma tan horrible. Aparte tenía varios cardenales en los brazos y la cara.

–Me caí por las escaleras -explicó cuando King y Michelle le preguntaron.

Habló con voz entrecortada de su difunta hija, secándose las lágrimas con un pañuelo de papel. Les dijo que ni siquiera sabía que Janice salía con Steve Canney.

–No eran de la misma clase -afirmó su padrastro con brusquedad-. Pero ella se acostaba con cualquiera, la muy putilla, y lo pagó caro. Probablemente pensara quedarse embarazada y pescar a un niño rico como Canney. Le dije que era una escoria y que lo único que consigue la escoria es más escoria. Bueno, pues no me equivoqué. – Dedicó a King una mirada triunfal.

Sorprendentemente, la madre no salió en defensa de su difunta hija y King supuso que las lesiones de la cara y los brazos eran la razón de ello.

Que ellos supieran, Janice no tenía enemigos y no se les ocurría ningún motivo por el que alguien quisiera matarla. Era lo mismo que habían contado a la policía y al FBI.

–Y espero que sea la última puta vez que tengamos que pasar por esto -masculló el padrastro-. Si resulta que dejó que la mataran, es culpa suya. No tengo tiempo para

estar aquí sentado contando la misma historia una y otra vez.

–Oh, ¿estamos haciendo que se pierda algo importante? – preguntó Michelle-. ¿Otra cerveza, quizás?

Él encendió el cigarrillo, dio una calada y le sonrió.

–Me gusta tu estilo, nena.

–Por cierto, ¿dónde estaba la noche que la mataron? – preguntó ella, esforzándose por no saltarle encima.

La sonrisa desapareció de su rostro.

–¿Qué cono significa esa pregunta?

–Significa que quiero saber dónde estaba cuando mataron a su hijastra.

–Ya se lo he dicho a la poli.

–Bueno, pues nosotros también somos la poli. Va a tener que repetirlo.

–Salí con unos amigos.

–¿Esos amigos tienen nombre y dirección?

Sí que lo tenían, y Michelle los anotó bajo la mirada nerviosa del hombre.

–No tuve nada que ver con su asesinato -dijo con vehemencia mientras los acompañaba fuera.

–Entonces no tiene nada de que preocuparse -repuso Michelle.

–Claro que no, nena.

Michelle se dio la vuelta rápidamente.

–Me llamo agente Maxwell. Y, por si no lo sabe, pegar a su mujer es un delito grave.

El hombre soltó un bufido.

–No sé de qué cono estás hablando.

–Me parece que ella sí lo sabe -replicó Michelle, señalando a la señora Pembroke, que se encogió de miedo en el porche.

El se echó a reír.

–Esa perra ni siquiera ladra. Soy el rey de la colmena. ¿Por qué no te pasas por aquí un día y te lo enseño, bomboncito?

Michelle se puso tensa.

–Contente -le advirtió King-. Déjalo estar.

–Que te den, Sean.

Se encaró al hombre y le habló en voz baja pero muy clara.

–Escucha, gusano patético, ya no hace falta que ella te ponga una denuncia. El Estado puede hacerlo por ella. Así que cuando vuelva por aquí, y volveré, si tiene la menor marca encima, sólo una, te detendré, mamón. Pero antes te daré una paliza.

Al hombre se le cayó el cigarrillo de la boca.

–No puedes hacerlo, eres policía.

–Diré que te caíste por las escaleras.

El hombre miró a King.

–¡Acaba de amenazarme! – exclamó.

–Yo no he oído nada -dijo King.

–Conque ésas tenemos, ¿eh? Pues no me asusta una niñata delgaducha como tú.

En el jardín había un poste de madera de metro y medio que sostenía una farola de estilo antiguo. Michelle se acercó a él y con una fuerte patada lo partió por la mitad.

La lata de cerveza se reunió con el cigarrillo en el suelo mientras el hombre observaba boquiabierto aquella exhibición de poderío.

–Nos volveremos a ver, bomboncito -dijo Michelle antes de subir al coche.

King recogió un trozo del poste partido.

–Vaya, ¿te imaginas que fuera la columna de alguien? – dijo al hombre.

Luego le dio cuarenta dólares para repararlo y se marchó.

–Me parece que se ha meado en los pantalones -dijo King al subir al coche.

–Dormiré más tranquila sabiendo que él no puede pegar ojo.

–«¿Que te den, Sean?» -dijo él con sarcasmo.

–Lo siento. Estaba enfadada. Pero no siempre puedes poner la otra mejilla.

–De hecho, estoy muy orgulloso de ti.

–Ya. Ninguna de mis amenazas mejorará la situación de ella. Con un tío así, nunca se sabe qué puede pasar. Probablemente tendría que haberme callado.

–Pero vendrás a verla, ¿no?

–Claro que sí.

–Ya me dirás cuándo.

–¿Por qué? ¿Para convencerme de que no venga?

–No, para sujetar a ese cabrón mientras le das una buena tunda.

46

Había seguido a King y Michelle hasta la casa de los Pembroke y ahora los seguía mientras cruzaban la ciudad en dirección al domicilio de Roger Canney. Hoy no llevaba el Volkswagen azul sino una vieja furgoneta. Un sombrero de vaquero manchado de sudor, gafas de sol y un bigote y barba falsos que él mismo se había fabricado le otorgaban amparo suficiente. La pareja de detectives estaba empezando a ser un estorbo y no estaba seguro de qué hacer con ellos. La muerte de Pembroke no podía darles ninguna pista, y tampoco la de Diane Hinson. Y por sí misma la muerte de Rhonda Tyler era un callejón sin salida. Sin embargo, Canney era harina de otro costal. Aquel joven era la clave que podía hacer que el castillo de naipes se desmoronara.

No tenía tiempo de matar a Roger Canney y, de todos modos, eso despertaría más sospechas sobre el motivo por el que la estrella de rugby del instituto había muerto. No le quedaba más remedio que permitir que se celebrara la entrevista, analizar la información que se ofrecía y emprender las acciones adecuadas. Era una suerte que hubiera tenido la previsión de instalar micrófonos ocultos en casa de Canney antes de matar al chico. Táctica, todo es cuestión de táctica.

Se frotó la espalda donde le dolía por la pelea con Júnior Deaver. No podía permitirse el lujo de tener otro encontronazo como aquél. Había visto a Michelle Maxwell partir un poste con un movimiento de pierna realizado sin esfuerzo aparente. Era una mujer peligrosa. Y King, a su manera, resultaba incluso más peligroso. De hecho, creía que Sean King era la única persona capaz de vencerle. Tendría que hacer algo al respecto. Y quizá tuviera que matar también a Maxwell. No quería que ella intentase vengar la muerte de su socio.

Mientras el coche que tenía delante entraba en un camino largo que conducía a una casa de obra vista de estilo colonial, él giró por una calle adyacente, aparcó la furgoneta y extrajo un par de auriculares que llevaba bajo el sombrero. Hizo pequeños ajustes a un receptor situado en el asiento delantero, encontró la frecuencia adecuada para el transmisor instalado en casa de Canney, se recostó en el asiento y esperó a que empezara la función.

47

–¿A qué se dedica Roger Canney? – preguntó Michelle al ver el interior de la impresionante vivienda. Un ama de llaves les había recibido y había ido a buscar al señor de la casa.

–No lo sé, pero sea lo que sea, lo hace bien -respondió King.

–¿De qué murió su mujer?

–Tampoco lo sé. No son amigos míos.

Michelle siguió mirando alrededor.

–¿Sabes lo que no veo? Fotos de familia. ¿Cómo lo interpretas?

–O las han quitado recientemente por el dolor insoportable del padre o nunca las han tenido.

–¿Dolor insoportable? ¡Si enterró a su único hijo en el más absoluto anonimato!

–La gente exterioriza sus sentimientos de forma diferente, Michelle. Hay personas que, por ejemplo, parten postes por la mitad cuando están enfadadas.

Roger apareció en el salón al cabo de unos instantes. Era un hombre alto y de facciones marcadas, de espalda encorvada y expresión desolada y lánguida. Les indicó que se sentaran en un sofá y él se acomodó frente a ellos.

–No sé por qué hace falta otra entrevista -empezó, con la mirada fija en el techo de vigas.

–Sé que está pasando por un momento muy difícil… -dijo King.

–Sí, sí, vayamos al grano -le interrumpió Canney.

Formularon las preguntas de rigor, a las que Canney respondió con monosílabos que resultaban de escasa ayuda.

–¿Así que no tenía enemigos en el instituto, que usted supiera? – preguntó King-. ¿O de los que su hijo le hubiera hablado?

–Steve era muy querido. Caía bien a todo el mundo. Era incapaz de hacerle daño a una mosca. – No lo dijo en el tono de un padre orgulloso sino de forma un tanto burlona.

King y Michelle se miraron sorprendidos.

–¿Le había dicho alguna vez que salía con Janice Pembroke? – preguntó Michelle.

–Steve no confiaba en mí. Si el chico follaba por ahí con una putilla, era su problema. Tenía diecisiete años y las hormonas descontroladas. Pero si hubiera dejado embarazada a alguna chica, me habría enfadado mucho.

–¿Cuánto hace que murió su esposa? – preguntó Michelle.

–¿Qué tiene eso que ver?

–Mera curiosidad.

–Pues limite su curiosidad al asunto que nos ocupa.

–De acuerdo. ¿Se le ocurre algo que Steve pudiera haberle dicho o que usted le oyera decir, o incluso mencionar a alguno de sus amigos, que pudiera arrojar algo de luz sobre este crimen? – preguntó ella.

–Mire, ya le he dicho que no éramos precisamente amigos. Vivíamos en la misma casa y básicamente eso era todo.

–¿Existe algún motivo por el que usted y su hijo no estuvieran unidos? – preguntó King.

–Ambos teníamos nuestras razones, pero no guardan relación con su muerte.

–Me temo que eso hemos de decidirlo nosotros. Así que si es tan amable de responder a la pregunta…

–Me temo que debo declinar hacer declaraciones al respecto.

–Bueno, usted sabrá. Repasemos lo que ha dicho: usted y su hijo mantenían lo que podría razonablemente calificar se de una relación hostil. Quizás estuviera molesto porque salía con una putilla, como la ha llamado, y le preocupaba tener que pagar si dejaba a alguna chica embarazada. Y entonces Steve y esta putilla acabaron asesinados a tiros. ¿Posee usted alguna escopeta, señor?

Canney se puso en pie con el rostro enrojecido a pesar de lo pálido que era.

–¿Qué cono insinúa? ¡Cómo se atreve! ¡Ha tergiversado mis palabras por completo!

King permaneció impasible.

–No, sencillamente presento el argumento que cualquier fiscal presentaría. Lo que nos ha contado le convierte en un posible sospechoso de la muerte de su hijo. Estoy seguro de que le han preguntado por su paradero en el momento del asesinato. Me gustaría que me lo dijera.

–Estaba en casa durmiendo.

–¿Solo?

–¡Sí!

–O sea que no dispone de una coartada -concluyó King-. Bueno -miró a Michelle-, habrá que presentar un informe. Por lo menos es otra línea de investigación que el FBI deberá estudiar. – Volvió a mirar a Canney-. En breve el FBI se pondrá en contacto con usted. Por favor, no salga de la ciudad en un futuro próximo. – Empezó a levantarse.

Canney seguía lívido.

–Un momento, espere un momento, joder. No tuve nada que ver con el asesinato de Steve.

–Con el debido respeto, señor Canney, nunca he conocido a un asesino que dijera lo contrario -dijo King.

Canney lo miró desconcertado, cerrando y abriendo la mano mientras King lo observaba expectante. Al final, pareció recuperarse. Tras un minuto de silencio, como si hubiera estado buscando las palabras correctas, dijo:

–Steve era, sencilla y llanamente, el niño mimado de su madre. La adoraba, la veneraba. Cuando murió, en cierto modo me culpó a mí.

–No recuerdo de qué murió -dijo King.

Canney se frotaba las manos con nerviosismo.

–En un accidente de tráfico, hace más de tres años. Se salió de la carretera y cayó por un barranco. Murió al instante.

–¿Cómo es posible que su hijo le culpara de ello? – quiso saber Michelle.

–¡Y yo qué cono sé! – rugió Canney de repente, pero se tranquilizó igual de rápido-. Lo siento. Como pueden ver, todo esto me resulta muy difícil. – Tras una pausa, en la que todos guardaron silencio, añadió con un hilo de voz-: Parece… que había restos de alcohol.

–¿Su mujer estaba ebria cuando murió?

–Eso parece. Fue una sorpresa, porque nunca le había dado por la bebida.

–¿Y eran un matrimonio feliz? – preguntó Michelle.

–Era un matrimonio como los demás -respondió Canney a la defensiva.

–¿Es decir? – insistió Michelle.

–Es decir que teníamos nuestros altibajos.

En ese momento el ama de llaves entró en la sala y le dijo a Canney que tenía una llamada. Él se excusó y salió de la estancia.

Michelle se volvió hacia su socio.

–Vaya, esto no es exactamente lo que esperaba. ¿Crees que tuvo algo que ver con la muerte de su esposa?

–No podemos descartarlo.

–Está claro que nos oculta algo. ¿Crees que mató a su hijo?

–Hijo. Es una palabra interesante.

Ella lo miró sorprendida.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que Canney nunca se ha referido a él como su hijo. Le llama Steve.

–Es verdad. Aunque podría ser porque Steve ya casi era un hombre y mantenían una relación tensa.

–No; creo que quizá nos haya dado la respuesta.

–Vale, Sean. ¿De qué se trata?

–Ha explicado por qué su relación no era buena. Ha dicho que Steve le culpó de la muerte de su madre.

–¿Y?

–Bueno, antes de decirlo… -King extrajo la libreta y leyó-: «Steve era, sencilla y llanamente, el niño mimado de su madre.»

–Sí, es decir que tenía mejor relación con su madre que con su padre.

–O, en sentido más literal, que ella era su madre… -King miró a Michelle.

Al final ella cayó en la cuenta.

–Y Roger Canney no era su padre.

En el exterior, la furgoneta se puso en marcha. El hombre había oído todo lo que necesitaba. Había llegado el momento de actuar. Pero antes tenía que preparar el terreno.

48

Kyle Montgomery todavía no había recibido una respuesta a su carta de chantaje. Hacía ya tiempo que había alquilado un apartado de correos y había dado esa dirección de respuesta a la mujer. La carta era anónima, por supuesto. De forma muy inteligente según él, la carta ocultaba el hecho de que realmente no sabía demasiado. Contaba con que el cargo de conciencia revelara algo importante, es decir, algo con valor material para él. No obstante, empezaba a preguntarse si se había equivocado. Bueno, en tal caso no habría hecho ningún daño, o eso pensaba.

Iba camino del Aphrodisiac con otra entrega para su dienta. No había tenido que sisar más material de la farmacia pues había sido suficientemente listo para coger más pastillas de la cuenta la vez anterior. Era preferible no tentar más la suerte.

Estacionó el coche en el aparcamiento atestado y bajó. No advirtió que otro vehículo paraba detrás de él. Ensimismado pensando en el dinero que iba a recibir, Kyle ni siquiera se había dado cuenta de que le habían seguido desde su apartamento.

Entró en el local y, como era habitual en él, se paró unos minutos a observar a las bailarinas de la barra. Había una que le gustaba especialmente, aunque con ella poco podía hacer. No tenía la presencia ni, más importante, el dinero que esas chicas exigían para dedicar atenciones especiales a un hombre.

Subió a la planta superior y se dispuso a cruzar la cortina roja cuando una mujer se le colocó al lado. Estaba demacrada y un tanto tambaleante.

–¿Adonde vas? – preguntó.

–A ver a una persona -respondió nervioso-. Me espera.

–¿Ah, sí? – farfulló la mujer, claramente borracha-. ¿Tienes documento de identidad?

–¿Documento? ¿Para qué? No bebo ni miro a las chicas. ¿Acaso tengo cara de menor de edad? ¿Es que no me ha visto las canas de la perilla?

–No te hagas el listo conmigo o saldrás de aquí de una patada.

–Mire, señora, ¿hay algún problema? – repuso Kyle con tono más educado-. Ya he venido aquí otras veces -le añadió.

–Ya lo sé, te he visto -dijo la mujer.

–¿Viene aquí a menudo? – preguntó Kyle con nerviosismo. De repente cayó en la cuenta de que ganarse la fama de cliente habitual no era positivo.

–Vengo todos los días -respondió Lulu Oxley. Hizo un gesto con la mano en dirección a la cortina roja-. Adelante, listillo.

Lulu bajó las escaleras tambaleándose mientras Kyle pasaba al otro lado de la cortina roja.

Llamó a la puerta de siempre y recibió la respuesta habitual. Entró. La mujer estaba tumbada en la cama con una sábana por encima. La habitación estaba tan oscura que apenas veía su silueta.

Enseñó la bolsita.

–Aquí tienes.

Ella le lanzó algo. Kyle intentó atraparlo pero falló y el objeto cayó al suelo. Lo recogió. Diez billetes de cien sujetos con una goma elástica. Dejó la bolsita en la mesa y se quedó allí parado, mirándola nervioso. Como transcurrieron unos segundos y ella no decía nada, se volvió para marcharse. Se paró al escuchar los muelles de la cama y notar que la luz se intensificaba. Giró la cabeza y vio que ella se le acercaba. Llevaba el pañuelo y las gafas oscuras y se había cubierto con la sábana. Cuando la tuvo más cerca, vio que tenía los hombros desnudos y que iba descalza y con medias.

Cuando estuvo a treinta centímetros de él, dejó caer la sábana. Sólo llevaba un tanga de encaje negro, medias y sujetador a juego. Kyle dio un respingo y notó que se le tensaban todos los músculos. La mujer tenía un cuerpo impresionante, el vientre plano, los muslos tersos, los pechos rebosantes contra el fino tejido negro que los sujetaba. Sintió ganas de arrancarle la poca ropa que llevaba.

Como si le leyera el pensamiento, lo cual no era muy difícil dadas las circunstancias, ella se desabrochó el sujetador y éste cayó al suelo, liberando sus pechos.

Kyle gimió y las rodillas le flaquearon. Sin duda aquélla era la mejor noche de su vida.

Ella alargó la mano como si fuera a tocarlo pero se limitó a tomar la bolsita, recogió la sábana y volvió a taparse.

Kyle dio un paso adelante.

–No hace falta -dijo con la máxima tranquilidad de la que fue capaz-. No hará más que molestar.

Nunca había estado tan cerca de tener a una mujer como aquélla. Mil pavos y un polvo gratis. ¿Qué más se podía pedir? Se dispuso a rodearla con los brazos pero ella lo empujó con una fuerza que le sorprendió.

Kyle se sonrojó cuando ella soltó una risotada.

Volvió a la cama, dejó caer la sábana al suelo otra vez, se tumbó y se estiró como un gato. Entonces se dio la vuelta a cuatro patas, alargó la mano y dejó la bolsita en la mesita de noche. Lo hizo con parsimonia deliberada para que él pudiera verle el trasero con todo detalle. Estaba tan excitado que incluso le producía dolor.

Ella se colocó boca arriba, levantó los pies y se tomó su tiempo para ir quitándose las medias, luego hizo una bola con ellas y se las lanzó. Después de eso, le señaló y volvió a reírse. Kyle notó que el pulso se le disparaba.

–¡Menuda zorra estás hecha!

Su fantasía por fin se cumpliría, y además iba a darle su merecido. Se abalanzó hacia ella, pero se paró en seco cuando la pistola lo encañonó. Debía de tenerla oculta bajo la colcha.

–Lárgate.

Era la primera vez que le hablaba con tono normal. No reconoció la voz. Sin embargo, no se fijó en eso. Tenía la mirada clavada en la pistola que se movía arriba y abajo, apuntándole a la cabeza y luego a la entrepierna.

Kyle empezó a retroceder, con las manos por delante como si quisiera desviar la bala.

–Eh, tranquila. Ya me voy.

–Inmediatamente -dijo ella en voz más alta. Se envolvió con la sábana y se acercó a él, sujetando la pistola con ambas manos como si supiera exactamente cómo usarla.

El levantó las manos todavía más.

–¡Ya me voy! ¡Ya me voy! ¡Joder!

Se giró para marcharse.

–Deja el dinero en la mesa -ordenó ella.

El se volvió lentamente.

–¿Cómo dices?

–En la mesa, el dinero. – Hizo un gesto con la pistola.

–Te he traído lo que querías. Eso vale dinero.

A modo de respuesta, dejó caer la sábana otra vez y se pasó la mano por su cuerpo curvilíneo y casi desnudo.

–Esto también -dijo-. Mira bien, chico, será la última vez que lo ves.

Se enfureció por tal insulto.

–¡Mil dólares! ¿ Por qué? ¿ Por una mierda de desnudo? No pagaría mil pavos ni por echar un polvo contigo.

–No hay dinero suficiente para que ni siquiera me toques -espetó ella.

–¿Ah, sí? Vaya, como si fueras algo excepcional. ¿Una exhibicionista drogata que vive en un club de *striptease} Y* encima te escondes detrás de un pañuelo y de esas gafas oscuras. Meneando el culo desnudo delante de mí como una calientapollas. ¿Quién cono te crees que eres, eh?

–Me aburres. Lárgate.

–¿Sabes qué? Me parece que no vas a dispararme, no con toda la gente que hay por aquí. – La miró con expresión triunfal, pero le duró poco.

Ella dio un toquecito a un objeto cilindrico sujeto al cañón de la pistola y dijo:

–Es un silenciador. Los disparos son realmente silenciosos. – Le apuntó de nuevo a la entrepierna-. ¿Quieres una demostración rápida?

–¡No! – gritó él, retrocediendo otra vez-. No.

Dejó caer el dinero sobre la mesa, se volvió y salió disparado de la habitación, cerrando tras de sí con un portazo.

La mujer cerró con llave, regresó a la cama y se tragó varias pastillas. Al cabo de unos minutos gemía en el suelo, feliz de nuevo.

Al otro lado de la puerta, Sylvia se apartó justo antes de que Kyle saliera disparado. Lo había oído todo. Salió rápidamente al exterior, justo a tiempo de ver cómo Kyle abandonaba el aparcamiento a todo gas. Sylvia se quitó el sombrero y se soltó el pelo. Sus sospechas se habían confirmado. Kyle robaba drogas que luego vendía a aquella mujer. Decidió esperar en el aparcamiento para ver si la mujer salía.

Transcurrieron varias horas. Era de madrugada y había visto a más de cien personas, hombres en su mayoría, saliendo del edificio. Estaba a punto de darse por vencida cuando apareció una mujer. Llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo y gafas de sol aunque estaba muy oscuro. Parecía un tanto temblorosa pero subió a un coche estacionado cerca de la parte trasera del edificio y se marchó. Sylvia no la siguió porque habría sido fácil que advirtiese su presencia. Sin embargo, tomó nota del coche de la mujer. Se marchó. Aunque esa noche había encontrado la respuesta a varias preguntas, habían surgido otras incluso más perturbadoras.

49

El día del funeral de Roben E. Lee Battle amaneció bajo un cielo azul que enseguida se nubló. Para cuando el cortejo fúnebre llegó al cementerio, caía una lluvia fina y cálida. Los asistentes se sentaron alrededor de la fosa recién excavada bajo una enorme carpa blanca.

King vio muchos rostros conocidos y muchos desconocidos. Decían que los aeropuertos regionales de Charlottesville y Lynchburg estaban atestados de jets privados propiedad de amigos de los Battle venidos a presentar sus últimos respetos. Probablemente la curiosidad malsana también había atraído a unos cuantos asistentes.

Michelle se sentó al lado de King. ¡Llevaba un vestido! King se abstuvo de hacer comentarios al respecto. Todavía le dolía el brazo por culpa de su última broma.

Los Battle estaban en la primera fila, Eddie y Savannah a ambos lados de su madre. Chip Bailey flanqueaba a Eddie y Dorothea estaba sentada al final de la fila, de brazos cruzados. Masón se mantuvo a un lado con la mirada clavada en Remmy, oculta bajo el velo. «Siempre como el perfecto sirviente», pensó King.

Harry Carrick, sentado al otro lado de King, iba tan impecable como siempre; su pelo cano resaltaba más de lo habitual por el traje negro. Había besado a Michelle en la mejilla y a King le había estrechado la mano con firmeza antes de sentarse.

–Hay mucha gente -le susurró King.

Michelle se inclinó para escucharle.

–Bobby y Remmy tenían muchos amigos y socios de empresas. Suma los curiosos y quienes han venido sólo a regodearse y el número de asistentes será asombroso.

–Supongo que el caso de Júnior Deaver se ha cerrado ya -dijo King.

–Técnicamente sí. No se puede procesar a un muerto por robo; ¿qué sentido tendría?

–Técnicamente, pero… -dijo King, mirando a su amigo.

–Pero si mi suposición es correcta y Júnior era inocente, me gustaría atrapar al ladrón.

–¿Quieres que sigamos investigando?

–Sí, Sean. Tengo que pensar en su mujer y sus hijos. No es justo que sus pequeños crezcan pensando que su padre era un ladrón si no lo era.

–De hecho, nosotros también tenemos nuestros motivos para seguir investigando.

–Ya lo sé, teniendo en cuenta cómo murió Júnior.

–Exacto. ¿Qué vas a hacer después del funeral? –preguntó King.

–Los Battle me han invitado a su casa-respondió Harry.

–A nosotros también. A lo mejor podemos encontrar un rincón tranquilo y hablar de la táctica a seguir.

–Lo estoy deseando.

Todos se reclinaron en los asientos a escuchar al pastor cuando comenzó a hablar del difunto, de la resurrección y de la vida eterna. Seguía lloviendo, lo cual convertía en más deprimente una tarde ya de por sí sombría.

Cuando por fin terminó la larga y aburrida homilía, el pastor se acercó a dar el pésame a la familia. La mirada de King fue más allá del grupo reunido junto a la sepultura y, por cuadrículas, escrutó la zona circundante. Era la misma técnica que utilizaba en las misiones de protección en el servicio secreto. En aquella época buscaba asesinos potenciales y ahora buscaba a alguien que ya había asesinado.

King la vio al superar la ligera elevación de terreno situada a la derecha.

Lulu Oxley iba toda de negro pero, a diferencia de Remmy Battle, no llevaba velo. De repente King cayó en la cuenta: el funeral de Júnior también había sido hoy. Y sólo había un cementerio en la zona. Lulu se aproximaba a ellos, seguida por Priscilla Oxley y los tres pequeños de Deaver.

–Mierda -susurró King en dirección a Harry y Michelle. Ella ya les había visto. Harry no hasta que King la señaló.

Harry se sobresaltó.

–Oh, Dios mío.

Lulu indicó a su madre y a sus hijos que no siguieran avanzando. Obedecieron. Lulu prosiguió adelante. Michelle y Harry se levantaron para ir a su encuentro. Otras personas la habían visto, dado que sus pasos resultaban cada vez más audibles.

A unos quince metros de los Battle, King se detuvo delante de ella.

–Lulu, no deberías hacer esto -le dijo.

–¡Apártate de mi camino, joder! – exclamó Lulu. Sin duda había bebido.

Harry la tomó del brazo.

–Lulu, escúchame. ¡Haz el favor de escucharme!

–¿Por qué cono tengo que escucharte? ¡Ya te escuché con anterioridad y ahora Júnior está muerto!

A King le pareció que podía desplomarse en cualquier momento, o sacar una pistola y empezar a disparar a todo el mundo.

–De tu presencia aquí no puede salir nada bueno -continuó Harry-. Nada bueno. La señora Battle también está de luto.

–¡Debería pudrirse en el infierno por lo que ha hecho! – Intentó desasirse de Harry pero él la retuvo con firmeza.

–No existe la menor prueba de que haya tenido algo que ver con la muerte de Júnior. De hecho, todo apunta a que fue asesinado por la misma persona que mató a los demás, incluido Bobby Battle. La misma persona mató a vuestros maridos.

–Pues entonces a lo mejor también ordenó que mataran a su esposo, yo qué sé. Sólo sé que amenazó a Júnior y que ahora está muerto.

King volvió la cabeza y vio que Remmy se había levantado el velo y los observaba. Acto seguido, los peores temores de King se confirmaron. Remmy se acercó a Masón, le dijo algo al tiempo que los señalaba y echó a andar hacia ellos protegiéndose de la lluvia con el paraguas.

–Oh, esto empeora por momentos -murmuró King.

El resto de asistentes se quedó observando, en espera de un enfrentamiento catastrófico entre viudas.

Con pasos largos y firmes Remmy los alcanzó rápidamente. King se interpuso entre ella y Lulu.

–Apártate de mi camino, Sean. Esto no es asunto tuyo. – Su acento sureño nunca había sido tan marcado, o eso le pareció a King. Su expresión y tono no admitían oposición y él se apartó a regañadientes.

Harry era la siguiente barrera, pero le bastó con una mirada de furia para apartarlo también. Como

probablemente pensó que era en vano, Michelle ni siquiera lo intentó.

Remmy se encontró cara a cara con Lulu, quien la miró con la cara surcada de lágrimas y una expresión de odio que le demudaba las facciones.

–Quiero hablar en privado con la señora Oxley -dijo Remmy sin volver la vista atrás-. Tenemos que resolver un asunto entre nosotras.

–No tengo nada que decir a… -empezó Lulu.

Remmy levantó la mano pero King, que no le veía la cara, dedujo que probablemente la mirada de la mujer mayor había impedido que la indomable Lulu soltara su invectiva.

–Por favor, dejadnos hablar -dijo Remmy en un tono más calmado.

Los tres se apartaron lentamente. King se mantuvo cerca, preparado por si las mujeres empezaban a atizarse.

Remmy tomó del brazo a Lulu, que se resistió, pero Remmy le habló con rapidez al oído. King observó anonadado cómo Lulu se tranquilizaba. Más pasmado se quedó

cuando, al cabo de unos minutos de conversación, Lulu cogió la mano de Remmy para reconfortarse. Las dos mujeres terminaron de hablar y empezaron a caminar hacia King.

–Los Oxley vendrán con nosotros a casa -dijo Remmy-. Pero antes voy a presentar mis respetos a Júnior.

Mientras se marchaban, King vio que Masón había recogido a Priscilla y los niños y los acompañaba a la limusina de los Battle.

–En mis más de setenta años de vida nunca había visto algo tan extraño e inexplicable -declaró Harry, anonadado.

–Quedaos aquí-indicó King cuando las dos mujeres desaparecieron tras la pequeña elevación de terreno, y se marchó a paso ligero detrás de ellas.

Junto a la tumba de Júnior no había carpa y todo era mucho más humilde. Era como Saks contra Kmart, lo cual pasaba por alto el hecho de que los dos hombres estaban igual de muertos.

Las únicas personas que rondaban por ahí eran los dos sepultureros encargados de bajar el sencillo ataúd de pino al suelo y cubrirlo con dos metros de tierra. King las observaba desde detrás de la ornamentada escultura de una madre y un hijo de una tumba cercana. Remmy hablaba con los sepultureros, quienes asintieron respetuosamente y se apartaron. Las dos mujeres se arrodillaron en la alfombra de césped falso situada delante del ataúd y unieron sus manos para rezar. Permanecieron así varios minutos. Al levantarse, Remmy se acercó al ataúd y depositó una rosa encima. Lulu asintió en dirección a los hombres, quienes se acercaron de nuevo cuando las viudas se alejaron cogidas del brazo.

King se retiró un poco cuando pasaron junto a su escondrijo y las observó desaparecer tras el montículo. King se volvió hacia la tumba de Júnior. Los sepultureros se habían acercado al camión, probablemente para coger las palas. King pensó en acercarse a presentar sus últimos respetos. No había conocido mucho a Júnior, pero estaba claro que su mujer y sus hijos le querían mucho; todo hombre debería dejar atrás ese legado. Por el contrario, no había

visto demasiadas lágrimas ante la tumba de Bobby, por cara que fuera.

Cuando se disponía a marcharse, vio algo y se agachó detrás de la estatua. Alguien había aparecido por una arboleda cercana. Caminaba con rapidez hacia la tumba, mirando con nerviosismo a su alrededor. Sus movimientos furtivos transmitían un gran sentimiento de culpa. King no conseguía distinguir quién era o si era hombre o mujer, dado que llevaba pantalones, abrigo y un sombrero de vaquero bien encasquetado.

Cuando el desconocido se arrodilló frente a la tumba, King se acercó un poco más. La silueta inclinó la cabeza para rezar y se le cayó el sombrero. Dada la longitud del pelo recogido parecía una mujer. Sin embargo, desde su posición King no distinguía el rostro. ¿Debía acercarse más? Sin embargo, eso lo delataría. Se lo pensó y volvió a ocultarse tras la estatua de la madre y el hijo, tomó un guijarro y lo lanzó hacia otra gran tumba situada a unos seis metros a su derecha, cerca de la de Júnior. Consiguió el resultado esperado.

La mujer levantó la vista rápidamente al oír la piedra al chocar contra la lápida, y King le vio la cara perfectamente. Ella volvió a ponerse el sombrero y corrió a refugiarse entre los árboles.

King no tenía motivos para seguirla. Sabía quién era.

Pero ¿por qué Sally Wainwright, la encargada de las caballerizas de los Battle, rezaba ante la tumba de Júnior Deaver?

50

La mansión Battle, a pesar de sus grandes dimensiones, estaba llena de gente. En la planta principal habían preparado mesas largas cubiertas con mantelerías con comida y bebida. Tras llenarse el plato y el vaso, Harry condujo a King y Michelle al estudio de la segunda planta para hablar.

–Creo que aquí no nos molestarán -dijo Harry-. Estamos suficientemente lejos de la comida y, aún más importante, del alcohol. La muerte vuelve muy sedientas a las personas.

King observó el escritorio antiguo situado junto a una pared. Contenía utensilios de escritura lujosos, papel de carta de buena calidad con el membrete REB, un cartapacio de cuero y varios tinteros de estilo colonial.

–Remmy es una escritora de cartas a la vieja usanza, incluso más que yo -dijo Harry, observando a King-. La

señora no cree en el correo electrónico y ni siquiera en la máquina de escribir. Y espera misivas del mismo tipo.

–Me alegra que tenga tiempo de comunicarse de este modo. Supongo que se debe al hecho de ser inmensamente rica. He visto que se ha ido con Lulu a algún sitio al llegar aquí.

–Remmy tiene un salón privado cerca de su dormitorio en la segunda planta -respondió Harry-. Habría dado algo por estar presente.

–No sé qué le habrá dicho Remmy a Lulu para hacer las paces al instante -dijo Michelle-. Para que luego hablen de milagros. Es como si hubiera visto a la Virgen María.

King bebió un sorbo de vino y sonrió apreciativamente.

–Valandraud de St-Emilion; Remmy no ha reparado en gastos. – Miró a su amigo-. Me atrevo a aventurar una posibilidad para explicar lo de Remmy y Lulu. ¿Y tú, Harry?

El abogado se ajustó la pajarita y se alisó el pelo antes de probar el vino y el pastel de cangrejo del plato que sostenía en las rodillas.

–Creo que podemos interpretar literalmente lo que Michelle ha dicho, es decir, que han hecho las paces en todos los frentes.

–¿A qué te refieres exactamente? – preguntó ella.

–Que le ha dicho a Lulu que no cree que Júnior cometiera el robo y, por tanto, que no va a interponer una demanda para que se le devuelvan sus bienes. Dado que el proceso penal se archiva debido a la muerte de Júnior, el caso queda oficialmente cerrado.

–Estoy seguro de que añadió que ella no tuvo nada que ver con la muerte de Júnior y que siente profundamente que Lulu también haya perdido a su esposo -comentó King.

–Y que hará una provisión de fondos para que los hijos de los Oxley vayan a la universidad -dijo Harry.

–Y tal vez brinde ayuda financiera para Lulu para que acabe la casa -añadió King-. Ya se lo había ofrecido a Júnior cuando pensó que estaba implicado en el robo. Cabe la

posibilidad de que se sienta culpable por todas las molestias que les ha causado.

Michelle los observó sorprendida.

–¿Creéis que ha dicho todo eso en esos pocos minutos en el cementerio? – preguntó.

Harry alzó la copa de vino en una especie de brindis.

–Remmy no es de las que pierden el tiempo. Quizá no siempre tome la decisión adecuada, pero cuando actúa, la gente se entera. No es muy diferente de lo que hace cierta detective que conozco.

Michelle sonrió, pero enseguida adoptó una expresión seria.

–¿Y a qué se debe el cambio de opinión de Remmy?

–Como hemos dicho, sabe, o por lo menos cree, que Júnior es inocente del robo -respondió King-. Además, es imposible que Júnior matara a Bobby. Aunque hubiera tenido los conocimientos médicos necesarios, que no los tenía, habría sido difícil que pasara inadvertido en el hospital. Y lo comprobé: tenía una coartada para cuando mataron a Bobby.

–O sea que Remmy debe de estar pensando que el asesino de su marido y el robo que tuvo lugar en su casa están relacionados -dijo Michelle-. Si Júnior no fue el autor de una cosa, tampoco lo fue de la otra.

–Exacto -convino Harry-. Lo cual demuestra que le tendieron una trampa para incriminarle.

King miró alrededor, a las paredes repletas de libros, y luego miró por la ventana hacia la penumbra de la tarde. Llovería con más fuerza. Observó las gotas que salpicaban los coches en el aparcamiento delantero.

–Cuando seguí a Remmy y Lulu a la tumba de Júnior, vi a otra doliente -dijo King-. Alguien muy inesperado.

–¿Quién? – preguntaron los dos al unísono.

–Sally Wainwright.

–¿La chica de los establos? – Harry se sorprendió.

Michelle chasqueó los dedos.

–Sean, la primera vez que hablamos con Sally le preguntaste si conocía a Júnior. Dijo que lo había visto alguna que otra vez, pero ya te fijaste en lo nerviosa y evasiva que se mostró.

–Es cierto.

–¿Fue a presentar los últimos respetos a un hombre que vio «alguna que otra vez»? – se preguntó Harry.

–Tendré que mantener otra conversación con la señorita Sally -dijo King.

Harry les indicó que se sentaran en el sofá frente a la chimenea y él se quedó de pie delante de ellos.

–Parece claro que quien pretendió incriminar a Júnior tiene conocimientos sobre investigación criminal.

–Así pues, ¿cuál es nuestro próximo paso? – preguntó Michelle.

Antes de contestar, Harry consultó un reloj de bolsillo de estilo antiguo que le colgaba de una cadena de oro sobre el chaleco.

–Qué reloj tan bonito -dijo Michelle.

–Pertenecía a mi bisabuelo. Como no tengo hijos, se lo reservo a mi sobrino mayor. – Acarició el objeto con cariño-. En este mundo tan acelerado resulta reconfortante saber que todavía se puede saber la hora del mismo modo que hace más de cien años. – Cerró la tapa del reloj y los miró fijamente-. Muy bien -añadió, retomando la pregunta de Michelle-. A estas alturas todos los invitados deben de haber ingerido por lo menos una o dos copas. Por lo tanto, sugiero que nos unamos a la multitud achispada y agucemos la vista y el oído. No es del todo imposible que nuestro asesino esté ahora mismo en la casa. Por lo menos podremos conseguir algo de información que podría evitar futuros asesinatos.

Dieron por concluida la reunión y bajaron a la planta principal.

51

Abajo les aguardaban varias escenas curiosas. Vieron a Savannah en el porche trasero con cerramiento acristalado con los dos hijos pequeños de los Oxley. Daba la impresión de que estaba jugando con ellos a tirarse de la oreja y hacer una pantomima. La hija mayor de los Oxley estaba en un rincón, observándoles sin sonreír.

–Juegan a la charada -dijo Michelle-. No me imaginaba que a Savannah le gustara entretener a los niños.

–Creo que en muchos aspectos es mucho más joven de lo que la gente se piensa -comentó King.

Chip Bailey y Dorothea conversaban en voz baja en un rincón del salón. Eddie estaba cerca aparentemente absorto en una conversación con Todd Williams, quien no había asistido al funeral pero no iba a perderse los rituales posfunerarios.

Mientras observaban, Remmy y Lulu bajaron por la escalera cogidas del brazo. Todas las cabezas se volvieron hacia ellas.

–Me recuerdan a Lee y Grant haciendo las paces en Appomattox -susurró Harry.

Chip Bailey dejó a Dorothea y se dirigió a las escaleras para recibir a Remmy. Masón, que había estado sirviendo comida, le siguió de cerca.

–Los cortesanos ya empiezan a rondarla y el anterior cabeza de familia acaba de ser enterrado -comentó Harry.

–¿ Chip Bailey también? – preguntó Michelle-. Nunca lo habría dicho. Eddie dijo que a su madre no le caía bien.

–Ser el esposo mantenido de una mujer rica es suficiente premio como para, por lo menos, hacer un esfuerzo para que cambie de opinión -comentó King con aspereza.

Sin embargo, dio la impresión de que Remmy tenía otras ideas en mente. Pasó rápidamente al lado de ambos hombres y se dirigió hacia King y su grupo.

Remmy miró a Harry y le dijo:

–Sé que tú y Lulu os conocéis, así que me ahorraré las presentaciones.

A King le pareció detectar que Remmy guiñaba el ojo al hacer aquel comentario.

–Me alegro de que la hayas conocido, Remmy -replicó Harry-. Y de una forma que parece tan positiva.

–Digamos que hemos llegado a un consenso. – Miró a Lulu y le apretó la mano-. Fui estúpida, ciega e injusta y así se lo he dicho a Lulu. No podemos recuperar a nuestros maridos, pero te prometo que a ti y a tus preciosos hijos no les faltará nada mientras yo viva.

–Se lo agradezco, señora Battle, de verdad. – Lulu parecía sobria.

–Lo sé, y, por favor, llámame Remmy. – Se volvió hacia King y Michelle-. Espero que estéis haciendo progresos en el caso -dijo.

–Todos los días -repuso King.

Ella lo miró con escepticismo, sin decir nada.

–Pensábamos venir a hablar contigo en algún momento -añadió él.

–Sí, Eddie me lo ha dicho. Bueno, no pienso marcharme a ningún sitio.

–No permitas que te afecte lo que publican los periódicos, Remmy.

–¿Los periódicos? Si quiero saber lo que me pasa no consulto los periódicos, me lo pregunto directamente.

De repente apareció Priscilla Oxley haciendo malabarismos con un plato repleto de comida y una copa de vino.

–Querida -le dijo a Remmy-, muchísimas gracias por todo. Siempre le he dicho a Lulu que eras una santa. Sí, precisamente el otro día le dije que si hubiera más Remmys Battle en el mundo sería mejor.

–Mamá, por favor… -empezó Lulu, pero Priscilla ya estaba lanzada.

–Y ahora tú y Lulu os habéis hecho amigas y nos has traído a tu hermosa casa y has dicho que te ocuparías de los niños. Caray, cuando perdimos a nuestro querido Júnior

no sabía qué sería de mi hija. – Respiraba agitadamente y la voz bronca se le cortó en la garganta.

«Una actuación magnífica», pensó King.

–Mamá, tengo trabajo, un buen trabajo. No es que los niños se fueran a morir de hambre.

Sin embargo, Priscilla no cejó.

–Y ahora que me quedaré a ayudar a Lulu y eso, sabiendo que la casa nueva se va a acabar y que tenemos tu apoyo, caray, sé que todo irá bien. – Le resbalaron dos lágrimas por las mejillas rechonchas-. De madre a madre, no sabes el alivio que esto supone -remachó su discurso, y se acabó de un trago su copa de vino.

Para King fue un momento espantoso. No obstante, tras esa emotiva actuación, la mujer realmente se merecía un programa propio en televisión.

–Me alegro de poder ayudar, Priscilla -dijo Remmy con cortesía.

Priscilla la miró fijamente.

–Quizá no te acuerdes, pero hice de camarera para ti cuando ibas al Greenbrier en Virginia Occidental.

–Oh, me acuerdo perfectamente.

Priscilla se quedó boquiabierta.

–¿De verdad? Bueno, gracias otra vez. – Y se marchó por donde había venido.

A continuación, Eddie y Bailey se unieron al grupo.

–Ha sido una ceremonia conmovedora, Remmy -dijo Bailey.

–El reverendo Kelly es muy bueno -repuso ella-. Y

tenía muy buen material. Bobby era un hombre extraordinario.

–El sábado iré a ver una de las recreaciones de Eddie -añadió Bailey.

–¿Cuál vas a hacer? – preguntó Michelle.

–La batalla de Cedar Creek cerca de Middleton -respondió Eddie-. El ejército de Phil Sheridan contra el de Jubal Early. Suele celebrarse en octubre, pero este año lo han

adelantado. – Bajó la cabeza y luego miró a Michelle. Parecía a punto de agregar algo pero no lo hizo.

–¿El viejo Jubal no fue el único general confederado que nunca se rindió formalmente?

–Eso es -respondió Eddie-. Acabó ejerciendo de abogado en Rocky Mountain, Virginia.

–Bueno, al menos se dedicó a una profesión honrosa después de la guerra -dijo Harry.

–Me parece que Eddie y yo vamos a pasar mucho tiempo juntos -declaró Bailey.

King pensó que las intenciones del agente del FBI no podían ser más claras.

–Me alegro por ello -dijo Eddie con un entusiasmo que parecía auténtico.

«Mientes bien, Eddie», pensó King.

Remmy tomó la mano de su hijo.

–¿Qué tal estás?

–Esperando que lleguen días más felices, mamá.

–A lo mejor tú y Dorothea deberíais marcharos un tiempo a algún sitio, hacer un viajecito.

–Sí, a lo mejor nos vamos -respondió Eddie sin convicción.

Los hijos de los Oxley habían entrado en la casa al ver a su madre. Cuando Lulu se unió a ellos, King se disculpó, pidió dos copas de vino a un camarero y se dirigió a la sala trasera para ver si Savannah seguía sola.

La joven estaba sentada en el sofá mirando el fuego que ardía en la chimenea.

–Hoy va a ser un día largo, Savannah -dijo con voz queda.

Ella se sobresaltó, alzó la mirada y sonrió al verlo. King le tendió una copa de vino y se sentó a su lado.

–Una copa de Château Palmer obra milagros en el espíritu. Es un buen vino francés.

–Palmer no suena muy francés -dijo ella observando la copa como si fuera capaz de ver imágenes en ella.

–Fue un general inglés a las órdenes de Wellington. Llegó a Burdeos con su ejército alrededor de 1814 y se quedó allí. Compró una finca que acabó llamándose Château Palmer y empezó a producir vino, lo cual demuestra que la uva, igual que las palabras, es más poderosa que la espada.

–No sé mucho de vinos -reconoció ella-. A mí me va más el Jack Daniels con Coca-Cola.

–Bueno, con un Jack Daniels con Coca-Cola nunca te equivocas, pero si te interesa el vino, estaría encantado de ayudarte, aunque podrías empezar a aprender aquí mismo. Tus padres tienen una bodega de diez mil botellas. Casi me desmayé de la envidia la primera vez que la vi. – Bebió un sorbo y la observó contemplar el fuego-. Te he visto con los niños de los Oxley.

–Son simpáticos -musitó mientras jugueteaba con el collar de perlas-. La pequeña, Mary Margaret, estaba berreando cuando llegó aquí, la pobrecilla. Echa mucho de menos a su padre. Los traje aquí. Mamá y la señora Oxley querían hablar.

–Parece que han resuelto sus diferencias.

–La verdad es que pensaba que había sido Júnior. – De repente se le empañaron los ojos de lágrimas.

–Yo también, al comienzo.

–Sé que el otro día no colaboré mucho.

–Estabas conmocionada. Cuando estés preparada para hablar, cuenta conmigo.

Ella asintió con expresión ausente mientras seguía toqueteando las perlas con dedos nerviosos. King esperó a que hablara, en vano. Ella siguió contemplando el fuego.

Al final él se levantó.

–Si necesitas algo, lo que sea, llámame.

Ella alzó la mirada y le tomó la mano.

–¿Cómo es que no te has casado?

King pensó que estaba coqueteando con él, pero enseguida comprendió que la pregunta iba en serio.

–Lo hice, hace mucho tiempo, pero no salió bien.

–Creo que ciertas personas están hechas para vivir solas.

–No pensarás que tú eres una de ellas, ¿verdad?

Savannah negó con la cabeza.

–No, pero creo que mi padre sí lo era.

Sorprendido, King volvió a sentarse.

–¿Qué te hace pensar eso?

Antes de que ella respondiese, oyeron a Remmy.

–Estoy segura de que hay personas que querrán verte, Savannah.

Los dos se volvieron y la vieron de pie en el umbral, observándoles.

Savannah se levantó obedientemente.

–Hasta luego, Sean.

Él observó a madre e hija mientras se marchaban antes de reunirse con Michelle en el salón principal. Harry se había cruzado con Remmy y Savannah y estaba hablando con ellas.

«Sácales todo lo que puedas, porque yo casi he fracasado», pensó King.

–¿Algo interesante? – preguntó Michelle.

–Savannah es una mujer atribulada. Sabe algo pero no puede sacarlo.

–Utiliza tus encantos, Sean. Está coladita por ti.

–¿Tú crees?

–Desde luego. Qué ciegos son los hombres en ese aspecto.

–¿Alguna novedad por tu parte?

–Eddie me ha invitado a su próxima recreación. Voy a ir con Chip.

King cruzó los brazos y la miró enarcando una ceja.

–¡De verdad?

Ella lo miró a la defensiva.

–Sí, de verdad. ¿Por qué?

–Qué ciegas son las mujeres en ese aspecto.

–¡Venga ya, está casado, Sean!

–Ya lo sé.

OceanofPDF.com

52

Michelle fue en coche con Chip Bailey hasta las afueras de Middleton, Virginia. Era una mañana clara, con un cielo azul despejado y una brisa agradable que aliviaba el creciente calor.

–Un buen día para combatir -dijo Bailey.

«¿Acaso existe un buen día para matarse los unos a los otros?», pensó Michelle.

El hombretón bebió un sorbo de café y masticó un sandwich de huevo de McDonald's. Michelle tomó una barrita energética y sostuvo contra el pecho la botella de zumo de naranja. Vestía vaqueros, botas de montaña y la chaqueta del servicio secreto. Bailey llevaba pantalones militares, un jersey y gafas de sol envolventes.

–¿Has presenciado alguna vez una cosa de éstas? – preguntó Bailey.

–No.

–Son fantásticas, de verdad. Hay de todo, instrucción de infantería, demostraciones de hospital de campaña, bandas, bailes e incluso mascaradas, el té de la tarde y excursiones a la luz de los faroles. Las cargas de caballería son alucinantes. Estos tipos se lo toman en serio. Hoy verás cientos de ellos, aunque en la guerra de verdad los ejércitos tenían miles de soldados. De todos modos, el espectáculo vale la pena.

–¿Cómo se metió Eddie en esto? – preguntó ella-. No parece la típica cosa que atraería a un artista sensible.

–Creo que al principio fue su padre el que mostró interés. Le apasionaba la historia e incluso financió la recreación de algunas batallas.

–¿Eddie se llevaba bien con su padre?

–Creo que ése era su deseo, y supongo que es por eso por lo que participaba en las recreaciones; pero Bobby Battle era un tipo inescrutable. No solía estar por aquí,

prefería viajar por el mundo en un globo aerostático o construir una fábrica en Asia a educar a sus hijos.

–Tengo entendido que te ofreció un trabajo después de que rescataras a Eddie.

A Bailey pareció sorprenderle que ella lo supiera.

–Sí, pero no me interesaba.

–¿Te importaría decirme por qué?

–No es precisamente un secreto. Me gusta ser agente del FBI, eso es todo. Llevaba poco tiempo en el Bureau y quería forjarme una carrera.

–¿Cómo solucionaste el caso?

–Conseguí una pista que me condujo hasta su fuente. Eddie iba a la universidad en aquella época e investigué un poco. Averigüé que un tipo que vivía en el mismo edificio de apartamentos era un criminal convicto.

–¿Por qué Eddie no vivía en casa? ¿No iba a la Universidad de Virginia?

–No; iba al Instituto Tecnológico de Blacksburg, a varias horas de aquí. En cualquier caso, el tipo había descubierto quién era Eddie o, para ser más exactos, quiénes eran los padres de Eddie. Una noche Eddie volvió tarde y al rato se encontró atado de pies y manos en una cabana en el quinto pino.

–¿Cómo averiguaste lo de la cabana?

–El tipo la usaba para cazar. No digo que fuera el criminal más temible del planeta, pero era peligroso. Los Battle pagaron el rescate, pero vigilamos de cerca el intercambio.

–Un momento. Creía que los Battle no habían pagado el rescate.

–Pues lo pagaron, pero lo recuperaron…, al menos la mayor parte.

–No te sigo.

–Para un criminal la parte más arriesgada 4e un secuestro es hacerse con el dinero. Hoy se realizan transferencias bancarias o trucos con los ordenadores, pero sigue siendo complicado. Hace veinte años lo era todavía

más. Pero aquel hombre creía que lo tenía todo bien planeado y dispuso que el punto de recogida fuese un centro comercial, un sábado, con gente por todas partes. Debía de haber estudiado la zona porque sabía dónde estaba la salida trasera. Recogió el maletín y desapareció entre la multitud.

–¿Cómo le atrapasteis?

–Ocultamos dos transmisores en el maletín, aunque supusimos que el secuestrador lo supondría y se desharía de él cuanto antes, por lo que colocamos transmisores en algunas de las fajas que sujetaban los billetes. Se deshizo de la maleta, pero pudimos seguirle hasta la cabana.

–¿No corristeis un gran riesgo al no arrestarle allí mismo?

–El mayor riesgo era no encontrar a Eddie. Aquel tipo era un solitario. Si Eddie seguía con vida, posibilidad bastante remota, era probable que el secuestrador regresara para ponerlo en libertad o matarlo.

–Entonces fue cuando se produjo el tiroteo, ¿no?

–Debió de vernos y abrió fuego. Nosotros respondimos. Teníamos a un tirador de élite y el secuestrador recibió un tiro en la cabeza.

–¿Dices que recuperasteis buena parte del dinero?

Bailey se echó a reír.

–Después de que nos viera y abriera fuego, ese idiota quemó unos ciento cincuenta mil de los cinco millones del rescate en la estufa de la cabana. Supongo que pensaba que no quería que lo pilláramos con el dinero.

–Suerte que no alcanzasteis a Eddie -dijo Michelle.

Él la miró con severidad.

–Es fácil juzgar estas situaciones a posteriori, muy fácil.

–No intento cuestionar vuestra actuación. Yo también me he encontrado en situaciones similares. Nunca resulta fácil. Lo importante es que Eddie sobrevivió.

–Yo siempre lo he visto así. – Bailey señaló al frente-. Y ahí está, en carne y hueso.

Habían salido de la carretera principal y entrado en una zona de aparcamiento repleta de camiones, remolques para caballos, caravanas y todoterrenos. En un lateral había numerosas tiendas montadas. Michelle saludó a Eddie, que estaba recogiendo sus bártulos. Bajaron del coche y se reunieron con él.

–¿De qué haces esta vez? – preguntó Bailey.

Eddie sonrió.

–Soy un hombre con muchas habilidades, así que hago distintos papeles. Primero soy comandante de la 52.ª Brigada, integrada únicamente por virginianos e incorporada a la división del general John Pegram. Después paso a formar parte del 36.° Batallón de Caballería de Virginia, la Brigada Johnson, integrada en la división del general Lomas. En realidad pertenezco a muchas unidades distintas; siempre necesitan gente. Me he unido al ejército confederado en Tennessee, Kentucky, Alabama e incluso Tejas. He estado en artillería, caballería e infantería, incluso me he subido a un globo sonda. Bueno, y no se lo digáis a mi madre, una vez también me vestí con el azul de la Unión.

–Te veo muy implicado -dijo Michelle.

–Oh, es todo un espectáculo. Hay manuales para organizar uno de estos eventos que incluyen presupuestos de muestra, planes de *marketing,* logística, instrucciones para conseguir patrocinadores, etc.

Michelle señaló la hilera de tiendas.

–¿Qué son?

–Los llaman cantineros -respondió Eddie-. Durante la guerra de Secesión los comerciantes seguían a los ejércitos y les vendían cosas. Los cantineros actuales venden artículos del estilo de la época a los recreadores y al público. Entre los recreadores también hay distintos niveles, desde los cuentahilos, que se aseguran de que los uniformes sean auténticos al punto de que el tejido tenga el

mismo número de hilos que durante la guerra, de ahí su apodo. – Hizo

una pausa y añadió-: También les llaman «nazis de la puntada».

Bailey y Michelle rieron.

–Luego está el otro extremo del espectro -continuó, los *farby,* los que se atreven a llevar poliéster en el uniforme o a utilizar una vajilla de plástico durante la recreación, cuando todo eso no estaba inventado en la época de la guerra. Yo los llamo Julie.

–¿Y tú qué eres, nazi o Julie? – preguntó Michelle.

Eddie sonrió.

–Soy un punto medio. La mayor parte de lo que llevo es auténtico pero a veces me dejo seducir por las comodidades de la vida moderna. – Bajó la voz-: No se lo digáis a nadie pero mi uniforme tiene un poco de rayón y, ¡Dios me ampare!, licra. Y si me presionáis, no negaré que llevo algo de plástico sobre mi persona.

–Te guardaré el secreto.

–De hecho hoy voy a comprarles unas cosillas a los cantineros. Todo el mundo se está preparando para la recreación de la batalla de Gettysburg en Pensilvania en junio. Luego tenemos la campaña de Spotsylvania, Virginia; la del Camino de Atlanta y la batalla de Franklin son en otoño. Pero la batalla de hoy es importante. La Unión superaba en número a los rebeldes en un tercio, tanto en infantería como caballería, y tenía más del doble de piezas de artillería, pero los yanquis sufrieron el doble de bajas y heridos.

Michelle le ayudó con el arma, la cantimplora y el petate, y observó la actividad que se desarrollaba a su alrededor.

–Es como una gran producción cinematográfica.

–Sí, pero sin día de cobro.

–Niños que nunca se hacen adultos -repuso Bailey meneando la cabeza y sonriendo-. Los juguetes son cada vez mayores y más complejos.

–¿Dorothea está aquí? – preguntó Michelle.

Eddie se encogió de hombros.

–Mi querida esposa preferiría que le arrancaran el pelo mechón a mechón antes que venir a verme jugar a las batallitas. – Sonó una corneta-. Bueno, los campamentos están abiertos. Empezarán con un pequeño discurso sobre la batalla, un poco de instrucción de infantería, música y luego la exhibición de caballería.

–Has dicho que ibas a caballo. ¿Dónde está tu montura?

Eddie señaló un caballo de Tennessee de trece palmos y de aspecto diestro amarrado a un trailer estacionado al lado del todoterreno de Eddie.

–Ahí está mi montura. Sally ha cuidado muy bien de él y el caballo está deseoso de entrar en acción.

Se dirigieron a los campamentos del ejército. Michelle observó con admiración a Eddie mientras hacía la instrucción a pie y luego hacía dar unos pasos muy complicados a *Joñas* durante la exhibición de caballería. Los espectadores tenían que marcharse de los campamentos antes del comienzo de la descarga de artillería. Al oír la primera salva Michelle se tapó los oídos.

Entonces se anunció el primer día de la batalla.

Eddie les señaló un punto desde el que podían «verme morir con gloria». También señaló las carpas de recepción.

–Perritos calientes y cerveza fría. Lujos de los que nunca disfrutaron los combatientes de la guerra de Secesión -declaró.

–He oído decir que lo van a filmar.

–Sí. Lo hacen muchas veces. Para la posteridad -añadió con sarcasmo.

–Supongo que las pistolas y cañones están cargados con balas de fogueo -dijo Michelle.

–Las mías sí. Espero que todo el mundo cumpla esa norma. – Sonrió-. No te preocupes, aquí todos somos profesionales. No habrá perdigones de mosquete volando por ahí. – Se puso en pie y sopesó su equipo-. A veces me

pregunto cómo caminaban esos hombres, y encima luchaban, con todo este peso. Hasta luego. Deseadme suerte.

–Buena suerte -dijo Michelle cuando él se marchó rápidamente.

53

Kyle encontró el mensaje en el jeep cuando bajó de su apartamento. Abrió el sobre y leyó la carta con una sonrisa de oreja a oreja. Era de su dienta de pastillas de prescripción, aquella exhibicionista loca y apasionada de las armas con silenciador. Quería verse con él en un motel de la zona, a altas horas de la noche. Incluso le daba el número de habitación. Se disculpaba por su comportamiento y quería enmendarse. Le prometía cinco mil dólares y, lo más intrigante, la consumación de lo que había esperado recibir la última vez. Lo deseaba, ponía en la carta. Ella lo deseaba locamente y le daría una noche de sexo inolvidable. E incluía otro incentivo: diez billetes de cien dólares. Probablemente fuera el mismo dinero que le había hecho dejar.

Se guardó el dinero en el bolsillo, subió al jeep y se marchó. Su plan de chantaje no había funcionado; quedaba claro que se había confundido con lo que había visto. Pero ahora se le presentaba otra oportunidad y, teniendo los billetes en el bolsillo, ¿cómo iba a salir perdiendo? Bueno, probablemente ella se guardara algún as en la manga, pero no se imaginaba que fuera a empuñar más pistolas. ¿Por qué iba a darle tanto dinero si sus palabras no eran sinceras? Iría con cuidado, pero pensó que quizás aquél fuera el día más feliz de su vida. Se dijo que sería duro con ella, como venganza por el susto de muerte que le había dado. Supuso que a ella le gustaban los tipos duros. Bueno, daría a esa zorra más de lo que se merecía. El gran Kyle demostraría todo su poderío.

Michelle y Bailey observaron con unos prismáticos la batalla, o mejor dicho la serie de escaramuzas, que se desarrollaba por toda la zona: cargas y contraataques y luchas cuerpo a cuerpo que parecían increíblemente realistas. Cada vez que el cañón retumbaba Michelle daba un respingo y Bailey se reía.

–Novata -le decía.

Las columnas de hombres vestidos de gris avanzaban para ser recibidos por sus homólogos de azul. A pesar de todo el humo, disparos, fuego de cañón, gritos, confusión, carreras y chasquidos de sables por todas partes, Michelle era consciente de que la situación real habría sido mucho peor. Por lo menos no había charcos de sangre, ni extremidades desperdigadas por el campo de batalla; no había sollozos verdaderos que anunciaran el sufrimiento de los heridos y moribundos. La peor lesión que vieron fue un esguince de tobillo.

Michelle vio a Eddie y su variopinto grupo irrumpir desde el bosque profiriendo el famoso grito de los rebeldes. Los unionistas los recibieron con una lluvia de fuego y la mitad cayeron al suelo, muertos o moribundos. Eddie no resultó herido en el fuego inicial y él y una docena de sus hombres siguieron avanzando. Eddie salvó los parapetos de madera y se enzarzó en un furioso combate cuerpo a cuerpo con tres soldados de la Unión, de los que abatió a dos ante la mirada cautivada de Michelle. De hecho, levantó a un hombre en vilo y lo lanzó contra unos arbustos. Mientras sus hombres caían a su alrededor, desenvainó el sable y lanzó unos cuantos mandobles a un capitán de la Unión hasta que logró atravesarlo.

Era todo tan realista que cuando Eddie se volvió para enfrentarse a otro enemigo y se llevó un disparo de fusil en pleno vientre, Michelle dio un gritito. Cuando Eddie cayó al suelo, sintió un impulso casi incontenible de empuñar su propia arma, echar a correr hacia el campo de batalla y disparar al hombre que acababa de matar a Eddie.

Se volvió y vio que Bailey estaba mirándola.

–Lo sé -dijo él-. Me sentí igual la primera vez que vi que lo mataban.

Por unos instantes ninguno de los hombres se movió y Michelle empezó a ponerse nerviosa. Entonces Eddie se incorporó, se inclinó y habló con el hombre caído que tenía al lado. Luego se dirigió hacia Michelle y Bailey, quienes lo miraron aliviados.

Se quitó el sombrero y se secó la frente sudorosa.

–¡Ha sido increíble, Eddie! – exclamó Michelle.

–Caray, *milady,* debería haberme visto en Gettysburg o Antietam; ahí sí que estaba en plena forma.

«Pues a mí me parece que hoy estás de maravilla», pensó ella, pero se reprimió al recordar la advertencia de King: Eddie estaba casado. Aunque su mujer no parecía prestarle demasiada atención, eso no cambiaba su situación.

–¿Cómo sabes quién muere y quién no? – preguntó ella.

–Prácticamente todo está planeado de antemano. La mayoría de las recreaciones se celebran entre el viernes y el domingo. El viernes la gente empieza a reunirse y los generales hablan con todo el mundo, dicen qué necesitan, quién va a estar en cada sitio, quién muere y quién no. Depende de quién se presenta y con qué: caballos, cañón, cosas así. La mayoría de los participantes tienen experiencia, por lo que no hacen falta demasiadas explicaciones. Y los combates están coreografiados, al menos en su mayor parte, aunque siempre hay espacio para la improvisación. ¿Habéis visto al tío que levanté y lancé al arbusto? Ha sido una pequeña venganza por mi parte. En la anterior batalla me golpeó en la cabeza con el pomo de la espada. Dijo que fue sin querer, pero tuve un chichón en la cabeza durante una semana. Así que, sin querer, hoy lo levanté en vilo y lo arrojé contra el espino.

Michelle miró a los que seguían estando «muertos».

–¿Cuánto tiempo tenéis que quedaros ahí?

–A veces el general dice que tienes que quedarte así hasta el final de la batalla. Si tenemos camilleros, a veces nos retiran del campo. Hoy lo están filmando, así que todo se complica un poco más, pero las cámaras han enfocado otra escaramuza después de que me mataran, por lo que he hecho un poco de trampa y he desertado -añadió con una sonrisa-. Aquí la compañía es mucho mejor.

–¿En comparación con los cadáveres? No me lo tomaré como un cumplido -repuso Michelle devolviéndole la sonrisa.

Más tarde vieron a Eddie a caballo, liderando a sus hombres en patrullas de reconocimiento. Los jinetes pasaron a toda velocidad, subiendo y bajando por montículos y salvando obstáculos por el camino.

Michelle se volvió hacia Bailey.

–¿Dónde ha aprendido a montar así?

–Te sorprendería todo lo que sabe hacer este hombre. ¿Has visto alguno de sus cuadros?

–No, pero la verdad es que tengo ganas.

Más tarde Eddie pasó por delante de ellos y le lanzó su sombrero con plumas a Michelle.

–¿Para qué es? – preguntó ella tras pillarlo al vuelo.

–¡No me han matado! ¡Debes de ser mi talismán de la buena suerte! – le gritó él.

Más tarde se organizó una merienda y un desfile de moda. A continuación hubo unas clases de bailes de la época. Eddie se emparejó con Michelle y le enseñó los complejos pasos de varias danzas. Acto seguido se celebraba un baile oficial supuestamente sólo para participantes, pero Eddie había comprado un vestido de época a un cantinero y se lo dio a Michelle.

Ella lo miró sorprendida.

–¿Qué se supone que he de hacer con esto?

–Caray, *milady,* si va a colarse en el baile tendrá que llevar la vestimenta adecuada. Vamos, puedes cambiarte en el coche. Haré guardia para que tu reputación continúe intacta.

Eddie también había conseguido un traje para Chip Bailey, pero el agente del FBI dijo que tenía que marcharse.

–Ya la llevaré yo a casa -dijo Eddie-. De todos modos no puedo quedarme para el segundo día de batalla. Me marcho esta noche.

Michelle se sintió un tanto incómoda con la situación pero Eddie la tranquilizó.

–Prometo comportarme como un perfecto caballero. Y recuerda que tenemos *a. Joñas* en el tráiler para hacer de carabina.

Pasaron las dos horas siguientes bailando, comiendo y bebiendo.

Al final Eddie se sentó resollando mientras que Michelle apenas se resintió del esfuerzo.

–Hay que reconocer que tienes aguante -dijo él.

–Bueno, yo no he luchado en ninguna batalla.

–Estoy agotado y la espalda me está matando. He montado a caballo y peleado demasiado tiempo. ¿Qué te parece si lo dejamos por hoy?

–Perfecto.

Antes de que se marcharan, Eddie le hizo una foto con Polaroid ataviada con el traje de época.

–Probablemente nunca vuelva a verte vestida así -explicó-, así que por lo menos tengo una prueba de ello.

Michelle se cambió y se puso la ropa normal antes de volver a casa. Durante el trayecto hablaron primero de la batalla y las recreaciones en general y luego de la familia y vida de Michelle.

–Muchos hermanos, ¿no? – dijo Eddie.

–Demasiados, a veces. Era la pequeña y, aunque nunca lo reconozca, mi padre me adora. El y todos mis hermanos son policías. Cuando decidí dedicarme a lo mismo, no le gustó demasiado. Todavía no lo ha superado.

–Yo tenía un hermano -dijo él con voz queda-. Se llamaba Bobby. Éramos gemelos.

–Lo sé, me lo han contado. Lo siento.

–Era un gran muchacho. De verdad que sí. Cariñoso, siempre dispuesto a ayudar, pero no estaba bien del todo. Yo le quería mucho, y le echo de menos.

–Estoy segura de que la familia quedó destrozada.

–Sí, supongo que sí.

–Y supongo que tú y Savannah no tenéis mucho en común.

–Es buena chica, muy lista, pero anda un poco perdida. En fin, no puedo culparla, mírame a mí.

–Creo que tú has encontrado tu sitio.

Él la miró.

–Es todo un cumplido viniendo de ti, atleta olímpica reconvertida en agente del servicio secreto y ahora detective célebre. ¿Qué tal es trabajar con Sean?

–Fantástico. Es el mejor compañero y mentor que podría tener.

–Es un hombre inteligente. Pero seamos sinceros: tiene suerte de contar contigo.

Michelle miró por la ventanilla y se ruborizó un poco.

–No pretendo ser descarado, Michelle. Vosotros dos trabajáis bien juntos. Es bonito formar parte de un equipo. Supongo que os tengo envidia.

Ella lo miró.

–Si no eres feliz, puedes cambiarlo, Eddie.

–Soy infeliz en ciertos aspectos, pero creo que no tengo la valentía suficiente para hacer un cambio, un cambio de verdad. No es sólo Dorothea. Ella hace su vida y yo la mía. Hay muchos matrimonios que funcionan así, y puedo soportarlo. Pero también está mi madre. Supongamos que me largo de aquí, ¿qué pasaría con ella?

–Me parece una mujer muy capaz de cuidar de sí misma.

–Podrías llevarte una sorpresa, sobre todo ahora que todo el mundo la señala con el dedo.

–Sean y yo vamos a reunimos con ella para hablar del tema. Es obvio que lo que le dijo a Lulu funcionó. Si Lulu

considera que tu madre no tuvo nada que ver con la muerte de Júnior, otras personas empezarán a creérselo.

–No es sólo la muerte de Júnior, es mi padre. Es sabido que tuvieron un matrimonio tormentoso a veces, así que la gente puede sospechar que lo mató. No estoy seguro de que ella pueda soportarlo.

–Quizá podrías intentar que te dijera qué había en el cajón que le robaron.

Eddie se quedó desconcertado.

–Pensaba que era el anillo, dinero y cosas así.

–No; había algo más. Algo que ella tiene tantas ganas de recuperar que ofreció a Júnior mucho dinero si se lo devolvía.

Eddie aferró el volante.

–¿Qué demonios puede ser?

–Espero que lo descubras -dijo ella-. En caso de que se lo dijera a alguien, supongo que sería a ti.

–Lo intentaré, Michelle, haré todo lo posible.

La llevó a casa y la acompañó hasta la puerta.

–Cuando vayáis a hablar con mamá, pasaos luego por mi casa y os enseñaré mis cuadros.

A Michelle se le iluminó el semblante.

–Me gustaría mucho, Eddie, me encantaría. Bueno, muchas gracias por esta maravillosa tarde. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien.

Él le hizo una reverencia y, al incorporarse, le tendió el sombrero con pluma.

–Para vos, *milady* -dijo, y añadió-: Cielos, no me había divertido tanto en los últimos veinte años.

Se quedaron allí parados con embarazo, sin mirarse, y entonces Eddie le tendió la mano y ella se la estrechó formalmente.

–Buenas noches -le dijo él.

–Buenas noches, Eddie.

Mientras se marchaba con el tráiler para caballos tras el todoterreno, Michelle se quedó palpando el sombrero y

mirándolo.

En escasas ocasiones se había permitido pensar en mantener una relación seria con un hombre. Primero había tenido el objetivo de ser olímpica, luego agente de policía y después, a lo largo de la siguiente década, había pasado por todas las complejidades y apuros que suponía ser agente del servicio secreto. Aquéllas habían sido sus expectativas, sus objetivos profesionales, y los había afrontado y conquistado todos.

Ahora que tenía treinta y dos años, tras instalarse en una ciudad pequeña y empezar una nueva carrera, había empezado a pensar en la posibilidad de algo más aparte del trabajo. Nunca se había planteado seriamente ser madre, aunque no tenía motivos para creer que no sería una buena madre, pero sí se imaginaba casada.

Observó el remolino de polvo que dejó el vehículo de Eddie.

Y de nuevo la advertencia de Sean le resonó en la cabeza. Eddie estaba casado, por infeliz que fuera. Y para ella eso era determinante.

Entró en la casa y se pasó la siguiente hora golpeando con fuerza su saco de boxeo.

54

Mientras Michelle se encontraba en la recreación, King recibió una llamada de Sylvia Diaz en la casa flotante.

–Te echamos de menos en el funeral y en la recepción - dijo él.

–No conocía a los Battle y es obvio que no me invitaron a la recepción. Y colarme en un acto así no me parecía una idea estelar.

–Te perdiste unos cuantos sucesos interesantes. – Le explicó lo de Remmy y Lulu Oxley pero no le mencionó que había visto a Sally Wainwright ante la tumba de Júnior. Pensó que cuantas menos personas lo supieran en esos momentos, mejor.

–Tengo que hablar contigo. ¿Estás libre para cenar esta noche? – preguntó.

–Pareces estresada. ¿Ocurre algo malo?

–Sean, creo que ocurre algo muy malo.

Esa noche, King fue hasta un restaurante de las afueras de Charlottesville. Sylvia no había querido que se encontraran en Wrightsburg. Su críptica respuesta lo había dejado muy intrigado. Cuando se sentaron a una mesa discreta situada al fondo, King no perdió el tiempo.

–Bueno, ¿qué sucede?

Sylvia le explicó que había descubierto que Kyle robaba medicamentos para los que se necesitaba receta y lo de la misteriosa mujer del Aphrodisiac.

King se recostó en el asiento, desconcertado.

–¿No reconociste la voz?

–No; quedaba amortiguada por la puerta. Está claro que Kyle tampoco sabía quién era. E iba armada, así que no quise tentar a la suerte intentando averiguarlo.

–Hiciste bien. Mil dólares por unas pastillas; eso debería reducir el número de candidatas de la lista.

–Obviamente es una mujer rica o que tiene acceso a dinero.

–Pensaba que en esas habitaciones sólo vivían las bailarinas.

–Bueno, no puedo descartar que fuera una de ellas -respondió Sylvia-. Por lo que oí, le hizo una especie de *striptease,* aunque él se enfadó porque no acabaron en la cama. Él le reprochó «menear el culo desnudo» y sin embargo no dejar que se la tirara, algo así de vulgar. Gracias a Dios que nunca he visto ese aspecto de él en el trabajo.

–¿De qué clase de fármacos hablamos?

–Analgésicos en su mayoría, pero muy potentes. De los que si se toman en exceso pueden provocar un *shock* que incluso podría producir la muerte.

–¿Y la viste cuando se marchó?

–Creo que era ella pero no estoy cien por cien segura. Si lo era, se marchó en un Mercedes Benz descapotable, un modelo de estilo antiguo. No vi la matrícula y no sé exactamente de qué color era; azul o verde oscuro. Si era ella supongo que no es una bailarina, de lo contrario se habría quedado en el club.

–De todos modos deberíamos ser capaces de localizar el coche.

–¿Qué hago con Kyle?

–Me parece que se trata de un asunto de la policía. Tienes la prueba y además fuiste testigo.

–¿Crees que debería decírselo?

–¡Ni se te ocurra! Vete a saber cómo reaccionaría. Mañana hablaré con Todd y veré qué opina. Pero mejor que vayas pensando en buscarte otro ayudante.

Ella asintió lentamente.

–Supongo que tendría que haberlo previsto. Kyle siempre estaba fisgoneando. El otro día lo pillé en la consulta y me contó una mentira como un templo sobre la compra de suministros. Probablemente estuviera amañando el inventario de la farmacia delante de mis narices.

–Está claro que mentir se le da bien y, aunque no parece violento, ésos son los más imprevisibles. Me encargaré del asunto mañana mismo.

Sylvia le dedicó una sonrisa.

–Es agradable que alguien se ocupe de mí para variar.

El le devolvió la sonrisa y miró alrededor.

–Aquí tienen una bodega excelente. ¿Te importa si pido algo especial?

–Como he dicho, es agradable que se ocupen de una.

–Si no me falla la memoria, tienen un Château Ducru-Beaucaillou de 1982.

–¿Ducru-Beaucaillou? Tengo el francés un poco oxidado.

–Significa «guijarros bonitos» -tradujo él, mirándola a los ojos-. Parece adecuado.

Las siguientes dos horas transcurrieron muy rápido, y la conversación pasó de Kyle a temas más personales.

–George y yo solíamos venir aquí cada año a celebrar nuestro aniversario -dijo Sylvia mientras miraba por la ventana la luna llena.

–Es un buen restaurante -comentó King-. De hecho, traje aquí a Michelle cuando abrimos la agencia.

–Yo estaba en una cama de hospital tan medicada que no me enteré de que él había muerto hasta al cabo de dos días.

–¿Por qué estabas en el hospital?

–Rotura de divertículo en el colon. George me operó. Se complicó durante la intervención porque tuve una reacción a la anestesia, por lo que mi presión arterial cayó en picado. Menudo tema de conversación para una cena, lo siento.

–Debe de ser estresante para un médico operar a su mujer.

–Ese tipo de operación era su especialidad. Creo que instintivamente sabía que resultaría más difícil de lo que parecía según los análisis, y no se equivocó. George era, con diferencia, el mejor cirujano de la zona; apreciado a nivel nacional, de hecho. Estaba en las mejores manos posibles. – De repente se secó una lágrima con la servilleta.

King alargó el brazo y le tomó la mano.

–Sé que fue muy doloroso para ti, Sylvia. Siento mucho que tuvieras que pasar por ello.

Ella respiró hondo y se secó los ojos.

–Se supone que debería superarlo algún día. Sigo diciéndome que es parte de la vida. De hecho, siempre que practico una autopsia a una víctima de asesinato me lo recuerdo. La muerte, a veces violenta o injusta, es parte de la vida. Sin esa mentalidad creo que no podría hacer mi trabajo.

Él levantó la copa hacia ella.

–Un trabajo que haces extraordinariamente bien.

–Gracias, es agradable ver que alguien aprecia mi trabajo. – Lo miró con timidez.

–¿Qué ocurre? – preguntó él.

–Me estaba preguntando por qué dejamos de vernos.

–Yo empezaba a preguntarme lo mismo.

Ella le tocó discretamente la mano.

–Tal vez deberíamos remediarlo.

–Tal vez -dijo King.

55

Kyle estaba furioso. Había llegado al motel con puntualidad y llamado a la puerta, pero nadie contestaba. Esperó fuera media hora más para ver si ella aparecía. En vano. Entonces decidió volver a llamar. A lo mejor se había quedado dormida, o estaba drogada. Probó el pomo de la puerta. Cerrada con llave. Miró alrededor. Sólo había dos coches más en el aparcamiento y estaban lejos de aquella parte del motel. Cuando se disponía a subir al jeep, un vehículo entró en el aparcamiento. Kyle observó bajar del coche a un hombre fofo y alto y una mujer menuda con minifalda y un bamboleo irregular sobre unos tacones de diez centímetros. Entraron en una de las habitaciones sin mirarle. Kyle meneó la cabeza. Bueno, por lo menos alguien mojaría. Se marchó.

Durante el trayecto hasta su apartamento pensó en varias maneras de identificar a la mujer y castigarla con crueldad por este último desprecio. Lo que más le molestaba era perder los cinco mil dólares.

Aparcó, cerró el jeep y subió corriendo las escaleras. Era más de la una de la madrugada y no había obtenido ni un pavo. Pero se vengaría. Él tenía lo que ella quería: más fármacos. Le daría la vuelta a la tortilla. Iría al Aphrodisiac. Si ella trabajaba allí, descubriría quién era. Y si no, iría a la habitación, se enfrentaría a ella, fingiría una retirada y luego esperaría a que se marchara del club. La seguiría hasta su casa y descubriría quién era. Cuando tuviera esa

información, le apretaría las tuercas. Si podía permitirse el lujo de pagar mil

dólares por fármacos que costaban cincuenta dólares, tendría dinero para pagar un poco más.

Para cuando abrió la puerta de su apartamento ya había tramado buena parte del plan. Al día siguiente empezaría a ponerlo en práctica.

Se dirigió a su dormitorio y pulsó el interruptor, pero la luz no se encendía. Otra vez la dichosa bombilla. Entonces advirtió un movimiento junto a la cama. ¡Era ella! Allí en su apartamento, tumbada en la cama y tapada sólo con una sábana. Incluso en la penumbra distinguió el pañuelo y las gafas.

–¿Qué demonios estás haciendo aquí?-exclamó-. Te he esperado en el motel casi una hora. – No se le ocurrió preguntarle cómo sabía su dirección.

Ella se incorporó y dejó que la sábana se le escurriera ligeramente por los hombros desnudos. A Kyle se le subió la sangre a la cabeza y toda su ira se disipó rápidamente. Entonces ella bajó la sábana hasta los muslos, también desnudos, con gesto seductor. Kyle se excitó todavía más cuando ella le indicó que se acercase.

–Esta vez sin pistolas, ¿eh? – consiguió balbucear.

Ella asintió con la cabeza y señaló la cómoda que había junto a la pared. Kyle se acercó y comprobó que el dinero estaba allí.

Cuando volvió a mirarla, ella se había levantado y estaba de pie delante de él, cubierta apenas por la sábana. Con un gesto le indicó que se acercara.

Él obedeció sonriente. Ella lo rodeó por detrás. Kyle se volvió para mirarla, de espaldas a la cama.

La sábana cayó.

Ella alzó la mano y Kyle se quedó paralizado. Parecía una pistola. Cuando disparó, él extendió los brazos como si quisiera protegerse de las balas.

La pistola Taser de aire comprimido disparó dos dardos sujetos con medio metro de cable que le perforaron la fina camisa. Con una sacudida terrible, los mil voltios le impactaron en pleno pecho; eran capaces de derribar a un defensa de la liga de rugby de ciento cuarenta kilos de peso, más que

suficientes para inmovilizar a un escuálido técnico de la morgue. El voltaje le anuló el sistema nervioso central y cayó de espaldas a la cama, donde adoptó una posición fetal a medida que los músculos se le contraían.

Aunque estaría incapacitado durante un rato, la mujer se acercó y extrajo los dardos. Se guardó la pistola Taser en el bolso, que estaba en el suelo, y se enfundó unos guantes. A continuación extrajo una jeringuilla.

Kyle observó atemorizado mientras ella se acercaba a su brazo paralizado. Le subió la manga, le ciñó una goma en el antebrazo para buscarle las venas, encontró una buena y le inyectó el contenido de la jeringuilla. Soltó la goma y la guardó junto a la jeringuilla en la mesita de noche.

Ella lo contempló retorcerse. La sustancia inyectada ya estaba haciendo efecto. Cada vez tenía más convulsiones, pero no era suficiente. Tomó la almohada, se la colocó encima de la cara y apretó. Al cabo de dos minutos había terminado. Quitó la almohada y volvió a mirarlo. Le buscó el pulso y no lo encontró. Kyle estaba muerto.

Pese a que parecía ir desnuda, en realidad llevaba medias y sujetador. Extrajo un chándal de una bolsa, se lo enfundó rápidamente, cogió el dinero, registró los bolsillos de Kyle y encontró la nota que le había escrito. Guardó en la bolsa la nota y la sábana con la que se había envuelto. Se aseguró de no dejar nada tras de sí aparte de la jeringuilla y la goma, y salió del edificio.

Mientras se marchaba del apartamento del muerto, se reconfortó pensando que tenía un problema menos del que ocuparse.

56

A la mañana siguiente, Ring y Michelle fueron a ver a Remmy.

King contó a Michelle la conversación mantenida con Sylvia.

–Esta mañana he hablado con Todd. Va a detener a Kyle hoy mismo.

–¿Tienes idea de quién es la mujer misteriosa?

–Supongo que lo más fácil es ir al club y preguntar. Si es habitual del local o trabaja allí, alguien debe de saber qué pasa.

A su vez, Michelle le contó acerca de la recreación.

–Fue increíble, cientos de personas con una actividad frenética. Me refiero a que era un caos total, como presenciar una verdadera batalla. Eddie dice que a lo mejor emiten parte de la grabación en la televisión local.

–He estado en un par de recreaciones -dijo King-. El hermano de una mujer con la que salí estando en el servicio secreto era un apasionado del tema. Tenía un museo entero de objetos de interés y cosas así de la guerra de Secesión. Mosquetes, uniformes, espadas, incluso instrumental de amputación.

–Eddie estuvo fantástico. Tiene mucho talento, pero su autoestima está por los suelos.

–Bueno, su padre es difícil de igualar.

–Sí, pero no se puede decir que no haya hecho nada en la vida. Y tendrías que haberle visto hablando de su hermano gemelo. De hecho, en muchos sentidos quizá sea el Battle más excepcional.

King la observó con expresión inquisitiva.

–¿Y dices que te llevó a casa? ¿Los dos solos?

–Ahórrate las insinuaciones. No pasó nada y no pasará nada.

–Me alegro de oírlo, porque lo único que nos falta es que Dorothea o, Dios nos libre, Remmy nos persigan.

Eddie los recibió en la puerta principal de la mansión.

–He pasado una hora intentando que me dijera qué había en el cajón secreto y no le he sacado nada -informó.

–Pues si no te lo dice a ti, no creo que nos lo diga a nosotros -repuso King.

–A lo mejor la he ablandado un poco. Os espera en la terraza trasera. El café está caliente; Masón acaba de servirlo.

Les acompañó a la terraza. Remmy cerró lo que parecía una especie de diario en el que estaba escribiendo. Parecía antiguo, tenía un cierre y llavecita. Se lo guardó en un bolsillo interior.

Mientras King saludaba a Remmy, Eddie le indicó a Michelle que se acercara.

–Cuando acabéis, pásate por mi estudio, justo detrás de mi casa. Tengo algo que enseñarte -dijo, y se marchó.

Michelle se volvió. Remmy la miraba fijamente.

–Tengo entendido que fuiste a ver a Eddie haciendo de soldado -comentó.

King sirvió los cafés.

–Lo hace muy bien -respondió Michelle-. No me imaginaba que se lo tomaba tan en serio.

–Eddie se metió en eso porque a su padre le interesaba mucho. No creo que le guste tanto.

–Pues a mí me pareció que le encantaba.

–Bueno, las apariencias engañan, ¿verdad?

Las dos mujeres cambiaron una mirada significativa.

–Has conseguido un milagro, Remmy -dijo King al final.

–¿A qué te refieres exactamente?

–Me refiero a la conversión de Lulu de enemiga en amiga.

Remmy movió la mano para restarle importancia.

–Me equivoqué y lo reconocí, y ya está. Tampoco es que sea un gran gesto bondadoso.

–¿Y qué le hizo pensar que estaba equivocada? –preguntó Michelle, y tomó una galleta y bebió un sorbo de café.

Remmy hizo otro tanto antes de responder.

–Hice a Júnior una oferta que no podía rechazar. Pero la rechazó. Y entonces le mataron. No hace falta ser ingeniero aeronáutico para darse cuenta de que hay algo más de lo que pensé.

–Pero de todos modos es posible que Júnior estuviera implicado. De hecho, quizá lo mataran por eso -dijo King.

Remmy lo miró con expresión severa.

–¿No intentaste por todos los medios convencerme de que era inocente? ¿O es que se trataba de otro Sean King?

–Hago de abogado del diablo.

–Olvidaba que eres abogado. Lo cual me recuerda por qué no soporto a los de tu calaña.

–Entonces me alegro de haber quitado la placa de la puerta. No me gustaría tenerte de enemiga.

–No, no te gustaría -convino sin rodeos.

–Tengo entendido que estás interesada en recuperar algo más aparte de las joyas y el dinero.

–Eddie ya lo ha intentado -replicó Remmy-. Y si no se lo digo a él, está claro que no voy a decírtelo a ti.

–¿Tan importante es? – preguntó King con tono serio-. ¿Tan importante como para correr el riesgo de que otras personas mueran asesinadas?

–Tengo mis motivos.

–Vaya, pues espero que sean buenos. No obstante, creo que no sólo eres egoísta sino corta de miras.

–No estoy acostumbrada a que me hablen en ese tono -le espetó ella.

–Suelo perder los modales durante la investigación de un asesinato. Confío en saber cuáles son mis prioridades -repuso él.

–Lo que había en mi armario no tiene nada que ver con que asesinaran a otras personas.

–Es posible que tu marido y Júnior fueran asesinados por la misma persona. Si es así, la única relación entre ellos es el robo.

–No puede ser, no puede ser -insistió Remmy tercamente.

–¿Y no vas a permitir que seamos nosotros quienes lo juzguemos?

–No, no voy a permitirlo -le respondió categóricamente.

–Muy bien, volvamos al motivo de nuestra visita. Eddie dice que la gente habla de que ordenaste matar a Bobby y a Júnior. Dice que estás muy afectada.

–Eddie habla demasiado. Pensaba que le había enseñado que la cautela y el estoicismo eran dos de los mayores atributos que puede tener una persona.

–Pero no mayores que el amor -intervino Michelle-. Y él la quiere.

–¡Ya lo sé! – replicó Remmy.

–Si está preocupado por usted, ha de ser por algo -insistió Michelle.

–Eddie se preocupa demasiado por lo que no debe.

–Remmy, no podemos ayudarte si no confías en nosotros -dijo King.

–Nunca he dicho que necesitara vuestra ayuda.

–Muy bien. Por cierto, ¿dónde estabas cuando asesinaron a Júnior?

–Nadie me ha informado todavía de cuándo lo mataron exactamente.

Después de que King se lo dijera, se quedó pensando unos segundos.

–De hecho estaba aquí, leyendo en mi habitación.

–¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

–Yo. – Masón estaba de pie a unos metros-. Esa noche estuve en la casa hasta las diez de la noche. La señora Battle no salió de la habitación durante ese tiempo.

King se lo quedó mirando.

–Gracias, Masón… -Volvió la mirada hacia Remmy cuando el hombre se marchó-. Es agradable tener un servicio tan bueno y leal, ¿verdad? La última pregunta: ¿por qué guardabas la alianza en ese cajón y no la llevabas puesta?

Remmy no respondió de inmediato. King la miró, expectante.

–Un anillo es un símbolo de amor y compromiso -dijo ella al final.

–Sí. – King asintió.

–Has dicho que era la última pregunta. Estoy segura de que sabéis dónde está la salida.

Cuando estuvieron fuera, Michelle dijo:

–Sean, ya sabes que Remmy no mató a Júnior.

–Es cierto. He visto a Masón saliendo al patio. Quería que él nos dijera dónde estaba a esa hora.

–Muy inteligente por tu parte.

–Más inteligente porque ha dicho que Remmy no salió de la habitación.

–¿Qué quieres decir?

–Que Masón no tiene coartada para la hora en que mataron a Júnior.

–¿De verdad crees que podría ser un sospechoso?

–Por supuesto que sí, Michelle. Es mayor pero suficientemente fornido para enfrentarse a Júnior. Y recuerda que el asesino no nos habló. Utilizó el láser para transmitirnos sus instrucciones.

–¿Porque si hubiera hablado habríamos reconocido la voz?

–Exacto. Y mintió sobre el motivo por el que Remmy no llevaba la alianza.

–Por cierto, la estoica señora Battle ha sido muy franca en su respuesta. Si no hay amor ni compromiso, no hay anillo. Pero aun así siguió casada con ese hombre.

–Por desgracia muchos matrimonios funcionan así. Bueno, por lo menos ahora ya es libre.

Llegaron al coche.

–Voy a ir andando al estudio de Eddie -dijo Michelle.

–Y yo voy a buscar a Sally. A ver si se muestra un poco más cooperadora que su patrona. Cuando acabe iré al estudio de Eddie.

–¿Qué crees que te contará Sally?

–Estoy harto de recibir evasivas sobre este caso -refunfuñó-. Así que mejor que tenga una puñetera explicación convincente de por qué fue a rezar a la tumba de Júnior.

–Sean King, ¿sabías que estás muy sexy cuando te enfadas?

–Eso dicen -respondió él, y se alejó.

57

King vio un jinete acercándose a él. Sin embargo, no era Sally sino Savannah. Montaba un gran caballo con las patas delanteras moteadas de blanco. Se detuvo a su lado y desmontó. Vestía vaqueros, botas de montar y una chaqueta de pana.

–Bonito día para cabalgar -dijo él.

–Puedo prepararte una montura.

–Hace tiempo que no monto a caballo.

–Venga, es como ir en bicicleta.

King señaló su americana y sus pantalones.

–No voy vestido para la ocasión. Mejor lo dejamos para otro día.

–Vale, no hay problema -dijo ella, dudosa de que volviera a presentarse la ocasión.

–No lo digo por decir, Savannah. Va en serio.

–De acuerdo. ¿Has venido a ver a mi madre?

–Ya la he visto. Lamentablemente ha sido una entrevista breve.

Ella no disimuló la sonrisa.

–¿Y te sorprende?

–No; supongo que soy un idealista. – Miró alrededor-. ¿Has visto a Sally?

–Está en los establos, por allí. – Señaló más allá del hombro de King-. ¿Por qué?

–Sólo preguntaba.

Savannah le dirigió una mirada suspicaz y se encogió de hombros.

–Gracias por estar un rato conmigo después del funeral - dijo.

–Fue un placer. Sé lo duro que es todo esto para ti.

–Pues me parece que va a empeorar. El agente del FBI ha estado otra vez aquí.

–¿Chip Bailey? ¿Qué quería?

–Saber dónde estaba cuando mataron a papá.

–Una pregunta bastante normal. ¿Y qué le dijiste?

–Que estaba en casa, en mi habitación. Nadie me vio, que yo sepa. Supongo que me quedé dormida porque no oí a mi madre cuando llegó. Ni siquiera me enteré de que papá había muerto hasta que regresó del hospital.

–Me extraña que no fuera a buscarte cuando recibió la llamada.

–Mi dormitorio está en la segunda planta, en el otro extremo del suyo. Además, he estado saliendo por las noches y no regresaba hasta tarde. Quizá pensó que estaba fuera y no se molestó en comprobarlo.

–Entiendo. No trasnoches demasiado, es malo para el cutis.

–Supongo que mejor hacerlo ahora que tengo fuerzas. Ya tendré muchos años para ser sosa y aburrida.

–No creo que nadie te describa nunca de ese modo. ¿Has tomado alguna decisión sobre tu futuro?

–Tengo una oferta de trabajo de una empresa petroquímica para ser ingeniera de campo, en el extranjero. Me lo estoy pensando.

–Pues sin duda serás la ingeniera de campo más guapa que hayan visto jamás.

–Si sigues hablando así, empezaré a pensar que tienes intenciones.

–No creo que pudiera seguirte el ritmo.

–Podría llevarse una sorpresa, señor King.

Cuando Savannah se marchó, él la siguió con la mirada. Había olvidado su especialidad: ingeniería química. Y ella, al igual que otras personas en este caso tan extraño, no tenía coartada para la hora en que mataron a su padre. Además, eso

era sólo para un crimen y un asesino. ¿Qué estaba haciendo el otro homicida en esos momentos? ¿Buscando otra víctima que añadir a su lista?

Encontró a Sally en los establos, limpiando los compartimientos. Se apoyó en la pala y se enjugó la frente.

–He visto que Savannah ha vuelto a montar -comentó King.

Ella miró la pala.

–Pero nunca la has visto haciendo esta parte del trabajo.

King decidió ir al grano.

–Te vi en el funeral.

–El señor Battle tenía muchos amigos -dijo ella-. Había cientos de personas.

–Me refiero al funeral de Júnior Deaver.

Sally se quedó paralizada.

–¿Júnior Deaver? – preguntó con cautela.

–A no ser que tengas una hermana gemela, estabas rezando ante su tumba.

Sally se puso a limpiar de nuevo.

–Puedes contármelo a mí o al FBI, como quieras.

–No sé de qué hablas, Sean. ¿Por qué iba a rezar ante la tumba de Júnior? Ya te dije que apenas le conocía.

–Eso es lo que he venido a preguntarte, porque es obvio que sí lo conocías.

–Pues te equivocas.

–¿Estás segura de que quieres seguir por este camino?

–Hoy tengo mucho trabajo que hacer.

–Bueno, tú eliges. ¿Conoces a un buen abogado?

Sally dejó de dar paladas y lo miró atemorizada.

–¿Para qué iba a necesitar un abogado? No he hecho nada malo.

King le cogió la pala y la dejó a un lado. Acto seguido se acercó a Sally de forma que ella estuviera contra una de las puertas del establo.

–A ver si me explico. Si a sabiendas posees información sobre el asesinato de Júnior Deaver o el robo y no te presentas ante las autoridades, estás cometiendo un delito que se

castiga con la cárcel. Y si se te acusa de ese delito necesitarás un abogado. Si no lo tienes, puedo recomendarte algunos.

Sally parecía a punto de echarse a llorar.

–No sé nada, Sean, ¡no sé nada! – gimió.

–Entonces no tienes nada de qué preocuparte. Pero si me mientes, podrías ir a prisión. – Le devolvió la pala-. Y aunque allí no tienen caballos, sí que hay un montón de mierda. De la variedad humana -añadió. Extrajo una de sus tarjetas y se la colocó en la cinta del sombrero-. Así que cuando te lo pienses y te des cuenta de que tengo razón, llámame. Puedo ayudarte.

Cuando se marchó, Sally tomó la tarjeta y la miró con una expresión de indefensión.

58

El estudio se encontraba en un granero remodelado de dos plantas situado detrás de la casa de las antiguas cocheras. Michelle entró por la puerta lateral.

–¿Eddie? – llamó.

El lugar había sufrido una remodelación profunda. La segunda planta tenía paredes acristaladas y un tragaluz proporcionaba la iluminación necesaria al artista; las mesas de trabajo, los caballetes, los cubos con pinceles y otros utensilios estaban perfectamente ordenados. En las paredes había lienzos grandes y pequeños en distintas etapas de creación. El ambiente olía a óleo y aguarrás. Unas escaleras ascendían a un rellano en el que parecía haber una habitación pequeña sin ventanas.

–¿Eddie? – volvió a llamar mientras observaba los cuadros de la pared.

Los retratos y paisajes estaban pintados con gran detallismo. Había una escena de una batalla de la guerra de Secesión que, según el ojo inexperto de Michelle, debería colgar en un museo. En otra pared había varios objetos bien colgados y etiquetados. Parecían artículos relacionados con la afición de Eddie por las recreaciones.

Se volvió al oír pasos bajando las escaleras. Eddie llevaba un blusón de pintor cuya parte delantera estaba manchada de pintura azul y tenía el pelo encantadoramente despeinado. Llevaba algo parecido a una tela pequeña bajo el brazo, cubierta con un trapo.

–Estaba acabando una cosa -dijo.

Michelle señaló los cuadros.

–No soy ninguna experta pero no me imaginaba tanto nivel.

Él desechó el comentario con un gesto, pero su sonrisa reveló lo mucho que le había gustado.

–Técnicamente lo hago bien, creo. Pero los artistas realmente grandes tienen algo, que no se cómo puede cuantificarse, de lo que yo carezco. Pero no pasa nada. Estoy contento con lo que tengo y mis clientes también.

Colocó la tela que llevaba en un caballete pero sin destaparla.

–¿Habéis tenido suerte con mamá?

–Cuando tu madre se obstina no hay caso. Pero seguiremos intentándolo. ¿Qué es?

Eddie esbozó una amplia sonrisa.

–Cierra los ojos.

–¿Cómo?

–Cierra los ojos.

Michelle vaciló pero lo hizo.

–Vale, ahora ábrelos.

Cuando los abrió se vio a sí misma, por lo menos una versión de ella, vestida con el traje de baile de la recreación.

Se acercó al lienzo y lo observó detenidamente antes de volverse hacia Eddie, asombrada.

–Por eso quería la foto -explicó.

–Es precioso. ¿Cómo lo has hecho tan rápido?

–He trabajado toda la noche. Con la motivación adecuada una persona es capaz de cualquier cosa. Pero no te hace justicia, Michelle, la verdad es que no. – Lo envolvió con papel de embalar y cinta adhesiva-. Te lo puedes llevar.

–Pero ¿por qué me has pintado?

–Te pasaste el día viéndome jugar a batallitas, era lo mínimo que podía hacer.

–Disfruté viéndote, no fue una carga.

–De todos modos te lo agradezco.

Ella tocó el cuadro envuelto.

–Y yo te agradezco esto.

Eddie le dio un abrazo y ella se sorprendió al ver lo mucho que la estrechaba, al notar lo fuerte que era. Y ella también le estrechó en sus brazos. Durante un momento prolongado sus cuerpos estuvieron entrelazados. Eddie olía a pintura, sudor y algo más, algo intensamente viril. Las manos de Michelle intuían los músculos marcados de su espalda y hombros. Ella no quería soltarle pero al final se apartó con la mirada gacha.

Él le puso la mano bajo la barbilla y se la levantó.

–Mira, sé que todo esto es un poco incómodo para ti. No te estoy acosando. No vas a despertarte mañana y encontrarte un coche nuevo delante de tu casa. Pero…

–Eddie… -empezó ella, pero él levantó la mano.

–Pero está bien tener una amiga, es lo que quería decir.

–Pensaba que tenías un montón de amigos, tanto hombres como mujeres.

–La verdad es que *soy un* solitario. Pinto y participo en simulacros de batallas.

–Y las dos cosas se te dan de maravilla.

–Sí, es verdad -convino otra voz.

Los dos dirigieron la mirada hacia King.

–Hola, Eddie.

Los hombres se estrecharon la mano mientras Michelle los miraba. King contempló las obras que colgaban a su alrededor.

–Tienes un talento tremendo -dijo.

–¿Seguro que mi madre no te ha pagado para que lo digas?

King miró la pared en la que estaban los objetos relacionados con la guerra de Secesión.

–Una colección interesante.

–Una de mis pocas aficiones. – Le dedicó una sonrisa a Michelle-. ¿Sabes, Sean? Tendríamos que interesarte por las recreaciones. Te imagino montado en un semental robusto cargando contra una batería de la Unión, durmiendo con mosquitos y comiendo rancho hasta no poder más.

King miró a Michelle y sonrió.

–El día que veas eso será el día en que el cielo se caiga y nos aplaste a todos -contestó, parafraseando la respuesta de Michelle a Lulu ante la oferta de bailar en el club.

Eddie iba a decir algo cuando sonó el móvil de King. Respondió, escuchó y colgó con expresión compungida.

–Era Sylvia. Han encontrado el cadáver de Kyle Montgomery.

–¿Cómo? – exclamó Michelle.

–¿Quién es Kyle Montgomery? – preguntó Eddie.

–El ayudante de Sylvia Diaz -respondió Michelle-. ¿Asesinado?

–Sylvia no está segura. Dice que ahora mismo parece una sobredosis de droga, pero no está convencida. Quiere que nos reunamos con ella en el apartamento de Kyle. Todd también está allí.

Los dos salieron corriendo. Michelle gritó a Eddie por encima del hombro:

–¡Te llamaré! Y gracias.

Eddie miró el retrato envuelto.

–Pero te has dejado el cua…

Ya no le oían. Se encogió de hombros y volvió a llevar el cuadro a la planta de arriba.

59

Cuando llegaron al apartamento de Kyle el equipo forense había acabado su trabajo. Seguía en la cama, con la mirada inerte clavada en el techo del pequeño apartamento, frío y húmedo.

Sylvia lo estaba contemplando cuando King la tocó en el hombro. Ella se volvió con lágrimas en los ojos. Se las secó con la mano y se irguió, asumiendo un aspecto más profesional.

–Tranquila, Sylvia -dijo King-. No erais íntimos pero de todos modos sé que duele.

Ella se sonó la nariz con un pañuelo de papel y asintió hacia los del equipo forense.

–Os lo podéis llevar.

Introdujeron a Kyle en una bolsa para cadáveres y se lo llevaron.

Todd Williams se acercó a ellos.

–¿Fue una sobredosis? – preguntó Michelle-. ¿No estaremos ante otro asesinato en serie?

El jefe de policía negó con la cabeza.

–No hay reloj ni collar de perro ni nada.

King observó a Sylvia.

–Pero por teléfono me dijiste que no estabas segura de que fuera una sobredosis.

–Hemos encontrado indicios de que así fue -dijo ella lentamente.

–Una jeringuilla, una banda de goma y una marca de aguja en el antebrazo -explicó Williams.

–Tenemos que analizar los residuos de la jeringa. Nos llevará unos días. Y haré un análisis toxicológico de los fluidos corporales, pero no tendremos los resultados antes de dos semanas.

–¿Con la autopsia no se sabe qué se inyectó? – preguntó Williams.

–Sí y no. Si fue heroína, por ejemplo, que es un depresor respiratorio, podría haber cierta pesadez o congestión en los pulmones y espuma en las vías respiratorias, pero no sería concluyente. Lo cierto es que, si murió de una sobredosis, la autopsia por sí sola no revelará qué sustancia fue realmente. Para ello tenemos que confiar en los análisis toxicológicos. Si fue cocaína, el informe lo reflejará. Si fue heroína encontrarán monoacetilmorfina, un metabolito de la heroína. Es una prueba suficientemente concluyente.

–Tal vez fuera un fármaco de tu consulta.

–Es posible, pero si en los análisis aparece 6-monoacetilmorfina en la sangre o la orina y no hay restos de aspirina o Tylenol, eso será una prueba concluyente de que no tomó un narcótico de prescripción.

–¿Tylenol o aspirina? – preguntó Williams.

–Sí, porque los opiáceos de prescripción suelen combinarse con esa medicación. No es el caso de la heroína, la cocaína u otras drogas ilegales.

–¿Quién le encontró? – preguntó Michelle.

–Yo -respondió Williams-. Después de que me llamaras esta mañana, decidí encargarme yo mismo del caso. Vine con un ayudante y llamamos a la puerta. No hubo respuesta. El jeep estaba aparcado delante, así que supusimos que estaba aquí. Llamamos al teléfono del apartamento y al móvil pero no contestó. No teníamos orden de registro pero sospechaba lo suficiente como para llamar a un cerrajero. Entonces lo encontramos.

–La temperatura corporal y el grado de rigor monis apuntan a que lleva muerto menos de doce horas -opinó Sylvia.

King consultó su reloj.

–¿O sea que ocurrió un poco después de medianoche?

–Sí.

–¿Y nadie vio a nadie entrar o salir del apartamento? – preguntó King.

–Lo estamos investigando -dijo Williams.

–Bueno, tenemos que encontrar a la mujer misteriosa del Aphrodisiac inmediatamente -dijo King.

–Hoy mismo voy a ir al club -dijo Williams.

–Nos gustaría ir contigo, Todd -repuso King-. ¿Puedes esperar un par de horas y reunirte con nosotros allí? Te llamaremos.

–De acuerdo.

–¿Cuándo harás la autopsia, Sylvia? – preguntó Michelle.

–Enseguida. He cancelado todas las visitas de pacientes que tenía para hoy.

–Ahora necesitarás un ayudante para la autopsia -dijo King-. Pueden enviar a alguien de Richmond o Roanoke.

–Pero no llegará a tiempo -objetó Sylvia.

–Pero si murió de sobredosis da igual. Dijiste que no tendrías confirmación hasta dentro de un par de semanas -repuso Williams.

–Pero podría haber otras pruebas que estén desapareciendo ahora mismo, mientras hablamos -dijo Sylvia con severidad-. El cuerpo nos habla después de muerto, Todd, pero cuanto más esperes, más débil es la voz.

–Bueno, te ayudaré -resopló Williams-. De todos modos tengo que asistir a la autopsia -hizo una pausa y añadió-: Se está convirtiendo en una puñetera rutina.

Mientras salían juntos, King detuvo a Sylvia.

–¿Te encuentras bien?

–Creo que es posible que Kyle se suicidara -repuso ella.

–¿Suicidio? ¿Por qué?

–Quizá sospechaba que yo me había enterado de sus trapícheos.

–Pero suicidarse es un tanto drástico. Y parecía un tipo débil de carácter. Tampoco dejó la típica nota de los suicidas.

–Los cobardes también se suicidan, Sean. Temen enfrentarse a las consecuencias de sus actos.

–No me digas que te sientes culpable de esto…

–Si fue un suicidio, no se me ocurre otro motivo que mis sospechas…

–Eres injusta contigo misma, Sylvia. Tú no le pediste que robara fármacos.

–No, pero…

–Antes de machacarte con este asunto, ¿por qué no practicas la autopsia? Por buena que seas, no sabrás qué sucedió realmente hasta que lo hagas.

–Pero la autopsia no me revelará si la sobredosis fue fortuita o intencionada.

–Lo esencial es que fue decisión de Kyle. Tú no podías controlar ese aspecto. Y la vida está llena de suficientes culpas justificadas como para encima cargar con las culpas de otros.

Sylvia esbozó una sonrisa débil.

–Eres un hombre muy sabio.

–He tenido mucha práctica. Sobre todo asumiendo mis errores estúpidos.

–Te llamaré cuando acabe la autopsia.

–Deseo que sea la última que tengas que hacer en mucho tiempo.

Cuando él se volvió para marcharse, Sylvia dijo:

–Hace años que no lo pasaba tan bien como anoche.

–Puedo decir lo mismo.

Mientras King y Michelle iban en el coche, ésta le miró.

–¿Me equivoco o tú y Sylvia habéis reavivado vuestro romance? – Él le lanzó una mirada pero no dijo nada-. Vamos, Sean, no me vengas con que soy tu socia y no tu psiquiatra.

–¿Por qué no? Sigue siendo cierto.

Ella se recostó en el asiento y resopló.

–Pues vale -dijo.

–De todos modos, ¿a ti qué te importa?

–Me importa porque estamos inmersos en una investigación de asesinato muy complicada y no es recomendable que el mejor investigador del caso y la brillante médica forense se distraigan con un romance.

–Si no fuera porque te conozco, diría que estás celosa.

–¡Venga ya!

–He dicho si no te conociera. Y no te preocupes, a partir de ahora este caso pasa a ser mi prioridad absoluta. – Hizo una pausa antes de añadir-: Os he visto a ti y a Eddie abrazados.

Ella lo miró con ceño.

–¡Nos estabas espiando!

–No; he mirado por la ventana camino de la puerta para ver si estabas allí. No sabía que estabais intentando fundir vuestros cuerpos.

–Eres injusto. Le estaba dando las gracias por un cuadro que me ha hecho.

–¿Te ha hecho un retrato? Eso deja claras sus intenciones.

–Es infeliz.

–Pues tu misión no consiste en arreglar esa infelicidad -replicó él-. Así que déjalo correr, Michelle. Lo último que te hace falta ahora mismo es tener la mente ofuscada.

Michelle pareció dispuesta a rebatir su argumento pero guardó silencio.

–Es atractivo, divertido y buena persona -continuó King-, ha vivido unas cuantas tragedias y, para colmo, está pillado en un matrimonio desdichado. No serías la primera mujer de la historia que querría ayudar a un hombre como él.

–Hablas como si hubieras vivido cosas así.

–El mundo está lleno de cosas así. Y nadie es inmune a ellas.

–Vale, vale, ya capto el mensaje. ¿Adonde vamos ahora?

–A ver a Roger Canney. Al parecer recibió una cantidad considerable de dinero en la misma época en que murió su esposa. Se desconoce el origen del mismo.

–Interesante.

–Todavía no sabes lo más interesante. La difunta señora Canney tenía un trabajo.

–¿Ah sí? ¿Dónde?

–Battle Enterprises. ¿Quieres adivinar para qué directivo trabajaba?

–¡Bobby Battle!

–Bingo.

60

Nadie respondió cuando llamaron a la residencia de Canney.

–Qué curioso -dijo King-. He llamado antes y me dijo que estaría en casa.

–Por lo menos el ama de llaves debería estar.

Michelle se acercó a la ventana del garaje y miró el interior.

–Bueno, aquí hay dos coches, un gran Beemer y un Range Rover. A no ser que pague un sueldazo al ama de llaves, no creo que sean de ella.

King apoyó la mano en la puerta y ésta se abrió. Al verlo, Michelle desenfundó la pistola y se colocó junto a King.

–Te juro -susurró ella- que si lo encontramos con un collar de perro y un reloj que marque las seis voy a pasarme una semana gritando.

Entraron sigilosamente. La sala de estar estaba vacía. Escudriñaban bien cada estancia antes de pasar a la siguiente.

Michelle fue la primera que oyó el ruido, un resoplido, que parecía proceder de la parte posterior de la casa. Se dirigieron rápidamente hacia allí y miraron alrededor. Nada, pero el sonido se repitió, seguido esta vez de un ruido de metal contra metal.

Michelle señaló una puerta al final del pasillo. King asintió, se adelantó y la abrió poco a poco con el pie mientras ella le cubría. Echó un vistazo al interior, se puso

tenso y luego se relajó. Abrió la puerta e indicó a Michelle que se acercara.

Canney estaba sentado de espaldas a ellos, con unos auriculares puestos y haciendo ejercicios de piernas en su bien equipado gimnasio casero. King dio un golpe en la puerta y Canney se volvió de repente y se quitó los auriculares.

–¿Qué demonios están haciendo aquí? – preguntó.

–He llamado esta mañana. Me dijo que la una estaba bien. Es la una en punto. Nadie ha respondido a la puerta y resulta que estaba abierta.

Canney se puso en pie, dejó el reproductor de discos compactos y se secó con una toalla.

–Lo siento. El ama de llaves tiene el día libre y debo de haber perdido la noción del tiempo.

–Nos pasa a todos -dijo King-. Podemos esperar si quiere ducharse.

–No; podemos empezar ya. Supongo que no llevará mucho tiempo. Sentémonos fuera. He preparado limonada.

Fueron a un amplio jardín trasero que tenía una piscina grande, bañera de hidromasaje y un pequeño edificio estilo cabana, aparte de vegetación muy bien dispuesta.

–Qué bonito -comentó Michelle.

–Sí -asintió el anfitrión.

–Todo parece bastante reciente -comentó King-. Y no hace mucho que vive en esta casa, ¿verdad? ¿Cuánto? ¿Tres años más o menos?

Canney lo miró de forma harto significativa mientras se bebía la limonada.

–¿Cómo lo sabe?

–Los registros públicos son eso, públicos. Ahora está jubilado. ¿De su trabajo de contable?

–Me pareció que preocuparme durante veinte años del dinero de los demás era suficiente.

–Bueno, ahora tiene bastante a su nombre del que preocuparse. Supongo que la contabilidad es más rentable

de lo que pensaba.

–He hecho algunas inversiones buenas a lo largo de los años.

–Y su difunta esposa también trabajaba, en Battle Enterprises. Era la secretaria de dirección de Bobby Battle, ¿verdad? ¿Es cierto que trabajaba allí cuando murió en el accidente de coche?

–Sí. No es precisamente un secreto.

–No le vi en el funeral de Battle.

–Es que no fui.

–¿No se ha mantenido en contacto con la familia?

–El hecho de que mi esposa trabajara allí no significa que fuéramos amigos.

–Encontré una fotografía de su esposa mientras investigaba el caso. Era una mujer muy hermosa; incluso ganó algunos certámenes de belleza locales.

–Megan era sumamente atractiva, sí. ¿Este tema de conversación tiene alguna razón de ser?

–El motivo es que he tenido que buscar fotos de su esposa porque en su casa no hay ninguna. Ni de su hijo.

–Se refiere a la parte que usted conoce.

–No. Como nadie respondió a la puerta y estaba abierta, pensamos que ocurría algo y hemos ido habitación por habitación, incluido su dormitorio; no hay ni una sola foto de su familia.

Canney se puso en pie airado.

–¡Cómo se atreve!

King permaneció impasible.

–Voy a ser muy claro con usted, Rog: recibió todo ese dinero hace unos tres años, poco después de la muerte de su esposa. Entonces se compró esta casa. Antes de ese momento usted era un contable normal y corriente con un sueldo normal y corriente al que las cosas le iban relativamente bien porque su mujer también trabajaba. La gente así no suele jubilarse después de perder los ingresos

de su mujer y comprarse una finca valorada en un millón de dólares.

–Ella tenía un seguro de vida.

–Cincuenta mil dólares. También lo he comprobado.

–¿Qué insinúa exactamente?

–No me interesan las insinuaciones, prefiero la verdad.

–Esta conversación ha terminado. Me parece que ya saben dónde está la salida, dado que han registrado mi casa.

Ellos se pusieron en pie.

–De acuerdo, lo haremos a las malas.

–Pueden hacerlo con Giles Kinney, mi abogado. Les destrozará.

King sonrió.

–Giles no me da miedo. Le doy una paliza jugando al golf al menos una vez por semana.

61

King y Michelle se reunieron con Todd Williams y dos de sus ayudantes en el Aphrodisiac. Enseguida estuvieron en el despacho de Lulu preguntándole sobre la ocupante de la habitación y las visitas de Kyle. Al principio negó saber nada pero al final acabó reconociendo haber visto a Kyle en el club recientemente.

–Pero no sé quién es la señora -dijo-. No trabaja aquí. Eso seguro.

–¿Qué pasa, que ahora te dedicas al negocio de la beneficencia prestando habitaciones gratis a los drogadictos ricos? – preguntó Williams con sarcasmo.

–No sé nada de eso. Ella pagaba la habitación en efectivo. Pensé que necesitaba algún sitio donde alojarse.

–¿Venía aquí todas las noches?

–Tampoco lo sé. A no ser que los clientes vayan a la zona donde actúan las chicas o a las barras, no hace falta enseñar identificación. En el edificio también hay un restaurante y salones y un centro de negocios. Cualquiera

puede entrar y salir de esos locales. Están abiertos al público -añadió.

King sacudió la cabeza.

–Venga ya, Lulu, ¿me estás diciendo que cuando la mujer vino aquí por primera vez no hablaste con ella? ¿Cómo demonios sabías lo que quería?

–Dejó dinero y una nota en la que ponía que quería esa habitación y sólo esa habitación.

–¿Y qué hiciste? ¿Se la diste sin preguntar?

–¡No es más que una habitación, Sean! Y era dinero contante y sonante. Tampoco iba a pensar que fuera a dedicarse a un negocio ilegal aquí. Sólo venía por la noche. Durante el día limpiábamos la habitación, igual que las demás. Nunca encontramos nada raro. Sé que suena un poco extraño y reconozco que sentí curiosidad. De hecho, cuando empezó a venir estaba ojo avizor. Pero nunca se oyeron ruidos ni cosas así. Aparte de ese tal Kyle, nadie la visitaba.

–¿La veías entrar y salir?

–A veces. Pero siempre llevaba un pañuelo, un abrigo largo y gafas.

–¿Y eso no te hizo sospechar? ¿Nunca intentaste descubrir quién era? ¿No esperaste para verla marchar, para identificarla de algún modo?

–Claro que me resultaba sospechoso, pero no soy nadie para entrometerme en los asuntos de los demás. Vive y deja vivir, ése es mi lema. Si quería una habitación privada y prefería que nadie la viese, por lo menos estaba dispuesta a pagar bien por el privilegio. Además no me voy a dedicar a ahuyentar la clientela -añadió en tono desafiante.

–Bueno, Kyle Montgomery está muerto, es posible que lo asesinaran, o sea que esto le da un vuelco a la situación -intervino Williams.

Lulu lo miró con nerviosismo.

–No sé nada de eso. Está claro que no lo mataron aquí, así que no sé qué tiene que ver este lugar con él.

–Bueno, pues entonces permíteme que te informe -dijo el jefe-. Tenemos una testigo que dice que se produjo un fuerte altercado aquí entre Kyle y esa mujer. Sabemos que él le traía fármacos robados de la consulta médica donde trabajaba.

–No sé nada de eso.

–Y se pelearon y resulta que anoche mataron a Kyle -continuó Williams.

–Bueno, yo no lo maté y no sé quién es la señora.

–¿Vino aquí anoche?

–No, que yo sepa. No la vi.

–¿Cuándo la viste por última vez?

Lulu arrugó el entrecejo.

–No estoy segura. He tenido algunas cosas en que ocuparme, entre ellas enterrar a mi marido -respondió torciendo el gesto.

–Vamos a tener que interrogar a toda persona que estuviera aquí anoche y pueda haberla visto.

–Algunas de esas personas no empiezan a trabajar hasta más tarde.

–Entonces ahora mismo quiero ver la habitación e interrogar a quienquiera que esté que pudiera haberla visto.

Lulu lo miró nerviosa.

–¿ Ahora mismo?

–¿Algún problema?

–No; sólo que algunas de las bailarinas del turno de noche están durmiendo.

–¿Durmiendo? ¡Son las dos y media de la tarde!

–¡Bailan hasta el amanecer!

–De acuerdo, empezaremos por quienes no bailan pero, mientras tanto, despierta a esas chicas y diles que se preparen para hablar con nosotros. ¿Entendido, Lulu?

–Entendido -asintió a regañadientes.

Cuando se disponían a marcharse, Michelle volvió la mirada y vio que Lulu metía una mano en el cajón del escritorio, igual que la vez anterior.

–Todd, ¿por qué no reúnes a la gente y empiezas el interrogatorio? – dijo Michelle cuando estuvieron fuera-. Sean y yo echaremos un vistazo por aquí.

–Buena idea. Luego comparamos notas.

–¿Qué pasa? – preguntó King en cuanto el jefe y sus hombres se marcharon.

–Ven, rápido.

Michelle lo condujo al exterior hacia la parte trasera del edificio, donde vio una escalera que salía de la primera planta. Se escondieron detrás de un contenedor y esperaron. Al cabo de un minuto aproximadamente su paciencia fue recompensada. Varios hombres, algunos con los abrigos en la mano, otros con la camisa desabotonada y por fuera y despeinados, salieron por la puerta del primer piso y bajaron presurosos por la escalera exterior, subieron a los coches que tenían ahí aparcados y se marcharon.

King y Michelle intercambiaron una mirada.

–Al parecer el Aphrodisiac hace honor a su nombre. Muy perspicaz por tu parte -dijo King.

–La prostitución es una forma de incrementar los ingresos -precisó Michelle-. ¿Qué hacemos con este asunto?

–Creo que es imprescindible mantener otra charla con Lulu.

–Se ha quedado viuda y tiene tres hijos. Sé que es un delito, Sean, pero no me emociona especialmente mandarla a la cárcel.

–Quizá podamos mostrarle el error de su actitud.

Cuando Lulu regresó más tarde a su despacho, King estaba sentado a su escritorio y Michelle de pie a su lado.

–¿Qué estáis haciendo aquí? – gruñó la mujer.

Como respuesta King introdujo la mano en el cajón y pulsó el timbre que habían encontrado allí.

–Espero que este segundo aviso no confunda a las chicas, aunque los tíos ya se han largado.

Lulu se quedó boquiabierta, pero recobró la compostura de inmediato.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Siéntate, Lulu -ordenó King-. Estamos aquí para ayudarte. Pero si intentas engañarnos por poco que sea, nos limitaremos a decirle a Todd que se haga cargo del asunto. Y entonces dejará de estar en nuestras manos.

Lulu los fulminó con la mirada pero al final se sentó y cruzó las manos nerviosamente sobre el regazo.

–Si quieres fumar, no hay problema; vamos a estar aquí un buen rato.

Lulu encendió un cigarrillo, dio una calada y exhaló el humo por la nariz.

King se retrepó en el asiento.

–Bueno, explícanos el montaje.

–No es lo que pensáis.

–Eres demasiado lista como para hacerlo a la antigua, así que estoy seguro de que es algo muy original. Estoy ansioso por saber de qué se trata.

Lulu los miró sin poder ocultar su nerviosismo.

–He trabajado duro muchos años para que este sitio prosperara. Muchas horas, a veces sin poder ocuparme de mis hijos ni de Júnior. Tengo úlcera y fumo dos paquetes al día. Vale, soy la socia minoritaria, pero llevo el local. Mis socios se pasan la mayor parte del tiempo en Florida, pero no dejan de presionarme para que siga aumentando los beneficios. Así ellos pueden comprarse barcos más grandes y mujeres más guapas. Más, más, más…, es lo único que me dicen.

–¿O sea que se te ocurrió la manera de hacerlo con las bailarinas?

–De hecho fueron mis socios quienes lo propusieron. Yo no quería, pero insistieron. Dijeron que si me negaba encontrarían otra encargada y se librarían de mí. Pero, ojo, si una chica no quiere, no lo hace. Nada de presiones. Eso es sagrado para mí. – Vaciló antes de añadir-: Si os digo…

–Lulu, como ha dicho Sean, estamos aquí para ayudarte -le recordó Michelle.

–¿Por qué? ¿Qué más os da? – exclamó ella de repente.

–Pues porque básicamente creemos que eres buena persona y madre de tres hijos que te necesitan. Has estado bajo una presión tremenda y acabas de enviudar. Lo que nos cuentes no saldrá de aquí, tienes nuestra palabra.

Lulu respiró hondo y prosiguió.

–No hay dinero que cambie de mano entre los hombres y las chicas... Hemos... bueno, formamos una especie de club. Los socios pagan una suma en concepto de inscripción y luego una cuota mensual basada en... bueno, en el uso. Lo contabilizamos como relaciones empresariales.

–Bueno, sin duda es una forma original de relacionarse. Continúa -dijo King.

–Es una suma considerable, por lo que la clientela es limitada y tiene cierto nivel.

–Traducción: tíos ricos que buscan un poco de acción en la cama -comentó King.

–De todos modos, siendo socios sólo tienen acceso a las chicas con cita previa. Los socios tienen una contraseña que dicen a las chicas para que ellas sepan que todo está conforme. Todos usan protección y no se permiten prácticas peligrosas. El que trate mal a las chicas es expulsado para siempre, pero nunca hemos tenido ningún problema. Las bailarinas que aceptan ganan un sobresueldo.

–Muy creativo, pero sigue siendo ilegal, Lulu. Por esto podrían cerrar el club y meterte en la cárcel.

Ella encendió otro cigarrillo.

–Lo sé -dijo con voz temblorosa-. Joder, sabía que todo esto era una estupidez.

–Y el timbre de tu despacho está conectado con las habitaciones para avisar a las chicas y los clientes si hay algún problema, y ellos salen por la puerta trasera.

–Sí -admitió Lulu, abatida-. De vez en cuando tengo gente vigilando la entrada al pasillo.

–Entonces ¿cómo consiguió entrar Kyle?

–La señora dejó una nota y una foto de Kyle diciendo que lo dejáramos pasar. – Se quitó el cigarrillo de los labios-. Es todo lo que os puedo decir. Alguien siguió a Kyle la noche que lo vi. Uno de mis vigilantes me lo dijo luego.

–Era Sylvia Diaz, la doctora para la que Kyle trabajaba.

–El nombre me suena.

–Es la médica forense. Antes de que cambiaras de médico, ibais al mismo ginecólogo.

–Yo no he cambiado de ginecólogo.

–Bueno, la cuestión es que ella fue la testigo que vio a Kyle aquí y oyó la pelea entre él y esa mujer. – Hizo una pausa antes de añadir-: Vas a tener que ponerle fin a esto, Lulu. Se acabó a partir de hoy, ¿entiendes?

–Tendré que devolver el dinero a los hombres. Es mucho.

–No hace falta. Participaron conscientemente en una actividad ilegal. Diles que hoy se han salvado por los pelos y ya está. Diles que si les devuelves el dinero los podrán identificar. Estoy seguro de que se olvidarán del dinero. – La miró de forma harto significativa-. Es tu única opción, Lulu.

Ella asintió a regañadientes.

–Los llamaré hoy a todos.

–Y habla con tus socios de Florida. Déjales claro que el largo brazo de la ley de Virginia llega incluso tan al sur. Si no quieren perder sus barcos y sus amiguitas, mejor que dejen de presionarte y se conformen con los *stripteases* y la cerveza, lo cual estoy seguro de que es un buen negocio.

King se levantó y se dispusieron a marcharse.

–Y ahora que Remmy va a ocuparse también de la manutención de tus hijos y de acabar tu casa -añadió-, quizá prefieras pasar menos tiempo aquí y más en casa. Es una sugerencia.

Cuando ya se marchaban, Lulu les llamó.

–Estoy en deuda con vosotros. Lo único que puedo hacer es daros las gracias.

King se volvió.

–Supongo que tenías bien merecido un respiro. Buena suerte.

Estaban saliendo por la puerta cuando Lulu volvió a llamarles.

–Sé qué coche tiene esa mujer -dijo-. Lo vi una vez.

–Nosotros también. Un Mercedes descapotable y antiguo.

–Sé el modelo exacto. Es un verdadero clásico, un 300 SL Roadsterdel959.

–¿Cómo lo sabes? – preguntó Michelle.

–Uno de mis socios está pirado por los coches. Tiene una flota de modelos de coleccionismo en Naples. Me enseñó un montón. El de la señora es precioso. Vale una pequeña fortuna.

–Lulu, considera tu deuda con nosotros pagada del todo -dijo King-. Vamos, Michelle. – La agarró del brazo y la sacó por la puerta.

–¿A qué viene tanta prisa? – inquirió Michelle.

–Me parece que sé dónde encontrar ese coche.

62

King estacionó el Lexus en una calle lateral y salió.

–Tendremos que ir andando desde aquí. No quiero que nadie nos vea.

–¿Adonde vamos?

–Ten paciencia. Enseguida lo verás.

Saltaron un murete trasero y caminaron por un sendero de grava. Por un hueco en la larga hilera de setos de más de tres metros plantados a ambos lados, Michelle atisbo una casa a lo lejos.

–Estamos en la finca de los Battle -comentó Michelle. Al ver que King se alejaba de la casa, exclamó-: Sean, la casa está por aquí.

–No es allí adonde vamos.

–¿Adonde pues?

King señaló hacia delante.

–Al garaje.

Llegaron sin ser vistos. King consiguió abrir una puerta lateral con una palanqueta y entraron. Él pasó junto a todos los coches mirando bajo las fundas protectoras. Cuando acabó con la planta baja, subieron las escaleras hasta el primer piso.

Arriba había varios coches tapados y King empezó a comprobarlos todos. Al llegar al tercer vehículo, levantó la funda por completo y la dejó caer al suelo. Miró el modelo del vehículo.

–Un 300 SL -dijo. Se arrodilló e inspeccionó los neumáticos pasando la mano por la banda de rodamiento. Levantó un dedo para que Michelle lo viera.

–Barro -dijo ella-. Pero ¿cómo es posible que alguien coja este coche y nadie lo sepa?

–Fácil. Este edificio ya no se usa, Sally nos lo dijo. Y no resulta visible desde la casa. Además, el sendero de grava por el que hemos venido desemboca directamente en la carretera secundaria. Si sólo lo conduce por la noche, es muy probable que nadie la vea.

–Ella. Así que está bastante claro quién es nuestra sexy drogadicta y *stripper.*

King se incorporó.

–Sí, está claro. Supongo que será mejor que vayamos a hablar con ella.

–No va a ser agradable.

–Créeme: desconocer la verdad es incluso peor.

Se encaminaron hacia la mansión.

Sin embargo, antes de llegar King se desvió, pasó junto a los establos y cruzó la verja que comunicaba las antiguas cocheras con la mansión de los Battle.

–Sean, ¿adonde vas? Savannah estará en la casa.

King no le hizo caso y siguió caminando. Michelle apenas lograba seguirle el ritmo.

Sean vio el coche aparcado delante, subió de dos zancadas la escalinata y llamó a la puerta principal. Enseguida se oyeron pasos y la puerta se abrió.

–¿Qué queréis? – preguntó ella.

–¿Podemos entrar, Dorothea? – repuso King, y encajó un pie contra el marco por si no recibía la respuesta que esperaba.

–¿Por qué? – preguntó ella.

–Kyle Montgomery ha muerto.

Dorothea se llevó una mano al pecho y retrocedió como si hubiera recibido un golpe.

–No…, no sé quién es.

–Lo sabemos todo, Dorothea. Hemos identificado el coche.

–¿Qué coche?

–El 300 SL con el que ibas al Aphrodisiac.

Los miró con expresión desafiante.

–Os equivocáis.

–No perdamos el tiempo -replicó King con impaciencia-. Te vieron salir del club. Tenemos un testigo que te vio subir al coche y marcharte alrededor de las cinco de la mañana.

La expresión desafiante de Dorothea empezó a desvanecerse.

–Esa misma persona te oyó discutir con Kyle -añadió él-. Le apuntaste con una pistola. Le amenazaste…

–No amenacé a ese… -Dorothea se calló y pareció que iba a desmayarse.

–Pensamos que preferirías hablar con nosotros antes que con la policía. Pero si no es así, podemos llamarla.

–Oh, Dios mío -gimió. Al cabo de unos segundos se vino abajo y las lágrimas le anegaron los ojos.

King abrió más la puerta y entraron.

63

–Yo no le maté, Sean. Yo no fui.

–Pero le comprabas fármacos.

Estaban en el salón, King y Michelle sentados en unos sillones de orejas, Dorothea en el pequeño sofá que había

frente a ellos, aferrada al reposabrazos como si fuera a caerse si se soltaba.

–Últimamente he estado sometida a mucha presión -empezó lentamente-. He tenido algunos… reveses financieros.

–Gastar mil dólares por noche no es precisamente el mejor método para dejar de tener problemas económicos.

Ella lo miró anonadada y exclamó:

–¡Hablaste con ese mequetrefe!

–Cuidado, no se debe hablar mal de los muertos. Cuéntame qué ocurrió esa noche.

–¿Cuánto sabes?

–Lo suficiente como para advertir si mientes, y no me gustará nada.

–No sé qué me pasó -susurró ella-, la verdad es que no lo sé. Me di cuenta de que Kyle quería acostarse conmigo. Bueno, es que era obvio. Los hombres son transparentes.

–Pero tú no querías acostarte con él.

–Por supuesto que no, pero había bebido mucho. Y ya estaba decidida a que aquélla fuera la última vez. Como has dicho, esos fármacos no iban a solucionar ninguno de mis problemas. Y no eran sólo económicos. Era la familia… Casarse con un miembro del clan Battle conlleva mucha presión y tensiones.

–Imagino que tener una suegra como Remmy no es precisamente fácil -comentó Michelle con sequedad.

–Fue una pesadilla. Todo lo que hacía, vestía, comía, bebía o decía era objeto de escrutinio. Y no es que criticaran con tacto. Bobby era peor que Remmy. Menudo tirano. Y sus cambios de humor eran increíbles. Podía estar sonriendo y contento, y de repente se ponía a gritar e intimidar. Cualquiera podía ser el blanco de su ira, incluso Remmy. He empezado a acudir a un terapeuta para intentar enfrentarme a mis problemas de forma más constructiva.

–Me parece bien -dijo King-, pero nos estabas hablando de Kyle.

–Sí, bueno, cuando Kyle llegó con los fármacos, estaba un poco bebida y decidí burlarme de él. Por eso yo, pues… yo… -Se calló y se sonrojó-. Fue una idiotez, lo sé.

–Ya sabemos lo del *striptease.* No hace falta que nos des más detalles, pero le apuntaste con una pistola.

–¡Iba a atacarme! Tenía que protegerme.

–Y le exigiste que te devolviera el dinero.

–Ya le había pagado suficiente. El robaba los fármacos. Tenía un margen de beneficios del cien por cien. Lo único que intentaba era que la transacción fuera un poco más justa desde mi punto de vista.

–¿Recuperaste el dinero?

–Sí. Fingí que iba a dispararle y salió corriendo. Juro que fue la última vez que le vi.

–¿Cómo se te ocurrió abordarle para ese trapicheo?

–Aunque nunca habíamos tenido contacto directo, sabía que trabajaba en la consulta de Sylvia. Yo había estado allí por una lesión de espalda. Los analgésicos que me recetó se convirtieron en una especie de necesidad, pero cuando se acabó el tratamiento Sylvia no quiso extenderme más recetas. Yo ya estaba enganchada. Sabía que Sylvia guardaba los fármacos en la consulta y pensé que Kyle lo haría por dinero. Además, los fármacos de prescripción médica son más

seguros que cualquier cosa que se compre por la calle, aparte de que no quería relacionarme con un camello profesional. Elegí el Aphrodisiac como punto de encuentro porque había celebrado almuerzos y reuniones allí y sabía que tenían habitaciones y que no harían preguntas.

–¿Y crees que él no sabía quién eras? Está claro que te había visto en la consulta de Sylvia.

–Siempre llevaba gafas y pañuelo, ponía las luces muy tenues y casi no hablaba. Si me hubiera reconocido estoy segura de que habría intentado chantajearme.

King estaba mirándola fijamente y ella palideció.

–Sé que esto te parece muy mal, Sean.

–Es que está muy mal, Dorothea. ¿Eddie sabe algo de todo esto?

–¡No! Por favor, no podéis decírselo. No tenemos el mejor matrimonio del mundo pero le sigo queriendo. Esto acabaría con él.

–No puedo prometerte nada, Dorothea. Ahora quiero saber dónde estuviste anoche.

–Estuve aquí.

–¿Eddie puede corroborarlo? – preguntó Michelle-. Volvió temprano de la recreación.,

–¿Y tú cómo lo sabes? – repuso Dorothea.

Michelle se sintió un tanto violenta.

–Fui con Chip Bailey hasta Middleton a ver la batalla. Chip tuvo que marcharse antes y Eddie me trajo de vuelta. Dijo que no podía quedarse para el segundo día de recreación.

Dorothea la miró con suspicacia.

–Bueno, anoche no estaba en la casa. Probablemente se quedó en el estudio. A veces duerme allí.

Michelle fue a decir algo pero se abstuvo.

–O sea que no tienes coartada -dijo King-. Por cierto, llamé al hotel Jefferson de Richmond. No dormiste allí la noche en que mataron a Bobby, como dijiste. El FBI también lo habrá descubierto. ¿Estabas en el Aphrodisiac aquella noche?

–Sí; Kyle me llevó los fármacos a eso de las diez.

–Qué irónico.

–¿El qué?

–El era tu coartada para el asesinato de tu suegro, pero ahora está muerto. Así que, a no ser que te viera alguien en el club, te quedas sin coartada.

Dorothea se tapó el rostro con las manos y rompió a sollozar. Al final, Michelle se levantó, fue a la cocina y volvió con un trapo para ella.

–Tranquilízate, Dorothea -la instó King-. Todavía no se ha determinado que la muerte de Kyle fuera un crimen. Pudo tratarse de una sobredosis. O incluso un suicidio.

–No me imagino que ese hombre se quitara la vida. Por lo poco que le vi diría que estaba ansioso por favorecer sus propios intereses. – Se secó la cara con el trapo y luego miró a King-: ¿Qué hacemos ahora?

–No podemos mantener nuestros actos en secreto.

–Supongo que eso sería mucho pedir -balbuceó Dorothea con labios temblorosos.

–De todos modos, el alcance de lo que es preciso revelar todavía está por determinar.

–¡No maté a Kyle Montgomery ni a mi suegro!

–Hablando de este último, ¿por qué fuiste al hospital aquel día?

–¿Importa eso ahora?

–Podría importar.

Ella soltó un largo suspiro.

–Bobby me prometió dinero, buena parte de su patrimonio -dijo-. Para eso tenía que cambiar el testamento. Prometió hacerlo, pero nunca me lo demostró.

–¿O sea que fuiste a verlo para ver si te confirmaba que lo había cambiado?

–Me dijeron que estaba despierto y hablaba. Yo no sabía si tendría otra oportunidad. Mis problemas financieros quedarían resueltos si Bobby cambiaba el testamento como había prometido.

–No; quieres decir que quedarían resueltos cuando muriera y recibieras el dinero -corrigió Michelle.

–Sí, eso -respondió Dorothea con voz queda y bajando la mirada.

–¿Eddie estaba al corriente de la posibilidad de este cambio en el testamento? – preguntó King.

–No, Eddie piensa que no tenemos problemas económicos. Él vive en otro mundo, no se preocupa por nada.

–Creo que en eso te equivocas -intervino Michelle.

–¿Por qué iba a cambiar Bobby el testamento para favoreceros a ti y a Eddie a expensas de Remmy? Tengo

entendido que ya os había dejado la vida bien resuelta.

Dorothea esbozó una sonrisa forzada.

–¿Acaso se tiene alguna vez suficiente dinero? Yo, por lo menos, no. Y Bobby era jodidamente rico.

King la miró con suspicacia.

–Bobby era un negociador nato. ¿Qué tuviste que darle a cambio, Dorothea?

–Preferiría no decirlo -repuso ella-. No es algo de lo que me sienta especialmente orgullosa.

–De hecho, me parece que puedo adivinarlo. El simulacro de *striptease* que le hiciste a Kyle probablemente fuera una menudencia en comparación. Por cierto, ¿por qué utilizabas uno de los coches antiguos de Bobby para ir al Aphrodisiac?

Ella lo miró con una amarga sonrisa.

–Pensé que por lo menos me debía eso. Además, ya no los conducía.

–¿Sabes por qué?

–Supongo que se cansó de ellos. El gran Bobby Battle era famoso por eso. Se cansaba de las cosas y luego las olvidaba. – Contuvo un sollozo.

King se levantó y la miró con poca compasión.

–Si se determina que Kyle murió asesinado, la policía querrá interrogarte.

–Supongo que ahora da igual. La situación no puede empeorar.

–Te equivocas, Dorothea, puede empeorar mucho.

Cuando salieron de la casa, Michelle dijo:

–¿Cómo supiste que era ella? Yo creía que nuestra *stripper* drogata era Savannah.

–No, imposible.

–¿Por qué? Recuerdo muy bien cómo se exhibió en la piscina aquel día.

–Exacto. Ahí está la respuesta. Sylvia dijo que cuando estuvo en el Aphrodisiac oyó a Kyle decir que la mujer le enseñaba el culo.

–Sí, ¿y qué?

–Pues Savannah lleva el nombre tatuado en el culo. Sin tener en cuenta otros factores, dudo que se lo enseñara a Kyle si quería permanecer en el anonimato. Sólo hay una Savannah en Wrightsburg con un trasero tan inconfundible.

64

Más tarde ese mismo día, Sylvia les informó de que había acabado la autopsia de Kyle. Decidieron reunirse en el despacho de King. Sylvia se presentó con Todd Williams. Al cabo de un minuto Chip Bailey entraba en el aparcamiento.

–Le he llamado -explicó Williams-. He supuesto que teníamos que mantenerlo al corriente, aunque la muerte de Kyle no esté relacionada con el asesino en serie.

–¿Estás seguro de que no? – repuso King.

El jefe lo miró con severidad.

–¿Acaso quieres volverme loco?

Cuando estuvieron instalados en la sala de reuniones, Sylvia abrió su carpeta.

–Como dije, no sabremos la causa exacta de la muerte hasta que recibamos los análisis toxicológicos -empezó-. Sin embargo, unos hallazgos poco corrientes en el examen externo me hacen pensar que murió en circunstancias sospechosas.

–¿Como un suicidio por sobredosis? – preguntó King.

–No, como un homicidio. – Hizo una pausa y luego habló con rapidez y firmeza-. Kyle no consumía drogas. No hemos encontrado otras drogas ni nada relacionado con ellas en su apartamento, y no tiene marcas de aguja en ninguna parte del cuerpo.

–Pero encontrasteis una jeringuilla usada y una marca de aguja en el brazo -comentó Bailey.

–Se ha confirmado que la sustancia de la jeringuilla era

heroína. De acuerdo, supongamos que Kyle quería suicidarse. La heroína se adquiere en la calle, o sea que nunca puedes estar seguro de la dosis que te inyectas en

realidad. Además hay que plantearse de dónde la sacó. Es obvio que no tengo heroína en la farmacia.

–Pero él estaría más informado que una persona normal. Y la triste realidad es que las drogas ilegales pueden encontrarse en cualquier sitio -dijo Williams.

–Pero si uno decide suicidarse, quiere hacerlo bien a la primera. En resumidas cuentas: la heroína no es una buena elección para el suicidio. Lo más importante, sin embargo, es que encontré dos pequeños pinchazos superficiales en el centro del pecho de Kyle. No los vi en la escena del crimen porque había poca luz.

–¿Qué tipo de pinchazos? – preguntó Bailey.

–Como de pequeñas agujas, separados por apenas dos centímetros y medio. Una marca especial.

–¿Como de jeringuilla? – preguntó Michelle.

–No. Nadie usaría una jeringuilla en el pecho. Los brazos y las piernas son las mejores partes donde inyectarse.

–Bueno, entonces ¿qué crees que es? – inquirió King.

–He visto un caso similar en Richmond, después de unos disturbios. Un hombre sufrió un paro cardiaco y murió después de que la policía lo dejara incapacitado con una pistola Taser. La Taser deja dos marcas similares a las de Kyle cuando los dardos electrificados impactan en el cuerpo.

–O sea que alguien le disparó con la Taser y luego le inyectó una sobredosis -dijo Bailey-. Por eso no había indicios de lucha.

–No estoy totalmente segura sobre la Taser, pero hay más. También encontré petequias y hemorragias en los ojos y la boca.

–Eso es síntoma de asfixia, de ahogamiento -dijo Michelle.

–Exacto. Las hemorragias se producen al intentar respirar. Pero no tenía señales de estrangulamiento, por lo que pienso que podrían haberlo asfixiado con un objeto que no

dejara tales rastros, como una almohada. Y la heroína es un depresor respiratorio; su respiración ya debía de ser muy superficial, lo cual habría ayudado a quien intentara matarlo por asfixia.

–O sea que si fue asesinado y el criminal intentó que pareciera un suicidio, hay que plantearse quién tenía motivos para matarlo -dijo Bailey.

–Pues la mujer a la que le vendía fármacos en el Aphrodisiac, por ejemplo -dijo Williams. Bailey lo miró con expresión inquisitiva y el jefe lo puso al corriente.

–Así pues, ella recuperó el dinero -dijo Bailey-, entonces ¿por qué matarlo?

–¿Y si Kyle se había enterado de quién era e intentaba chantajearla? – sugirió Sylvia-. Sería un móvil de manual: el temor a ser descubierta.

–Tenemos que encontrar a esa mujer-dijo Williams.

Michelle y King intercambiaron una mirada.

–Sabemos quién es -dijo él.

Todos lo miraron sorprendidos.

–¿Quién cono es? – preguntó Williams.

–Dorothea Battle. Y no tiene coartada para la hora en que mataron a Kyle.

–¿Dorothea Battle? – El jefe de policía se levantó de la silla-. ¿Por qué demonios no me lo habéis dicho antes?

–Acabamos de enterarnos. Lo ha reconocido delante de nosotros.

Williams cogió el teléfono móvil.

–Bueno, pues entonces iremos a buscarla de inmediato.

–Está en casa.

–Quieres decir que esperas que esté -repuso el jefe-. Si ha ahuecado el ala, os haré responsables.

–No creo que matara a Kyle, Todd.

Williams hizo caso omiso de tal afirmación y habló por teléfono para ordenar el arresto de Dorothea Battle. Una vez dada la orden, miró al investigador privado.

–¿Y en qué te basas para suponerlo? – preguntó.

–El instinto.

–Gracias, lo tendré en cuenta.

–Si Dorothea mató a ese tío, quizá tengamos a tres asesinos sueltos -declaró Bailey-. El asesino en serie, el que mató a Bobby Battle y ahora el que acabó con Montgomery.

–Dorothea también podría haber matado a Bobby -apuntó Williams. Miró a King-. ¿Dijo algo sobre por qué fue a ver a Battle?

–Dorothea esperaba que Bobby cambiara el testamento y le dejase más dinero. Al parecer fue al hospital para asegurarse de que lo había cambiado. Resulta que no ocurrió nada de eso. De hecho, Remmy recibió todo el dinero. O sea que su muerte no beneficiaba a Dorothea en absoluto.

–¿Y si cuando lo visitó él le dijo que no había cambiado el testamento y ella, fuera de sí, lo envenenó? – sugirió Michelle.

–No creo que Battle estuviera en condiciones de responder a ninguna pregunta. Cuando murió le estaban aplicando respiración asistida, lo cual prácticamente impide hablar.

Bailey dirigió una mirada a King.

–¿Qué tal va tu teoría sobre que las víctimas guarden alguna relación?

King se encogió de hombros.

–Estamos en ello.

Cuando los demás se marcharon, King hizo una llamada de teléfono. Pero al cabo de unos instantes colgó.

–¿Con quién querías hablar? – inquirió Michelle.

–Con Harry Carrick. No contesta. Volveré a llamar más tarde. En cuanto detengan a Dorothea se va a armar un escándalo. Harry es amigo de Remmy, por eso quería advertirle sobre lo que se le viene encima. Quizá sea conveniente que vaya a verla. Y Dorothea necesitará un abogado.

–No sé si debería localizar a Eddie y contárselo.

–Será mejor que se entere por otros medios. Bailey quizá quiera tener ese honor.

–¿Cómo es que no le contaste a Bailey lo de la relación de Canney con Battle?

–Es que no sé si en realidad existe alguna relación. Me gustaría estar seguro.

–Pero ¿tienes sospechas?

–Sí.

–¿Te importaría compartirlas conmigo?

–Tengo el presentimiento de que Steve Canney era hijo de Bobby Battle y de la señora Canney. Y que Roger Canney le sacó dinero al viejo después de la muerte de su esposa. Eso explicaría su enriquecimiento repentino y el hecho de que no tenga fotos de su esposa adúltera y del hijo que no era suyo.

–Me sorprende que esperara a que muriese en un accidente de coche para empezar a chantajear a Battle -dijo ella.

King la miró enarcando una ceja.

–¿Accidente de coche? – repitió lentamente.

–Sí, había bebido y el coche se estrelló. ¿No te acuerdas?

–Me acuerdo muy bien, gracias.

Michelle observó a su socio.

–Estás pensando algo. ¿Te importaría comentarlo conmigo?

King la miró.

–¿Y si la mujer de Canney no hubiera muerto en un accidente de coche?

–Pero fue así. La encontraron en su coche en el fondo de un barranco. Te dije que Todd me lo confirmó.

–Cierto, murió en el coche, pero eso no lo convierte necesariamente en un accidente, ¿verdad?

OceanofPDF.com

King logró ponerse en contacto con Harry y le contó lo sucedido.

–Voy directamente a casa de los Battle -declaró Harry-. Reunios conmigo allí.

Cuando llegaron a la mansión ya era la hora de la cena.

Remmy los recibió en la puerta.

–Masón ha salido -explicó.

–¿Te has enterado? – preguntó King.

–Sí. Dudo que pueda escurrir el bulto esta vez.

King miró a la mujer sorprendido.

–Remmy, sé que tú y ella no sois íntimas, pero de todos modos está casada con tu hijo.

–Y ése es el único motivo por el que me preocupa.

–¿Dónde está Eddie?

–En la ciudad hablando con los abogados. ¿Ya han acusado a Dorothea formalmente?

–Todavía no se sabe con exactitud la causa de la muerte -intervino Michelle-. Hasta entonces no pueden inculparla.

–No crees que matara a Montgomery, ¿verdad? –preguntó Harry a Remmy.

Ella lo miró a los ojos.

–No, pero tampoco me habría creído que compraba fármacos robados.

–Entre eso y matar a alguien hay una diferencia considerable -replicó él.

Remmy les indicó que entraran.

–Continuaremos esta conversación tan interesante durante la cena -dijo.

Savannah se reunió con ellos en el comedor. Iba vestida con una falda larga, blusa blanca, un suéter azul oscuro, medias y zapatos de tacón bajo. Llevaba un bonito peinado y un maquillaje discreto.

King tardó unos instantes en darse cuenta de lo que estaba viendo: la hija iba exactamente vestida como la madre. Lanzó una mirada a Michelle. A juzgar por su

expresión de sorpresa estaba claro que ella se había percatado de lo mismo.

Harry se sentó al lado de Savannah y entabló conversación con ella mientras King y Michelle se centraban en Remmy.

–Dorothea no recibió prácticamente nada por la muerte de Bobby -dijo King-. O sea que ahí no hay móvil.

–Los móviles no tienen por qué ser siempre económicos -repuso Remmy mientras untaba un panecillo con mantequilla.

«¿Como tu móvil para matar a tu marido?», pensó King.

–¿Piensa en algo en concreto? – preguntó Michelle.

–No; me limito a decir lo que me parece una obviedad.

–¿No tenías ni idea de que Dorothea utilizaba uno de los coches de Bobby y alquilaba una habitación en el Aphrodisiac? ¿O que tenía problemas con fármacos?

Remmy negó con la cabeza.

–No soy la niñera de mi nuera, ¿verdad?

–Yo sí sabía lo de los fármacos. – Todas las miradas se volvieron hacia Savannah.

–¿Te lo contó ella? – preguntó King.

–No, pero una vez la vi, supongo que volvía de ese sitio. Era por la mañana muy temprano y yo me había levantado para dar un paseo. Ella venía del garaje. Estaba hecha un desastre. Me sorprendió que hubiera sido capaz de llegar a casa conduciendo.

–¿Pensaste que estaba borracha? – preguntó Michelle.

–Después de cuatro años en la universidad distingo una borrachera de un colocón.

–Es un alivio saber que nuestro dinero ha servido para pagar una educación tan valiosa -espetó Remmy.

–¿Le planteaste el tema, Savannah? – preguntó King.

–No, no era asunto mío.

–Pero ¿no se lo dijiste a nadie? ¿A Eddie, por ejemplo?

–Repito, no era asunto mío. Dorothea y yo no somos íntimas, por si no te habías dado cuenta.

Tras la cena, Remmy se excusó en que tenía que escribir unas cartas y Savannah se quedó para despedir a los invitados. Sin embargo, King tenía que ir al lavabo y pidió a Harry y Michelle que le esperaran un momento. Mientras lo hacían, Harry se llevó a Savannah a un aparte y le habló en tono confidencial. Cuando King regresó, se dieron las buenas noches y se marcharon.

–Perdona, Michelle -dijo Harry-, pero estoy preocupado por Savannah y quería hablar con ella en privado.

–¿Te has percatado de que iba vestida igual que su madre? – dijo King.

–Eso ha sido un indicio de que ocurre algo -repuso Harry con diplomacia-. Remmy es una mujer que impone y supongo que ni siquiera un espíritu independiente como Savannah es inmune a sus exigencias.

–Y Remmy escribe muchas cartas, lleva un diario y supongo que recibe mucha correspondencia de sus amistades -comentó King.

Harry lo miró con expresión inquisitiva.

–Supongo que sí. Igual que yo. ¿Es importante?

–Al ir al lavabo he pasado por delante del estudio. Remmy estaba allí escribiendo cartas como ha dicho.

–¿Y? – preguntó Michelle.

–Lo que me preocupa es que todavía no sabemos qué robaron de su cajón y del de Bobby. ¿Y si fueran cartas o un diario o algo así?

–Podría ser-dijo Harry-. Las mujeres como Remmy suelen guardar sus cartas confidenciales en lugares seguros.

–Cartas que, podrían resultar comprometedoras -declaró King-. No necesariamente en sentido criminal pero

sí personal. Por lo menos es algo que debemos tener presente.

Se marcharon de la casa. Michelle había ido en su coche. Se despidió de Harry y King y se marchó. Harry subió a su descapotable y la imitó.

King vio la nota en el asiento delantero al entrar en su coche. Era escueta y directa: «Quiero hablar. Nos vemos en tu casa a las diez de la noche.» Llevaba la firma de Sally.

King miró alrededor pero no vio a nadie. Consultó su reloj. Eran las nueve. Se planteó si llamar a Michelle y decirle que se reuniera con él en la casa flotante. Pero su presencia quizás incomodara a Sally. Se marchó. En una hora una parte de aquel misterio se esclarecería, o por lo menos dejaría de estar tan liado. Dadas las circunstancias se conformaba con

eso.

66

Al cabo de una hora King se reunió con Sally al final de su camino de entrada, la hizo pasar al lado de las obras de su nueva casa hasta llegar a la escalera del barco.

Era obvio que la joven estaba muy nerviosa.

–Haces bien, Sally -dijo King para tranquilizarla-, de verdad que sí. Y en cuanto te quites este peso de encima, te sentirás mejor.

Se sentaron a la pequeña mesa de la cocina mientras el agua del lago lamía el casco del barco. Le preparó una taza de té caliente y la observó expectante.

–Júnior-acabó diciendo él-. ¿Has venido a hablarme de Júnior?

Ella dejó escapar un largo suspiro y empezó.

–Estaba con él cuando se produjo el robo.

King se quedó asombrado.

–¿Le ayudaste a entrar en la casa?

–¡No! No en casa de los Battle. En casa de Júnior, la que se estaba construyendo.

–¿O sea que él no cometió el robo?

–Imposible. Estuvimos allí desde las ocho hasta las cuatro de la mañana. Y desde la casa de los Battle se tarda por lo menos una hora en llegar.

–¿Por qué estabas con Júnior en su nueva casa?

Sally bebió un sorbo de té y se recostó en el asiento, sonrojada y con las mejillas surcadas de lágrimas.

–Dios mío, me cuesta creer que te esté contando esto.

–Sally, ¿por qué estabas con él? – insistió King.

–Nos conocimos cuando él fue a trabajar a casa de los Battle. Supongo… supongo que los dos nos sentíamos solos.

–¿Estabas liada con Júnior?

–¡No era eso, no! – exclamó con vehemencia.

–Entonces cuéntame qué era -dijo King con tranquilidad.

–Éramos sólo amigos. Al comienzo, me refiero. – Dejó la taza y se inclinó hacia delante-. Me dijo que iba a trabajar en la casa toda la noche. Su mujer tenía la noche libre e iba a estar con los niños. Fui allí, lo seduje y lo hicimos. Allí. Ya está, ya te lo he contado.

–¿Que tú lo sedujiste?

Ella se mostró ofendida.

–No siempre voy vestida con vaqueros holgados y perdida de mierda de caballo, Sean. Arreglada soy bastante resultona. Se sorprendió al verme llegar, por supuesto. Pero mi aspecto le dejó claras mis intenciones.

–Pensaba que Júnior estaba enamorado de Lulu.

–Lo estaba, pero al fin y al cabo era un hombre y yo iba con un escote y una minifalda espectaculares. Era bastante difícil rechazarme. Yo sólo quería sexo, sin preguntas ni compromisos. Y por lo que me contó, Lulu no estaba mucho por él últimamente. Trabajaba demasiadas horas en ese club.

–¿O sea que te encontraste con un Júnior dispuesto y preparado?

–Te lo diré de otro modo: Júnior no habría sido físicamente capaz de cometer ese robo. Joder, yo apenas podía caminar cuando terminamos.

King levantó una mano.

–Vale, no hace falta que entres en detalles.

Sally se restregó los ojos.

–Lo cierto es que a mí me gustaba. Sé que era barrigón y de aspecto rudo, pero en la intimidad era un hombre muy tierno.

–¿Por qué no hablaste cuando arrestaron a Júnior por el robo?

–¡No me lo permitió! Me dijo que prefería ir a la cárcel a que Lulu se enterara.

–Bueno, supongo que lo entiendo. ¿Qué más?

–Eso es. Me escabullí del funeral de Battle para despedirme de Júnior en su tumba. Creía que nadie me había visto. – Bajó la mirada hacia la mesa-. ¿Tendrá que saberse todo esto?

–Tal vez no ahora que Júnior ha muerto y Remmy está convencida de su inocencia. Y supongo que no hace falta estropear el recuerdo que Lulu tiene de su esposo.

–Él la quería, Sean; yo no fui más que la aventura de una noche, eso es todo -dijo, y añadió con un hilo de voz-: Supongo que es lo que siempre soy.

Cuando Sally se hubo marchado, King pensó en llamar a Michelle pero decidió esperar a la mañana siguiente. Había sido un día largo. Se fue a la cama.

En el exterior de la casa flotante el hombre había observado la marcha de Sally. Había utilizado el dispositivo de escucha que había instalado para seguir toda la conversación. Alzó la vista hacia la casa flotante cuando la última luz se apagó. Esperaría a que Sean King estuviera profundamente dormido y entonces le haría una última visita.

67

Michelle había regresado a casa en coche, hecho un poco de *kickboxing* con el pesado saco colgante en el sótano, guardado unas cuantas prendas de ropa y limpiado la cocina. Después se duchó y pensó en acostarse, aunque se sentía inquieta. No hacía más que pensar en los asesinatos. ¿Había algo que pasaban por alto? King había insinuado que

la señora Canney no había muerto en un accidente sino que la habían matado. Si era cierto, ¿quién había sido?

Decidió salir un rato en coche, eso siempre le ayudaba a aclararse las ideas. Su ruta la llevó hasta la agencia que compartía con King. Aparcó y entró pensando en echar un vistazo a todas las notas que había tomado a lo largo de la investigación para ver si se le ocurría algo.

Al pasar por el pequeño vestíbulo vio unos cuantos mensajes en la mesa de la recepcionista que tenían a tiempo parcial. Había uno para King de un tal Billy Edwards. El nombre le sonaba pero no sabía de qué. El prefijo era de Los Ángeles. Allí todavía era temprano. Uno de los aspectos que le molestaba de trabajar con King era que no soltaba prenda, incluso a expensas de su socia. Aprovechó la oportunidad que le brindaba la situación y llamó a Edwards. Contestó al tercer tono.

–¿Billy Edwards?

–Sí. ¿Quiénes?

–Michelle Maxwell. Soy socia de Sean King en Wrightsburg, Virginia. Creo que él le llamó.

–Sí. Le he devuelto la llamada.

–Ahora está fuera y me ha pedido que hable con usted.

–Perfecto. ¿Qué quiere saber de la época en que trabajé para los Battle?

Entonces ella cayó en la cuenta de quién era: el mecánico de la colección de coches antiguos de Bobby Battle. Lo habían despedido el día después de la discusión entre Bobby y Remmy, la que Sally Wainwright oyera por casualidad.

–Eso es -se apresuró a decir Michelle-. Tenemos entendido que lo despidieron de forma repentina.

Edwards rió.

–Intentó darme una patada en el culo sin avisar.

–¿Quién? ¿Bobby Battle?

–El único e irrepetible. He visto en las noticias que ha muerto. ¿Es verdad?

–Sí. ¿Tenía algún motivo para despedirle?

–No, pero a él no le hacía falta. No tuvo nada que ver con mi trabajo, lo sé. Reconozco que me cabreé por cómo se desarrolló la situación pero Battle me trató bien. Me pagó una buena indemnización y me dio una excelente carta de referencia que me ayudó a encontrar trabajo rápidamente. En Ohio, para otro ricachón que poseía una colección de coches mayor que la de Battle.

–Me alegro. Tenemos entendido que la noche antes de que le despidieran él y la señora Battle discutieron en el garaje.

–Remmy Battle, menuda mujer. Permítame que le diga que esos dos hacían buena pareja, como Godzilla embistiendo a King Kong.

–Ya. Pero ¿recuerda algo de la discusión?

–No. ¿Cómo lo ha sabido?

–No se lo puedo decir, es confidencial.

–Aja. Apuesto a que fue Sally Wainwright, ¿verdad?

–¿Por qué lo dice?

–Porque le gustaba ir allí a pasar el rato. Claro que a veces también estaba conmigo -añadió con una risita-. Oh, sí, Sally y yo pasamos muy buenos ratos.

–¿O sea que ustedes dos… estaban liados?

–No. Sólo tonteábamos. A ella sí le iba la marcha. Si Battle hubiera sabido lo que hacíamos en el asiento trasero de algunos de sus coches…

–¿Ah sí?

–Pues sí. Pero yo no era el único.

–¿Quién más?

–¿Masón sigue allí?

–Sí.

–Pues eso.

Michelle no fue capaz de disimular su sorpresa.

–¿Masón se acostaba con Sally?

–Por lo menos es lo que ella decía. – Hizo una pausa y añadió-: Yo nunca les vi haciéndolo. Pero es una joven

atractiva. Probablemente no debería decirle esto a una mujer, pero cuando se vive en la misma casa, ¿sabe?, estas cosas pasan. La ves por ahí ligera de ropa o saliendo del baño envuelta en una toalla y, oiga, somos humanos. No voy a disculparme por ello.

–Me hago cargo. ¿Alguien más?

–Probablemente, pero no tengo nombres.

–Sally dijo que Battle acababa de llegar en su Rolls Royce cuando él y Remmy se pelearon.

–¿El Rolls? Qué maravilla. Sólo hay cinco como ése en todo el mundo. ¿Se desprendió de él?

–Al día siguiente, al parecer.

–Ya me lo imaginaba.

–¿Por qué lo dice?

–La mañana que me echaron fui a recoger mis herramientas y cosas varias de las cocheras. Siempre tuve debilidad por ese Rolls. Era fantástico. Bueno, era la última vez que iba a verlo. Claro, yo no voy a comprarme uno de esos. – Edward rió.

Michelle, sin embargo, estaba tensa como un arco presto para lanzar la flecha.

–¿Y qué hizo?

–Quería echarle un último vistazo. Le quité la funda y me senté al volante, como si fuera mío.

–Vale, vale -dijo Michelle con impaciencia-; pero ¿por qué pensaba que Battle iba a deshacerse del coche?

–Porque cuando volví a ponerle la funda, me di cuenta de que el guardabarros delantero izquierdo estaba abollado y que tenía un faro roto. Tuvo que haber sucedido la noche anterior, porque por la tarde yo lo había revisado y estaba bien. No era gran cosa, pero en un coche como ése las reparaciones cuestan miles de dólares, y ya no se consiguen piezas de recambio originales. Fue una verdadera pena. Supongo que Battle chocó contra algo y se cabreó. Ese hombre odiaba los contratiempos. Solía venir a la cochera y reñirme si encontraba aceite en el suelo o una placa de

matrícula torcida. Probablemente no soportaba ver el coche abollado. Si no podía arreglarlo bien, se desharía de él. Él era así.

–¿Le contó a alguien que el Rolls Royce estaba estropeado?

–No. Era su coche, podía hacer con él lo que quisiera.

–¿Recuerda la fecha exacta en que se abolló?

–Pues debió de ser la noche anterior a que me despidieran. Como le he dicho, esa misma tarde lo había revisado y estaba bien.

–Entiendo. Pero ¿qué día era?

Edwards pensó unos instantes.

–Fue hace más de tres años, lo sé. En otoño o por ahí. Trabajé un tiempo para una empresa de Carolina del Norte hasta que me salió el trabajo de Ohio. Quizá septiembre. No, creo que fue octubre o noviembre -dijo con tono inseguro.

–¿No puede concretar más?

–Mire, me cuesta acordarme de lo que hice la semana pasada, así que imagínese lo de hace tres años. He estado en muchos sitios desde entonces.

–¿Podría mirar los resguardos de la nómina de cuando trabajaba para los Battle, o de los trabajos de Carolina del Norte u Ohio? De ese modo lo sabríamos con mayor exactitud.

–Señora, vivo en un apartamento de una sola habitación en West Hollywood. No tengo espacio para guardar papeles. Apenas me cabe la ropa.

–Bueno. ¿Si lo recuerda me llamará, por favor?

–Claro, si es tan importante.

–Es muy importante.

Michelle colgó el auricular y se apoyó contra el escritorio. Hacía tres años, en otoño. No obstante, si había sido realmente en otoño, habían transcurrido tres años y medio, porque entonces era primavera. Se irguió de repente. «Un momento -se dijo-. Sally Wainwright probablemente recordará la fecha exacta.» Consultó la hora. Demasiado

tarde para llamarla. Lo haría por la mañana. Sin embargo, llamaría a King para contarle lo que había averiguado.

En el móvil no obtuvo respuesta, así que dejó un mensaje. En la casa flotante no tenía línea fija. Probablemente estuviera durmiendo. Pensó qué hacer sin apartar la mirada del teléfono. Una parte de ella le decía que lo dejara por hoy y se marchara a casa, pero le embargaba una sensación muy extraña. Sean tenía el sueño ligero. ¿Por qué no había respondido? Por el visor del móvil habría sabido que era ella. ¡A no ser que no pudiera responder! Tomó las llaves y corrió al todoterreno.

68

King se revolvía incómodo en la cama. El barco se mecía y un pequeño gemido escapó de sus labios mientras el cerebro le ardía. Sin embargo, no se despertó. No se trataba de ninguna pesadilla. Su cuerpo se estaba quedando sin la capacidad de absorber oxígeno. Se estaba muriendo, lenta y silenciosamente.

Los faros cortaron la oscuridad cuando Michelle detuvo *la Ballena* y se apeó. Bajó rápidamente la escalerilla que conducía a la casa flotante.

–¿Sean? – llamó al tiempo que golpeaba la puerta-. ¿Sean? – Miró alrededor. El coche de él estaba allí. Él debía de estar en casa-. ¡Sean!

Probó la puerta. Estaba cerrada con llave. Recorrió la pasarela y miró por una de las ventanas laterales. No se veía nada. Llamó a la ventana del camarote en que él dormía.

–¿Sean? – Le pareció oír algo. Aguzó el oído. Un gemido.

Volvió corriendo a la puerta y empujó con el hombro, pero no se movió. Retrocedió, tomó carrerilla y lanzó una patada, destrozando el punto de unión de la jamba con la cerradura. Entró al interior pistola en mano. Notó una pesadez inmediata en los pulmones, lo cual no hizo más que

aumentar su sensación de pánico. Oía un zumbido e incluso al recorrer el interior oscuro sintió unos zarcillos fríos que la agarraban. Tropezó con varias cosas hasta encontrar el interruptor de la luz y la estancia se iluminó.

–¿Sean? ¡Sean! – gritó.

Se acercó a él e intentó despertarle pero estaba inconsciente. Lo sacó a rastras de la cama, tiró de él por todo el barco hasta salir a la cubierta. Cada vez le costaba más respirar. El yacía inmóvil con el rostro teñido de un preocupante morado. «Envenenamiento por dióxido de carbono.» Se inclinó sobre él, se apartó el pelo de la cara y empezó a hacerle el boca a boca.

–Respira, Sean, respira, maldita sea. ¡Respira!

No dejó de insuflarle aire, de darle todo el suyo hasta que empezó a marearse. Pero no cejó.

–Respira. Venga, Sean, ¡por favor, por favor! Hazlo por mí, Sean, hazlo por mí, cariño, por favor. Sean, no me hagas esto. No se te ocurra hacerme esto. ¡Venga, cabrón, respira de una vez!

Le tomó el pulso, le levantó la camiseta y escuchó los latidos de su corazón, apenas perceptibles. Le insufló más aire en los pulmones y luego dedicó unos segundos a llamar a la policía. Siguió intentándolo. Estaba preparada para practicarle la resucitación cardiopulmonar si sufría un paro cardiaco, pero el corazón le seguía latiendo, lo oía. Ojalá los pulmones empezaran a bombear. Continuó insuflándole aire hasta que pensó que iba a quedarse inconsciente. «Parece muerto. Ya está. He fracasado.»

–Por favor, Sean, por favor, no te mueras. No te rindas. Estoy aquí, Sean. Venga, tú puedes. Tú puedes.

Siguió insuflándole aire sin parar, cada vez más rápido para que le llegara a los pulmones, los ensanchara, le gritaran al cerebro y le dijeran que la lucha no había terminado.

«No puedes hacer esto, Sean. Aún no te ha llegado la hora, maldita sea, aún no. No me dejes, Sean King. Ni se te

ocurra dejarme.»

Perjuraba y soplaba. Soplaba y perjuraba, gritaba palabras de aliento, intentando llegar a él dondequiera que estuviera, en la vida, en la muerte o a medio camino.

«Quédate conmigo, Sean. Quédate conmigo. No ha llegado tu momento. Todavía no. Créeme.»

Al final empezó a reaccionar. El pecho comenzó a expanderse y contraerse; el morado del rostro fue atenuándose. Michelle corrió a buscar agua a la cocina y le roció la cara. ¿Dónde estaba la ambulancia? Ya tenía que haber llegado. King estaba mejor pero su estado podía cambiar en cualquier momento. Además, si le había faltado oxígeno durante demasiado tiempo podría sufrir daños cerebrales. Apartó de su mente esa idea perturbadora y siguió ocupándose de él.

Michelle le vertió el agua restante por el rostro y se puso en pie para ir por más. Entonces bajó la mirada y se quedó inmóvil. Tenía el punto del láser entre los pechos, justo en el corazón.

No vaciló; estaba harta de jugar a pillapilla con un asesino que siempre les llevaba la delantera. Además, estaba furiosa porque la anterior vez se les había escapado. Con una rapidez vertiginosa, saltó a un lado y, con el mismo movimiento, extrajo y disparó su arma. Vació el cargador, repartiendo los disparos por una superficie suficientemente amplia para alcanzar a aquel maldito cabrón.

Rodó por el suelo y se quedó agachada detrás de la barandilla del barco. Cambió el cargador. Vació un cartucho rápidamente y atisbo por encima de la borda. Entonces lo oyó: pies que corrían. Iba a lanzarse tras él cuando King gimió. Se acercó a él y se olvidó de perseguir al asesino. King intentaba incorporarse, respiraba dando grandes bocanadas. Al cabo de un momento se puso a vomitar. Michelle mojó un trapo en el lago, le limpió la cara y lo sostuvo.

–Recuéstate, Sean, recuéstate, no pasa nada. Estoy aquí. Túmbate. Te aguanto.

Intentó contener las lágrimas que en ese momento eran de felicidad. Al final decidió dejar que le corrieran por las mejillas. Sintió ganas de gritar de alegría cuando abrazó a Sean con todas sus fuerzas.

–¿Qué ha pasado? – dijo él con un hilo de voz-. ¿Qué demonios ha pasado?

–Tranquilo. La ambulancia está de camino.

El la miró mientras le mecía la cabeza en el regazo.

–¿Estás bien? – preguntó.

Fue entonces cuando Michelle se dio cuenta de que le había alcanzado un disparo. No fue por el dolor, al menos no al comienzo, sino por la sangre que le corría por el brazo. Palpó el agujero de la camisa por donde había entrado la bala. «Sólo un rasguño», pensó. No había bala, por lo menos no se lo parecía. Se rasgó la parte inferior de la manga y se hizo una especie de torniquete para detener la hemorragia.

–Michelle, ¿estás bien? – repitió King con voz más apremiante, aunque tenía los ojos cerrados.

–Nunca he estado mejor -mintió ella.

69

–Alguien bloqueó los respiraderos de la calefacción, Sean -les dijo Todd Williams más tarde en el hospital. Estaba ahí con dos ayudantes y Sylvia-. Todos los gases entraban en el camarote. Has tenido suerte de que Michelle llegara a tiempo.

–Casi no llego -dijo ella frotándose el brazo herido, que llevaba en cabestrillo.

King la miró con ceño desde la cama.

–Me has dicho que estabas bien. No me parece que haber recibido un disparo equivalga a estar bien -refunfuñó.

–No ha sido más que un rasguño.

–No es verdad, Michelle -intervino Sylvia-. Lo tienes en el interior del brazo. Un par de centímetros más y te habría

llegado al torso y el daño habría sido mucho mayor.

Michelle no se dejó afectar por ese diagnóstico tan funesto.

–¿Habéis encontrado la bala o la pistola? – preguntó.

–Ninguna de las dos -respondió Williams-. La bala probablemente esté en el lago. La pistola, vete a saber.

–Bueno, hay algo positivo en todo esto -dijo King, y todos lo miraron-. Si el asesino quería librarse de mí es porque estamos acercándonos.

–Bueno, sentados aquí seguro que no lo pillamos -dijo Williams.

Cuando Todd se hubo marchado, Sylvia le dijo a King.

–No puedes volver a la casa flotante. Quédate en mi casa, tengo mucho sitio…

–Se quedará en mi casa -terció Michelle-. Podré ocuparme de él.

King las miró y dijo a la forense:

–Tiene razón, Sylvia. Tú estás muy atareada. No puedes dedicarte a hacerme de enfermera, aunque me siento bien.

Michelle sacudió la cabeza.

–Ya has oído al médico, Sean. Tienes que tomártelo con calma durante unos días.

–Es cierto -convino Sylvia-. Te han bombeado oxígeno y quizás ahora te sientas bien, pero tu organismo ha sufrido un shock y si haces algún esfuerzo, acabarás volviendo aquí. – Miró a Michelle-. Bueno, cuídate tú también.

–Enseguida me recuperaré, gracias.

Sylvia abrazó a King, le susurró algo al oído y se marchó.

–¿Qué te ha dicho? – preguntó Michelle.

–¿No puedo tener secretos?

–Para mí no. Acabo de salvarte la vida. Y no es la primera vez.

King exhaló un suspiro.

–Bueno, me ha dicho que no vuelva a darle un susto como éste.

–¿Sólo eso?

–Lamento decepcionarte. ¿Qué esperabas? ¿Una declaración de amor eterno? Las parejas necesitan su tiempo. Por lo menos tres comidas, una película y muchas caricias, o eso me han dicho.

–Menudo listillo. Esto demuestra que estás mejorando.

–¿Podemos marcharnos ya de aquí?

–Quieren tenerte en observación un poco más.

–Maldita sea, lo único que necesito es aire fresco, y eso es precisamente lo que no hay en un hospital.

–Bueno, veré qué puedo hacer. Podemos pasar por tu casa para recoger tus cosas.

–¿Te sientes capaz de conducir con el brazo así?

–De conducir y de disparar. Tal como están las cosas, probablemente necesite hacer ambas cosas.

Salieron del aparcamiento al cabo de una hora en el todoterreno de Michelle.

–Bueno, esta vez por lo menos no me he quedado sin casa -ironizó King.

–Admiro a los hombres que saben encontrarle el lado positivo a las cosas.

–Ahora sólo me queda enfrentarme a otro reto.

–¿Qué reto?

–Sobrevivir en tu casa.

Apenas había amanecido cuando Sally Wainwright se levantó para empezar su jornada. Había que dar de comer, dejar trotar y cepillar a los caballos. Tenía que limpiar los compartimientos y arreglar bridas y cinchas de las sillas de montar, más un montón de tareas más que harían pasar las horas rápidamente. Siempre era la primera en levantarse y solía ser la primera en acostarse, pero esa mañana se sentía más lenta porque había dormido poco. Le asustaba lo que pudiera pasar tras su conversación con Sean King. No obstante, como él había dicho, había hecho lo correcto. Por lo menos así todo el mundo sabría que Júnior era inocente.

Se vistió y salió al fresco aire matutino. Llegó con paso rápido a los establos. Se acercó al compartimiento del

primer caballo, uno al que intentaba domar diligentemente. Se preguntó cuánto tiempo seguiría trabajando allí. Sólo Eddie y Savannah montaban y ahora que era posible que ella se marchara, ¿seguirían teniendo necesidad de caballos y establos? De todos modos, quizás hubiera llegado el momento de marcharse. Demasiada tragedia, demasiadas muertes. Empezó a temblar con sólo pensarlo.

El cuchillo dentado hizo un corte limpio en el cuello de Sally, cercenándole las arterias carótidas y las venas yugulares; de hecho entró tan adentro que llegó hasta la cervical en su trayectoria irregular en forma de media luna, de la oreja izquierda a la derecha. Ella farfulló, intentó hablar y notó que la sangre le manaba a borbotones. Cayó primero de rodillas y luego de bruces. El cerebro aturdido de Sally comprendió que la habían asesinado un instante antes de morir.

Su asesino empleó el rastrillo para darle la vuelta al cuerpo. Tenía la mirada dirigida hacia arriba pero, por supuesto, no veía a su verdugo. El rastrillo le golpeó en plena cara y le partió la nariz. Otro golpe le hundió una mejilla, y un tercero le destrozó el ojo izquierdo. Para cuando Sally dejó de recibir golpes, ni siquiera su madre la habría reconocido.

El asesino dejó caer el rastrillo y el cuchillo junto al cuerpo y siguió rondándola. Tenía una expresión de furia, de odio hacia la mujer caída. Al cabo de unos instantes Sally se quedó sola en su muerte, la paja que la rodeaba empapada de sangre. El único sonido era el del caballo que empujaba la puerta de su compartimiento, esperando impaciente su paseo matutino; paseo que no llegaría.

70

King se acomodó él mismo en la cama del pequeño cuarto de invitados. Mientras amanecía, oía a Michelle en la cocina haciendo ruido con los platos y utensilios y se estremeció al pensar en el mejunje incomible que le estaría

preparando esta vez. Siempre intentaba convencerle de que tomara batidos y barritas energéticas con pocos carbohidratos, sin carbohidratos o justo con los carbohidratos «correctos», prometiéndole que su organismo notaría un cambio milagroso de la noche a la mañana.

–No tengo mucha hambre -dijo él con voz débil-. Prepara algo para ti, un trozo de cartón con un poco de tofu, quién sabe.

Siguió oyendo el traqueteo de los cacharros y el grifo abierto, y cómo cascaba unos huevos y encendía la batidora.

–¡Oh, cielos! – gimió y se recostó en las almohadas. «Huevos crudos en una batidora con vete a saber qué.» Decidió pensar en el caso para quitarse de la cabeza la inminente pesadilla culinaria.

Siete muertes, empezando por Rhonda Tyler y acabando, de momento, con Kyle Montgomery. Creía que cinco eran obra de la misma persona. Pero consideraba que Bobby Battle y Kyle no. Tampoco sabía si les había matado la misma persona. Y encima habían estado a punto de matarle a él, y también a Michelle. Los posibles sospechosos abundaban y las pistas escaseaban. En todo momento el asesino parecía ir un paso por delante. Sylvia le había contado lo de Kyle, los

robos de fármacos y la mujer del Aphrodisiac. Para cuando empezaron a investigarlo, Kyle había muerto. Sally había ido a contarle lo de su encuentro sexual con Júnior y poco después habían intentado matarle.

Se incorporó de un brinco.

«¡Sally!»

–Michelle -llamó.

El ruido de cacharros seguía en la cocina. Era obvio que no le oía. Se levantó y se dirigió tambaleante a la cocina. Le costaba mantener el equilibrio. Michelle estaba en el fregadero cortando una cebolla e introduciéndola en la

batidora, donde ya había una especie de lodo verde amarillento.

Se volvió y lo vio.

–¿Qué haces levantado? – lo regañó.

–Tenemos que proteger a Sally.

–¿Sally? ¿Por qué?

–Vino a verme anoche y me dio información importante. En cuanto se marchó, me acosté. Entonces fue cuando manipularon la calefacción. – Le contó lo de la aventura de Sally con Júnior la noche del robo.

–Vaya, esto sí que es una sorpresa. ¿Y temes que la persona que intentó matarte viera también a Sally?

–No me sorprendería. Ese psicópata parece saberlo todo de antemano.

Michelle se secó las manos, cogió el móvil y llamó a Todd Williams. Le transmitió el mensaje y colgó.

–Ahora mismo irá para allá con algunos hombres.

–Tal vez debiéramos ir nosotros también.

–El único sitio al que tú vas es a la cama.

–Mírate: te han disparado y sigues atacando huevos y acuchillando cebollas.

–Vete a la cama. Estoy segura de que Sally está bien. Todd me ha prometido que llamará.

King obedeció a regañadientes. Supuso que no había muchas posibilidades de que le hubiera sucedido algo a Sally tan rápido.

Savannah llamaba con tal fuerza a la puerta de la casa de las antiguas cocheras que se le estaban magullando las manos. Al final Dorothea abrió la puerta vestida con una bata. Savannah parecía a punto de desplomarse.

Dorothea advirtió su expresión aterrorizada.

–Dios mío, ¿qué sucede?

Ella señaló en dirección a los establos.

–He encontrado… he encontrado a Sally. En los establos. Tiene la cabeza aplastada. Oh, Dios mío, ¡la han matado! – gritó.

Dorothea miró con desespero en derredor como si el asesino pudiera estar escondido en el vestíbulo. Subió corriendo las escaleras hacia el dormitorio, donde Eddie estaba dormido.

–¡Eddie! ¡Savannah ha encontrado a Sally muerta en los establos! ¡Eddie!

Él yacía inmóvil en la cama. Dorothea se le acercó más.

–¡Eddie! – Lo agarró por los hombros y lo zarandeó con fuerza-. Eddie, despierta.

Lo único que recibió a cambio fue un ligero gemido. Le tomó el pulso. Era muy débil, al igual que su respiración, espantosamente débil. Tomó un vaso de agua de la mesita de noche y se la vertió en la cara. En vano. Le levantó el párpado derecho. La pupila era minúscula. Dorothea, conocedora de los efectos de las drogas, sabía lo que significaba. Tomó el teléfono y llamó a la policía antes de bajar corriendo las escaleras. Savannah sollozaba en cuclillas al lado de la puerta. Dorothea se dio cuenta de que llevaba ropa de montar y que sus botas habían embarrado el vestíbulo.

Todd Williams se apartó del cadáver y asintió. Sylvia se acercó a examinar a Sally mientras el equipo forense buscaba pistas. Chip Bailey se encontraba junto a la puerta doble del establo, observando todos los movimientos, cuando se le acercó Williams.

–¿Qué tal está Eddie? – preguntó Bailey.

–Sigue inconsciente. No sé si lo han envenenado o qué. Ya no sé qué demonios está pasando aquí. Me refiero a que quién iba a querer matar a Sally y a Eddie.

–No creo que la chica tuviera nada que ver con todo esto.

Sylvia se reunió con ellos al cabo de unos minutos.

–Le han rebanado el cuello casi de oreja a oreja. La hemorragia ha sido terrible. La muerte debió de sobrevenirle en un minuto o dos. Y luego le aplastaron la cara por completo.

–¿Estás segura de que primero le cortaron el cuello? – inquirió Bailey.

–Sí. Cuando la golpearon ya estaba muerta.

–¿Hora estimada de la muerte?

–No hace más de cuatro horas. Le he tomado la temperatura rectal y el grado de rigor mortis lo confirma.

Williams consultó la hora.

–O sea que alrededor de las cinco y media de la mañana.

–Eso parece. No hay indicios de violación o agresión sexual. El asesino la atacó por detrás y es diestro. El corte de cuello se practicó de izquierda a derecha.

–¿Savannah la encontró? – preguntó Bailey.

–Iba a salir a cabalgar y se topó con el cadáver -explicó Williams-. Al menos eso entendí de sus balbuceos. No paraba de llorar, por lo que no estoy seguro.

–¿Y fue a casa de Eddie a buscar ayuda? – preguntó Bailey.

–Está más cerca de los establos que la mansión o que la casa donde se alojaba Sally -señaló Williams.

–Y Dorothea abrió la puerta, intentó despertar a Eddie y entonces llamó para pedir ayuda.

–Exacto.

Bailey reflexionó.

–O sea que Dorothea y Eddie estaban juntos en la cama. Ella estaba bien pero a él le habían administrado un veneno o algo así.

–Todavía no le he tomado declaración a Dorothea -dijo Williams.

–Pues me parece que más vale que lo hagas.

–No; creo que más vale llamar a Sean y Michelle -replicó Williams-. Me han llamado preocupados por Sally, antes de que recibiéramos la llamada de Dorothea. Es obvio que saben algo que nosotros desconocemos.

Mientras King esperaba la llamada de Williams, Michelle apareció con una bandeja haciendo equilibrios con el brazo sano.

Él la miró con ceño.

–Yo debería servirte, no tú a mí.

–Toma, te hará bien. – Dejó la bandeja y señaló su contenido-. Mi famoso batido megaenergético, cereales con trocitos de plátano y, de premio, pan integral con paté de aguacate.

–¿ Qué lleva el batido energético? No, da igual, no quiero saberlo. – Bebió un sorbito y rápidamente lo dejó-. Me parece que tiene que oxigenarse un poco.

–No es vino, Sean.

–No, eso está claro. – Se limpió la boca con una servilleta-. Todavía no te he preguntado por qué viniste a mi casa tan tarde anoche.

–Oh, maldita sea, se me había olvidado. Billy Edwards, el ex mecánico de Battle, llamó desde Los Ángeles.

King se incorporó.

–¿Qué dijo?

Michelle le contó lo de la abolladura del Rolls. Antes siquiera de que hubiera terminado, King ya se estaba vistiendo.

–¿Qué haces? – preguntó ella asombrada.

–Tenemos que ir a ver a alguien ahora mismo.

–¿A quién?

–A Roger Canney.

Cuando llegaron a casa de Canney la encontraron vacía. Atisbaron por las ventanas y probaron todas las puertas, cerradas con llave. King se dio cuenta de que el periódico del día estaba en la escalera delantera. Se encontraban en el sendero de entrada cuando pasó un hombre que paseaba a dos enormes basset, que en realidad parecían estarle paseando a él.

–No está en casa -dijo el hombre, que llevaba una gorra de béisbol de los Maryland Terrapins-. Le vi marcharse hace

unas dos horas, cuando salí a hacer *footing.*

King miró la hora.

–Muy temprano.

–Llevaba equipaje y lo cargó en el coche. Supongo que se ha ido de viaje.

–¿Qué coche? ¿El Beemer o el Range Rover? – preguntó Michelle.

–Range Rover.

–¿Dijo adonde iba?

–No. Salió tan rápido que casi me atropella.

Le dieron las gracias, subieron al todoterreno de Michelle y se marcharon.

–Sean, ¿qué sucede?

–Piensa en cómo murió la señora Canney.

–Borracha y en un accidente de coche. Pero tú sugeriste que quizá fue un asesinato.

–Exacto. Asesinada y despeñada por un barranco cuando su coche chocó contra un Rolls-Royce muy pesado con Bobby Battle al volante. Ambos sucesos se produjeron hace aproximadamente tres años y medio.

–¿Insinúas que Bobby Battle mató a la señora Canney? ¿Porqué?

–¿Y si no fue Roger Canney quien empezó a chantajear a Battle? Tal vez fue la señora Canney quien amenazó con desvelar que Battle era el padre de su hijo y Battle no reaccionó de la forma que ella quería, o se cansó de pagar. Entonces Roger Canney chantajeó a Battle por la muerte de su esposa.

–Pero ¿cómo es posible que Roger Canney supiera que Battle estaba implicado en la muerte de su mujer?

–Es posible que estuviera al corriente del plan de su esposa de chantajear a Battle. O que el plan fuese idea suya y su mujer le hubiera ayudado a apretarle las tuercas a Battle. Y qué casualidad que entonces maten a su mujer. Es un tipo listo. Aunque no tuviera pruebas fehacientes, ataría cabos.

–O sea que se enfrenta a Battle, le dice que sabe que mató a su mujer y que es el padre de Steve y que quiere dinero para mantener la boca cerrada.

King asintió.

–Al intentar evitar un chantaje por un hijo ilegítimo matando a la señora Canney, Battle podría haber sido víctima de un chantaje por asesinato.

–Pero *i* acaso Battle no habría pensado que Canney tendría que desvelar su complicidad en el chantaje si acudía a la policía para acusarle de la muerte de su mujer? Me refiero a que tendría que dar algún motivo convincente.

–Podía valerse sólo del hijo ilegítimo. Podría haber fingido no saber nada del chantaje ni del origen del dinero, culpando a su esposa muerta.

–Qué agradable.

–Sí.

–Me parece que le hemos asustado tanto que ha salido por piernas.

–Esperemos que no se haya marchado demasiado lejos. Necesitamos que nos llene unos cuantos vacíos.

Cuando King iba a llamar a Williams recibió una llamada de éste. King le contó lo que Sally le había revelado la noche anterior, así como sus sospechas sobre Roger Canney y la huida de éste. El jefe se encargó de emitir una orden de búsqueda y luego les pidió que se reunieran con él en casa de los Battle. Se negó a responder a sus preguntas sobre Sally.

King se dejó caer en el asiento con expresión abatida, seguro de que había ocurrido una desgracia.

72

Cuando llegaron a casa de los Battle, Williams y Bailey los condujeron a los establos. Durante el trayecto, Williams les dio la noticia sobre lo sucedido con Sally y Eddie. King palideció y apoyó una mano en la valla. Michelle le pasó el brazo bueno por el de él.

–Tranquilízate. Lo último que nos falta es que tú también caigas.

–La mataron con un cuchillo del panel de herramientas de los establos y lo dejaron en la escena del crimen -explicó Bailey-. Igual que el rastrillo. Sylvia acaba de marcharse pero ha dicho que murió muy rápido.

–¿Podemos ver el cadáver? – preguntó King.

–No es agradable, Sean. Yo en tu lugar no lo vería -repuso Williams.

–Es necesario -afirmó King.

A regañadientes, el jefe los condujo hasta el cadáver de Sally.

–¡Dios mío! – exclamó Michelle.

–Estaba furioso con ella por algo -dijo Williams-. No paró de golpearla en la cabeza. – Miró a King-. Quizá Sally supiera más de lo que te contó.

–Quizá-respondió King lentamente al tiempo que apartaba la mirada. Permaneció con expresión acongojada fuera de los establos mientras se llevaban el cadáver en una bolsa negra.

Cuando se cerraron las puertas de la ambulancia, se volvió hacia Williams.

–Ha sido culpa mía. La obligué a contarme la verdad y no tuve en cuenta que podía correr peligro por ello.

–Estuviste a punto de morir, Sean -replicó Williams-. La verdad es que no tuviste oportunidad de tener en cuenta nada más.

–¿Cómo está Eddie? – preguntó Michelle.

–Acabo de llamar al hospital. Sigue inconsciente pero está fuera de peligro.

–¿Saben ya qué ha sido?

–No. Pensaba pasar por el hospital más tarde, puedes acompañarme. Ahora voy a hablar otra vez con Dorothea. Y después con Savannah, aunque está consternada. Vamos.

Mientras caminaban, Williams le dijo a King:

–Si esto tiene que ver con Canney, os deberé una. Nunca se me habría ocurrido.

–No es más que una pieza del rompecabezas.

Dorothea se reunió con ellos en la puerta de su casa. Estaba pálida y demacrada. Williams, King y Michelle intentaron consolarla, pero Chip Bailey se limitó a mirarla fijamente con una mezcla de ira y determinación. Pasaron al salón.

–¿A qué hora os acostasteis tú y Eddie? – preguntó Williams.

–A eso de las doce y media. Él había estado trabajando en el estudio. Pero no fuimos a dormir entonces. – Sonrió-. Nunca habría pensado que verse implicado en un asesinato fuera tan positivo para la vida sexual. Pero Eddie ha estado maravilloso en los últimos tiempos.

–Es difícil encontrar un hombre que dé la talla en los momentos difíciles -dijo Michelle.

–Empiezo a comprenderlo -respondió ella con sinceridad.

–Estaba drogado, Dorothea -intervino Bailey-. He hablado con los médicos del hospital y dicen que está bajo los efectos de un potente narcótico.

–Eso es lo que no acabo de entender -repuso ella-. Cuando… cuando Savannah empezó a golpear la puerta me desperté totalmente confusa. Todavía no me siento bien del todo.

Bailey la miró con suspicacia.

–Cuando llegamos no dijiste nada de esto.

–Todo sucedió tan rápido… Savannah estaba destrozada, Sally asesinada y yo no lograba despertar a Eddie. Cielos, ha sido una pesadilla.

–¿A qué hora vino Savannah? – preguntó Bailey.

–Poco después de las ocho. Recuerdo haber mirado el reloj del vestíbulo.

–¿Qué comió y bebió Eddie anoche?

–Cenamos como siempre, nada extraño. Un poco de vino después de cenar y luego él se fue al estudio a pintar y yo

estuve con papeleo en el despacho de casa.

–¿Podemos ver los restos de la comida y la botella de vino? – preguntó Bailey.

–No quedaron restos. Creo que la botella de vino está por ahí.

–Te agradecería que me la enseñaras antes de marcharme -dijo Bailey.

Dorothea adoptó una expresión desafiante.

–¿Qué intentas demostrar exactamente?

Él la miró con frialdad.

–Eddie tomó algo anoche que lo dejó tan noqueado que todavía no se ha repuesto. Tuvieron que administrárselo de algún modo.

–Pues yo no tengo ni idea de cómo -replicó ella con vehemencia.

–Da igual, mi trabajo es averiguarlo -dijo Bailey-. Los fármacos que le comprabas a Kyle, ¿tienes alguno por aquí?

–No… no estoy segura. Puedo mirar…

–Te diré lo que voy a hacer: voy a hacer que registren tu casa. ¿De acuerdo?

Dorothea se levantó vacilante.

–Creo que antes debería hablar con mi abogado.

Bailey también se puso en pie.

–Pues adelante. Mientras tanto conseguiré la orden de registro. Voy a apostar a uno de mis agentes ahí fuera por si algo importante decide salir por la puerta. Y podemos mirar los desagües porque aquí hay fosa séptica, así que podremos encontrar todas las pruebas que vayan a parar al váter.

–Lo que insinúas es ridículo -exclamó Dorothea-. Yo no maté a Sally ni drogué a mi marido.

–Lástima que todavía no sepamos la causa de la muerte de Kyle Montgomery. De lo contrario, ahora mismo podrías estar en la cárcel. Eso habría sido una buena coartada para ti.

Bailey se marchó y Dorothea miró a King con expresión demudada.

–Sean, ¿qué sucede?

Él se acercó a ella presuroso y la sujetó antes de que se cayera al suelo. La ayudó a tumbarse en el sofá. Se volvió hacia Michelle.

–Ve a buscar un vaso de agua.

Michelle lo hizo y King volvió a mirar a Dorothea. Ella le tomó del brazo.

–Dios mío, qué mal me siento… Me va a estallar la cabeza y tengo náuseas.

–Llamaré a Masón para que se ocupe de ti.

Ella lo agarró del brazo con más fuerza.

–No he hecho nada, Sean. Tienes que creerme.

Michelle regresó con el agua y Dorothea se la bebió.

–Me crees, ¿verdad? – preguntó luego en tono de súplica.

–Te creo tanto como a los demás.

Cuando King, Michelle y Williams se marcharon, Bailey estaba hablando con uno de sus hombres y señalando hacia la casa. Se acercaron a él.

–No le has dado ni una oportunidad, Chip -dijo Williams.

–No sabía que se la mereciera -espetó el agente del FBI.

–Ha sido una mañana traumática para ella, de hecho estos últimos días.

–Si todo esto es obra suya, ¿por qué debería compadecerla?

–¿Crees que drogó a su marido y luego mató a Sally? – preguntó King.

–Creo probable que drogara a Eddie para que otra persona matara a Sally. Los establos están suficientemente cerca de la casa como para que si había una pelea o Sally gritaba Eddie la oyera y fuera a rescatarla. Si él estaba inconsciente esa posibilidad no existía.

–¿Y con quién crees que Dorothea está compinchada?

–Si lo supiera ya podríamos marcharnos todos a casa.

–¿Y el móvil para matar a Sally?

–Sabía más de lo que contó, incluido a ti. Dijo que era la coartada de Júnior. Bueno, sólo tenemos su palabra porque no lo dijo hasta que Júnior estuvo muerto. No lo puede corroborar. Supongamos que no estuvo con él la noche del robo. Supongamos que ayudó a alguien a entrar en la mansión o que fue ella quien entró.

–En ese caso, ¿para qué contar la supuesta aventura con Júnior? – inquirió Williams.

–Porque eso le daba una coartada para el robo -respondió King.

–Exacto -convino Bailey, mirando a Williams.

–Pues no está mal esta teoría, Chip -declaró King.

–Gracias. Tengo mis momentos. – Subió al coche y se marchó.

73

Eddie empezó a volver en sí hacia las tres de la tarde.

Williams, Bailey, King y Michelle estaban alrededor de su cama. Los miró, pálido, agitado y despeinado. Remmy estaba sentada al lado de su hijo, sujetándole la mano y frotándole la frente con un trapo húmedo.

–Cielos, Eddie, no vuelvas a darme un susto como éste.

–No era precisamente mi intención -dijo con voz apagada.

–¿Qué recuerdas de anoche? – preguntó King.

–Dorothea y yo cenamos y hablamos de los últimos sucesos. Antes yo había estado con el abogado bastante rato.

–¿Por qué no fue contigo a ver al abogado? – preguntó Michelle.

–Yo quería que viniera, pero ella se negó. Por extraño que parezca, ella cree que si actúa como si no hubiera pasado, el embrollo se deshará solo. De todos modos, después de cenar fui al estudio para despejarme un poco. – Miró a Michelle antes de continuar-. Alrededor de la medianoche volví y subí al dormitorio. Dorothea todavía estaba

despierta. De hecho muy despierta, no sé si me entendéis -añadió con cierto embarazo.

–Me parece increíble dadas las circunstancias, pero hace tiempo que dejé de intentar comprender a tu mujer -gruñó Remmy.

–Fue cosa de los dos -replicó él con aspereza. Sin embargo, siguió mirando a Michelle-. Supongo que era una forma de aliviar la tensión. Pero reconozco que fue extraño.

–¿Qué sucedió a continuación? – preguntó King.

–Me dormí. Me refiero a que me quedé profundamente dormido. Lo siguiente fue despertarme en el hospital. ¿Qué demonios me ha pasado?

–Los médicos dicen que es sulfato de morfina, también llamado MS Contin -respondió Williams-. Garantizado para dejarte noqueado durante ocho o nueve horas.

–Pero ¿por qué? – preguntó Eddie-. ¿Qué han conseguido con eso?

King miró a Williams.

–¿No se lo has dicho?

–¿Decirme qué? – exigió Eddie.

El jefe lo miró.

–Sally Wainwright fue asesinada alrededor de las cinco y media de la mañana.

Eddie se incorporó tan rápido que casi se arrancó el suero.

–¡Cómo! – exclamó-. ¿Sally?

–¡Eddie! – chilló su madre, que le obligó a recostarse en la cama-. ¡Vas a hacerte daño!

De repente él adoptó una expresión de desespero y volvió a incorporarse.

–¡Dios mío! ¡Dorothea! ¿Está bien?

–Sí -se apresuró a decir Williams-. Perfectamente.

–Por ahora -murmuró Bailey.

Eddie volvió a recostarse pero aferró el brazo de su madre.

–¿Alguien mató a Sally mientras dormía?

–No; la mataron en el establo -respondió King.

–Pero ¿por qué a Sally? – inquirió Eddie.

Williams miró a King.

–Había revelado información importante que descartaba la posibilidad de que Júnior hubiese cometido el robo en casa de tu madre -explicó éste.

Remmy se sorprendió.

–Ya me imaginaba que él no había sido, pero ¿cómo es posible que Sally tuviera pruebas de ello?

–Las tenía, pero de momento vamos a dejarlo así-dijo Williams.

–¿Lo que te contó implicaba a otra persona? – preguntó Eddie.

–No -contestó King.

–Entonces ¿por qué matarla?

–No tengo respuesta para esa pregunta. Ni para muchas más.

–Pero lo que sí sabemos, Eddie, es que anoche te drogaron y mientras estabas inconsciente alguien mató a Sally -dijo Williams-. Alguien que conocía sus costumbres y que sabía que estaría en los establos a esa hora de la mañana.

Se produjo un silencio largo e incómodo, hasta que Eddie dijo:

–¿Insinúas que mi mujer…?

–No insinúo nada -repuso Williams-. Sólo expongo un hecho. Pero Dorothea está bajo sospecha.

Eddie sacudió la cabeza.

–Es una empresaria respetable…

–Que tiene problemas con las drogas y que podría ser sospechosa de asesinato -apuntó Remmy con brusquedad.

–¡Cállate, mamá! – gritó Eddie.

Aquella reacción sorprendió a todos. Remmy soltó lentamente la mano de su hijo.

Eddie señaló a Williams con dedo acusador.

–Si piensas que Dorothea me drogó y luego mató a Sally, estás perdiendo el tiempo mientras el verdadero asesino anda suelto.

–Nuestra obligación es investigar todas las posibilidades -dijo Bailey con tranquilidad.

–¿Incluidas las ridiculas?

–Será mejor que descanses un poco, Eddie -dijo King-. Has tenido una noche dura.

–Muy bien, de todos modos ahora preferiría quedarme a solas. – Apartó la mirada de todos y se tapó la cara con el antebrazo.

Remmy se levantó y se dirigió a la puerta.

–Vendré a verte más tarde, hijo.

–Como quieras -respondió él con sequedad.

Al llegar a la puerta Remmy se volvió hacia Williams.

–¿Sabes? Tengo la impresión de que no hemos avanzado nada desde el primer día. Muchos muertos y ningún avance. – Dedicó una dura mirada a Bailey-. Y eso incluye al insigne FBI. Me pregunto para qué demonios pago impuestos. – Salió de la habitación.

Los hombres la siguieron.

Michelle se detuvo en la puerta y se volvió hacia Eddie. Seguía tumbado con la cara tapada. Se marchó en silencio.

74

Transcurrieron dos días sin noticias de Roger Canney a pesar de que Chip Bailey y el jefe Williams habían emitido una orden de búsqueda.

–Es como si se lo hubiera tragado la tierra -se quejó el agente del FBI en la reunión del equipo de investigación.

Con ocho asesinatos consumados y dos tentativas, Wrightsburg estaba rebosante de investigadores que luchaban por resolver el caso y tenían que lidiar con los medios de comunicación que habían invadido la localidad. Apenas quedaban ciudadanos sin entrevistar por los reporteros. Era imposible ver las noticias nacionales o leer el

Washington Post, el *New York Times* o el *USA Today* sin encontrar un artículo sobre los crímenes de Wrightsburg. Experto tras experto sugerían una solución tras otra, la mayoría de las cuales no tenía nada que ver con la realidad del caso. Los habitantes ponían en venta sus casas y se marchaban, y el comercio se había reducido sensiblemente; no parecía exagerado pensar que la pequeña ciudad podría dejar de existir si no encontraban rápido al asesino o asesinos. No era de extrañar que los empresarios y los políticos pidieran la cabeza del jefe Williams, junto con la de sus ayudantes principales, King y Michelle, por poco tiempo que hiciera que ejercían sus funciones. Bailey también recibía la presión de sus superiores, pero se dedicaba a su trabajo y seguía todas las pistas posibles, aunque la mayoría acababa diluyéndose.

Eddie recibió el alta del hospital y Sylvia terminó la autopsia de Sally, si bien la causa de la muerte estaba clara desde el principio. No se obtuvieron nuevas pistas pero por lo menos no murió nadie más.

En medio de todo ese caos y críticas, cuando parecía que la ciudad al completo podía implosionar de un momento a otro, King cogió dos botellas de su bodega particular y fue a recoger a Michelle para cenar en casa de Harry Carrick.

King abrió los ojos como platos al verla salir de su casa y subir al descapotable Lexus.

–Estás muy guapa, Michelle -declaró, admirando el vestido ceñido que le llegaba a medio muslo y dejaba al descubierto una buena parte de sus piernas olímpicas. Un elegante chai azul le cubría los hombros; ya no llevaba el brazo en cabestrillo. Iba maquillada y parecía que incluso había ido a la peluquería, porque el pelo no le caía por la cara. Era un contraste muy marcado con los vaqueros, las cazadoras, las zapatillas de deporte, el chándal y la cabellera suelta que solía llevar.

Por su parte, King vestía traje y corbata e incluso se había colocado un pañuelo en el bolsillo del pecho de la

americana.

–Quiero causarle buena impresión a Harry -repuso ella-. Pero vaya, no esperaba tales elogios por tu parte.

–¿A qué te refieres?

–El otro día encontré en el cubo de la basura el desayuno y la comida que te había preparado. Si no te gusta lo que cocino, no tienes más que decirlo. No temas, no vas a herir mis sentimientos.

–No deberías perder el tiempo en la cocina -dijo King imitando a Bogart-. No es tu estilo, nena.

Michelle sonrió.

–Gracias a Dios que existen los pequeños favores.

–De todos modos, el atún que cocinaste la otra noche estaba muy bueno.

–Es un gran elogio viniendo de ti.

–Mira, la siguiente comida la preparamos juntos. Puedo enseñarte unos cuantos trucos.

–De acuerdo, trato hecho.

–¿Qué tal el brazo?

–Como dije, no es más que un rasguño.

Mientras iban en el coche con la capota bajada por las serpenteantes carreteras rurales bajo una noche cálida y agradable tachonada de estrellas, Michelle lo miró apreciativamente.

–Tú también estás muy guapo.

–Como Eddie Battle, cuando me arreglo soy resulten. – Le sonrió.

–¿Somos los únicos invitados?

–Sí, dado que fui yo quien propuso que nos reuniéramos.

–¿Tú? ¿Porqué?

–Ya es hora de que nos sentemos a hablar tranquilamente del caso, y yo funciono mejor frente a una botella de buen vino.

–¿Estás seguro de que no lo has hecho para librarte de otra comida en mi casa?

–No lo había pensado.

La casa de Harry era grande, antigua y acogedora.

Los recibió en la puerta y los condujo a la biblioteca, donde, a pesar de la cálida noche, ardía un acogedor fuego. El viejo abogado vestía un elegante traje azul de tres piezas de finas rayas. Llevaba un clavel en la solapa. Sirvió bebidas y se sentaron en un mullido sofá de cuero frente a la chimenea. El sofá parecía haber sostenido los traseros de por lo menos cinco generaciones.

Alzó su vaso.

–Un brindis por mis dos buenos amigos. – Bebieron y Harry, después de mirar a Michelle, añadió-: Creo que es de rigor proponer otro brindis. – Volvió a levantar la copa-: Por una de las mujeres más encantadoras que he conocido. Michelle, hoy estás especialmente hermosa.

Ella sonrió y miró a King.

–Lástima que no sé cocinar.

King fue a decir algo pero se lo pensó mejor y se limitó a beber un sorbo de whisky.

–Una casa increíblemente interesante -declaró Michelle, echando un vistazo a las estanterías empotradas repletas de volúmenes que parecían antiguos.

Harry siguió la mirada de ella alrededor de la biblioteca.

–Por supuesto está encantada, tal como debe ser un lugar que vio la luz en el siglo XVIII.

–¿Encantada? – repitió Michelle.

–Oh, sí. He visto numerosas apariciones a lo largo de los años. Algunas las considero asiduas. Desde mi regreso aquí, me siento en la obligación de conocerlas, teniendo en cuenta que me reuniré con ellas en un futuro no demasiado lejano.

–Aún te quedan muchos años, Harry-comentó King.

–¿Qué haríamos sin ti? – dijo Michelle al tiempo que entrechocaba su vaso con el de Harry.

–Incluso antes de que la otra rama de la familia Lee pensara en construir su fortaleza en Stratford Hall, los de mi linaje ya colocaban los cimientos de ésta. – Consultó su reloj

de bolsillo-. Calpurnia sirve puntualmente a las siete y media. Eso nos deja un poco de tiempo para hablar antes de cenar, aunque no es difícil adivinar el tema de conversación.

–¿Calpurnia? – preguntó Michelle.

–Mi cocinera y ama de llaves; una señora encantadora que lleva muchos años conmigo. La contraté cuando estaba en el Tribunal Supremo de Richmond y luego tuvo la amabilidad de venir aquí conmigo. Sin Calpurnia me sentiría totalmente perdido.

Bebió un sorbo de bourbon, dejó el vaso y juntó las manos con expresión grave.

–Tenemos que solucionar este caso y pronto. Los asesinatos no van a parar sólo porque así lo deseemos.

–Lo sé -reconoció King. Se levantó y se puso frente a ellos de espaldas al fuego-. He estado pensando en el tema porque no tenía gran cosa que hacer mientras me recuperaba del intento de envenenamiento del otro día. Hasta el momento se han producido ocho muertes. Pero sólo quiero hablar de cinco, por lo menos al comienzo. Empezaré por Rhonda Tyler.

–La bailarina -dijo Harry.

–La prostituta.

–¿Estás seguro? – preguntó Michelle.

–He hablado de ello con Lulu. Tyler era una de las que decidieron ganar un sobresueldo.

–¿Qué es eso? – preguntó Harry.

–Un servicio suplementario del Aphrodisiac, que ya se ha suspendido -respondió King sin concretar más.

Harry asintió.

–Siempre sospeché que ocurría algo así -comentó-. Me refiero a que no puedes pretender que los hombres vean a esas chicas desnudas, se atiborren de alcohol y luego se limiten a regresar a casa como colegiales. O sea que Rhonda era prostituta.

–Exacto -dijo King-. Pero ¿la mataron por eso?

Michelle aventuró una respuesta genérica:

–Las prostitutas son sin duda el primer objetivo de los asesinos en serie.

–Cierto. Pero ¿nos enfrentamos a un asesino en serie «normal» que decidió empezar por la víctima «clásica», o estamos ante otra cosa?

–¿A qué te refieres, Sean? – preguntó Harry.

–Me refiero a si Tyler sólo era un símbolo o, por el contrario, fue un crimen más personal.

–¿Cómo saberlo con lo poco que tenemos? – dijo Michelle.

–Voy a responder a esa pregunta con otra pregunta -dijo King-. ¿Existe la posibilidad de que Bobby Battle disfrutara de los servicios de Rhonda Tyler? Ella trabajaba en el Aphrodisiac antes de que Bobby sufriese el derrame. Se sabe que era asiduo del local, aunque Lulu no precisó demasiado cuándo lo vio allí por última vez.

–No me había planteado esa posibilidad -reconoció Harry-. Pero supongamos que se acostaba con ella. ¿Por

qué la convertiría eso en objetivo de nuestro asesino junto con, por lo menos, otras cuatro personas que no parecen guardar relación?

–¿Y si las otras víctimas tenían alguna relación con Battle?

–¿Como por ejemplo?

–Sean cree que Steve Canney era hijo ilegítimo de Bobby -respondió Michelle-. Su madre había trabajado para Battle y probablemente la dejara embarazada, y creemos que Roger Canney chantajeaba a Bobby. También pensamos que Bobby tuvo que ver con la muerte de la señora Canney hace tres años y medio y que fue entonces cuando empezó el chantaje.

–¡Dios mío! – exclamó Harry.

–Pero, Sean -dijo Michelle-, yo también he estado pensando en el tema. Bobby tenía amantes y se acostaba con prostitutas abiertamente. Si lo que dices es cierto, ¿por qué iba a importarle que se aireara la existencia de un hijo

ilegítimo? ¿Por qué dejarse chantajear por una relación extramatrimonial cuando para él era el pan de cada día?

–Creo que tengo la respuesta -respondió Harry-. En la época de la que habláis Bobby estaba inmerso en la venta de su empresa. Muchos abogados locales trabajaban en la venta en nombre de Battle, por lo que me enteré de todas las batallitas relacionadas con la negociación. El comprador era una multinacional con una reputación intachable. Y Bobby era el rostro público de su empresa.

–O sea que el hecho de saberse que tenía un hijo ilegítimo no habría ayudado en las negociaciones -dijo King.

–Exacto. De hecho, la venta se llevó a cabo y proporcionó más dinero a Bobby del que podría haberse gastado en varias vidas. Probablemente fue bueno para él.

–¿Por qué lo dices? – preguntó King.

–Battle siempre había sido un excéntrico, pero en los últimos años su comportamiento era cada vez más raro. Cambios de humor drásticos, brotes de depresión seguidos de momentos de euforia poco realista. Y su cabeza ya no era la de antes. Había sido uno de los ingenieros y empresarios más brillantes de su época y de pronto olvidaba nombres y

cosas importantes. La verdad es que no me sorprendió lo del derrame. De hecho, sospecho que había sufrido varios derrames menores que le habían afectado la cabeza. Pero nos estamos desviando del tema del chantaje. – Harry miró a King-. Siento el rodeo.

–Descuida, necesitamos el máximo de información posible. El momento de la venta de la empresa de Bobby me hace pensar que fue Roger Canney quien ideó el chantaje. Es de suponer que la señora Canney sabría quién era el padre de su hijo o, por lo menos, que Bobby podía ser el padre. Steven Canney tenía diecisiete años al morir. Si ella hubiera querido revelarlo, no habría esperado tantos años. No es que Bobby no fuera rico hace diecisiete años.

Harry siguió ese razonamiento.

–Pero quizá Roger Canney sabía que Steve no era su hijo biológico y esperó a que su mujer muriera para apretarle las tuercas a Bobby. Tal vez esperó porque su mujer no habría estado de acuerdo. Sin duda sabría lo de la posible venta de la empresa. Esa información se hizo pública.

–O quizás -intervino Michelle- Roger Canney no quiso esperar a que su mujer muriera por causas naturales y aceleró las cosas haciendo que se saliera de la carretera, para así poder poner en práctica su plan de chantaje.

–Pero el coche que se abolló en la época en que ella murió fue el de Bobby -dijo King-. Por lo que parece más probable que Bobby la matara.

–Sólo digo que Roger Canney quizá también tenía motivos para matarla -insistió Michelle.

King la miró con admiración.

–Tienes razón, Michelle. La verdad es que no se me había ocurrido.

–¿Adonde nos conduce todo esto? – quiso saber ella.

La campanilla que anunciaba la cena les interrumpió.

–Le he dicho a Calpurnia que lo de la campanilla está pasado de moda, pero ella alega que ya no oigo tan bien como antes y que es la única manera de que le haga caso sin tener que buscarme por toda la casa. ¿Cenamos?

75

Sean había descorchado las dos botellas de vino al llegar para que estuvieran bien oxigenadas para la cena. Sirvió la primera en la mesa.

–Es un La Croix de Peyrolie de Lussac-St-Emilion.

–Y estoy segura de que tiene una historia curiosa -dijo Michelle al olerlo.

–Lo cría la bien llamada Carole Bouquet, que fue una modelo famosa y chica Bond en una de sus películas, *Sólo para tus ojos,* creo. La otra botella es un Ma Vérité de Gérard Depardieu, Haut-Médoc.

–Déjame adivinarlo, criado por el actor del mismo nombre -dijo Harry.

–Sí. Estos vinos tienen mucho futuro y sólo los saco en ocasiones especiales.

–Es un honor para Harry y para mí -dijo Michelle con una sonrisita.

Brindaron y empezaron la cena que les sirvió Calpurnia. Tenía unos sesenta años y medía más de un metro ochenta, era corpulenta y llevaba el cabello gris y grueso recogido en un moño tenso. Tenía el aspecto de la peor pesadilla infantil en forma de institutriz. No obstante, la cena era espectacular.

Cuando Calpurnia los dejó, Harry dijo:

–Michelle estaba preguntando adonde nos llevan tus especulaciones sobre el origen de Steven Canney y la posible relación de Rhonda Tyler con Bobby Battle.

–Pues al hecho de que dos víctimas podrían estar reía

donadas con Bobby Battle. ¿Es razonable pensar que sean más dedos?

–¿Janice Pembroke? – aventuró Michelle.

–No. Creo que sencillamente estaba en el lugar y momento equivocados -respondió King.

–¿Diane Hinson? Era abogada. Quizá había trabajado en algún asunto corporativo de Bobby -sugirió Michelle.

King negó con la cabeza.

–Lo dudo. Era abogada penalista. He investigado y no he encontrado a nadie que crea que tuvieran alguna relación. Dejemos a Hinson por ahora. El siguiente es Júnior Deaver. Su relación con los Battle está clara.

–Cierto. Trabajaba para ellos y además le acusaron de robo -dijo Michelle.

–Pero el robo se produjo después del derrame de Bobby -dijo Harry.

–Nunca pensé que Bobby hubiera matado a nadie -dijo King-, aparte tal vez de la señora Canney. Pero tenemos a tres personas relacionadas de alguna manera con Bobby

Battle. Todas muertas siguiendo el modus operandi de un asesino en serie famoso, con un reloj en la muñeca y una carta subsiguiente.

Michelle no parecía muy convencida.

–De acuerdo, quizá mataran a Pembroke porque estaba con Canney, pero Hinson fue asesinada siguiendo el estilo del Acosador Nocturno. Sin embargo, dices que no tenía ninguna relación con Battle.

–Su reloj marcaba las cuatro y un minuto -afirmó King. Hizo una pausa antes de continuar-. Y recordad, el reloj de Pembroke marcaba las dos y un minuto. Los otros marcaban la hora en punto.

–O sea que Hinson y Pembroke estaban un tic fuera de lugar -dijo Michelle.

–Exacto. – King la miró desconcertado-. ¿Un tic fuera de lugar? Esa frase me suena de algo.

–¿O sea que el asesino nos está diciendo a propósito, mediante los relojes, que algunas víctimas están… qué… fuera de lugar? – repuso ella.

–Creo que nos dice que Tyler, Canney y Júnior fueron asesinados a propósito debido a su relación con Bobby -concluyó King-. Pembroke y Hinson no eran objetivos concretos porque no guardaban tal relación.

–De acuerdo, supongamos que Pembroke fue asesinada por estar con Canney. Entonces ¿por qué mataron a Hinson? – preguntó Michelle.

–Hemos seguido todos los caminos posibles para encontrarle un sentido pero no hay manera. Para los objetivos de nuestro asesino el hecho de que Pembroke muriera al mismo tiempo que Canney no fue más que un chollo. Enturbió la situación todavía más. Y también explica por qué el asesino empleó la palabra «chico» en singular, no en plural, en la carta correspondiente a la muerte de los adolescentes. Sólo uno de ellos era su objetivo: Steve Canney.

–Pero Sean, si el asesino quisiera de verdad despistarnos, ¿por qué marcar un minuto más en algunos relojes? Si los hubiera puesto todos a la hora en punto, es probable que nunca nos hubiéramos planteado estas diferencias.

–Creo que por algún motivo este tipo intenta jugar limpio dándonos una pista legítima.

–O nos está tomando el pelo -apuntó Michelle.

–Podría ser, pero no lo creo.

Michelle seguía mostrándose escéptica.

–De acuerdo, supongamos que todo esto es cierto. Tenemos a Bobby Battle como posible común denominador. Pero no crees que lo matara la misma persona. ¿No es demasiada coincidencia que estuviera relacionado con otro asesino? Y luego están Kyle y Sally. ¿Cómo encajan sus muertes?

–A pesar de lo que encontró Sylvia, lo de Kyle podría ser un suicidio. Y quizá mataron a Sally porque no salió en defensa de Júnior cuando era su coartada.

–No te sigo, Sean -dijo Harry.

–Si Júnior fue asesinado sólo por haber robado a los Battle y luego el asesino descubrió que en realidad él no había cometido el robo, eso implicaba que Júnior había sido asesinado en vano. El asesino se vengó y en su mente enferma quizá

supuso estar vengando a Júnior al matar a Sally. Tal vez con ella renunció a su reloj característico y a imitar a algún asesino en serie porque estaba demasiado indignado o no la consideraba relevante. Y tampoco tuvo demasiado tiempo para planearlo. Sally me contó la verdad apenas siete horas antes de que la mataran.

–Bueno -dijo Michelle-, el hecho de que le machacara la cara quizás encaje con la teoría de la venganza. Alguien enfurecido.

–Cierto. Un hombre capaz de una saña brutal y… -King se quedó inmóvil-. Siete horas.

–¿Qué ocurre, Sean? – preguntó Harry.

–No estoy seguro… Las siete horas me han venido a la cabeza pero no del modo que imaginaba. – Se quedó pensativo unos momentos y luego sacudió la cabeza-. Lo siento, probablemente estoy empezando a perder facultades.

–¿Y la teoría de Chip Bailey de que Sally mintió acerca de Júnior y cometió o ayudó a cometer el robo? – preguntó Michelle.

Harry arqueó las cejas.

–Es una hipótesis intrigante.

–Sí, lo es -reconoció King-. Y ahora mismo no podemos descartarla aunque mi intuición me diga que es errónea.

Continuaron cenando y dieron cuenta de la segunda botella de vino. Más tarde tomaron el café que Harry les sirvió en la biblioteca. Les ofreció también coñac pero ambos rehusaron.

–Tengo que conducir -dijo King-. Ya he tomado suficiente vino.

–Y yo tengo que cuidar de él mientras me lleva a casa -añadió Michelle, sonriente.

La sala se había enfriado y Michelle se colocó delante de la chimenea para calentarse las largas piernas.

–A veces con los vestidos se pasa frío -comentó.

Harry se volvió hacia King.

–¿Qué opinas de Dorothea?

–Bueno, el origen de la droga que administraron a Eddie no fue el vino, y tampoco lo encontraron en los fármacos que Dorothea le compraba a Kyle. Sin embargo, he hablado con Sylvia. Ella tiene en su farmacia sulfato de morfina y podría tratarse de uno de los fármacos suministrados por Kyle. Y Dorothea no tiene coartada para el momento en que mataron a Kyle. Dijo que estaba en casa pero Eddie no la vio.

–De hecho él estuvo en el estudio toda la noche, pintándome un retrato -admitió Michelle.

King la miró sorprendido pero no dijo nada.

Harry la observó con curiosidad.

–O sea que ella compraba los fármacos y es una posible sospechosa tanto de la muerte de Battle como de Kyle Montgomery. También es la persona con más posibilidades de haber drogado a Eddie, y su casa está muy cerca de donde mataron a Sally. Todo circunstancial, por supuesto, pero muy sugerente.

–Y ha sufrido una depresión debido a reveses financieros y problemas familiares de los que nos habló -dijo Michelle-. Una mujer atribulada se mire por donde se mire.

–No es que no esté de acuerdo contigo -dijo King-, pero me cuesta encontrar el móvil. Ella dijo que Bobby le había prometido cambiar el testamento para beneficiarla, pero no lo cambió. O sea que no tenía ese móvil para matarlo.

–A no ser que, al descubrir que no lo había cambiado, lo matara en un arrebato de ira -sugirió Michelle.

Harry se levantó y se situó junto a ella frente a la chimenea.

–Cuando se tienen más de setenta años, se pasa frío independientemente de la ropa que se lleve o de la temperatura ambiente -explicó-. Podría existir una tercera posibilidad -dijo retomando el hilo de la conversación-. Nos hemos centrado en lo que robaron del armario de Remmy, pero ¿qué robaron del de Bobby?

Los dos lo miraron sin decir nada.

–El testamento en que dejaba todo a Remmy es el que están utilizando los abogados -continuó Harry-. Lo redactó hace muchos años.

–¿Cómo lo sabes? – preguntó Michelle.

–El abogado que lo preparó había trabajado para mí y ahora es socio de un bufete de Charlottesville. Ellos tenían el original y es el testamento que se está autenticando.

–¿Alguien buscó otro testamento que fuera más reciente? – preguntó King.

–Ésa es la cuestión. No lo creo. Pero ¿y si lo que robaron del armario de Bobby fue precisamente un testamento

posterior?

–Pero si estaba en el cajón secreto de Bobby, cuya existencia incluso Remmy desconocía, ella no habría tenido ocasión de destruirlo.

–No digo que fuera Remmy. Bobby sufrió un derrame cerebral, deliraba, creo que decía cosas raras en el hospital -dijo Harry.

–Y tal vez mencionó otro testamento -añadió King chasqueando los dedos.

–O sea que cualquiera que le haya oído podría haber cometido el robo -concluyó Harry.

–De todos modos, si lo tuviese Dorothea, lo habría hecho público, ¿no?

–Pero tendría que dar explicaciones sobre su procedencia -repuso Harry-. No creo que quisiera confesar lo del robo.

King estaba desconcertado.

–Pero Harry, estamos pasando por alto algo importante. La muerte de Bobby salió en todos los periódicos. Quienquiera que preparara el nuevo testamento lo habría dado a conocer.

–Tal vez Bobby no lo hizo a través de un bufete de abogados.

–Aunque lo hubiera hecho él, habría necesitado testigos.

–No si se trata de un testamento holográfico, escrito de su puño y letra en su totalidad.

–Si existe tal testamento, ¿quién lo tiene y por qué no lo hace público?

–La pregunta del millón -comentó Harry, y apuró su copa de coñac.

76

King y Michelle dieron las buenas noches a Harry y se marcharon. La temperatura era agradable y él quitó la capota. Sin embargo, Michelle se cubrió bien los hombros con el chai.

–Puedo poner la capota si quieres -dijo King.

–No; la brisa es maravillosa y el aire huele muy bien.

–Es primavera en los campos de Virginia, no hay nada igual.

–Tengo la impresión de que esta noche hemos avanzado.

–Por lo menos nos hemos tomado tiempo para analizar distintas perspectivas. Eso siempre ayuda.

Ella lo miró con expresión suspicaz.

–Como de costumbre, dices menos de lo que sabes.

El fingió ofenderse; sin embargo, su sonrisa le delataba.

–Yo no me atrevería a decir que sé algo. Pero sospecho ciertas cosas que no he mencionado.

–¿Por ejemplo, socio?

–Que he pasado una maravillosa velada con dos botellas de vino fantásticas y una joven atractiva y que no hemos hecho más que hablar de asesinatos y matanzas.

–No me vengas con evasivas. Y mencionar el vino antes que a mí resulta muy significativo.

–Bueno, hace más tiempo que conozco ese vino que a ti.

–Muchas gracias, pero sigues dándome evasivas.

El todoterreno los golpeó desde atrás con tanta fuerza que si no hubieran llevado cinturón de seguridad habrían salido despedidos por el parabrisas.

–¿Qué cono pasa? – gritó King mirando por el retrovisor-. ¿De dónde ha salido?

Apenas había acabado de pronunciar esas palabras cuando les volvió a embestir. King aferró el volante intentando mantener el cupé Lexus de dos puertas en la carretera serpenteante.

Michelle se quitó los zapatos y presionó los pies contra el suelo para mantenerse estable. Extrajo la pistola del bolso, la cargó y le quitó el seguro con un único movimiento.

–¿Ves al conductor? – preguntó King.

–No con los puñeteros faros deslumhrándome. Pero debe de ser el asesino.

King cogió su teléfono móvil.

–Esta vez el cabrón no se va a escapar.

–¡Cuidado, ataca de nuevo! – gritó Michelle.

El siguiente golpe del todoterreno, mucho más pesado, casi sacó de la carretera al Lexus. El móvil de King le salió disparado de la mano, rebotó contra el parabrisas y cayó al pavimento.

King lidió otra vez con el volante y consiguió controlarlo cuando los dos vehículos se desengancharon. El Lexus pesaba como mínimo una tonelada menos que el otro. No obstante, era mucho más ágil que la bestia que los atacaba y tenía un motor de trescientos caballos. King recurrió a toda su potencia al llegar a una recta, pisando el acelerador, y el coche brincó hacia delante, con lo que el todoterreno se quedó rezagado.

Michelle se desabrochó el cinturón.

–¿Qué demonios estás haciendo? – exclamó King.

–No podrás perderlo en esta carretera y yo no puedo disparar bien con el cinturón puesto.

–Espera un momento, llama antes a la policía.

–No puedo. No he traído el móvil. El bolso es demasiado pequeño para llevar móvil y pistola.

King la miró con incredulidad.

–¿No has traído el teléfono pero sí la pistola?

–Creo que no me equivoco con mis prioridades -respondió con severidad-. ¿Para qué me sirve un teléfono? No puedo matar al enemigo de un telefonazo.

Se volvió en el asiento, se apoyó en él y colocó el codo en el reposacabezas.

–Sigue así.

–Maldita sea, intenta que no nos mate -repuso King.

El vehículo se acercaba peligrosamente para provocar otra colisión pero, antes de que entraran en contacto, King dio un volantazo y derrapó por el arcén de grava antes de regresar al asfalto. Redujo la marcha y tomó una curva cerrada a ochenta con un chirrido de neumáticos. De repente notó que las ruedas derechas perdían contacto con el asfalto y lanzó sus noventa kilos hacia ese lado, agarró a

Michelle por la cadera y la empujó contra la puerta del pasajero.

–No es que quiera aprovecharme de ti -jadeó-. Es que necesito hacer contrapeso. Quédate ahí un momento.

Redujo la velocidad y soltó un suspiro de alivio cuando los neumáticos volvieron a agarrarse al pavimento.

Llegaron a otra recta en la que King sabía que disponía de unos cuatrocientos metros antes de alcanzar otra serie de curvas serpenteantes. Pisó el acelerador con tanta fuerza que temió traspasar el suelo. Mientras se acercaba a los doscientos kilómetros por hora, los árboles pasaban a una velocidad tan vertiginosa que si los hubiera mirado se habría mareado.

El todoterreno superó los ciento cincuenta kilómetros por hora en la recta, por lo que se encontraba a una distancia nada desdeñable. King alcanzó los doscientos diez y quiso poner otra marcha pero el Lexus ya no tenía más. Lo único que le pasaba por la mente era el número de *airbags* del coche. Esperaba que por lo menos tuviera una docena porque todo apuntaba a que iban a necesitarlos en cuanto llegaran a las curvas. Si reducía la velocidad estarían muertos; si la mantenía, también.

Michelle observó los faros que se les venían encima y de pronto atisbo la silueta del conductor. Se desplazó hacia delante, reposó el codo derecho en la parte superior del maletero del coche y apuntó sujetando la pistola con ambas manos.

Llegaron a la zona de curvas y King redujo la velocidad a cien cuando las señales indicaban treinta, pero estaba claro que las autoridades no habían tenido en cuenta a los todoterrenos asesinos al calcular la velocidad de conducción segura. Eso permitió que su perseguidor se les acercara todavía más.

–Se acerca -advirtió King-. Y no puedo conducir más rápido sin volcar.

–Sujeta bien el volante. Si se acerca demasiado le dispararé a las ruedas delanteras.

El todoterreno se situó a quince metros y luego a seis. Michelle pensó que su conductor veía que ella lo tenía en el punto de mira, sin embargo no cedía ni un centímetro. Entonces el todoterreno dio un repentino brinco hacia delante cuando el hombre aceleró a fondo.

King lo vio y lo imitó. El Lexus salió disparado con el otro pisándole los talones. King arqueó el cuerpo y pisó el acelerador con ambos pies como si eso fuera a proporcionarles el turbo que necesitaban desesperadamente.

Con lo que no había contado era con que una familia de ciervos decidiera cruzar la carretera en ese preciso instante.

–¡Cuidado! – gritó King.

Viró a la izquierda y luego a la derecha. Se salieron de la carretera y fueron dando brincos a lo largo de la valla de seguridad mientras la familia bambi se dispersaba. King notaba cómo la valla dejaba su impronta en su otrora hermoso descapotable. Volvió a la carretera y miró atrás. Su perseguidor había frenado para esquivar los ciervos pero el vehículo no se había salido de la carretera, y seguía detrás de ellos como un bólido.

King no tenía tiempo de recuperar la velocidad y, de todos modos, un quejido en el motor le hizo temer que la valla había causado algún daño más aparte del estético. Lo que estaba claro era que el velocímetro había bajado a menos de ciento cuarenta y no pasaba de allí.

–¡Agárrate fuerte! – gritó Michelle-. Ahí viene ese hijo de puta.

Disparó dos veces justo cuando el vehículo chocaba contra la trasera del Lexus y arrancaba lo poco que quedaba del parachoques moldeado, lanzándolo hacia el bosque. Michelle fue despedida hacia la parte trasera. Cuando King vio que las piernas de su compañera pasaban volando por su lado, alargó la mano derecha y le agarró un tobillo con

firmeza. Llegaron a otra recta y, sin saber cómo, puso el coche a más velocidad, por lo que volvieron a dejar atrás al todoterreno.

–¡Mierda! – gritó Michelle.

–¿Estás herida?

–No; he disparado un par de tiros pero he perdido la pistola. Maldita sea, hace cinco años que tenía esa SIG.

–Olvídate de la pistola, ese tío intenta matarnos.

–Pues si tuviera la pistola yo le mataría a él. No sé si le he dado. Nos ha embestido justo cuando disparaba. ¡Un momento! – gritó.

–¿Qué?

–Está ahí. La pistola ha aterrizado en el borde del alerón trasero. Está ahí atascada.

–Ni hablar… ni se te ocurra.

–Tú sujétame de la pierna. Casi llego.

–Maldita sea, Michelle, me va a dar un infarto y sólo me faltas tú con esto.

King estaba tan pendiente de ella que hasta el último momento no vio que el todoterreno ganaba velocidad y se colocaba a su lado.

–¡Agárrate! – gritó al aminorar la marcha, rebajando a segunda de tal forma que seguramente invalidaba todas las garantías ofrecidas por el fabricante. Casi oía el coche gritándole «¡Para ya!» y esperaba ver la transmisión desparramada por la carretera. Redujo la velocidad a treinta por hora pisando el freno con ambos pies hasta detenerse con los neumáticos echando humo, mientras notaba la fuerza de la aceleración bajándole por todo el cuerpo.

Michelle estaba agarrada de forma precaria al reposacabezas y tenía los pies descalzos apoyados contra el salpicadero.

Kine notaba unas sensaciones tan extrañas que se imaginó que lo mínimo que iba a sobrevenirle era un paro cardiaco. Puso marcha atrás, pisó el acelerador a fondo y salió disparado hacia atrás.

El todoterreno se había parado tan en seco que los neumáticos parecían en llamas, a juzgar por el humo que despedían. El conductor giró en redondo y se acercó a ellos a toda máquina, la rejilla del radiador semejando unas fauces dispuestas a devorarlos.

Michelle miró a su socio, quien miraba hacia atrás al conducir.

–¡No puedes conducir más rápido marcha atrás que él hacia adelante, Sean!

–Gracias por decírmelo. – Tenía los nudillos blancos a causa de la fuerza con que aferraba el volante-. Agárrate a todo lo que puedas. A la de tres voy a hacer una jota.

–Estás loco.

–Sin duda.

«Hacer una jota» significaba que conduciendo en marcha atrás iba a efectuar un giro de ciento ochenta grados, probablemente sobre dos ruedas, luego pasaría a la primera, pondría el turbo y saldría disparado hacia delante. Todo eso con un solo movimiento y, de ser posible, sin matarse los dos.

King tenía la frente perlada de sudor mientras rezaba para recordar lo aprendido en el servicio secreto después de tantos años. Se sujetó a la puerta con la mano izquierda, pegó el pie izquierdo al suelo a modo de fulcro, calibró el momento exacto y giró el volante con fuerza, lo soltó por un instante y luego lo agarró. Funcionó a la perfección. Se saltó las dos primeras marchas, aceleró y salió disparado hacia delante. Sin embargo, el todoterreno se acercaba por momentos.

Por el capó del Lexus había empezado a salir humo y todos los indicadores que King miraba predecían una muerte súbita. La velocidad del vehículo descendió a noventa, luego a setenta. Se había acabado.

–¡Sean, nos pisa los talones! – gritó Michelle.

–¡No puedo hacer nada, joder! – repuso él, pasando de la impotencia a la rabia con un resoplido.

El todoterreno se colocó rugiendo a su lado, se apartó y se dispuso a embestirlos con sus dos toneladas y media. King aceleró. Mantenía una mano en el volante y con la otra agarraba a Michelle por el tobillo mientras ella aún intentaba coger la pistola. La sujetaba con tanta fuerza que le hizo sangre. Tenía el brazo y el hombro a punto de dislocarse por la torsión.

–¿Estás bien? – gritó él, apretando los dientes por el dolor mientras notaba todo el peso de Michelle tirándole los tendones.

–¡Ahora sí, ya tengo la pistola!

–Pues me alegro porque el cabrón está aquí. ¡Agárrate!

Miró y vio el vehículo negro virando hacia él a la vez que la pierna de Michelle giraba en su mano.

–¿Qué estás…? – No tuvo tiempo de acabar la frase. El todoterreno perforó el extremo posterior del Lexus y el coche hizo lo que King más temía: empezó a colear e hizo un giro de trescientos sesenta grados totalmente descontrolado-. ¡Sujétate! – gritó con voz quebrada mientras tenía la impresión de que la bilis le quemaba la garganta.

En el servicio secreto King había aprendido a dominar las maniobras de vehículos en las condiciones más arriesgadas, así que ahora aplicó esos conocimientos. En vez de contrariar los movimientos del coche, se dejó llevar por ellos y giró el volante en el mismo sentido, no al contrario, reprimiendo el impulso natural de pisar el freno. Si el coche daba una vuelta de campana, Michelle moriría y él probablemente también, o como mínimo se quedaría tetrapléjico. King no sabía cuántas revoluciones soportaba el coche pero el Lexus de mil setecientos kilos, con los bajos pesados, se mantenía sobre el terreno a pesar de haber dejado atrás buena parte de la goma del neumático y unas cuantas tripas de metal.

El coche se detuvo y quedaron encarados en la dirección por la que iban. El todoterreno negro se alejaba

rápidamente de ellos; al parecer abandonaba la lid. Michelle le disparó a los neumáticos traseros y el vehículo empezó a dar bandazos, describió un círculo de 360 grados y entonces hizo lo

que el Lexus se había negado a hacer: una vuelta de campana. Tres vueltas escalofriantes y acabó cayendo sobre el techo destrozado en el arcén derecho, dejando una turbulenta estela de metal, cristal y caucho.

King arrancó con su maltrecho coche mientras Michelle intentaba acomodarse en el asiento del pasajero.

–¿Sean?

–¿Qué?

–Ya puedes soltarme la pierna.

–¿Qué? Oh, claro.

–Lo sé; yo también estaba asustada. – Le apretó el hombro mientras se miraban el uno al otro y soltaban un largo suspiro de alivio-. Esto sí que es conducir bien, agente King -dijo ella agradecida.

–Espero que sea la última vez que tenga que hacerlo.

Pararon cerca de los restos del vehículo y bajaron. Se acercaron al todoterreno, Michelle con la pistola preparada. King consiguió abrir la puerta del conductor haciendo palanca.

Un hombre se abalanzó hacia ellos.

King saltó atrás y Michelle iba a disparar, pero se contuvo a tiempo: el conductor estaba muerto, sujeto por el cinturón de seguridad. Cuando King había abierto la puerta se había deslizado por la abertura. Tenía la cabeza tan ensangrentada y destrozada que King no se molestó en tomarle el pulso.

–¿Quién es? – preguntó ella.

–No lo sé, aquí está muy oscuro. Un momento.

Fue al Lexus y lo acercó de forma que los faros enfocaran al muerto. Entonces lo vieron.

Era Roger Canney.

77

A las diez de la mañana, la caravana de los Deaver estaba vacía. Los niños estaban en el colegio y Lulu en el trabajo. Priscilla Oxley había ido a comprar cigarrillos y una botella de tónica para rebajar su querido vodka. Había una furgoneta aparcada detrás de la arboleda que bordeaba la carretera asfaltada que pasaba cerca de donde estaba situada la caravana. El hombre de la furgoneta había visto marcharse a Priscilla.

Bajó y avanzó entre los árboles hasta situarse en el borde del claro que rodeaba la caravana. *Luther,* el perro viejo, salió del cobertizo trasero, inclinó la cabeza en dirección al hombre al olerlo, soltó un ladrido cansino y regresó al cobertizo. Al cabo de un minuto el hombre estaba en el interior de la caravana, tras abrir fácilmente la puerta con una ganzúa. Se dirigió rápidamente al pequeño dormitorio situado en un extremo.

Júnior Deaver nunca había tenido madera de empresario y archivar se le daba incluso peor pero, por suerte, su mujer destacaba en ambos campos. Los archivos del negocio de construcción de Júnior estaban ordenados cronológicamente y al alcance de la mano. Aguzando el oído por si se acercaba alguien, el hombre los repasó y fue tomando notas. Al terminar contaba con una lista de nombres bastante larga. Tenía que ser una de esas personas.

Dobló la lista, se la guardó en un bolsillo y dejó los archivos en su sitio. Luego se fue por donde había venido.

Cuando regresaba a la furgoneta, Prisciíla Oxley pasó por su lado, de regreso a la caravana con el tabaco y la tónica. «Una mujer afortunada», pensó él. Cinco minutos más y habría muerto.

Se marchó con la preciada lista en el bolsillo. Pensó en el robo que habían atribuido injustamente a Júnior Deaver. Intentó recordar todos los detalles que había oído sobre el delito. Faltaba algo. Repasó una y otra vez las circunstancias

de la muerte de Bobby. ¿Quién se les había pasado por alto que quisiera ver muerto a ese cabrón? Había varios sospechosos pero no creía que ninguno de ellos hubiera matado al viejo. Se necesitaban agallas y conocimientos, atributos que él poseía en abundancia y que respetaba en los demás. Anheló que llegara el día de poder expresar su admiración por el impostor, justo antes de cortarle el cuello.

Tal vez debería haber hecho hablar a Sally antes de matarla. De todos modos, ¿qué iba a saber ella? Había dicho que estaba con Júnior. Se habían acostado. Era una mujer estúpida que prefería pasar el día con bestias cuadrúpedas y las noches con bípedas. Se merecía la muerte rápida que había tenido. «¿Qué más da si hay una Sally Wainwright menos en el planeta?», se dijo.

Había asesinado a seis personas hasta el momento, una de ellas por error, equivocación que compensaría, al menos a su manera. No es que fuera a rezar el rosario por aquello, no había confesionario capaz de contener sus pecados. No había conseguido eliminar a King y Maxwell, lo cual le frustraba sobremanera. Sin duda en esos momentos estaban hilando teorías nuevas sobre los asesinatos y cualquier día acertarían. Por extraño que pareciera, aquellos dos podían descubrirle y arruinarlo todo. Sería arriesgado pero tenía que volver a intentar liquidarlos, y no fallar. Le llevaría tiempo prepararlo correctamente y, mientras tanto, se mantendría muy atento a la información que recibía de los micrófonos ocultos e intentaría llevarles la delantera. Sería complicado, pero si se mantenía sereno y cumplía el plan, todo saldría bien.

OceanofPDF.com

Estaba convencido de que al final iba a ganar. Contaba con la ventaja más poderosa: no le daba miedo morir por la victoria definitiva. Dudaba que sus contrincantes sintieran lo mismo.

Sin embargo, ahora tenía otro elemento del plan que poner en práctica.

Una salida exitosa.

78

–Es imposible que Roger Canney sea nuestro hombre -declaró King acaloradamente.

Estaban en la jefatura de policía, sentados a la mesa de reuniones. Williams y Bailey lo miraron con recelo mientras Michelle garabateaba en un bloc de notas al tiempo que observaba a su socio.

–Intentó mataros a los dos -insistió Bailey.

–Porque descubrimos que chantajeó a Bobby Battle. Acusamos a Canney sin rodeos. Y si mató a su mujer, probablemente temía que lo descubriéramos. Creímos que había huido pero permaneció en la zona e intentó matarnos. Eso no significa que cometiera los asesinatos.

Bailey meneó la cabeza.

–Está claro que sabía, o por lo menos creía, que compartiríais vuestras sospechas con nosotros. Y su método para intentar mataros fue una estupidez. Podía haber pasado alguien y verlo todo. Y encima utilizó su propio coche.

–No he dicho que fuera inteligente -repuso King-. Creo que se desquició. Había vivido tranquilamente unos años pensando que estaba seguro. Y entonces matan a su hijo y descubrimos lo del chantaje. Tal vez se trastornó. Si se hacen pruebas de paternidad a los dos Canney y a Bobby, me parece que descubriremos quién era el verdadero padre de Steve.

–De acuerdo, entonces a lo mejor Canney mató a su hijo, a su novia y a Bobby Battle, y también a la prostituta y a

Diane Hinson para enmarañar las cosas.

–¿Y Júnior Deaver? – preguntó King-. ¿Cómo encaja él en todo esto?

–Tal vez Canney lo contrató para robar en casa de los Battle -sugirió Bailey.

–¿Por qué motivo?

–Bueno, si Battle y la señora Canney eran amantes, quizás él tenía algo de ella que Roger Canney quería recuperar. O tal vez Canney temía que Battle tuviera algo que le incriminara. Pero lo cierto es que Júnior también robó cosas de Remmy, por lo que Canney se enfadó, o temió que Júnior lo delatase. Así que lo mató. El hecho de que fuera a por vosotros revela que no le importaba matar a quienquiera que se interpusiera en su camino.

–¿Y la muerte de Sally? – preguntó Michelle-. ¿Cómo se explica?

–Por lo que nos habéis dicho, y sin ofender a los muertos, era una chica que se acostaba con el primero que se le ponía a tiro. Quizá Júnior le contó lo de Canney y éste se enteró y tuvo que matarla -dijo Bailey esbozando una amplia sonrisa, muy pagado de sí mismo.

King se reclinó en el asiento y negó con la cabeza.

–Parece que tiene sentido, Sean -reconoció Williams.

–Te equivocas, Todd -declaró King con firmeza-. No es así.

–Pues dame una alternativa que encaje con los hechos -le retó Bailey.

–Ahora mismo no puedo, pero os digo que si dejáis de buscar al verdadero asesino, o mejor dicho asesinos, pueden morir otras personas.

–No vamos a parar, Sean -declaró Williams-, pero si nadie más muere asesinado será una prueba concluyente de de que era Canney.

–No te creas eso, Todd, por mucho que quieras. – King se puso en pie-. Vamos, Michelle, necesito un poco de aire fresco.

Fuera de la jefatura, King se apoyó contra el todo terreno de Michelle, hundió las manos en los bolsillos y esparció un poco de grava de un puntapié.

–O Chip Bailey es el mayor idiota que he conocido o…

–O a lo mejor tiene razón y eres incapaz de reconocerlo -acabó la frase Michelle.

–Oh, ¿eso piensas? Maldita sea, mi socia conspira contra mí -dijo con una sonrisa de resignación-. Tal vez me equivoque.

Michelle se encogió de hombros.

–Creo que atribuirle todo a Canney es un tanto forzado, pero, como ha dicho Bailey, no tenemos alternativa.

–Hay cosas que sabemos y cosas que tenemos delante de las narices pero que no vemos -dijo King-. Si pudiera discernirlas y analizarlas, sé que nos llevarían a buen puerto. Pero el hecho de no verlas me está volviendo loco.

–Creo que tengo una solución.

Él la miró con recelo.

–No pienso correr el maratón ni hacer *puenting* para aclararme las ideas.

–Lo que estoy pensando no requiere ningún esfuerzo físico.

–Algo excepcional, viniendo de ti.

Michelle observó el cielo azul.

–Pienso que es hora de salir a navegar. No hay nada como un paseo por el agua para que los fluidos mentales funcionen bien, sobre todo en un día como hoy.

–No tenemos tiempo… -King se interrumpió y suavizó la expresión-. De acuerdo, después de que casi nos maten dos veces, tal vez no sea malo tomarse un respiro.

–Sabía que lo entenderías. ¿Moto de agua o lancha?

–Lancha. Estoy harto de que quieras hacer carreras con las motos de agua.

–Debe de ser porque siempre te gano.

King iba al timón y Michelle sentada a su lado en la lancha Bombardier de seis metros de eslora mientras navegaban por la serena superficie del lago. Faltaba bastante para la temporada de verano, por lo que estaban prácticamente solos.

–¿Cuánto conoces del lago Cardinal? – preguntó King.

–Bastante. Soy una persona inquieta.

King adoptó un tono pedante.

–¿Sabes? Este lago se formó represando dos ríos y dejando que el agua se acumulara durante diez años. El resultado fue un lago muy profundo de cincuenta kilómetros de largo, con excelentes posibilidades para la pesca y la práctica de deportes acuáticos. Tiene unas doscientas caletas y ensenadas.

–Vaya, hablas como el agente inmobiliario que me vendió la casa. ¿También refinancias hipotecas?

Se dirigieron hacia la presa hidroeléctrica, formada en realidad por dos, la superior y la inferior. Alcanzaron el canal principal y viraron hacia el oeste. En la confluencia de los dos ríos, King fue en dirección norte hasta llegar a un canal menor que describía una curva pronunciada hacia el oeste y luego hacia el este. Siguieron ese rumbo, pasaron por las equidistantes boyas rojas indicadoras del canal que discurrían río arriba, hasta que King maniobró para entrar en una calita deshabitada. Al cabo de unos minutos estaban fondeados en unos seis metros de agua cristalina. King extrajo un cesto con comida y una nevera portátil con refrescos y agua.

–Voy a nadar antes de comer -dijo Michelle.

–¿Qué tal el brazo?

–¿Quieres dejar de preguntarme por el brazo? No fue más que un rasguño.

–Tengo la impresión de que si te dispararan con un bazuca en pleno pecho sólo pedirías una tirita, y encima de las pequeñas.

Ella se desvistió hasta quedarse en bañador y se zambulló.

–Cielos, el agua está fantástica -dijo al emerger a la superficie.

King echó un vistazo al tablero de mandos.

–La temperatura del agua es de veintitrés grados, un poco fría para mí. Yo la prefiero a veintiséis o veintisiete.

–Quieres decir que eres un mentecato.

–Es otra forma de decirlo, sí.

Cuando hubieron almorzado, King levó el ancla y se marcharon. Michelle señaló un punto más adelante. Era todo un espectáculo: un muelle para seis barcos con cenador, bar, merendero y cobertizos para equipamientos, además de unos quinientos metros cuadrados de plataforma, todo ello revestido de cedro y con techumbre de listones. Se merecía aparecer a doble página en el *Architectural Digest.*

–Es impresionante. ¿De quién es? – preguntó ella.

–Vaya, ¿pierdes el sentido de la orientación en el agua? Es la mansión Battle.

–¿Qué? Ni siquiera sabía que la finca llegara hasta el lago.

–No te vas a hacer una mansión en Wrightsburg sin acceso al lago. Son propietarios de todo el cabo más ochenta mil metros cuadrados. Su muelle está lejísimos de la casa. De hecho, desde el lago no se ve la mansión. Creo que la diseñaron así a propósito para ahorrarse los mirones pasando en barco continuamente. Utilizan carritos de golf para ir y venir.

–Menuda vida. – Escudriñó la lejanía contra la intensa luz del sol-. ¿Quién va en aquel velero?

King tomó los prismáticos y lo enfocó.

–Savannah. – Caviló unos instantes, colocó el regulador en posición de avance e hizo girar el timón hacia el velero.

–¿Qué haces?

–Voy de pesca.

Se acercaron al velero, poco más que un Sunfish. Savannah tenía una mano en el timón y una lata de Coca-Cola en la otra. Los saludó al distinguirlos.

–¡Los grandes cerebros piensan parecido! – gritó King.

Savannah llevaba una camiseta sin mangas sobre un bikini. Tenía el pelo húmedo y recogido en una coleta y los hombros y la cara se le habían enrojecido por el sol.

–El agua está fantástica -dijo ella.

–Sean no se zambulle hasta que alcance la temperatura de la bañera -dijo Michelle.

–No sabe lo que se pierde, señor King -dijo Savannah.

–Bueno, podría dejarme tentar si vosotras os zambullerais conmigo.

Ambos echaron anclas en un momento. La primera en zambullirse fue Savannah, seguida de Michelle. Al salir, King seguía sentado en la cubierta del barco con los pies colgando sobre el agua.

–¡Venga, Sean! – lo instó Michelle.

–He dicho que podría dejarme tentar pero no que fuera a hacerlo.

Ellas se miraron entre sí. Luego se sumergieron. Emergieron junto a King, cogiéndolo cada una de un pie.

–Oh, no pensaréis… -suplicó él.

El resto de la frase se perdió cuando cayó al agua. Salió a la superficie escupiendo agua y rezongando.

–¡Estos pantalones no son para nadar! – gritó.

–Pues ahora sí lo son -repuso Savannah con petulancia.

Al cabo de media hora en el agua navegaron hasta el muelle y se sentaron en el cenador a tomarse unas cervezas que Savannah trajo del frigorífico del bar.

Michelle admiró las montañas y el agua.

–Menudas vistas.

–Éste es mi lugar preferido de toda la finca -declaró Savannah.

King observó la colección de embarcaciones de los Battle.

–He salido con la lancha Sea Ray pero no recuerdo ese Fórmula 353 FasTech. Es precioso.

–Papá lo compró el invierno pasado. Los tipos del puerto deportivo vinieron y lo prepararon para el verano. Todavía no le hemos hecho el rodaje al motor. Eddie es el verdadero navegante de la familia. A mí me gusta navegar, tomar un poco el sol y beber cerveza. Eddie dijo que pronto lo estrenaría. Tengo entendido que es muy rápido, tiene un motor muy potente.

–Yo diría que tiene dos motores de inyección electrónica Mercedes de quinientos caballos, una velocidad máxima que ronda los setenta nudos y una velocidad de crucero de cincuenta y cinco. Dile a Eddie que no me importaría ayudarle a estrenarlo.

–Vaya, vaya -dijo Savannah exagerando el acento sureño-, y yo aquí entretenida con mi pequeño velero sin caballos.

–Está claro que es cosa de hombres, Savannah -comentó Michelle, dedicando una mirada divertida a su socio-. No sabía que te gustaban tanto los barcos de regatas.

–Es fácil cuando no te los puedes comprar.

Permanecieron un rato en silencio hasta que King dejó la cerveza y miró a la menor de los Battle con expresión seria.

–No has venido aquí a admirarme en biquini y a codiciar barcos, ¿verdad? – preguntó ella, devolviéndole la mirada con una expresión esperanzada que incluía la posibilidad de que en realidad fuera lo primero lo que le interesaba.

–Tenemos algunas preguntas que hacerte.

Savannah apartó la mirada y adoptó una expresión afligida.

–¿ Sobre Sally?

–Entre otras cosas.

–Es uno de los motivos por los que vine a navegar, para alejarme de todo eso. – Meneó la cabeza-. Nunca lo olvidaré. Nunca. Fue horrible, Sean, horrible.

King le dio un apretón en la mano.

–Pero la situación empeorará si no atrapamos al culpable.

–Ya le conté a Todd y al agente Bailey todo lo que sé. Ni siquiera sabía que Sally estaba en los establos hasta que…

–¿Y entonces corriste a casa de tu hermano? – preguntó Michelle. Savannah asintió-. Dorothea fue quien abrió la puerta. ¿Cómo estaba?

–No me acuerdo. Yo estaba histérica. Recuerdo que fue a buscar a Eddie pero no consiguió despertarlo. Entonces se armó un alboroto tremendo. Yo permanecí todo el rato al lado de la puerta. Tenía miedo hasta de moverme. Cuando vinieron a buscar a Eddie, corrí a mi habitación y me tapé con una manta. – Dejó la bebida y fue a sentarse al muelle, con los pies en el agua.

King la observó. Algo le rondaba la mente, pero no conseguía descifrarlo. Al final sacudió la cabeza, frustrado.

–¿Tu madre está en casa? – preguntó.

–No; ha salido. Algo relacionado con los abogados y los trámites del testamento.

–¿Te importa si echamos otro vistazo a los vestidores de los dormitorios de tus padres?

Ella se giró para mirarlo.

–Pensaba que ya los habíais visto.

–Siempre va bien un segundo vistazo. Quizá nos ayude.

Montaron en el carrito de golf con que Savannah había llegado hasta allí y se dirigieron a la casa. Savannah los llevó por la entrada trasera y subieron las escaleras hasta el segundo piso.

–Ya le he dicho a mamá que si piensa vivir aquí tiene que instalar un ascensor.

–Subir escaleras es un buen ejercicio -observó Michelle.

–No le hagas caso -dijo King-. Instala el ascensor.

Savannah abrió la puerta del dormitorio de su madre y se paró en seco.

–Oh -exclamó-. ¿Qué estás haciendo aquí?

King vio a Masón, que les devolvió una mirada impasible.

–Ordenando la habitación de tu madre, Savannah. Las sirvientas nunca la dejan del todo bien. – Entonces miró a King y Michelle con desconfianza-. ¿Os puedo ayudar en algo?

–Humm -empezó Savannah, mordiéndose el labio inferior.

–Estás goteando la alfombra -señaló Masón.

–Estábamos nadando en el lago -explicó Michelle.

–Bonito día para nadar. – Siguió mirándolos con expresión inquisitiva.

–Estamos aquí para echar otro vistazo al armario de Remmy, Masón -dijo King-. Forma parte de la investigación.

–Pensaba que, dado que el señor Deaver ha muerto, ya no había nada que investigar.

–Es normal que lo pienses, pero no es así-repuso King cortésmente.

Masón se dirigió a Savannah.

–¿Le has preguntado a tu madre si pueden entrar?

–Ella misma nos trajo aquí en una ocasión, Masón-respondió King-. No creo que le importe que vengamos otra vez.

–Siempre me gusta asegurarme de estas cosas, Sean.

–¿Sabes? Como Júnior era inocente y Remmy ha hecho las paces con su viuda, tenemos la obligación de descubrir quién cometió el robo. Remmy es la principal interesada en ello. Pero si quieres llamarla y molestarla mientras está con los abogados, adelante. Esperaremos aquí.

Masón vaciló un momento y luego se encogió de hombros.

–No creo que haya ningún problema. Intentad dejarlo todo ordenado. La señora Battle es muy meticulosa.

–Desde luego -convino King.

Masón se marchó y ellos entraron en el vestidor de Remmy. Examinaron el cajón oculto minuciosamente pero no encontraron nada.

–A lo mejor tenéis más suerte en la habitación de papá -sugirió Savannah.

Cuando salieron del vestidor, King se detuvo para mirar unas fotografías que había en un estante al lado de la cama de Remmy. Savannah se acercó.

–Ésa soy yo a los doce años, gorda y fea. Dios mío, todavía noto los aparatos de ortodoncia.

King cogió una foto antigua en la que aparecían dos bebés.

Savannah señaló.

–Son Eddie y Bobby Jr. No llegué a conocerle, claro; murió antes de que yo naciera. No, me equivoco, Eddie es el de la izquierda y Bobby Jr. el de la derecha… -Seguía insegura-. Vaya, qué vergüenza, ni siquiera distingo a mis hermanos.

–Bueno, eran mellizos -dijo King mientras dejaba la foto en su sitio.

Pasaron al dormitorio de Bobby pero tampoco tuvieron éxito, por lo menos no al comienzo. Mientras inspeccionaba el cajón centímetro a centímetro, King se puso tenso.

–¿Tienes una linterna? – pidió a Savannah.

–Mamá guarda una en su mesita por si se va la luz. – Corrió a buscarla.

King enfocó el fondo del cajón.

–Mirad esto.

Las dos miraron.

–Parecen letras -observó Michelle.

–Está claro que eso es una *k,* y luego una *c* o una o.

Michelle miró más de cerca.

–Y antes hay un espacio y una *p* seguida por una *a* o una o.

King se incorporó con expresión dubitativa.

–Es como si hubiera habido algo en el cajón y esas letras se hubieran quedado marcadas en la madera.

–A lo mejor se mojó -sugirió Savannah.

King se inclinó y olió el cajón. Miró a Savannah.

–¿Bobby bebía en su habitación?

–¿Que si papá bebía? Tiene un bar entero en ese mueble que parece un aparador al otro lado de la cama. ¿Por qué?

–Porque el cajón huele a whisky.

–Eso podría explicar la humedad -dijo Michelle y también olió-. Estaba mirando algo, derramó la bebida en el cajón y las letras se traspasaron del papel a la madera.

King fue al dormitorio y regresó con lápiz y papel. Es

cribió las palabras con los espacios aproximados en medio:

«Pa… Kc, Pa… Ko, Po… Ko»

–Pa-Kc, Pa-Ko o Po-Ko -dijo lentamente-. ¿Te suena de algo?

Savannah negó con la cabeza.

–Obviamente faltan letras. Si estuviéramos jugando a *La rueda de la fortuna* aquí pediría un par de vocales -dijo Michelle-. ¿Qué opinas, Sean?

Tardó unos instantes en responder.

–Podría ser la clave de todo, pero no sé qué significa.

Michelle tuvo una inspiración repentina. Mientras Savannah observaba las letras que King había escrito, Michelle susurró al oído de su socio:

–Tal vez sea el testamento holográfico de Battle que Harry baraja como posibilidad.

Ninguno de ellos advirtió que la puerta del dormitorio se cerraba silenciosamente. Y tampoco el sonido de los suaves pasos que recorrían el pasillo en dirección a la escalera.

80

Sean King se irguió en la cama como si lo hubieran pinchado con una aguja.

«¡Siete horas! ¡Dios mío, siete horas!» Pero seguramente habían sido más de siete horas. La referencia de las siete horas le había hecho pensar en la muerte de Sally. Había muerto apenas siete horas después de haberle contado lo de Júnior. Aquello era básico. Sin embargo, la diferencia temporal de siete horas le había hecho percatarse de un hecho extraordinario, tan extraordinario que con esa revelación todo lo demás comenzó a encajar.

Rebuscó a tientas y encontró el reloj en la mesita de noche. Era la una de la madrugada. Se levantó tambaleándose, tropezó con algo que Michelle había dejado con su descuido habitual en el cuarto de invitados y cayó al suelo agarrándose el dedo gordo del pie. Tanteó alrededor y encontró el objeto. Era una pesa de diez kilos.

–¡Por Dios! – chilló a nadie en particular.

Se incorporó y cojeó por el pasillo hasta el dormitorio de Michelle. Se disponía a entrar de sopetón pero se lo pensó mejor. Sorprender a Michelle Maxwell de ese modo podría suponerle un billete de ida al depósito de cadáveres.

Llamó a la puerta.

–¿Estás presentable?

–¿ Qué? – ronroneó una voz somnolienta desde el otro lado de la puerta.

–Si todavía guardas la metralleta debajo de la almohada, no la saques. Vengo en son de paz.

Entró y encendió la luz. Michelle se había incorporado y se estaba frotando los ojos.

–Me gusta la ropa interior que llevas -dijo él, mirando el chándal gris y holgado con el acrónimo WIFLE estampado, que significaba Mujeres de la Policía Federal-. Si lo llevas en la luna de miel, tu maridito no te dejará salir de la cama.

Ella le miró arrugando la nariz.

–¿Me has despertado para criticarme el pijama?

Él se sentó a su lado.

–No. Necesito que hagas algo cuando me marche.

–¿Marcharte? ¿Adonde?

–Tengo que ocuparme de varias cosas.

–Te acompaño.

–No. Te necesito aquí. Quiero que vigiles a los Battle.

–Los Battle. ¿A cuáles?

–A todos.

–¿Cómo quieres que lo haga?

–Llamaré a Remmy y le diré que tienes que hacerles unas preguntas. Los reunirá en su casa y eso te facilitará la tarea.

–¿Qué se supone que debo preguntarles?

–Ya se te ocurrirá algo, no te preocupes.

Ella cruzó los brazos y le miró con ceño.

–¿Qué demonios pasa?

–Todavía no estoy seguro, pero necesito que lo hagas.

–Vuelves a ocultarme cosas y sabes que lo detesto.

–No sé nada con certeza, pero te juro que serás la primera en enterarte.

–¿Me dirás al menos qué piensas investigar?

–De acuerdo. Le pediré a un amigo que analice los resultados de la autopsia de Bobby.

–¿Porqué?

–Después -prosiguió sin hacer caso de la pregunta- iré al hospital universitario y echaré un vistazo a varios estupefacientes. Luego iré a comprar antigüedades.

Michelle enarcó las cejas.

–¿ Antigüedades?

–Y más tarde visitaré al médico de la familia Battle. Le haré varias preguntas que quizás esclarezcan la situación. Por último iré a Washington D.C. para comprar un aparato que tal vez nos ayude aún más.

–¿Y eso es todo lo que puedes contarme?

–Sí.

–Vaya, gracias por confiar en mí.

King se puso en pie.

–Escucha, Michelle. Si te dijera exactamente lo que pienso y estuviera equivocado, entonces confiarías en la persona equivocada. Hasta que sepa si estoy en lo cierto, ten presente una cosa: no confíes en nadie hasta que atrapemos al asesino. Y cuando digo nadie, es nadie.

Michelle le miró de hito en hito.

–¿Acaso quieres asustarme?

–No, pero intento que sigamos con vida. Ya nos han disparado dos veces y no quiero que a la tercera vaya la vencida.

81

Mientras King tenía esa revelación nocturna y hablaba con Michelle, un hombre encapuchado había entrado en la residencia de Jean y Harold Robinson. Se había colado por la puerta del sótano. Era fácil si se tenía la llave, y él la tenía ya que con los moldes tomados en el centro comercial había hecho una. Había cortado la línea telefónica antes de entrar en la casa. Una vez en el interior subió rápidamente por las escaleras; conocía bien la distribución de la casa. Había cuatro ocupantes y sabía dónde estaba cada uno de ellos; había reconocido el terreno varias veces. Por si acaso, también había estudiado el plano de la casa, disponible en la página web del constructor.

Tal como había supuesto en el centro comercial donde había visto por primera vez a Jean Robinson, la familia disponía de sistema de seguridad pero no lo utilizaba. Los tres niños -el pequeño al que había saludado en la camioneta y los dos mayores- dormían en la planta de arriba. La esposa y el marido tenían una suite en la planta baja, sólo que el marido no estaba en casa esa noche y ése era el motivo por el que el encapuchado sí estaba.

La calefacción se encendió con una ligera sacudida y empezó a hacer circular aire caliente. Protegido por ese sonido, recorrió el pasillo hasta el dormitorio principal. Se detuvo junto a la puerta y escuchó durante unos instantes. Sólo se oía el tenue ronquido de la señora Robinson, que le esperaba sin siquiera saberlo. Abrió la puerta, entró y la cerró con

suavidad. Los ojos ya se le habían habituado a la oscuridad. Jean Robinson era apenas un bulto en la parte izquierda de la gran cama matrimonial. Llevaba un camisón blanco muy fino. La había vigilado por la ventana mientras se cambiaba. Tenía la costumbre de no bajar del todo las persianas y dejar la luz encendida mientras se desvestía. Puesto que la ventana daba al patio trasero seguramente

creía que disfrutaba de una intimidad absoluta, pero se trataba de una suposición errónea, como sucedía con la mayoría de las personas que pensaban del mismo modo. Siempre había alguien vigilando. Siempre.

Tras el nacimiento del tercer niño había recuperado el tipo rápidamente. No tenía barriga, los pechos todavía eran grandes de alimentar al bebé, las piernas esbeltas, el trasero regordete pero atractivo. No cabía duda de que su marido la quería y de que tenían una vida sexual envidiable; pero ¿qué más le daba a él? No había ido a violarla, sino a matarla.

La amordazó en un abrir y cerrar de ojos para impedir que gritara. Tras unos segundos de confusión, durante los cuales trató de comprender qué sucedía, tensó todo el cuerpo. El encapuchado la sujetó por detrás e intentó inmovilizarla en la cama. Sin embargo, ella era más fuerte de lo que parecía y se revolvió, manoteó hacia atrás y consiguió arrancarle la capucha.

El hombre, presa del pánico, le golpeó la cabeza contra la cabecera de la cama, una, dos, tres veces, hasta que notó que el cuerpo quedaba inerte. Otro golpe contra el sólido roble y le pareció oír que el cráneo se rompía. Haciendo palanca con el antebrazo en la nuca de la mujer, con la mano libre buscó la capucha desesperadamente. Estaba en el puño cerrado de ella. Se la arrancó y volvió a colocársela. Le rodeó la cintura con el brazo, la levantó en peso y le estampó la cabeza contra la madera por última vez.

Le dio la vuelta y le miró los ojos. Estaban bien abiertos, sin vida; la cabeza sangraba profusamente y le manchaba los pechos desnudos. Le quitó el camisón y lo arrojó a un lado. Alzó el cuerpo desnudo y lo colocó en el suelo. Extrajo el

cuchillo que había cogido en la cocina y comenzó a realizar trazos complejos en la piel. «A la policía no le costará entenderlo», pensó mientras lo hacía. Se arriesgó a encender la luz de la mesita de noche y, con la punta del

cuchillo, extrajo los restos de capucha adheridos debajo de las uñas. Se los guardó en el bolsillo.

Cogió el reloj de pulsera de la mesita de noche, lo puso a las seis, tiró de la ruedecita y se lo colocó en la muñeca.

En cuanto hubo acabado, le tomó el pulso, por si acaso. Había desaparecido. Jean Robinson había dejado de existir. La siguiente parada sería la asesina autorizada para ejercer como tal: la doctora Diaz. Harold Robinson se había quedado viudo con tres hijos que cuidar. Y el mundo seguiría adelante, lo que demostraba su teoría de que todo aquello daba igual. «Todos somos reemplazables», se dijo.

Recogió el camisón, en el que quizás hubiera indicios suyos, y se lo guardó en el bolsillo. No podía permitirse el lujo de pasar la aspiradora porque despertaría al resto de los ocupantes de la casa; de hecho, tenía suerte de que los golpes que habían acabado con la vida de su madre no hubieran sobresaltado a los dos niños mayores.

Se volvió para contemplar de nuevo su obra. Sí, no estaba nada mal; de hecho, era de primera.

«Por usted, señora Robinson.»

Se dirigió a la cocina, encontró el bolso de la mujer, extrajo el móvil, obtuvo el número que buscaba y llamó al buen esposo, que estaba conduciendo, no muy lejos de la casa. Dijo cuatro palabras: «Su mujer está muerta.» Colgó y apagó el móvil. Rebuscó en la parte superior del armario de la cocina y recogió el micro oculto que había colocado allí anteriormente. Ya no lo necesitaría.

Sólo le quedaba una tarea y habría acabado, al menos por esa noche. Se encaminó hacia las escaleras traseras que conducían al sótano.

–¿Mamá?

Se quedó paralizado al ver que se encendía la luz del pasillo de la planta de arriba. Oyó pasos que se acercaban; zancadas cortas e inseguras, pies descalzos deslizándose por el suelo de madera.

–¿Mamá?

El niño se asomó a la escalera y miró hacia abajo. Con una mano arrastraba un perro de peluche tras de sí. Llevaba calzoncillos blancos y una camiseta de Spiderman. Se frotó los ojos somnolientos con su pequeño puño.

–¿Mami? – repitió. Seguía mirando hacia abajo y, finalmente, vio la sombra de la capucha negra al pie de la escalera.

–¿Papi?

El asesino permaneció inmóvil y miró al niño. Se llevó la mano enguantada al bolsillo y empuñó el cuchillo. Sería muy rápido. Dos muertes en lugar de una, ¿qué más daba? «Madre e hijo, ¿qué cono importa?» Se preparó para hacerlo pero no se movió. Siguió observando la pequeña silueta perfilada bajo la luz tenue, el testigo ocular potencial.

–¿Papi? – repitió con recelo al no obtener respuesta.

–Vuelve a la cama, hijo -dijo el encapuchado bruscamente.

–Creía que tenías que marcharte, papá.

–He olvidado algo, Tommy, eso es todo. Vuelve a la cama antes de que despiertes a tus hermanos. Ya sabes que cuando el pequeño empieza a llorar no tiene consuelo. Y dale un beso a *Bucky* de mi parte -añadió refiriéndose al oso de peluche. Aunque no sabía imitar la voz del padre, el hecho de que supiera tantos detalles íntimos bastaría para tranquilizar al niño.

Había investigado a conciencia a los Robinson. Lo sabía todo sobre ellos, desde sus apodos hasta los números de la seguridad social, pasando por su restaurante favorito y los deportes que practicaban los hijos mayores, Tommy y Jeff: aquél béisbol y éste fútbol. Sabía que Harold Robinson había salido de la casa poco antes de la medianoche en dirección a Washington D.C., que su madre les quería mucho… y que esa noche les había arrebatado para siempre a esa persona. Lo había hecho sólo porque ella había tenido la mala

suerte de ser captada por su radar en el aparcamiento de un supermercado. Podría haber sido cualquier otra madre.

Cualquiera. Pero resultó ser la de Tommy, la de Jeff, un niño de doce años, y la del pequeño Andy, de apenas un año, que había sufrido cólicos durante sus primeros seis meses de vida. Resultaba increíble la cantidad de detalles personales que la gente compartía si se le escuchaba. Sin embargo, ya nadie escucha a nadie, salvo quizá los sacerdotes. Y los asesinos como él.

Soltó el cuchillo en el bolsillo. Tommy tendría la oportunidad de crecer. Un Robinson bastaba por esa noche.

–Vuelve a la cama, hijo -repitió con firmeza.

–Sí, papá. Te quiero. – El niño se volvió y se marchó por el pasillo.

El encapuchado siguió inmóvil, con la mirada clavada en el sitio donde había visto al somnoliento Tommy, que le había dicho «te quiero, papá». Debía moverse, preparar la huida, acabar la última tarea. «Te quiero, papá.»

De repente se avergonzó de estar en la misma casa que el niño que le había dicho eso, aunque fuera por equivocación. Se maldijo a sí mismo. «Lárgate, lárgate ahora mismo. El marido estará llamando a la policía en este mismo instante. ¡Lárgate, idiota!»

Abajo, en el sótano inacabado, iluminó la gruesa tubería que indicaba dónde iría el váter de un futuro lavabo. Extrajo la bolsita de plástico y la introdujo en la tubería. Al colocar pruebas no había que ser demasiado lógico ni demasiado simplón. Su elección era perfecta.

Salió de la casa, cruzó el patio trasero y se dirigió hacia el Volkswagen azul aparcado a varias manzanas. Una vez al volante, se quitó la capucha. Entonces hizo algo inusitado. Condujo hacia la casa donde acababa de cometer su crimen más atroz. La mujer asesinada estaba en el dormitorio conyugal, Tommy en el suyo, en la tercera buhardilla de la izquierda. Los niños se levantaban a las siete para ir a la escuela. Si su madre no estaba despierta irían a su dormitorio. Consultó la hora: la una en punto. A Tommy le quedaban

unas seis horas de normalidad. «Disfrútalas, Tommy- murmuró hacia la ventana oscura-, disfrútalas... y lo siento mucho.»

Se alejó de allí, lamiendo las amargas lágrimas que le corrían por el rostro.

82

King ya se había marchado en un coche de alquiler cuando el jefe Williams llamó a Michelle para comunicarle la muerte de Jean Robinson.

Cuando llegó a la casa, estaba rodeada de ambulancias y vehículos de la policía. Los vecinos observaban desde las ventanas y porches. Los tres niños se habían marchado con su padre a casa de un pariente que vivía cerca.

Michelle encontró a Williams, Sylvia y Bailey en el dormitorio principal; los tres contemplaban el cadáver de la señora de la casa.

Sylvia la miró *y* asintió con expresión comprensiva.

–Estigmas.

Las palmas y los pies de Jean Robinson estaban lacerados de modo similar a las marcas de Jesucristo crucificado, y el cuerpo estaba colocado como el del hijo de Dios en la cruz.

–Bobby Joe Lucas -informó Bailey con tono monocorde-. Le hizo lo mismo a catorce mujeres en Kansas y Misuri a comienzos de los setenta, después de violarlas.

–Estoy segura de que en este caso no hubo violación -dijo Sylvia.

–No he dicho que la hubiera. Lucas murió de un infarto en la cárcel en 1987. Y, según el marido, el camisón de ella ha desaparecido. Eso encaja con el modus operandi de nuestro asesino.

–¿Dónde está Sean? – preguntó Williams.

–Buscando respuestas por ahí.

Bailey la miró con recelo.

–¿Dónde?

–No lo sé.

–Creía que Mortadelo nunca se separaba de Filemón -dijo con sarcasmo el agente del FBI.

Antes de que Michelle replicara, Williams dijo:

–Bueno, ¿puedes llamarle? Le interesará estar al tanto de lo sucedido.

–Perdió el móvil durante la persecución con Roger Canney. Todavía no tiene uno nuevo.

–Estoy segura de que se enterará pronto -comentó Sylvia-. Las malas noticias siempre llegan antes que las buenas.

–¿Dónde está el marido?

–Con los niños -respondió Williams-. Estaba en el coche cuando ocurrió. Es vendedor para una empresa de alta tecnología. Dijo que recibió una llamada del móvil de su esposa poco después de la una de la madrugada. Una voz de hombre le dijo que su mujer estaba muerta y colgó. Él llamó varias veces al móvil, pero no le respondieron. Luego llamó al teléfono fijo de la casa pero la línea no funcionaba. Descubrimos que habían cortado los cables. Así que llamó a la policía.

–¿Cuándo llegó aquí Robinson?

–Una hora después que mis hombres. Se dirigía a Washington para un congreso de ventas.

–Le gusta viajar bien entrada la noche.

–Dijo que quería acostar a los niños y pasar un rato con su mujer antes de marcharse -explicó Bailey.

–¿Existen motivos para sospechar de él? – preguntó Michelle.

–Aparte de que la puerta no estaba forzada, no -respondió Williams.

–¿Y nadie vio nada? – preguntó ella.

–Sólo estaban los tres niños. Por supuesto, el bebé no podrá ayudarnos. El hijo mayor…

Una ayudante entró presurosa en la habitación.

–Jefe, acabo de hablar con Tommy, el segundo hijo.

Dice que anoche se despertó y su padre estaba en casa. No sabe qué hora era. Dice que su padre le dijo que había olvidado algo y que volviera a la cama.

En aquel instante otro ayudante irrumpió en el dormitorio.

–Hemos encontrado algo en una tubería del sótano.

Depositaron la bolsita extraída de la tubería en la mesa de comedor y observaron su contenido.

–La medalla de san Cristóbal, el aro del ombligo, la cadenita de oro, la hebilla del cinturón y un anillo de amatista -enumeró Williams.

–Objetos tomados de cada una de las cinco víctimas -dijo Bailey.

Williams se volvió hacia uno de los ayudantes.

–Detened a Harold Robinson ahora mismo.

83

King fue a ver en primer lugar a un amigo de Lynchburg, un respetado forense. Habían repasado atentamente los resultados de la autopsia de Battle. Sylvia había preparado un informe más detallado que incluía los resultados de toxicología y el examen microscópico del tejido cerebral de Battle.

–A juzgar por el arrugamiento poco común de la aorta torácica y la lesión microscópica del cerebro, está claro que no puedo descartarla, Sean -dijo su docto amigo-. Son los síntomas reveladores de la enfermedad.

–Otra pregunta -dijo King-. ¿Puede afectar al feto?

–¿Te refieres a si puede atravesar la placenta? Sin duda.

La siguiente parada de King fue el hospital de la Universidad de Virginia, donde se reunió con un profesor del departamento de farmacología. Aquello era lo que verdaderamente le había puesto sobre la pista.

El profesor le confirmó sus sospechas al informarle de que «una persona que abusa de los narcóticos fuertes desarrolla una tolerancia hacia los mismos. Con el paso del

tiempo el efecto buscado se ve mermado y se necesitan dosis mayores para obtener el resultado deseado». King le dio las gracias y regresó al coche. Desde luego, conocía a alguien que había estado tomando narcóticos fuertes: Dorothea.

Su siguiente parada fue una tienda de antigüedades en la zona comercial de Charlottesville que había visitado en varias ocasiones. Con la ayuda del anticuario encontró el objeto que buscaba.

–Es un disco de claves -le explicó el hombre. Señaló la pieza metálica redonda que tenía un anillo externo de letras y otro interno-. Así se pueden descifrar mensajes cifrados. Se mueven los anillos para alinear los dos grupos de letras: la *a,* para la *e,* la *w* para la 5, etcétera.

–Y si te equivocas en una letra o tic, ¿ cambia todo el mensaje? ¿Por un solo tic?

–Es una buena manera de decirlo. Un solo tic y todo cambia por completo.

–No se imagina cuánto me ayuda saberlo. – King compró el disco de claves y se marchó mientras el anticuario le miraba con curiosidad.

Poco después visitó al médico particular de Bobby Battle, un destacado profesional al que conocía bien.

Analizó los resultados de la autopsia con el caballero en cuestión, quien leyó el informe detenidamente, se quitó las gafas de montura metálica y le dijo:

–Sólo he sido su médico durante los últimos veinte años.

–Pero ¿has apreciado cambios?

–En su personalidad, sí, supongo, pero ya no era joven. La mitad de mis pacientes experimenta cambios de personalidad cuando llegan a esa edad.

–Pero en el caso de Bobby, ¿sospechabas que ése era el motivo?

–No necesariamente. Por lo general suele ser un caso de demencia poco acusada o los primeros síntomas del

Alzheimer. Por supuesto, no contaba con la información que proporciona una autopsia.

–¿Le realizaste pruebas durante ese período?

–Los síntomas no eran graves y ya sabes cómo era. Si no quería someterse a pruebas, no había nada que hacer. Sin embargo, los resultados de la autopsia podrían indicar que había llegado a una etapa avanzada, y hago hincapié en «podrían».

–¿Hablaste con Remmy al respecto?

–No era algo que me correspondiera hacer y tampoco tenía pruebas sólidas. Creo que Remmy sabía que le pasaba algo -se apresuró a añadir.

–Sin embargo, tuvieron a Savannah.

–Por lo general, la penicilina ha sido muy eficaz contra la enfermedad. Y lo cierto es que Savannah tiene una salud de hierro.

–Si Bobby padecía la enfermedad, ¿desde cuándo podría haberla tenido?

–Desde hacía décadas. Es crónica. Puede desarrollarse durante mucho tiempo si no se trata.

–O sea, que es posible que la contrajera después de haber tenido a Savannah.

–O antes. En la etapa final no se transmite sexualmente, por lo que si la padecía cuando concibieron a Savannah el feto no habría sufrido daño alguno.

–Sin embargo, Remmy podría haberla contraído.

–No conozco a su médico, pero en ese caso supongo que se habría tratado.

Hablaron unos minutos más, luego King le dio las gracias y se marchó.

Le quedaba una última parada. Llamó para asegurarse de que la tienda estaría abierta. Dos horas después estacionaba en un aparcamiento de Washington D.C. A los pocos minutos entraba en un comercio muy especial, donde habló con uno de los empleados.

–¿Servirá? – le preguntó mientras sostenía en alto la pieza que el hombre le había dado.

–Sin duda.

King condujo de regreso a su casa flotante con una gran sonrisa en los labios. Tal como había aprendido con el paso de los años, la información era la clave de todo.

Acababa de entrar en la casa flotante cuando oyó pasos en el exterior. Miró por una ventana y vio a Michelle corriendo por el muelle.

Salió a su encuentro.

–Te he estado buscando por todas partes -le dijo Michelle.

–¿Qué pasa?

–Creen que han encontrado al asesino.

King la miró perplejo.

–¿Cómo? ¿Quién?

–Vamos, te pondré al corriente de todo.

Corrieron hacia el todoterreno.

84

–¿Y el niño está seguro de que era su padre? – preguntó King por tercera vez.

Estaban en la jefatura de policía repasando lo sucedido la noche anterior.

–Eso ha dicho -respondió Williams-. No sé por qué querría mentir al respecto.

–Pero te dijo que estaba en la cima de la escalera mirando hacia abajo, a la oscuridad.

–Su padre le habló. Sabía su nombre, el de su hermano, que había un bebé arriba e incluso el nombre del peluche de Tommy. ¿Qué otra persona iba a ser?

King no replicó. Se reclinó en la silla y jugueteó con un bolígrafo.

–Y en la casa encontramos objetos de todas las víctimas asesinadas.

–¿Tienen huellas? – preguntó King.

–No, pero no me sorprende. Tampoco hemos encontrado huellas en ninguna escena del crimen.

–Muy inteligente dejar todas las pruebas en esa casa.

–No; tuvimos suerte de dar con ellas. Mi ayudante sólo se dio cuenta porque bajó al sótano a echar un vistazo.

–¿Cuál es la versión de Robinson?

–Salió de la casa a medianoche y estaba a mitad de camino de Washington D.C. cuando recibió la llamada.

–¿No se detuvo en ningún momento?

–No. El móvil de su mujer llamó al suyo a esa hora, lo hemos comprobado. Pero podría haber estado en casa y haberla hecho él mismo.

–Sin embargo, llegó a la casa una hora después que vosotros -se obstinó King.

–Quizá salió a dar una vuelta para consolidar su coartada. Además, la muerte de su esposa no pareció afectarle mucho. Recogió a los niños y se fue a casa de un pariente.

–¿ Qué móvil podía tener para matar a todas esas personas?

–Es un asesino en serie disfrazado de papá en un barrio de las afueras. No sería la primera vez. Eligió a las víctimas y las liquidó.

–Pero ¿qué hay de la relación entre Deaver, Canney y Battle?

–Pura coincidencia.

–¿Y por qué asesinó a su esposa? – terció King.

–Quizás ella sospechaba algo -conjeturó Bailey-. Y él tuvo que acabar con ella antes de que esas sospechas resultaran peligrosas. El tipo viaja solo por la noche a menudo, perfecto para un asesino en serie. Estamos investigando su paradero en el momento en que se produjeron los otros crímenes. Corrió un gran riesgo al matarla en su propia casa, pero es posible que pensara que no tenía otra opción. Si su hijo no le hubiera visto nunca habríamos sospechado de él.

–Sí, el instinto me dice que es nuestro hombre -dijo Williams.

–Sin embargo, el niño le vio y sigue con vida -repuso King.

–Tal vez hasta un animal así tenga sus límites -replicó Bailey-, o quizá pensó que su hijo estaba medio dormido y no recordaría la conversación o que nadie le creería si se lo contaba a alguien. Eres abogado. Un abogado defensor lo tendría muy fácil con un niño tan pequeño en el banquillo de los testigos.

Exasperado, King se reclinó y Bailey le observó.

–Tu socia dijo que estabas investigando. ¿Averiguaste algo? – preguntó con tal regocijo que King deseó estrangularlo.

Michelle, como si lo hubiera adivinado, le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo.

–No pierdas la calma -le susurró.

–¿Se supone que ahora es cuando tengo que decir: «Que te den, Michelle»? – farfulló. Sin embargo, se levantó y dijo-: Bueno, si es nuestro hombre, felicidades. Mantenednos informados. – Se quitó la placa de ayudante-. ¿Quieres que te la devuelva, jefe?

–No. Oficialmente, el caso no se cerrará hasta que obtengamos una confesión o más pruebas.

–Perfecto, porque precisamente ahora me gusta ser ayudante. De hecho me vendrá muy bien.

Salió de la sala.

–Vaya mala uva -comentó Bailey.

Michelle se apresuró a defender a su socio:

–No estamos seguros de que Robinson sea el asesino.

–Ya, pero nos falta bien poco para demostrarlo -replicó Bailey.

Ella se levantó para marcharse.

–Ah, Michelle -dijo Bailey-, asegúrate de informarnos de cualquier «progreso» que realicéis. Estoy seguro de que supondrá una gran ayuda para la investigación.

–Chip, es lo más acertado que has dicho desde que te conozco -replicó ella.

Siguió a King y cuando le dio alcance preguntó:

–¿Qué te parece?

–Me parece que dejaremos que encierren a Robinson. Seguramente estará más seguro en la cárcel.

–Pero no crees que sea él, ¿no?

–No, sé que no es él.

–¿Tienes nueva información?

–Estoy en ello. ¿Lograste hablar con los Battle?

–No después de lo sucedido. ¿Quieres que lo haga?

King reflexionó al respecto mientras tamborileaba con los dedos en el techo del todoterreno.

–No; iremos directamente al grano, se nos acaba el tiempo.

–¿Crees que volverá a matar?

–Lo ha preparado todo para que la policía piense que tiene al asesino. Ésa es su salida. De todos modos, es probable que Robinson tenga una coartada para al menos uno de los crímenes. Pero cuanto más esperemos menos posibilidades tenemos de atrapar al verdadero asesino.

–Si no piensa matar de nuevo, ¿de qué sirve que Robinson esté encerrado?

–Porque si sale lo encontraremos en un callejón con una bala en la cabeza y una nota en la mano que pondrá: «Fui yo.»

–Entonces ¿qué hacemos ahora?

King abrió la puerta del todoterreno.

–Ha llegado el momento de ir a por todas, y confiar en que el destino nos sonría.

85

Había llegado a la mitad de la lista que había cogido en la caravana de Júnior Deaver. Los otros llevarían su tiempo, pero se había ganado un respiro. La policía había arrestado a Harold Robinson. Lo cierto era que había sido una suerte

que Tommy se hubiera despertado y hablado con su padre, tal como informaban los periódicos. Aquello, junto con el hallazgo de los objetos pertenecientes a las cinco víctimas, parecía confirmar a Robinson como autor de los crímenes. Y ésa había sido su intención desde el principio. Lo que no sabía era si duraría mucho. Si Robinson tenía una coartada para al menos uno de los asesinatos entonces todo se iría al garete, pero de momento tenía tiempo para seguir con sus planes. Y la mujer de Robinson, que siempre corroboraba el paradero de su marido, estaba muerta. Eso dificultaría la comprobación de las coartadas por parte de la policía. Le faltaba un solo asesinato, pero no le preocupaba que la policía lo relacionase con los crímenes anteriores y dejase a Robinson en libertad. Nunca encontrarían el cadáver de la siguiente víctima. Es más, no habría nada que encontrar.

Acababa de averiguar un detalle intrigante. Cuando comprobó la grabación procedente del micro que había ocultado en el despacho de King y Maxwell, oyó la conversación entre Michelle y Billy Edwards. Hacía unos tres años y medio el gran Bobby Battle y su imperiosa mujer habían discutido en el garaje, y el Rolls-Royce había sufrido daños.

Hacía unos tres años y medio. De hecho, el día antes de que Edwards fuese despedido.

Caviló al respecto. Había algo… si sólo lograra recordarlo. Volvió a repasar la lista de las personas para las que Júnior Deaver había trabajado últimamente. Supuso que si alguien le había tendido una trampa a Júnior para incriminarlo, seguramente habría entrado en su caravana e investigado sus pertenencias. Dedujo que la persona que había cometido el robo posiblemente hubiera asesinado a Bobby Battle. Ese acto no sólo le había robado su gloria personal sino que también había desbaratado todos sus planes. Para ese pecado sólo serviría el mayor de los castigos.

Michelle y King estaban en su oficina.

–Bien, Sean, se acabó la palabrería, se acabaron las respuestas evasivas. Me he cansado de estar al margen. Dijiste que iríamos a por todas y que confiaríamos en que el destino nos sonriera. Quiero saber todo lo que sabes, y quiero saberlo ya.

–Michelle…

–¡Ahora mismo, Sean, o ya puedes buscarte otro socio!

King se reclinó y resopló.

–Vale, sé quién mató a Bobby Battle. He hablado con varios médicos, he ido a una tienda de antigüedades, he investigado aquí y allá, he encajado algunas piezas del puzzle, y tiene sentido.

–¿Quiénes?

–No te lo creerás.

–Bien, no me lo creeré.

King jugueteó con un sujetapapeles que había en la mesa de trabajo.

–Harry Carrick -dijo.

–¿Te has vuelto loco? ¿Qué otro motivo podía tener Harry…?

–El más antiguo de todos. Está enamorado de Remmy desde hace décadas.

–¿Y también fue el autor de los robos?

–Sí. Recuerda que es un viejo amigo de los Battle. Le sería fácil conseguir una llave de la casa y la clave del sistema de seguridad. Luego rompió la ventana para que pareciera un robo. Harry dijo que Júnior había trabajado para él. Ya viste la camioneta de Júnior, estaba llena de herramientas y ropa. Harry podía coger lo que quisiera para incriminar a Júnior. Además, fue fiscal y juez durante años, por lo que no es un neófito con respecto a las huellas dactilares. Es posible que obtuviera una de Júnior y la colocase en casa de los Battle.

–Pero ¿por qué robar a los Battle?

–Creo que Bobby tenía pruebas incriminatorias de su romance guardadas en el cajón secreto del vestidor. Si así

fuera, es probable que Harry quisiera dar la impresión de que el objeto del robo era el cajón secreto de Remmy cuando en realidad lo era el de Bobby.

–¿Qué pruebas incriminatorias podía tener Bobby?

King abrió el cajón y sacó una fotografía. Le dio la vuelta y señaló el dorso.

–¿Pa-Kc? ¿Pa-Ko? ¿Qué tal papel Kodak?

Michelle alargó la mano lentamente para tomar la fotografía. Pasó los dedos sobre las palabras «papel Kodak» impresas en el dorso.

–Y se quedaron grabadas en parte en el cajón -dijo. King asintió-. O sea, tenía una foto comprometedora de Remmy y Harry, ¿no?

–Seguramente. Por eso Harry sacó a relucir la teoría del testamento robado del armario de Bobby, para despistarnos. Tal como lo veo, Harry y Remmy deben de haber estado juntos en esto. Tenían que recuperar la foto y simular el robo de objetos valiosos de ella. Según esta teoría, Remmy le habría facilitado a Harry la llave y la clave. Lo que probablemente no calcularon es que la empresa de seguridad cuenta con un archivo. Comprobé los registros sin que Remmy lo supiera. A la una y media de la madrugada, cuando se produjo el robo, alguien desactivó el sistema de seguridad al introducir la clave de acceso. Nadie se había molestado en

comprobarlo porque todos daban por sentado que se trataba de un robo.

–O sea que se llevan la foto.

–Y sólo les falta hacer una cosa.

–Matar a Battle -dijo Michelle con voz quebrada-. No puedo creerlo, Sean, no puedo. No puedo creerme que sea Harry.

–Míralo desde el punto de vista de Harry. La mujer a la que amaba estaba casada con un monstruo. Recuerda que Harry estaba en el hospital cuando Bobby murió. Nos dijo que le habían llamado porque él es su abogado general.

–¿Y no lo es?

–Sí, lo es, pero no le llamaron. Fue por su cuenta. Lo dispuso todo para encontrarse con nosotros cuando nos marchábamos. Nos dijo que era un viejo amigo de Bobby y nos preguntó si habíamos visto a Remmy. Todo eso para despistarnos y para que no sospecháramos de él.

–¿Asesinó a Battle esa noche?

–Remmy se marchó del hospital a eso de las diez. Harry seguramente la esperaba en el aparcamiento vestido con una bata del hospital. Es el abogado general del hospital. Y conoce bien el horario de los cambios de turno. Entonces entró, movió la cámara, inyectó la sustancia en la bolsa, dejó las pistas falsas y se largó.

–Pero el que Remmy estuviera allí la incriminaba. ¿Por qué hacerlo de ese modo? ¿Por qué tenía que estar Remmy allí?

–Por eso colocaron la prueba que inculpaba al asesino en serie. Lo comprobé: Remmy ya era rica, incluso sin contar con el patrimonio que Bobby le dejaba en el testamento, por lo que ése no era el móvil. Y dado que Remmy estaba allí lo lógico sería pensar que le habían tendido una trampa. Al principio sospecharían de ella, pero con el tiempo pensarían como tú: si de veras ella tenía que ver con el crimen, no estaría cerca de esa habitación la noche en que se cometió.

–¿Y qué pensaban hacer ahora? ¿Esperar un poco y casarse?

–No; supongo que Remmy se marcharía al cabo de cierto período de tiempo. Harry haría otro tanto no mucho después. El siguiente destino tal vez sería una isla privada en Grecia.

Michelle respiró hondo y exhaló lentamente.

–¿Qué hacemos ahora?

–Cenaremos con Remmy y Harry.

–¿Qué? ¿Bromeas?

–No; será en casa de Harry. – Se inclinó hacia delante-. Michelle, cometieron un error de poca importancia, pero con

eso basta. Con el pequeño dispositivo de vigilancia que compré en Washington obtendré las pruebas que necesito.

–¿Todd o Bailey están al tanto de esto?

–No; sólo nosotros. Siempre censuraré lo que hicieron Harry y Remmy, pero pienso que se merecen que el asunto se lleve con la mayor discreción y dignidad posibles.

–¿Cuándo? – preguntó Michelle.

–Mañana a las siete. Harry estará fuera de la ciudad hasta mañana a primera hora de la tarde. En cuanto sepan que sabemos la verdad y tenemos pruebas, estoy seguro de que confesarán y nos acompañarán sin rechistar. Luego se los entregaremos a Todd.

–Todo esto me da mala espina, Sean, muy mala espina.

–¿Crees que a mí me gusta? Harry fue juez del Tribunal Supremo de Virginia; hemos sido buenos amigos durante muchos años.

–Lo sé, pero…

–Por mucho que Harry te caiga bien, olvídalo. Ya sé que Bobby era despreciable en muchos sentidos, y he averiguado que seguramente padecía una enfermedad crónica que quizá contagiara a Remmy.

–¡Oh, Dios mío!

–A pesar de todo -prosiguió King-, no se merecía que lo asesinaran. – La miró y dijo en voz baja-: Ya está, te he contado todo lo que sé. – Tras una breve pausa añadió-: ¿Estás conmigo, Michelle?

–Estoy contigo -respondió ella con voz queda.

86

King le había pedido a Harry que le diese la noche libre a Calpurnia para así él preparar la cena para los cuatro.

–Vaya cocina la tuya, Harry -dijo King mientras Michelle y él servían la comida-. Te agradezco que me hayas dejado venir antes para prepararlo todo.

Harry observó los elaborados platos.

–De verdad, Sean, creo que he salido mejor parado que tú con el trato. – Llevaba uno de sus mejores trajes, aunque parecía quedarle un tanto pequeño-. Hace cuarenta años que peso lo mismo, pero la distribución ha cambiado -explicó con fingido pesar.

–Sin duda -dijo Remmy, que también iba muy arreglada.

Harry y ella se sentaron de un lado de la mesa y Sean y Michelle del otro.

–Espero que el viaje de vuelta a casa sea menos movidito que la última vez que cenasteis conmigo -dijo Harry.

–Creo que esta velada será muy interesante -dijo King mientras comenzaba a servir la comida.

Michelle adoptó una expresión abstraída.

–Michelle, ¿qué te pasa? – preguntó Harry.

–No me siento muy bien. Debe de ser la primavera.

La cena transcurrió con normalidad. Después del postre se dirigieron a la biblioteca para tomar el café. Había refrescado y el fuego resultaba acogedor. King se acercó a un biombo de madera y hojalata puesto en diagonal en un rincón.

–Muy bonito -comentó.

–Del siglo xviii -informó Harry-. Hecho a mano con materiales procedentes de la finca.

King se colocó frente al fuego. Miró a Michelle con nerviosismo.

–Me temo que esta noche os he engañado.

Harry y Remmy le miraron, sorprendidos.

–¿Cómo? – dijo Remmy.

–El propósito de la cena no era inocente.

Harry apartó el café y miró a Remmy y luego a Michelle, que estaba cabizbaja y con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta.

–No te entiendo, Sean. ¿Acaso quieres que sigamos hablando del caso?

–No, ya no necesito hablar del caso. Creo que sé todo cuanto necesito saber.

Los dos le miraron con expresión inquisitiva.

–Sean, díselo ya -pidió Michelle.

–¿El qué? – preguntó Harry.

A Remmy comenzó a temblarle la mano con que sostenía la taza y el platillo.

Los cuatro se volvieron cuando el encapuchado entró en el comedor empuñando una pistola, cuyo láser rojo apuntó al corazón de Harry.

King se interpuso entre el encapuchado y Harry.

–Se acabó -dijo King con toda tranquilidad-. No más muertos.

–¡Apártate o serás el primero en morir!

Remmy se incorporó. La pistola le apuntó.

–¡Siéntate! – ordenó el hombre con brusquedad.

King dio un paso pero se detuvo en cuanto la pistola volvió a apuntarle.

–Michelle -dijo el encapuchado-, saca tu arma y déjala en la mesa. ¡Ya! ¡Nada de heroicidades! – añadió.

Ella sujetó la pistola por el cañón y la depositó en la mesa.

–Supongo que no nos matarás a todos, ¿verdad? – dijo King.

–Me lo estoy pensando, créeme -replicó el encapuchado mientras miraba a Remmy.

–Bueno, entonces ha llegado el momento de aclarar ciertas cosas. Remmy y Harry no tienen nada que ver con la muerte de Bobby. Fue una trampa. Una trampa para atraerte. – Hizo una pausa y añadió-: Encontré el micro.

El pistolero retrocedió un paso y bajó un poco el arma.

–¿Qué?

–La conversación que oíste entre Michelle y yo estaba preparada. – El hombre lo miró sin entender-. ¡Ahora! – gritó King y de pronto la biblioteca se llenó de policías y agentes del FBI.

Salieron de detrás del biombo, del armario del rincón y de las gruesas cortinas. Sorprendido, el encapuchado

retrocedió vacilante.

–Suéltala -ordenó Todd Williams apuntando al círculo con un retículo en cruz estampado en la capucha.

Michelle había recogido su pistola y apuntaba al mismo lugar. El encapuchado parecía pensar si valía la pena jugársela. El cuerpo se le tensó.

–¡Suéltala! – bramó Williams.

–Sería mejor que lo hicieras -dijo King con tranquilidad-. Al menos así podrás aclararnos algunas dudas. Creo que nos lo debes.

–*I* Ah, sí? – A pesar del sarcasmo, el encapuchado dejó caer el arma al suelo.

Los policías le redujeron y esposaron de inmediato.

–La casa ha estado rodeada todo el día -dijo King mientras ponían de pie al encapuchado-. Sabíamos exactamente dónde estabas en todo momento. Cuando elogié el biombo, en realidad me estaban indicando que ya estabas en la casa y que podía comenzar mi numerito. – Hizo una pausa-. Harry y Remmy han estado perfectamente a salvo para evitar que fueras a por ellos. Lo hemos hecho a nuestra manera. Ha sido muy gratificante. – King se acercó al hombre-. ¿Te importa? – Observó sus manos esposadas-. Puesto que no estás en condiciones de hacerlo tú mismo…

–Ahora ya da igual -repuso.

King miró a Remmy.

–Supongo que ya sabes quién es por la voz, Remmy, pero por si acaso, sujétala bien, Harry.

Harry le rodeó los hombros temblorosos. Remmy se llevó la mano a la boca para contener un sollozo.

King despojó de la capucha al prisionero. El hombre se estremeció ligeramente cuando la tela se deslizó por sus rasgos marcados.

–Se acabó, Eddie -dijo King.

Rodeado de hombres armados, esposado y sorprendido in fraganti, Eddie Battle aún tuvo la osadía de sonreír.

–¿Eso crees, Sean?

-Sí.

–Qué demonios, viejo amigo, acepto la apuesta.

87

–Todavía no sé cómo lo averiguaste, Sean -dijo Williams.

El jefe de policía, Sylvia y Bailey estaban en el despacho de King y Maxwell.

King dobló un sujetapapeles hasta formar un triángulo antes de responder.

–Siete horas -dijo-. Siete horas, eso fue lo que me hizo pensar en Eddie.

–Ya lo habías mencionado -le recordó Williams.

–Pero era una pista indirecta. Me recordó la droga que le dieron a Eddie o, mejor dicho, que se autoadministró.

–Sulfato de morfina -precisó Michelle.

–Exacto. Hablé con un experto en narcóticos y me dijo que la dosis media te deja sin sentido durante ocho o nueve horas, a no ser que la persona esté acostumbrada a los narcóticos fuertes, con lo cual su efecto es menor. Pues bien, Dorothea consume habitualmente estupefacientes. Creo que Eddie le administró la droga a eso de las dos de la madrugada, después de hacer el amor. Sin embargo, dado que estaba habituada al consumo, el efecto de la morfina fue menor de lo normal. De hecho, se había recuperado por completo al cabo de menos de seis horas, antes de las ocho, cuando Savannah le anunció la muerte de Sally.

–Dijo que se sentía mareada -comentó Bailey.

–Cierto, pero estaba recuperándose. Creímos que mentía, que intentaba disimular. Sin embargo, Eddie no pudo haber tomado el sulfato de morfina hasta después de asesinar a Sally, digamos que a eso de las seis de la mañana. Comenzó a recuperarse a las tres de las tarde, más o menos nueve horas después, el período normal que permanecería inconsciente una persona. Eso fue así porque la tomó después de matar a Sally. La referencia de las siete horas me volvía loco porque Sally había muerto antes de que

transcurrieran siete horas desde que me contara lo de Júnior. Eso me hizo pensar en el tiempo que Eddie habría permanecido inconsciente, y las cuentas no salían. Sobre todo si Dorothea también estaba drogada, ya que se recuperaron a horas muy distintas. Incluso con la tolerancia que ha desarrollado, la discrepancia era excesiva.

Williams se dio un golpecito en la pierna.

–Joder, ni siquiera se me había ocurrido. – Señaló a Bailey-. Y a ti tampoco.

–Si el asesino era otra persona -prosiguió King-, cabía que hubiese drogado a Eddie, pero lo habría hecho mucho antes de matar a Sally para asegurarse de que estuviera bien inconsciente. No tendría sentido que lo hubiera drogado después de matarla. ¿Para qué?

–Suena lógico -admitió Bailey.

–Lo de las siete horas también me hizo pensar en otra cosa. Si Sally había muerto por lo que me había contado siete horas antes, entonces alguien había colocado micros ocultos en mi casa flotante. ¿Cómo si no lo habría sabido Eddie tan rápidamente? Es posible que siguiera a Sally hasta mi casa y escuchara desde el coche. De cualquier modo, no podía quedarme de brazos cruzados, así que compré esto. – Sostuvo en alto un pequeño dispositivo-. Es un transmisor-detector y captador de frecuencias con un alcance de uno a tres megahercios. También tiene un gráfico de barras de dieciséis secciones que indica la intensidad de la frecuencia de radio, por lo que alcanza el máximo cuando está junto a un micro oculto.

–¿Encontraste el micro pero no lo quitaste? – preguntó Bailey.

–Exacto. Mientras Eddie creyera que la información

que averiguaba era válida, yo podría usarlo para tenderle una trampa.

–Harry y Remmy han sido muy valientes al participar -dijo Michelle.

–Ninguno sabía que era Eddie hasta que él habló -explicó King-. Siento haber conmocionado a Remmy de este modo, pero creí que sería mejor que viese por sí misma que su hijo era culpable.

–No ha sido fácil -reconoció Williams-. Aunque la casa estaba rodeada cabía la posibilidad de que Eddie disparase.

–Estaba seguro de que no lo haría, sobre todo después de saber que Harry no tuvo nada que ver con la muerte de Bobby. Eddie ha jugado limpio, eso es indudable. Asesinó, pero por motivos concretos. Sin embargo, por si acaso, le pedí a Harry que llevara un chaleco antibalas; hacía que el traje le quedara bastante ajustado, pero la molestia valía la pena. Además, doce agentes armados en la misma habitación no estorbarían a nadie. – Abrió el cajón del escritorio y sacó otro objeto.

–¿Qué es eso? – preguntó Sylvia.

–Un disco de claves para descifrar mensajes codificados. El ejército confederado lo empleó durante la guerra de Secesión. Eddie tenía uno en el estudio. – Movió el disco-. Si te equivocas en un solo tic, como un minuto en la esfera de un reloj de pulsera, el significado cambia por completo. Un tic, con eso basta. Estoy seguro de que Eddie sacó de aquí la idea de cambiar la hora del reloj dependiendo de la víctima. Así satisfacía su vena creativa y su pasión por la guerra de Secesión.

–Lo que no entiendo es que tenía coartadas -observó Bailey-. Las comprobamos. Por ejemplo, cuando mataron a Canney, Pembroke y Hinson estaba participando en las recreaciones de la guerra.

–Sí, pero por la noche los recreadores duermen en sus coches o en tiendas de campaña. Eddie pudo marcharse sin que nadie lo notase. Lo cronometré sobre el terreno. En cada

asesinato estaba a un máximo de dos horas de distancia en coche. Tenía tiempo de sobra para regresar y participar al día siguiente.

–Un momento -dijo Bailey-. Hemos hablado con personas que estuvieron en las recreaciones. Recordaban que el todoterreno de Eddie estaba allí casi siempre. Está documentado.

–Estoy seguro de que el todoterreno estaba allí-replicó King-, pero su todoterreno también tenía un enganche para remolques, lo comprobé. En las dos recreaciones que mencionas no fue con el remolque para caballos, pero pudo haber remolcado otro coche hasta un lugar cercano y ocultarlo en el bosque. Luego usaría ese vehículo para ir al lugar de los asesinatos y luego volver. Todos creerían que no se había movido de allí porque el todoterreno seguía en el mismo sitio. De hecho, creo que descubriremos que tenía otro coche escondido en alguna parte.

–Por Dios -dijo Sylvia exhalando un largo suspiro-, ¿cómo hemos podido estar tan ciegos?

–Vale, Sean, ya nos has contado cómo lo averiguaste, ahora dinos por qué. ¿ Por qué asesinó Eddie a esas personas? – inquirió Williams.

–Y en lenguaje para tontos, si es posible -dijo Sylvia sonriendo, en alusión a lo que King le había dicho en el depósito de cadáveres cuando ella se disponía a explicarle la causa de la muerte de Rhonda Tyler.

King no le devolvió la sonrisa.

–Eddie Battle es un hombre muy complejo y lleva mucho tiempo urdiendo este plan. Creo que todo comenzó tras la muerte de su gemelo.

–Bobby Jr., el que nació retrasado mental -explicó Bailey.

–No, Bobby Jr. no nació así, sino con sífilis -replicó King-. Las lesiones cerebrales fueron posteriores.

–¿Sífilis? – exclamó Bailey.

King cogió dos fotografías del escritorio.

–Cuando Michelle y yo estábamos en el dormitorio de

Remmy, Savannah nos enseñó esta foto de los gemelos cuando eran bebés. No sabía diferenciarlos. – Sostuvo la otra fotografía-. Ésta es de Bobby Jr. poco antes de morir,

nos la enseñó Masón. Se aprecia bien el cambio en los rasgos, la manifestación de la hidrocefalia y los problemas en los dientes y ojos. Su madre se la transmitió cuando estaba en el útero.

–Dientes de Hutchinson, muelas deformadas y atrofia del nervio óptico -dijo Sylvia mientras observaba la foto-. ¿Cómo contrajo Remmy la sífilis?

–De su esposo. Estaba contagiado cuando fecundó a Remmy de los gemelos o al mantener relaciones sexuales con ella durante el primer o segundo trimestre de ese embarazo.

–Y la sífilis puede atravesar la placenta -comentó Sylvia en voz baja.

–Exacto. Bobby Jr. acabó sufriendo lesiones cerebrales y otros efectos porque no recibió tratamiento. Murió de cáncer, pero estoy seguro de que la sífilis le había debilitado sobremanera.

–Pero ¿por qué no recibió tratamiento?

–Tuve una conversación muy extraña con Remmy al respecto. Dijo que cuando el niño comenzó a presentar síntomas anormales, Bobby no quiso que lo viera el médico. Ni siquiera aceptaba que él mismo estuviera enfermo. Seguramente no reconocía que tenía sífilis porque, al parecer, tampoco recibió tratamiento alguno. En cualquier caso, cuando Remmy buscó ayuda médica ya era demasiado tarde. La enfermedad había causado daños irreversibles. Recordad que ocurrió hace más de treinta años y los conocimientos médicos de entonces no eran tan avanzados como en la actualidad. Ha vivido muchos años con ese sentimiento de culpa.

–Cuesta creer que una mujer como Remmy no hubiera llevado a su hijo al médico de inmediato -dijo Michelle.

–Eso estaba pensando -convino Sylvia.

–*Desconocemos* muchos aspectos de la relación entre Remmy y su marido -dijo King-. ¿Una mujer que habla con adoración y orgullo de su esposo pero que no lleva el

anillo de boda y le da igual si no lo recupera? Ésas son aguas profundas que nunca sondearemos por completo.

–Pero tuvieron a Savannah años después y ella está sana -señaló Bailey.

–Bobby ya no era contagioso y Remmy había recibido tratamiento para la sífilis hacía varios años. – King apartó las fotografías y prosiguió-: Desde siempre, una de las principales vías de propagación de la enfermedad son las relaciones sexuales con prostitutas. Como bien sabemos, Bobby tenía fama de relacionarse con esa clase de mujeres. Contrajo la enfermedad de una de ellas y se la transmitió a Remmy, que a su vez se la transmitió sin saberlo a Bobby Jr. Eddie y Bobby no eran gemelos idénticos, sino bivitelinos, por lo que no compartieron el mismo flujo amniótico. Eso explicaría por qué Eddie no se contagió.

–¿Y Eddie lo sabía? – preguntó Bailey.

–Sí. No sé cómo lo descubrió, pero llevaba mucho tiempo albergando esa sospecha. Un polvorín a punto de estallar. Creo que Eddie también se sintió muy culpable. Sabía que seguía con vida por pura suerte. A decir de todos, quería mucho a su hermano.

–Entonces Rhonda Tyler fue… -comenzó Williams.

–La manera simbólica de Eddie de castigar a la prostituta que había contagiado a su padre y condenado a su hermano. Tyler tuvo la mala suerte de cruzarse con Eddie en un momento dado.

–El arrugamiento de la aorta de Bobby y las lesiones cerebrales apuntan a la sífilis -se recriminó Sylvia y se cubrió los ojos con una mano, apesadumbrada.

–No estabas buscando indicios de la enfermedad, Sylvia -la reconfortó King amablemente-. Y podrían ser fruto de otras enfermedades.

–Steve Canney tenía que morir porque era el fruto de una aventura de su madre con Bobby -dijo Michelle retomando la explicación-. Su madre había muerto, así que Steve fue sacrificado en su lugar.

–Eddie siente devoción por Remmy -declaró King-.

Estoy seguro de que creía que ese hijo bastardo era como una bofetada para ella. Y Janice Pembroke estaba en el lugar y el momento equivocados, eso es todo.

–Un tic fuera de lugar -dijo Bailey.

–Exacto. Lo mismo con Diane Hinson. Otro tic fuera de lugar, para ocultar su verdadero propósito y complicar la relación entre las víctimas.

–¿Y Júnior Deaver?

–Eddie creía que había robado las cosas de su madre. Eso bastaba. Cuando averiguó que se había equivocado, se desquitó con Sally. Por muy retorcido que parezca, su sentido del juego limpio y la justicia es obvio. Las huellas de barro del vestíbulo deberían haberme bastado para saber que era él. Savannah dijo que no se movió de la puerta, pero había huellas de barro por todas partes. Eran de las botas de Eddie, no de las de Savannah. Iba a contrarreloj, no sabía cuándo la droga dejaría de hacerle efecto a Dorothea, y él también tenía que tomar su dosis. Es probable que ni siquiera se fijase en el barro. A juzgar por la paliza que le propinó a Sally, estaba bastante desquiciado.

–¡Más que desquiciado! – exclamó Williams.

–Y luego le tendió una trampa a Harold Robinson para inculparle, aunque no sé por qué le eligió.

–Un momento. Entonces el hombre que vio el niño era Eddie, ¿no? – preguntó Michelle.

–Sí.

–¿Por qué no mató también al niño?

–Quizá supuso que si el niño creía que él era su padre eso ayudaría a inculpar definitivamente a Robinson. O tal vez, a pesar de todo lo que ha hecho, no es capaz de asesinar a un niño. Como ya he dicho, Eddie es un hombre muy complejo.

–Más bien un monstruo -opinó Williams.

–¿Lo sabe Dorothea? – preguntó Sylvia.

Bailey asintió.

–Se lo dije. Remmy y Savannah me ayudaron a contárselo todo. Ésa sí que es una familia afligida.

–Pero ¿por qué Eddie imitó a asesinos en serie famosos? – inquirió Williams.

King ladeó la cabeza hacia Bailey.

–Creo que eso iba dirigido a ti, Chip.

–¿A mí?

–Tiene sentido que quisiera alardear de su superioridad, vencerte en tu propio terreno profesional.

–Pero ¿por qué? Éramos amigos. Le salvé la vida.

–No; desbarataste su plan de secuestro.

Bailey se levantó de la silla de un brinco.

–¿Qué?

–Estoy convencido de que planificó su propio secuestro. Contrató al hombre que mataste. Quería castigar a su padre por la muerte de su hermano hacía dos años, y lo único que se le ocurrió a aquel universitario de veinte años fue arrebatarle cinco millones de dólares. Estoy seguro de que fue él quien quemó el dinero después de que mataras a su compinche. No quería que su padre lo recuperase, pero se le acababa el tiempo. Tuvo que volverse a atar y hacerse el tonto cuando llegaste. Llevaba mucho tiempo incubando ese odio hacia su padre.

–Increíble -dijo Bailey mientras se sentaba de nuevo lentamente-. Increíble -repitió-. ¿Todos estos años ha estado fingiendo que era mi amigo y en realidad me odiaba?

–Eddie es un mentiroso y un actor consumado. Digámoslo de otro modo: considérate afortunado de que no te hayan encontrado con un reloj en la muñeca.

–¡Por Dios! – exclamó el agente del FBI.

–Pero, Sean -dijo Williams-, han pasado veinte años entre el secuestro y los asesinatos. ¿Qué motivó a Eddie?

–Creo que fue el derrame cerebral de su padre. Quizá pensaba que Bobby moriría antes de que pudiese mostrarle su versión de la justicia. No lo sé a ciencia cierta, pero no parece una casualidad.

–¿Y ahora qué? – preguntó Michelle.

–Eddie comparecerá en el juzgado mañana.

–Habrá un cambio de tribunal, seguro -afirmó King-. Si es que llega tan lejos.

–¿Crees que alegará locura? – dijo Williams-. No lo conseguirá. El muy cabrón sabía perfectamente lo que hacía.

–En cierto modo estaba exorcizando los demonios que ha llevado dentro durante muchos años -replicó King-. No justifico lo que hizo, y si le condenan a muerte, así sea. Pero si Bobby no hubiera sido su padre creo que todo esto no habría ocurrido.

Todos se miraron entre sí en silencio.

–Le podría haber pasado a cualquiera -musitó Sylvia.

88

Cuando a la mañana siguiente condujeron a Eddie Battle hasta el juzgado en un convoy especial de la policía estatal con agentes uniformados del FBI, la multitud de curiosos y reporteros era tal que los vehículos no pudieron abrirse paso. Dado el interés nacional que había recibido el caso, al parecer habían acudido todos los ciudadanos de los cinco estados vecinos. Y estaban enardecidos.

–¡Mierda! – bramó Williams mientras observaba el gentío desde la furgoneta que encabezaba el convoy-. Me lo temía. No hemos dejado de recibir amenazas de muerte contra Battle desde que su arresto se hizo público. – Contempló la turba que le cerraba el paso-. ¿ Cómo saber si alguien va armado? – Escudriñó a un grupo de hombres con aspecto belicoso, de pie junto a camionetas con materiales de construcción.

–Seguramente son los chicos de Júnior y no parece que hayan venido a darle una palmadita en la espalda a Eddie.

–¿No hay una entrada subterránea para acceder al juzgado? – preguntó Bailey, que iba en el asiento trasero, detrás de Williams.

–¿No crees que si la hubiera ya estaríamos allí? Quizá deberíamos llevarle de vuelta al calabozo y esperar a que las cosas se calmen.

–¡Que se calmen! Tardarán meses en calmarse. Lo mejor será que lleguemos hasta el final ahora que disponemos de la fuerza necesaria.

Williams observó de nuevo a la multitud.

–Bien, vayamos al centro de la calle -ordenó por el *walkie-talkie*-. Despacio, no quiero ningún pleito por haber atropellado a alguien. Nos detendremos justo delante de la escalinata de entrada. Despejad y asegurad el área. Quiero un escudo humano circular, ¿entendido? Luego llevaremos a Battle rápidamente hasta el tribunal, pero antes de que baje dispersaremos esta maldita multitud y haremos que los de la televisión se larguen.

–Tendrás un gran problema con la Primera Enmienda, Todd -dijo Bailey.

–¡Al cuerno con la Primera Enmienda! Tengo que mantener a salvo al detenido. Aunque sólo sea para que lo ejecuten.

Se aseguró la zona, la furgoneta aparcó delante del juzgado y finalmente introdujeron a toda prisa a Eddie Battle en el edificio mientras les saludaban con toda suerte de gritos y epítetos junto con botellas, latas, piedras y otros objetos, aunque por suerte ninguna bala.

Los abogados de Battle, designados por el tribunal, se reunieron con él fuera de la sala de audiencias. Mantuvieron una breve conversación, entraron de nuevo y Eddie negó las acusaciones. Los abogados no solicitaron la libertad bajo fianza, probablemente porque temían que Eddie quedase libre y fuese a sus casas a altas horas de la madrugada.

–Estaremos en contacto -dijo la abogada principal, una mujer alta y corpulenta.

–Ya lo creo -dijo Eddie, cuyo cuerpo musculoso parecía querer salirse del mono naranja del detenido-. ¿Crees que me soltarán por buena conducta?

Eddie y los escoltas se encaminaron hacia el exterior, pero Williams y Bailey les detuvieron antes de que llegaran a las puertas.

–Está a punto de producirse un disturbio callejero -dijo el jefe-. Tenemos que dispersar a la gente antes de sacar a Battle. He ordenado que usen *spray* de pimienta y gas lacrimógeno si no se dispersan pacíficamente.

Eddie sonrió.

–Parece que he avivado el fuego de Wrightsburg, Todd.

–Cállate -ordenó Williams, aunque Eddie siguió sonriendo sin disimulo.

–Tienes que protegerme, Todd. No puedes permitir que me maten o los medios se cabrearán. No puedes privarles de su espectáculo. Piensa en los índices de audiencia, en todo ese dinero de la publicidad.

–¡He dicho que te calles! – Williams se le acercó con gesto asesino, pero Bailey se interpuso entre ambos.

–No hagas una tontería, Todd.

–Gracias, Chippy. Siempre has sido un gran amigo -se burló Eddie.

Bailey se giró furibundo, dispuesto a darle un puñetazo.

Williams intervino.

–Venga, Chip, no permitiremos que nos haga esto. – Gritó a dos ayudantes-: ¡Llevadle al calabozo de la segunda planta! Vendremos a buscarle cuando las cosas se hayan calmado.

–¡Buena suerte! – gritó Eddie mientras los ayudantes se lo llevaban-. No me falléis.

89

Uno de los ayudantes se quedó junto a la puerta y el otro se acercó a la ventana.

–Parece un disturbio serio -dijo éste. Era de la altura de Eddie, corpulento y de pelo rizado-. Ya han lanzado gas lacrimógeno.

–Vaya por dios -dijo el otro, un agente bajito y cadera gruesa, con lo cual el equipo que llevaba en el cinturón sobresalía hacia los lados-. Ya me gustaría estar ahí fuera ayudando a dispersar a esos mamones.

–Ve si quieres. Aquí no habrá problemas.

–Mejor no. El jefe ha dicho que no nos moviéramos. –Miró hacia el calabozo, donde Eddie estaba sentado en silencio, mirándoles-. Este cabrón se ha cargado a unos cuantos. Está pirado.

–No se causan disturbios por un peatón imprudente -dijo Eddie.

Los dos le miraron. El policía grande rió.

–Esa sí que es buena. No se causan disturbios por un peatón imprudente.

El bajito miró a su compañero.

–Ve si quieres -insistió éste-. Aquí no va a pasar nada.

–Vale, si ves que el jefe viene avísame por radio. Volveré enseguida.

–De acuerdo.

El policía bajito se marchó. Eddie se levantó y se acercó a la reja del calabozo.

–¿Tienes un cigarrillo?

–No me vengas con ésas. Mi madre no educó a una pandilla de idiotas. Quédate ahí y yo me quedaré aquí.

–Vamos, me han repasado de arriba abajo. No puedo hacerte daño. Necesito fumar.

–Venga ya.

El policía siguió mirando por la ventana. De tanto en tanto volvía la vista para vigilar a Eddie, pero al final se centró por completo en los disturbios de la calle.

Eddie tenía unos antebrazos enormes con venas gruesas y marcadas. Una de las venas era más gruesa que las demás, algo de lo que la policía seguramente se había percatado, pero no había despertado sospecha alguna. Al fin y al cabo sólo era una vena por la que corría sangre. Sin embargo, para alguien como Eddie Battle una vena no

siempre era una vena. De hecho, esa vena era de plástico, resina y goma, y completamente hueca. Durante las recreaciones Eddie se había vuelto un experto en maquillaje, disfraces y la creación de heridas y cicatrices falsas. Retrocedió hacia las sombras y comenzó a hurgarse la vena con los dedos. Finalmente, la reventó y extrajo los objetos ultra finos que había escondido allí. Las posibilidades de que le atraparan eran muchas, por lo que había tomado algunas medidas para hacer frente a esa eventualidad. Por mucho que le cachearan y registraran de arriba abajo, no encontrarían la ganzúa y el dispositivo de tensión ocultos en la falsa vena.

No apartó la mirada del policía, que seguía observando lo que sucedía en la calle. Se acercó en silencio a la puerta, pasó las manos esposadas por entre los barrotes y las dejó caer de modo que taparan la cerradura. Introdujo los instrumentos y comenzó a moverlos lentamente. Había practicado esa maniobra durante horas y horas con la vieja cerradura de una puerta de celda rescatada de una prisión que habían demolido. Finalmente, notó que el dispositivo de tensión y la ganzúa desplazaban las clavijas de la cerradura. En el exterior se produjo un gran estruendo, que aprovechó para disimular el sonido de la cerradura al abrirse. Se aferró a los

barrotes e introdujo los instrumentos entre la muñeca y las esposas.

–¡Eh, idiota! Eh, te estoy hablando a ti, pedazo de imbécil.

El policía se volvió y lo miró.

–A mí no me freirán en la silla eléctrica, capullo.

–La inyección letal, gilipollas.

–Exacto, a eso iba, entonces ¿quién es el idiota?

–El único idiota que veo eres tú. – «Vamos, grandullón, acércate un poco.»

–Adelante, desahógate.

–¿A palabras necias oídos sordos? ¿Cómo cono es posible que seas poli? Bueno, más que poli, paleto. – «Venga, sé que te gustaría aporrearme. Eh, tonto del culo, estoy aquí.»

–Los paletos te atrapamos, ¿recuerdas?

–Lo hizo un ex agente del servicio secreto, so gilipollas. A tu jefe me lo habría pasado por el forro cuando me hubiese dado la gana. – Eddie observó la mano del policía y vio la alianza-. Después de haberme tirado a tu mujer, claro. Joder, la volví loca.

–Eh, eh. – Una gota de sudor se deslizó por la nuca del agente. Estaba tenso.

«Casi, casi.»

–¿Tus hijos son tan feos como tú, o tu esposa de culo gordo y tú adoptasteis para no tener monstruitos correteando por la casa?

El policía se volvió y se dirigió hacia la celda con el gesto desencajado.

–Vale ya, cabronazo. Tienes suerte de estar ahí dentro…

Eddie abrió la puerta de una patada y la reja le dio de lleno en la cara. El agente se desplomó. Eddie se abalanzó sobre él, le rodeó el cuello con la cadena de las esposas y apretó con todas sus fuerzas. Bastaron treinta segundos para que el fornido hombre dejara de respirar. Eddie le registró, encontró las llaves y se quitó las esposas. Corrió a cerrar la puerta que daba al pasillo, arrastró el cadáver al interior de la celda, se vistió con su ropa y luego lo colocó en la litera.

Se puso las gafas de sol y el sombrero de ala ancha, abrió la puerta unos centímetros y observó el pasillo. Había varios agentes apostados.

Le quedaba la ventana. Cerró la puerta, fue hasta la ventana y miró. Por suerte, la policía había arreado a la multitud hasta el otro extremo del edificio. Miró hacia abajo. No sería fácil, pero la alternativa era bastante menos apetecible. Y tenía que acabar un trabajo. Abrió la ventana, se encaramó al alféizar, buscó la cornisa con los pies y se

apoyó con seguridad. Se agazapó, aferrado al borde de ladrillo y descendió hasta quedar colgado de allí, balanceándose. Miró a izquierda y derecha. Se soltó y cayó sobre el saliente del tejado de la primera planta, mantuvo el equilibrio y luego descendió hasta el suelo.

En vez de huir corriendo, se dirigió hacia el otro extremo del edificio, hacia la multitud, donde se abrió paso fingiendo que ayudaba a sofocar el disturbio. Llegó a la zona donde estaban aparcados los coches patrulla y buscó hasta dar con un Ford Mercury que tenía las llaves puestas. Subió, dio marcha atrás y se alejó de allí. El disturbio no había acabado y la televisión lo filmaba con regocijo para el público de todo el país. Sin embargo, los medios se habían perdido la mejor primicia: la fuga triunfal de Eddie Lee Battle.

Encontró un paquete de chicles en el cenicero, se llevó un Juicy Fruit a la boca y encendió la radio de la policía para así saber cuándo descubrían su fuga. Respiró el aire fresco y vio a un niño que iba en bicicleta. Aminoró la marcha y bajó la ventanilla.

–Eh, ¿de mayor respetarás las leyes, hijo?

–¡Sí, señor! – gritó el niño-. Quiero ser como usted.

Él le arrojó un chicle.

–No, no quieras ser como yo, hijo. – «No quieras serlo. Apenas me quedan unos días de vida.»

Sin embargo, vio el lado positivo mientras aceleraba. Era libre y volvía a las andadas. Y sólo le quedaba uno. ¡Sólo uno!

Se sentía condenadamente bien.

OceanofPDF.com

–Entonces, ¿ quién mató a Bobby Battle y a Kyle Montgomery? – preguntó Michelle.

Estaban sentados en el muelle de King tomando el sol después de haber dado un paseo matinal en las canoas.

–Todavía no se me ha ocurrido nada. Quizás haya consumido toda mi materia gris en atrapar a Eddie.

–Bueno, Dorothea tenía el mejor motivo para matar a Kyle.

–Y también tuvo la posibilidad de matar a Bobby, y tal vez la motivación si él no cumplía su parte del trato y le legaba una parte mayor del patrimonio.

Michelle parecía preocupada.

–Sé que inventaste todo eso sobre Remmy y Harry, pero no creerás…

–Harry tiene una coartada de las buenas. Cuando Battle murió Harry estaba dictando una conferencia en el Colegio de Abogados de Virginia, en Charlottesville.

Michelle pareció aliviada.

–¿Y Remmy?

Ahora el que pareció preocupado fue King.

–No lo sé, Michelle, de verdad que no lo sé. Desde luego no le faltaban motivos para querer matarle.

–Quizá lo hizo alguien que quería ser el siguiente propietario del lugar.

King la miró con expresión confusa y se disponía a contestar cuando sonó el móvil.

Respondió, escuchó y se quedó lívido. Colgó. – ¡Algo malo? – preguntó Michelle con temor. – Eddie se ha escapado.

A los Battle se les proporcionó seguridad permanente. Harry Carrick, King y Michelle también se alojaron allí porque sus vidas corrían peligro. La policía estatal y el FBI iniciaron una búsqueda conjunta a gran escala en tres estados, pero al cabo de dos días no se sabía nada de Eddie.

King y Michelle estaban en el comedor tomando café con Sylvia, Bailey y Williams y hablando del caso.

–Eddie es un gran conocedor de la naturaleza, conoce la zona mejor que nadie -señaló Bailey-. Ha cazado aquí y explorado el territorio desde su infancia. Es capaz de arreglárselas con casi nada durante semanas.

–Gracias, Chip, eso sí es alentador -dijo Williams agriamente-. Atraparemos a ese cabrón, aunque no puedo prometer que lo traigamos de vuelta vivo.

–No creo que Eddie permita que eso vuelva a ocurrir -dijo King.

–¿No habrá huido de la zona? – sugirió Michelle.

King negó con la cabeza.

–Demasiados controles y policía en todas las carreteras, estaciones y el aeropuerto. Encontraron abandonado el coche patrulla en una carretera secundaria. Creo que ha huido al monte.

Williams asintió.

–Tratará de pasar inadvertido en las inmediaciones, cambiará de apariencia en la medida de lo posible y cuando las cosas se calmen un poco se dará a la fuga.

King no parecía convencido. Williams se percató de ello.

–¿No estás de acuerdo?

–Creo que sigue por aquí, pero no por el motivo que crees.

–Entonces ¿por qué?

–Alguien mató a su padre.

–¿Y?

–Creo que Eddie lo quería para sí. Si el asesino no se le hubiese adelantado, Bobby habría sido la víctima final de Eddie. – King miró a Michelle-. Vino a vernos y nos dijo que su madre estaba indignada porque la gente pensaba que había hecho que mataran a Júnior y a su marido. Eddie sabía que no era así. Quería que averiguásemos quién había sido. ¿Recuerdas cuando tomamos unas copas con él en el

Sage Gentleman? Nos dijo que su padre tenía que seguir vivo a toda costa.

–Para poder matarlo -añadió Michelle sombríamente.

–Entonces ¿qué cono piensa hacer? ¿Perseguir al asesino de Bobby? – preguntó Williams-. Aún no sabemos quién es, Sean.

–Pero si lo atrapamos tendremos muchas probabilidades de atrapar también a Eddie.

–Os agradecería que no tramarais en mi casa la captura y ejecución del único hijo que me queda.

Todos se volvieron. Era Remmy. Casi nunca se dejaba ver por la mansión, y cuando aparecía no hablaba con nadie, ni siquiera con Harry. Le subían las comidas a su dormitorio.

King se levantó de la silla.

–Lo siento, Remmy, no te habíamos visto.

–¿Y te parece raro verme? Al fin y al cabo, ésta es mi casa y mi comedor y, por si lo habíais olvidado, las tazas de las que estáis bebiendo también son mías.

King miró a Williams.

–Sé que es una fórmula poco cómoda…

–Bonito eufemismo -interrumpió Remmy.

–Es más fácil si todos estáis en el mismo lugar, Remmy -aseguró Williams.

–Oh, me alegro de que sea más fácil para algunos; para mí desde luego no.

–Podríamos alojarnos en un hotel -sugirió Michelle, pero Remmy desechó la idea con un movimiento de la mano.

–Que no se diga que he eludido mis responsabilidades cívicas, aunque suponga la pérdida de mi hijo. – Y se marchó del comedor.

Los demás se miraron, nerviosos.

–La situación le resulta insostenible -dijo Sylvia.

–¿Crees que a nosotros nos gusta? – replicó Michelle-. Eddie es un asesino en serie y su madre tiene que asimilarlo. Es muy duro para ella.

King adoptó una expresión pensativa mientras removía un poco más de azúcar en el café.

–Por cierto, confío en que sepáis que el caso contra Eddie no es irrefutable -dijo.

–¿A qué te refieres? – protestó Williams-. Entró en casa de Harry con una máscara Zodiac, dispuesto a mataros a todos. Y ahora se ha escapado y se ha cargado a uno de nuestros agentes.

–Sí, pero como no sabemos qué ocurrió, Eddie podría alegar defensa propia u homicidio involuntario. La puerta de la celda estaba abierta y un abogado defensor podría asegurar que el policía intentó acelerar el curso de la justicia y que Eddie se limitó a defenderse. Ahora bien, estoy tan convencido de que es culpable de esos asesinatos que es como si le hubiera visto cometerlos. Pero no tenéis que convencerme a mí, sino a un jurado quizá procedente de otra parte del Estado o de otro Estado. Así que, ¿dónde están las pruebas que le inculpan?

Williams seguía irritado.

–Todo lo que nos has contado. Sus móviles, el disco de claves, el que drogara a Dorothea.

–Sólo son pruebas circunstanciales y conjeturas, Todd -replicó King-. Necesitamos pruebas materiales que le relacionen con los crímenes. ¿Las tenemos?

–Antes del asesinato de Jean Robinson seguramente no -intervino Sylvia-. Sin embargo, encontré un folículo piloso con raíz en el suelo, junto a la cama de ella. No sé cómo llegó allí, pero el color y la textura me decían que no era de su marido. Lo he enviado a analizar junto con una muestra del ADN de Eddie. Si coinciden, ya es nuestro, al menos por ese asesinato.

–Déjame atraparlo, eso es todo -dijo Williams-. Confesará antes de lo que canta un gallo.

–Si es que lo atrapamos -dijo Michelle.

–Puede que se esconda durante una temporada, pero acabaremos echándole el guante -afirmó con seguridad el

jefe.

–La persona a la que él busca -dijo King-, ésa es la clave. Si la encontramos, encontraremos a Eddie.

–¿De veras lo crees?

–No es que lo crea -replicó King-: lo sé. Sólo queda una persona en su lista. Sólo una, y tenemos que llegar antes que él.

91

Eddie se recostó en el pequeño catre de la cueva. Había descansado, comido y planeado. Tenía un escáner de radio de la policía y una televisión a pilas y estaba al corriente de la evolución de la búsqueda; de momento no habían conseguido progreso alguno. Sin embargo, sus movimientos estaban limitados. Sólo podía salir de noche y había una larga caminata hasta el viejo y abollado todoterreno que había ocultado en un bosquecillo para esa eventualidad.

Tras todos esos años yendo de aquí para allá, sin terminar de consolidar una personalidad en ninguna parte, finalmente había encontrado su horma: asesino fugitivo. Se rió, se levantó, se estiró, se dejó caer al suelo e hizo cien flexiones de brazos y otros tantos abdominales. Había encajado a presión una barra metálica entre dos afloramientos irregulares de roca al fondo de la cueva. Hizo veinticinco flexiones rápidas y luego cinco con cada brazo. Se desplomó, resoplando. Ya no tenía veinte años, pero no estaba mal para su edad. El policía fornido habría dado fe de ello.

Desenfundó la pistola y cargó la munición para atravesar chalecos antibalas que había comprado en el mercado negro con un mero clic de ratón. En internet era posible comprar de todo -armas, munición, mujeres, niños, matrimonios, divorcios, felicidad, muerte- si sabías dónde buscar. Pero era una pistola contra mil, mucho peor que en el Álamo.

«Sin embargo, un hombre sin nada por lo que vivir es, sin

duda, un hombre poderoso. Quizás invencible», pensó. ¿Lo había leído en alguna parte o se le acababa de ocurrir? Daba igual, sería su vida a partir de ahora.

Acabarían encontrándole y matándole, de eso estaba seguro. Pero le daba igual si primero acababa con el asesino de su padre. Eso era lo único que le importaba. Vaya, había racionalizado su vida. Volvió a reírse.

Sacó la lista del bolsillo. Quedaban pocos nombres, pero desde luego no podría acabar con todos. Ahora se centraría en sólo dos muertes más, esa misma noche: la del asesino de su padre y la suya. Y luego Wrightsburg regresaría a la normalidad. Su familia empezaría de nuevo, por fin liberada del monstruo que tenía por patriarca.

Se tumbó en el catre, escuchó la radio con un oído y cualquier ruido del exterior con el otro. La ubicación aislada de la cueva y la entrada oculta dificultaban su localización. Sin embargo, si alguien tenía la mala suerte de acercarse, le daría un entierro digno. No era un monstruo; en su caso la manzana había caído bien lejos del árbol.

«No soy el hijo de mi padre, gracias a Dios. Pero pronto nos veremos, papi. Quizás el diablo nos ponga juntos para toda la eternidad. Ya hablaremos.»

Hizo crujir los nudillos y soñó un encuentro así mientras la tarde cedía terreno a la noche. La noche en que pasaría a la acción, en la que acabaría con el último objetivo. Y luego el telón caería en el Gran Espectáculo de Eddie Battle. No habría ningún bis. «Adiós a todos, fue bonito mientras duró.»

92

El pequeño edificio de la *Wrightsburg Gazette* estaba oscuro y vacío a esa hora de la noche. No había alarmas ni guardas de seguridad nocturnos, ya que ¿qué, salvo papel, robarían en un periódico venerable pero que daba pérdidas? El presupuesto para la publicación diaria era ajustado y el

propietario no quería desperdiciarlo en proteger cosas que no parecían necesitar protección.

El sencillo cerrojo de la puerta trasera cedió rápidamente, Eddie entró y cerró la puerta tras de sí. Fue hasta la pequeña sala que había detrás de la zona de imprenta. Abrió la puerta que daba a esa parte desprovista de ventanas, iluminó con la linterna las carpetas de archivos apiladas y fue leyendo las etiquetas del lomo.

Encontró la que buscaba, la abrió, extrajo el carrete de microfichas antiguas y se dirigió a uno de los monitores que había en el exterior de la habitación. Se sentó, introdujo los carretes en el lector, encendió la pantalla y puso en marcha la máquina. Sabía la fecha, por lo que encontró enseguida la noticia que buscaba. Por supuesto, todo encajaba, las cosas que había oído durante los últimos años, las pequeñas pistas aquí y allá. Se le ocurrió otra idea al recordar algo que Chip Bailey le había dicho en una ocasión. Había sucedido una vez, aunque en otro país.

«Sí, ahora todo tiene sentido. Pero ¿quién se lo creería?», se preguntó.

Extrajo el carrete y lo guardó en la carpeta. Se disponía a

marcharse, pero se detuvo mientras le daba vueltas a la idea, y finalmente sonrió. «¿Por qué no?» Cogió un rotulador de una mesa y se acercó a la pared. Escribió cuatro letras bien grandes. Tendrían que verlas necesariamente, aunque no sabrían qué significaban. Quería llegar el primero, eso era todo. Ya unirían las piezas del rompecabezas cuando todo hubiera acabado.

Admiró su obra durante unos instantes y luego se marchó. El todoterreno estaba aparcado a menos de un kilómetro, en un camino de tierra que la policía seguramente no vigilaría. Se mantuvo bien cerca de los árboles mientras regresaba.

Chip Bailey se incorporó en la cama, confundido durante unos segundos, hasta que se dio cuenta de dónde provenía el ruido. Era el móvil. Buscó a tientas, encontró la luz de la

pequeña habitación de motel y respondió. Era el jefe Williams. Sus palabras fueron lacónicas pero le despertaron por completo.

Alguien acababa de entrar en la *Wrightsburg Gazette.* La descripción de la persona coincidía con la de Eddie. Estaban rodeando toda la zona. Bailey se vistió rápidamente, se puso la pistolera y enfundó el arma. Corrió hasta el coche y subió de un salto.

El cuchillo se le clavó en la espalda con tal fuerza que la empuñadura le golpeó en el omóplato. El agente del FBI moribundo trató de darse la vuelta para ver quién le mataba, pero la hoja le había seccionado el corazón por la mitad. Se desplomó en el asiento, con la cabeza ladeada.

Eddie se incorporó del asiento trasero y soltó el cuchillo. Había pasado por el motel de regreso al todoterreno. Al ver el coche de Bailey en el aparcamiento se le ocurrió que sería una buena idea devolverle el favor a su viejo amigo por haberle «salvado» en el pasado. Quizá no se le presentara otra oportunidad. Había llamado al móvil de Bailey, un número que conocía de sobra, desde una cabina. Había imitado la voz de Williams suficientemente bien como para que el adormilado agente del FBI no se percatara.

Esa falta de atención a los detalles le había costado cara.

«Lo siento, Chip, la has cagado. De todos modos, tampoco eras un buen agente. Bastante inepto y presuntuoso, la verdad. Y te morías por ser mi padrastro. El pastón ese te atraía lo suyo, ¿no es así, viejo Chip? Viejo amigo. Viejo colega.»

Eddie salió del coche. Llegó al todoterreno en media hora, manteniéndose bien lejos de las calles. Había llegado la hora de dormir y prepararse. Luego actuaría de acuerdo con la información que había obtenido.

El atajo para determinar la identidad de la persona que había asesinado a su padre había funcionado de maravilla. Confiaba en que la «ejecución» fuera igual de impecable.

–Era su cuchillo -explicó Williams a King y Michelle en casa de los Battle-. Tenía sus huellas dactilares. Eddie no intenta ocultar que ha sido él. Joder, es posible que se enorgullezca y todo.

Uno de los hombres de Bailey había encontrado su cadáver al día siguiente. La muerte del veterano agente les había dejado anonadados.

–Eddie ha tenido muchas agallas al salir de su escondrijo para cargarse a Chip así -dijo King.

–No estoy seguro de que haya sido el único motivo de su salida -replicó el jefe-. Será mejor que me acompañéis.

Les condujo hasta el edificio de la *Gazette* y señaló la palabra que Eddie había escrito en la pared: «Teta.»

King observó la palabra y luego miró a Williams.

–¿Teta? ¿Estás seguro de que fue Eddie y no la travesura de un niño?

–No, no estoy seguro. De hecho, parece obra de un niño. Pero no estamos muy lejos del motel donde asesinó a Chip.

King miró alrededor.

–¿Qué querría de aquí?

Michelle señaló los numerosos archivos de microfichas.

–Quizá buscaba algo ahí.

–Si no sabes exactamente lo que quieres no acabarías nunca de buscar -dijo King. Miró a Williams con expresión preocupada-. Será mejor que mantengas los ojos bien abiertos, Todd.

–No pienso dejar que me claven un cuchillo por la espalda. Tengo protección permanente. Ojalá Chip hubiera hecho lo mismo.

–Tal vez creyó que a él no podía pasarle -le dijo Michelle-. O quizás era demasiado orgulloso.

–O pensaba que Eddie era su amigo -comentó Williams.

–Pues vaya amigo -dijo King-. ¿Qué tal la búsqueda?

–Demasiados bosques y carreteras secundarias. Además, todo el mundo de los cuatro estados vecinos ha llamado diciendo que ha visto a Eddie. Mide tres metros, tiene

zarpas y trozos de cuerpo colgando de la boca ensangrentada. Juro ante Dios que no sé cómo es posible condenar a alguien en este país, de verdad que no lo sé.

–Sólo se necesita una buena pista -le recordó Michelle.

–Me moriré de viejo antes de que eso pase -masculló Williams.

Michelle miró a su socio.

–¿Tú qué crees, Sean?

Él meneó la cabeza cansinamente.

–Creo que después de todo lo sucedido, Eddie ha cogido las riendas y nosotros volvemos a estar en cero.

93

King y Sylvia acababan de cenar en casa de ésta. Él había pedido permiso para ausentarse del campamento vigilado que era la casa de los Battle.

Sin embargo, fuera había un agente para garantizar la seguridad de la velada.

Sylvia jugueteaba con la pulsera de su muñeca izquierda.

–¿Dónde crees que está?

King se encogió de hombros.

–A miles de kilómetros o a tres metros, ¿quién sabe?

–Aplastó el cráneo de Jean Robinson y la tráquea del agente en el juzgado. ¡Y apuñaló a Chip Bailey con tanta fuerza que la hoja del cuchillo le partió el corazón! Por no hablar de lo que le hizo a Sally Wainwright y a los demás, y que casi te mató a ti también.

–Pero no mató a Tommy Robinson.

–¿Crees que eso justifica lo que hizo? – repuso con acritud.

Él la miró por encima del borde de la copa.

–No. – Se levantó y cogió la botella de vino que había traído-. Esta cosecha es mejor bebería fuera. – Estaba cansado de hablar de Eddie. De hecho, estaba harto.

Descendieron hasta el pequeño muelle de Sylvia.

–¿Cuándo instalaste la glorieta? – preguntó King.

–El año pasado. Me gusta sentarme a contemplar el paisaje.

–Es un lugar idóneo para ello, aunque deberías plantearte construir un pequeño muelle para embarcaciones.

–Ir en bote me marea. Y tampoco soy buena nadadora. – Te enseñaré gustoso. Se sentaron y bebieron vino.

–Te llevaré a dar un paseo en mi lancha. Es un lago muy tranquilo -dijo King al cabo de un rato. – ¿Estás seguro? – Absolutamente.

El hombre buceaba quince metros y luego salía a la superficie, respiraba hondo y volvía a sumergirse. Emergió por última vez y miró alrededor. Lo que había imaginado: no había vigilancia en el muelle. ¿Por qué iba a ocurrírseles? Al fin y al cabo, eran policías de tierra firme.

Eddie recorrió a nado el pequeño tramo hasta el muelle con brazadas metódicas. Con el traje de neopreno negro era casi invisible. Se sujetó a la escalera, salió del agua y se detuvo para escuchar posibles ruidos. Observó con atención el área circundante antes de seguir subiendo hasta el muelle, desde donde tiró de la bolsa impermeable que llevaba atada al pie. Extrajo la pistola de la bolsa y consultó la hora. Tendría que darse prisa. No huiría precisamente en silencio, ya se oía el estruendo de los truenos a lo lejos. En la radio habían anunciado que se acercaba una tormenta importante: vientos fuertes, lluvia y mucho aparato eléctrico. Ni en su mejor sueño le habrían regalado una noche mejor. Los elementos siempre le acompañaban como buenos amigos. Perfecto, porque no tenía otros.

Se dirigió al trastero, forzó la cerradura, abrió la puerta y entró. Recogió el material que necesitaría, pulsó el interruptor de la rampa eléctrica y cogió el mando a distancia de la misma. Salió.

La Fórmula FasTech descendió por la rampa hacia el agua. Antes de que le atraparan había tenido la previsión de comprobar que estuviera en perfectas condiciones. El

comerciante que se la había vendido a su padre había dicho que era una de las lanchas motoras más rápidas del lago, si no la

más rápida. Dependiendo de cómo salieran las cosas, era probable que necesitara todos y cada uno de los nudos posibles.

Se colocó a los mandos. Una vez depositada la lancha en el agua, pulsó el botón de paro en el mando a distancia. Volvió a reinar el silencio. No encendería las luces hasta haberse adentrado bastante en el lago. Tenía suerte de que ningún familiar suyo fuese aficionado a la navegación. No vendría nadie al muelle a esa hora de la noche. Mejor para ellos. Tenía ganas de matar, familiares o no. No sabría controlarse.

Esperó y esperó. Finalmente oyó el estruendo de un trueno cercano que iniciaba la descarga de la tormenta. Arrancó los dos motores Mercedes a la vez y los mil caballos se pusieron en marcha bajo sus pies. Apretó el interruptor del silenciador, con lo cual ahogó casi todo el ruido de los motores. Aminoró un poco y la lancha salió del muelle. Viró hacia la bocana de la cala, empujó suavemente el acelerador y se alejó de la orilla a unos diez nudos. Notó que el casco temblaba un poco, como si a los Mercedes les molestara ir tan lentos. Dio un golpecito en el tablero de mandos. «Más tarde, no os preocupéis.»

En cuanto llegó a un canal abierto, pasó a media velocidad y la FasTech subió a treinta y cinco nudos, aunque los Mercedes seguían sin estar del todo felices. Vio la colorida pantalla GPS en el centro del tablero de mandos y se dirigió al sudeste a ciento cincuenta grados. No había otras embarcaciones en el lago, y lo conocía bien. Los canales estaban bien señalizados con boyas iluminadas: las rojas con números pares indicaban río arriba y las verdes con números impares, río abajo. Los bajíos se señalaban con una brillante luz blanca. De todos modos, sabía perfectamente dónde estaban. El único problema lo

constituían los lugares poco hondos de las calas, que no siempre estaban señalizados, y los montículos que sobresalían al azar. Sin embargo, su padre había comprado un radar para la FasTech, por lo que no temía encallar, ni siquiera en las calas. «Gracias, papá, te debo una, cabronazo.»

Mantuvo apagadas las luces de marcha y aceleró hasta cincuenta nudos. A ratos miraba por encima de la proa y a ratos la pantalla GPS. Los Mercedes ya estaban contentos; al menos el casco había dejado de temblar. Se deslizaba sin complicaciones, aunque la tormenta empezaba a arreciar. Encendió la radio VHF y escuchó el parte meteorológico. Todas las embarcaciones pequeñas debían abandonar el lago y los tripulantes debían cerrar las escotillas. Sería una tormenta de las que no se olvidan.

«Gracias a Dios», se dijo. Disfrutaría del espectáculo él sólito. Cambió de rumbo al llegar al canal principal y orientó la proa al suroeste, doscientos veinte grados según la brújula. Navegando no estaba tan lejos, la verdad. En coche se tardaba mucho más, por eso había decidido ir en la lancha. Además, los polis vigilaban todas las carreteras. Sin embargo, en el lago únicamente había una embarcación de la policía que sólo salía los fines de semana, cuando había más gente. Nadie le molestaría.

Permaneció al timón y dejó que el viento le azotara el rostro y le despeinara. La velocidad de la brisa aumentaba al mismo ritmo que la lancha; la espuma blanca coronaba las olas oscuras. Sin embargo, la FasTech atravesaba las olas de medio metro de altura y seguía su curso sin dificultad. Eddie observó el cielo encapotado. Siempre le había gustado la naturaleza. Montar a caballo, hacer de soldado, acampar bajo el cielo infinito, pintar amaneceres impresionantes, cazar y pescar, llegar a comprender cómo interactuaban las cosas, cómo se alimentaban las unas de las otras.

No obstante, el final estaba cerca. Sabía con certeza que ésa era su última salida en lancha. Sorprendía lo rápido que había llegado. Era fuerte y estaba sano y, sin embargo, su esperanza de vida había tocado techo a los cuarenta. De todos modos, cuando todo acabase habría logrado su meta. ¿Cuántas personas podían decir eso? Había vivido según sus propias convicciones, no según las de su padre, su madre o las de cualquier otro. Únicamente las suyas.

Era una mentira que se contaba todos los días.

Abrió el refrigerador y sacó la única cerveza que había

guardado antes de que le arrestaran. Entonces no sabía que necesitaría la lancha, aunque era una posibilidad.

La cerveza estaba caliente, por supuesto, porque el hielo se había derretido hacía mucho. Pero ¡qué bien sabía! Apoyó la lata contra la cara y aceleró al máximo. Los Mercedes se despertaron de la aburrida velocidad de crucero y la lancha alcanzó las setenta millas marinas por hora e incluso más. Las colinas que se elevaban del lago artificial pasaban volando; los cientos de árboles que las salpicaban eran centinelas silenciosos de su última carga. ¡La carga de Eddie Lee Battle y su leal brigada ligera! Se sentía como pez en el agua.

–¡De nuevo al pie del cañón! – gritó al cielo oscuro y repleto de destellos mientras comenzaba a diluviar. Se lamió las gotas de la cara-. «La mayor virtud de un hombre es el valor de uno contra todos. Cuando parece que no hay salida, entonces se hará la luz, aunque sólo sea por el latido de un corazón» -proclamó, citando la prosa grandilocuente de algún escritor de la época de la guerra de Secesión que seguramente nunca habría disparado un mosquete. Como colofón, los truenos bramaron y los relámpagos iluminaron el cielo mientras la tormenta comenzaba a desatar toda su furia.

El rugido de los Mercedes igualaba al de la Madre Naturaleza, decibelio a decibelio. La estela que dejaba a su paso era enorme, pero la navegación era tranquila,

demasiado tranquila de tan lanzado que iba. Casi tres cuartas partes de los diez metros de la lancha iban erguidos sobre el agua, atravesando olas de casi un metro. Era un reactor fabuloso. Nadie le atraparía.

¡Nadie!

94

Michelíe caminaba impaciente por la habitación de la mansión Battle, como una bestia enjaulada en busca de cualquier resquicio por el que escapar. King había ido a cenar a casa de Sylvia. No sabía muy bien por qué pero eso le molestaba. Tal vez lo sabía. No la habían invitado. ¿Acaso debía sorprenderse?

Finalmente salió de la habitación y bajó las escaleras de dos en dos hasta el salón. No había visto a Remmy en todo el día. Dorothea seguramente dormía. Dormía mucho. ¿Quién iba a culparla? Estaba arruinada, tenía problemas con las drogas, todavía era sospechosa del asesinato de Kyle Montgomery y su marido se había convertido en un asesino perturbado. En su lugar, Michelíe se echaría a dormir para el resto de sus días.

Se detuvo al ver a Savannah en el pasillo. La joven ya no vestía como su madre. Quizá la invencibilidad de Remmy Battle comenzaba a desgastarse. Llevaba unos vaqueros un poco caídos que dejaban ver el extremo superior del tanga negro, y una blusa con los hombros al aire; iba descalza, con las uñas pintadas de rojo.

Se sorprendió al ver a Michelíe, como si ni siquiera supiera que estaba allí.

–¿Qué tal, Savannah?

La joven torció el gesto.

–Oh, de maravilla. Mi padre muerto, mi cuñada convertida en vegetal, mi madre hecha polvo y mi hermano un asesino en serie. ¿Qué tal tú?

–Lo siento, sólo quería ser amable.

–Da igual. Tú tampoco lo has tenido fácil.

–Si se compara con tu familia, creo que todo el mundo lo ha tenido fácil. – Se calló y se preguntó si debía regresar a la habitación y enfurruñarse. Desechó la idea y añadió-: Iba a preparar café. ¿Te apetece?

Savannah dudó antes de responder.

–Claro, esta noche no tengo planes.

Poco después, las dos se sentaban en un sofá del salón con sendas tazas de café.

Michelle miró hacia la ventana; la lluvia comenzaba a tintinear en los cristales.

–Parece que tenemos tormenta -dijo-. Espero que Sean vuelva pronto.

–¿Está en casa de Sylvia?

–Sí, ha ido a cenar.

–¿Os acostáis?

Michelle dio un respingo ante esa pregunta tan directa.

–¿Quiénes, Sylvia y yo? – bromeó.

–Ya sabes a quién me refiero.

–No, no nos acostamos. Tampoco es que sea asunto tuyo.

–Si trabajase con Sean me acostaría con él.

–Me alegro por ti, pero no es lo más recomendable en el caso de una relación laboral.

–Te gusta, ¿no?

–Sí, y le respeto. Y me alegro de que seamos socios.

–¿Eso es todo?

–¿Por qué te interesa tanto?

–Seguramente porque nunca tendré algo así… Me refiero a alguien en mi vida.

–¿ Estás loca o qué? Eres j oven, guapa y rica. Tendrás los hombres que quieras. Así funciona el mundo.

Savannah la miró de manera harto significativa.

–No, no los tendré.

–Claro que sí. ¿Por qué no iba a ser así?

Savannah comenzó a morderse las uñas.

Michelle le apartó la mano de la boca.

–Los niños se muerden las uñas, Savannah, no los adultos. Y ya que estamos haciendo preguntas francas, ¿por qué no te cambias el nombre? Eso te ayudaría en las perspectivas matrimoniales, si es que tanto te preocupan.

–No serviría de nada.

Michelle la miró con recelo.

–¿A qué viene este numerito autocompasivo?

De repente, Savannah estalló.

–¿Y si estoy tan loca como el resto de mi familia? Mi padre estaba bien jodido. Mi hermano es un asesino. Acabo de saber que mi otro hermano tenía sífilis. Mi madre es un bicho raro. Hasta mi cuñada es un desastre. Es una enfermedad. Si te relacionas con los Battle estás maldito. ¿Qué posibilidades tengo? Ni una. ¡Nada! – Dejó caer la taza al suelo, se hizo un ovillo y rompió a sollozar.

Michelle la miró de hito en hito y se preguntó si de veras quería mezclarse en eso. Finalmente, estrechó a la joven entre sus brazos y le susurró palabras tranquilizadoras sin saber de dónde procedían. Mientras la tormenta bramaba fuera, los sollozos de Savannah comenzaron a remitir, aunque la joven seguía aferrada a Michelle como si fuera la única amiga que había tenido o tendría.

Michelle quería marcharse de aquella casa cuanto antes. Se enfrentaría cara a cara con el homicida, siempre y cuando fuera lejos de la mansión Battle. Sin embargo siguió allí, consolando a la joven sollozante y susurrándole al oído. La sostenía como si fuera de su propia sangre, aunque en silencio daba gracias a Dios de que no fuera así. Al fin y al cabo, era posible que Savannah tuviera razón y los Battle estuvieran malditos.

95

–Ha sido una velada de lo más agradable, Sean.

Habían regresado a la casa y estaban sentados en un pequeño patio acristalado contiguo a la cocina, desde donde contemplaban cómo se acercaba la tormenta.

–Me encanta ver tormentas en el lago -dijo Sylvia-. De día es todavía más bonito porque las ves llegar por la cima de las colinas.

Se dio la vuelta y vio que él la miraba de hito en hito.

–¿Qué pasa?

–Estaba pensando que hay algo más bonito que una tormenta, y está justo a mi lado.

Ella sonrió.

–¿Es eso un vestigio de los ligues de la época universitaria?

–Sí, pero la gran diferencia es que ahora lo digo en serio.

Se acercaron el uno al otro, King le rodeó los hombros y Sylvia apoyó la cabeza en su pecho.

–Como ya dije, es agradable que, para variar, se ocupen de una -ronroneó.

–Hacéis una pareja de primera, de veras que sí.

Sylvia gritó, sobresaltada. King se incorporó a medias del sofá antes de ver que era inútil. Una pistola le apuntaba. Se sentó de nuevo.

Eddie Battle se apoyó en el marco de la puerta, todavía con el traje de neopreno, y apuntó primero a Sean y luego a

Sylvia. El láser se desplazaba por sus torsos como una brasa al rojo vivo colgada del hilo de un titiritero.

–De hecho, sois tan adorables que si tuviera una cámara os haría una foto.

–¿Qué quieres, Eddie?

–¿Qué quiero? ¿Qué quiero, Sean?

King se colocó delante de Sylvia al ver que Eddie entraba.

–Eso es lo que te he preguntado.

–Me caes bien, de verdad. No me molesta que fueras tú el que me diera caza. Fue una buena lucha de ingenios. De hecho estaba seguro de que serías tú. Por eso intenté deshacerme de Michelle y de ti en la casa flotante.

–¿Por qué no te ahorras problemas y te entregas? Hay un policía ahí fuera.

–No, no está ahí fuera, Sean -corrigió Eddie-. Está en el camino, sentado en su coche patrulla. Lo he comprobado. Y con esta tormenta *os* podría matar y celebrar una fiesta y él no se enteraría.

–Vale, ¿qué quieres?

–Acompañadme. Daremos un paseo por el lago.

King se palpó el bolsillo lateral de la chaqueta. Sí, allí estaba el móvil nuevo.

–¿Por el lago? ¿Con esta tormenta de mil demonios? –exclamó Sylvia.

King notó los botones del móvil a través de la tela. «Manténlo ocupado, Sylvia.»

Como si le hubiera leído el pensamiento, ella añadió:

–No podrás huir por el lago.

–No lo intentaré. Hace tiempo que deseché esa idea.

King encontró el número de marcado rápido que quería, lo pulsó y luego presionó el botón de llamada. Tendría que calcular bien lo que haría.

En cuanto notó que respondían, exclamó:

–¡Maldita sea, Eddie, es una locura! ¿Ahora te van los secuestros?

–Sí, ya me he cansado de matar. En marcha.

–No iremos en tu lancha.

Eddie apuntó a la frente de Sylvia.

–Entonces tendré que cargármela aquí. La decisión es tuya. Me importa una mierda, la verdad.

–Entonces llévame sólo a mí-dijo King.

–Eso no forma parte del plan, viejo amigo. Vendréis los dos.

–¿Adonde nos llevas?

–¿Y estropear la sorpresa? – Durante unos segundos aterradores, el semblante del hombre que había asesinado a nueve personas se ensombreció-. Ahora, Sean. Ahora mismo.

Por algún motivo, después de separarse de Savannah había ido a echar un vistazo al estudio de Eddie. No creía

que él estuviera merodeando por la casa; había policías por todas partes y Eddie no era tonto. Sin embargo, mientras observaba los cuadros no pudo evitar preguntarse cómo era posible que un hombre que había matado a tantas personas fuera capaz de crear obras tan hermosas. Parecía imposible que el mismo cuerpo y la misma mente pudieran albergar a un artista y a un terrible asesino. Se estremeció y se rodeó con los brazos. Y pensar que Eddie la había atraído. ¿Y se creía una persona con criterio? ¿Podría confiar de nuevo en su instinto? Aquella idea le provocó un escozor en el estómago. Se doblegó, de repente se sentía mareada y con náuseas; apoyó las manos en los muslos para evitar caerse al suelo.

«Dios, ¿cómo pude haber estado tan ciega?» Entonces recordó lo que se decía de algunos de los asesinos más famosos de la historia: no parecían ni se comportaban como asesinos. Eran encantadores y divertidos; solían caerte bien. Eso era lo más aterrador. «Cualquiera podría serlo», pensó Michelle.

Se irguió al oír el móvil. Respondió pero nadie contestó. Entonces oyó a King gritando algo, aunque sólo entendió una palabra. Sin embargo, bastaba.

«¡Eddie!»

Sin dejar de escuchar e imaginándose lo que sucedía al otro lado de la línea inalámbrica, miró alrededor, vio un teléfono en una mesa situada junto a un caballete y llamó a Todd Williams.

–Están en casa de Sylvia…

–Mierda. Pero hay un policía con Sean.

–Tal vez esté muerto.

–Voy para allá.

–Yo también.

Michelle se pegó el móvil al oído mientras corría hacia la mansión. Entró en tromba en su habitación, recogió las llaves del todoterreno y salió corriendo. Estaba a punto de subir al todoterreno cuando se paró en seco y regresó a la

casa a toda prisa. Entró como un relámpago en la habitación de Savannah, que estaba en la cama y se despertó sobresaltada.

–Por Dios, ¿qué pasa? – preguntó Savannah.

–Necesito tu teléfono.

–¿Qué?

–¡Dame tu móvil, joder!

Segundos después Michelle subía al todoterreno, con el móvil contra la oreja, tratando de oír cualquier cosa que le ayudara a saber dónde estaba Sean.

«Un momento», se dijo. Había oído algo. ¿Qué era?

«¡Lancha!» Sean le preguntaba a Eddie adonde les llevaría en la lancha. Lo había oído con claridad.

Marcó un número en el móvil de Savannah.

–Todd, están en una lancha, en el lago.

–¡Una lancha! ¿De dónde cono la ha sacado Eddie?

–Hay varias en el muelle de los Battle, incluyendo una muy rápida.

–¡Mierda!

–Todd, ¿tienes una lancha? – le preguntó desesperada.

–No. Los del departamento forestal tienen una, pero ahora mismo no sé dónde está.

–¡Pues perfecto! – Michelle trató de pensar rápidamente. «Idiota de mí.» Por supuesto-. ¿Cuánto tardarías en venir aquí?

–Unos diez minutos -respondió Williams.

–Que sean cinco, te espero en el muelle de los Battle. Es una caminata, pero puedes ir en un carrito de golf. El camino está iluminado y hay señales para no perderse.

–Pero ¿qué hay de ti?

–¿ Que qué hay de mí? – chilló.

–¿No necesitarás el carrito?

–Me haría ir más despacio. Y ahora escúchame bien. De camino tendrás que llamar a los forestales, encontrar su lancha y enviar a varios hombres armados al lago. Asegúrate de bloquear todas las carreteras que conducen al

lago. Y llama al FBI y la policía estatal y trae enseguida un helicóptero con un buen reflector. Diles que pongan en marcha al SWAT o al Equipo de Rescate. Necesitaremos varios tiradores de élite.

–¡Para eso hace falta tiempo, Michelle!

–Y no tenemos, ¡así que hazlo ya!

–Es un lago enorme. Más de ochocientos kilómetros de costa, es más grande que el estado de Rhode Island.

–Gracias por animarme. ¡Mueve el culo de una vez!

Colgó, bajó del todoterreno de un salto, corrió por detrás de la casa y descendió presurosa hacia el muelle por el sendero iluminado. Siguió tratando de escuchar sonidos útiles por el móvil, pero sólo oía un gran fragor. Si estaban en la lancha, los motores ahogarían todo lo demás.

Una vez en el muelle, pulsó un interruptor y toda la zona se iluminó. En aquel momento un rayo enorme recorrió el cielo seguido de un trueno tan estruendoso que se cubrió los oídos.

Vio la rampa vacía casi de inmediato.

–Mierda, está en la FasTech.

Volvió a llamar.

–Todd, va en una Fórmula FasTech. Mide diez metros de eslora, es blanca con un…

–Conozco esa marca. ¿Sabes qué motores tiene?

–Sí, dos Mercedes, quinientos caballos cada uno con hélices Bravo, de las mejores. Si no llegas en tres minutos me iré sola. – Colgó.

«Bien, veamos qué tenemos», se dijo mientras *corría* entre las embarcaciones disponibles. Las Sea-Doo eran rápidas y manejables pero no tenían luces, y no se imaginaba a Todd aferrado a ella mientras conducía o maniobraba una él solo. Además, después de la persecución por la carretera de curvas con Roger Canney, si se iba a producir un enfrentamiento entre lanchas quería estar mejor preparada.

Se detuvo ante el Sea Ray, una embarcación para espectáculos atracada en una grada. No alcanzaría a la FasTech en velocidad, pero era grande y con motores potentes. Rompió la cerradura del trastero, entró, encontró las llaves del Sea Ray y el mando a distancia de la rampa en que estaba y lo preparó para la salida.

Todd Williams llegó al cabo de unos minutos en el carrito de golf. Recogió un chaleco salvavidas y subió a bordo.

–He llamado a todos. Los forestales tendrán su lancha en Haley Point Bridge, a unos veinticinco kilómetros río arriba. El FBI y la policía estatal enviarán helicópteros y tiradores con la mayor celeridad posible. En todas las carreteras que conducen al lago se están montando controles.

–Bien. Toma el móvil y escucha atentamente. Es posible que Sean nos dé pistas sobre su paradero. – Williams lo cogió y se lo pegó al oído.

Michelle seleccionó la marcha atrás y salieron tan rápido de la rampa que Williams se fue de bruces y estuvo a punto de caerse por la borda.

–Joder, Michelle -dijo mientras se ponía de pie-, ¿ sabes pilotarlo? No es un maldito bote de remos.

–Aprendo rápido. Dime a qué distancia aproximada está la casa de Sylvia e indícame la orientación de la brújula.

Todd así lo hizo y ella calculó el tiempo, la distancia y la ruta. En el servicio secreto se había convertido en una consumada navegante, donde había aprendido a maniobrar todo tipo de embarcaciones, desde lanchas ultra rápidas mientras vigilaba a ex presidentes a quienes les encantaba navegar a velocidades insólitas hasta patinetes sumisos cuyos pasajeros no eran otros que los nietos de los susodichos ex presidentes.

–Vale, agárrate bien.

Viró la proa hacia el canal abierto y aceleró al máximo. El gran Sea Ray gimió un poco, como si se despertara, pero luego las hélices se hundieron en el agua, que salpicó en todas direcciones. La proa se irguió en el aire como un potro

salvaje dispuesto a arrojar al suelo al jinete, y la embarcación dio un brinco adelante. A los pocos segundos navegaban a cuarenta nudos y Michelle la dirigió directamente a las fauces de la tormenta que se aproximaba por el lago de ocho mil hectáreas sin tener ni idea de adonde se suponía que tenía que ir.

96

–Venga ya, ¿adonde nos llevas, Eddie? – gritó King por encima del ruido de los motores mezclado con el de la tormenta.

Estaba atado de pies y manos con sedal, tumbado de costado en la cubierta junto al asiento del capitán. Sylvia iba sentada en el asiento de popa, atada del mismo modo, mientras Eddie guiaba la lancha de pie y el viento le alborotaba el pelo grueso y abundante.

–¿Qué más da? No es un viaje de ida y vuelta.

–Entonces ¿de qué sirve matarnos? Ya has logrado tus objetivos, has acabado con todos.

–No todos, viejo amigo. Por cierto, gané la apuesta.

–¿Qué apuesta?

–Cuando me atrapaste dijiste que se había acabado y yo dije que no.

–Felicidades.

Eddie cambió el rumbo hacia el este y cortó una ola enorme que sacudió la FasTech. King se golpeó la cabeza contra un borde de fibra de vidrio.

–¡Si no aminoras nos matarás antes de llegar! – gritó.

A modo de respuesta, Eddie aceleró un poco más.

–¡Eddie, por favor! – gimió Sylvia desde atrás.

–¡Cállate!

–Eddie… -comenzó a llorar de nuevo.

Eddie se volvió y disparó una bala que impactó a apenas dos centímetros de la oreja izquierda de Sylvia. Ella chilló y se arrojó a la cubierta.

Con un estruendo atronador, un rayo cayó sobre un árbol en un islote junto al cual pasaban a toda velocidad. El roble estalló en pedazos y la madera carbonizada salió despedida hacia el agua. El trueno subsiguiente fue ensordecedor.

King se desplazó lentamente. Atado de ese modo no podía enfrentarse a alguien como Eddie. Incluso en una pelea en igualdad de condiciones seguramente no podría con él. Miró a Sylvia. Seguía en el asiento trasero. A pesar del ruido, la oía sollozar. Se esforzó por ponerse de pie y, finalmente, lo consiguió. Deslizó la espalda por el lateral de la embarcación y llegó junto a Eddie.

Éste le miró y sonrió.

–¿Te gustan las vistas desde aquí?

King miró en derredor. Conocía bien el lago, aunque como navegante experimentado sabía que las cosas se veían de otra manera en una oscuridad como aquélla. Sin embargo, pasaron junto a un lugar que reconoció, un edificio de apartamentos de cinco pisos construido sobre un emplazamiento que se adentraba en uno de los principales canales del lago.

–¡Parece que vamos al este, hacia la presa! – gritó.

Rezó para que el móvil siguiera encendido. Si no lo estaba y Michelle trataba de llamarle no podría responder y, en cualquier caso, el sonido le delataría.

–¿Al este hacia la presa? – repitió con más fuerza.

–Conoces el lago -dijo Eddie, y tomó otro trago de cerveza, que parecía saborear hasta la última gota.

–Sé por qué los mataste, Eddie.

–No, no lo sabes.

–Lo averigüé. Tyler, Canney, Júnior, Sally. Y Hinson y Pembroke para despistarnos. Un tic fuera de lugar, ¿no? Un solo tic.

–No sabes una mierda.

–Tu padre era un tipo horrible, Eddie. Sé que te empujó a esto. Matabas por su culpa, por lo que le hizo a tu madre y a tu hermano.

Eddie le apuntó a la cabeza.

–Te he dicho que no tienes ni puta idea de por qué lo hice.

King se mordió el labio e intentó no perder la calma, algo nada fácil dadas las circunstancias.

–Vale, ¿por qué no me lo cuentas?

–¿Qué más da, Sean? Soy un psicópata, ¿no? Si no me electrocutan deberían encerrarme y tirar la llave. Probablemente dejen que alguien me raje mientras duermo en la celda. Así todos podrán respirar tranquilos. Se acabó Eddie. Genial, se acabó Eddie, y el mundo sigue girando. –Miró a King y rió-. Eh, por lo menos cuando tú mueras muchos te llorarán. Yo no tengo a nadie.

–¿Y Dorothea?

–Ya, claro.

–Remmy lo haría.

–¿Eso crees?

–¿Tú no?

Eddie negó con la cabeza.

–Olvidémoslo.

–Háblame de Steve Canney.

–¿Hay algo que contar?

–Eres un hombre honorable, Eddie. Deberías haber vivido hace ciento cincuenta años, así que concede a este condenado su última petición. Háblame.

Eddie sonrió.

–¡Qué demonios! Vale, allá vamos. Acababa de regresar de la universidad. Mis padres habían reñido. Savannah tenía unos dos años y papá ya se había cansado de ella. Sé que el muy cabrón había vuelto a las andadas. Le seguí y le vi con la mujer de Canney. Cuando tuvo el hijo fui al hospital y consulté los análisis de sangre. Roger Canney no era el padre, y yo sabía quién lo era.

–¿Es Savannah hija de Bobby y Remmy?

–Oh, sí. Creo que papá pensaba que mamá pediría el divorcio esa vez, pero de pronto se quedó embarazada. Para

saber si el acto fue consensuado o no tendrás que preguntárselo a ella.

–¿Por qué no se divorciaron?

–¿La mujer de Bobby Battle dejándole? Un maniático del control no lo permitiría jamás. Habría sido un fracaso. Y el gran Bobby Battle nunca fracasaba. ¡Nunca!

–Remmy podría haberse divorciado si hubiera querido.

–Supongo que no quiso.

King se preguntó si debía formularle la siguiente pregunta, quizá no se le presentaría otra oportunidad como ésa. También pensó que cuanto más le hiciera hablar, más tiempo seguirían con vida Sylvia y él. Quizá con un poco de suerte conseguiría convencerle de que no les matara.

–¿Por qué no mataste al niño, a Tommy Robinson?

–Supuse que inculparía a su padre y me facilitaría las cosas.

–Venga ya, no podías estar seguro de ello.

–Pues no tenía motivos para matarle. ¿Y qué? ¿Crees que porque no maté a ese niño soy un santo? Viste lo que le hice a Sally. ¿ Qué me había hecho a mí, eh? Sin embargo le aplasté la cara. – Bajó la vista y aminoró un poco.

La tormenta arreciaba cada vez más e incluso a la FasTech le costaba surcar las embravecidas aguas. Fórmula construía algunas de las mejores lanchas del mundo, y King rezó para que la fibra de vidrio aguantase aquel ataque frontal. No obstante, bastaría un solo rayo para morir incinerados.

–¿Y Júnior?

–En ese caso me sentí muy jodido. La estúpida de Sally. ¿Por qué no salió en su defensa? Joder, Júnior me caía bien.

–No dejó que Sally dijese la verdad. No quería herir los sentimientos de su mujer.

–Ves, ya estamos. Lo mejor es decir siempre la verdad. Los dos estarían vivos si lo hubieran hecho. – Eddie sorbió la última gota de cerveza y lanzó la lata por la borda. Movió la

cabeza varias veces para aflojar los músculos de la nuca-. Tú has matado, Sean.

–Sólo en defensa propia.

–Lo sé, no intentaba equipararnos. ¿Qué sentías justo antes de verlos morir y saber que lo habías hecho?

Al principio King creyó que Eddie le estaba restando importancia a eso, pero cuando vio que tenía la vista clavada en la oscuridad que tenían delante comprendió exactamente lo que le estaba preguntando.

–Sentía que una parte de mí moría con ellos.

–Supongo que en eso somos diferentes.

–¿Quieres decir que te gustaba?

–No; me refiero a que yo ya estaba muerto cuando comencé a matar. – Flexionó los brazos y sacudió la cabeza-. No siempre fui así. Nunca le hice daño a nadie ni a nada. No fui uno de esos que comienzan torturando animales y luego pasan a los humanos. La clase de gilipolleces en las que Chip Bailey insistía tanto.

–Nunca creí que fueras un vulgar asesino en serie.

–¿ Ah, sí? – Sonrió-. Quería jugar en la Liga Nacional de Fútbol. Era lo bastante bueno, un buen jugador universitario, joder. Podría haber triunfado como jugador profesional. Bueno, puede que sí, puede que no. Fuerte como un toro, maquinaria de primera, y odiaba perder, no sabes cuánto lo odiaba, tío. Pero no pudo ser, el destino no lo quiso. Tienes razón, nací demasiado tarde. Habría encajado mejor en el siglo xix. Joder, en este siglo sí que ando perdido.

–¿Cuándo descubriste la verdad sobre tu hermano?

Eddie miró a King y luego hacia atrás, donde Sylvia seguía en el asiento de popa.

–¿Por qué lo preguntas? – dijo volviendo a mirar a King.

–Creo que todo empezó entonces, por eso lo pregunto.

–Ah, ya, mi gran excusa, ¿no?

–La mayoría de los hombres en tu lugar suplicaría por tener una justificación, una defensa legal, algo para explicarlo.

–Supongo que no soy como la mayoría de los hombres.

Eddie soltó un poco el acelerador y la FasTech aminoró hasta los treinta nudos. Aunque seguía yendo rápido, al menos las hélices de la embarcación no emergían del agua cada cien metros.

–Cuando tenía diecinueve años -dijo Eddie sin dejar de mirar al frente como si intentase hacer un cálculo a ojo-. Ellos no sabían que lo había descubierto. Se limitaban a contarme mentiras sobre la muerte de mi hermano. Pero descubrí la verdad, vaya si la descubrí. No me darían gato por liebre. De ninguna manera.

–O sea, poco antes del simulacro de secuestro.

Eddie sonrió.

–No termino de creerme que ese secreto durase tantos años. Supongo que Chip se llevó una buena sorpresa.

–Por no decir algo peor.

King miró a Sylvia, pero ella se limitaba a observar las aguas oscuras, estremeciéndose con cada rayo y trueno. El lago estaba tan agitado que se le revolvía el estómago. Reprimió el impulso de hacer arcadas y dijo:

–¿Le planteaste la cuestión cara a cara a tu padre?

–¿ Qué podía plantearle? Era el indomable Bobby Battle. Ese cabrón nunca podía equivocarse. Jamás admitió lo que le hizo a su propio hijo. Se folló a todas las putas de la zona, trajo la enfermedad a casa, mató a Bobby y le importó un pimiento. Eso no me sorprendió. Se la sudaba haber matado a alguien de su propia sangre. A mi hermano el cerebro le dejaba de funcionar, los ojos se le caían, los dientes se le pudrían. Durante los últimos años sufría constantemente, y lo digo en serio, constantemente. Era como si alguien hubiera arrojado aguarrás sobre un cuadro bonito. Yo sabía que Bobby estaba allí, pero era incapaz de verle. – Eddie parpadeó rápidamente-. Le veía consumirse día a día, tío. Cuando comenzó a enfermar de verdad pedí que lo llevaran al médico. ¡Maldita sea, ayudad a Bobby, ayudadle! ¡Por favor! Pero ni caso. Decían que yo era un niño, que no

entendía nada. Lo entendía todo. Desde luego que sí, joder, pero ya era demasiado tarde para Bobby.

–He oído decir que tu hermano era una persona maravillosa, incluso a pesar del dolor y el sufrimiento.

A Eddie se le iluminó el semblante.

–Deberías haberle visto, Sean. Más bueno que el pan. Era

todo lo que yo no era. Antes de que el cerebro empezara a darle problemas, era listo, tío, vaya si lo era. Me enseñó muchas cosas, me ayudó, cuidó de mí. Era mi hermano mayor. Habríamos hecho lo que fuera el uno por el otro. Y lo bien que nos lo pasábamos juntos. – King vio que las lágrimas le surcaban las mejillas-. Y entonces comenzó a empeorar cada vez más. Al final, mamá lo llevó a un especialista; nunca me contó lo que le había dicho, pero Bobby siguió empeorando. Murió cuatro días después de nuestro decimoctavo cumpleaños. Papá estaba en viaje de negocios. Mamá no quería entrar en la habitación. Sostuve a mi hermano entre los brazos, lo sostuve hasta que murió, y seguí sosteniéndole hasta que me obligaron a marcharme. – Hizo una pausa y añadió-: Bobby fue mi único amigo de verdad. Es la única persona que me quiso realmente.

–Dices que la reacción de tu padre no te sorprendió. ¿Te sorprendió en alguna ocasión? – preguntó King.

–¿Quieres saber lo que me sorprendió de verdad? ¿ Quieres saberlo? – Eddie parecía un niño desesperado por compartir un secreto guardado durante mucho tiempo.

–Sí, quiero saberlo.

–Que mi madre, mi querida y gélida mamá, no movió un dedo por salvar a su hijo. Su maldito hijo. Bien, ¿cómo se entiende eso?

–No sé, Eddie. No sé por qué.

Eddie respiró hondo.

–Bienvenido al club. – Volvió a aminorar la marcha-. Bien, ya hemos llegado.

Mientras la lancha reducía la velocidad, King miró alrededor para ver si reconocía el lugar. Estaba muy oscuro

y él se encontraba desorientado, pero había algo que le resultaba familiar.

Eddie extrajo un cuchillo de la bolsa impermeable y señaló a King, que retrocedió asustado.

–Eddie, sé que no quieres hacerlo. Podemos conseguir que te ayuden.

–Nadie puede ayudarme, Sean, pero te agradezco la oferta.

–¡Por favor, no lo hagas! – gritó Sylvia desde atrás.

Eddie la miró de hito en hito, sonrió de repente y le indicó que se acercara. Al ver que no se movía, sacó la pistola.

–La siguiente irá a la cabeza. Mueve el culo hasta aquí.

Ella avanzó cojeando y temblando de miedo. Eddie cortó el sedal que la ataba, la empujó escaleras abajo hacia la cabina de proa y cerró la puerta. Luego cortó limpiamente el sedal que ataba los pies de King.

–Ve a la borda, Sean. – Le presionó la pistola contra la espalda para que no dudara.

–¿Qué piensas hacer, Eddie?

–Volver al punto de partida, tío, al punto de partida. Sube a la borda y date la vuelta.

–¿Me dispararás aquí o cuando esté en el agua?

A modo de respuesta, Eddie sacó el cuchillo y le cortó las ligaduras de las manos, dejándole libre. King le miró con recelo.

–No lo pillo, Eddie.

–No seré yo quien te lo explique. – Con un movimiento repentino, Eddie lo golpeó con fuerza en el pecho. King cayó de cabeza al agua.

Eddie se precipitó hacia los mandos, aceleró y la FasTech salió disparada antes de que King tuviera tiempo de regresar a la superficie.

Cuando lo hizo vio que la FasTech daba la vuelta y regresaba hacia él. Comenzó a nadar con desesperación. ¿Por qué no le había matado el muy cabrón? ¿Por qué

hacerlo con la lancha? A medida que la FasTech se le venía encima, King casi notaba que las grandes hélices lo hacían papilla y teñían el lago de rojo.

En el último instante la lancha viró y pasó junto a él.

–¡Gracias por preguntar por mi hermano! – le gritó Eddie-. ¡Eso te ha salvado la vida! ¡Que la disfrutes!

La lancha se alejó rugiendo, se convirtió rápidamente en una manchita y desapareció en la oscuridad.

–¡Sylvia, Sylvia! – gritó King, en vano.

Se volvió, miró alrededor y finalmente se dio cuenta de por qué le resultaba familiar aquel lugar. El muelle que veía era su propio muelle. ¡Estaban en su cala! Y allí estaba su lancha, en la rampa. Sin embargo, la FasTech ya había desaparecido. No les alcanzaría a tiempo.

Entonces comprendió lo que Eddie le había dicho. «El punto de partida. Vuelve al punto de partida», pensó.

Nadó hacia el muelle con todas sus fuerzas.

97

Michelle surcaba la oscuridad en el Sea Ray en dirección a la casa de Sylvia cuando Williams se le acercó.

–La conexión del móvil se ha perdido -dijo.

–Seguramente es por la tormenta. – Michelle observó el cielo-. No veo ningún helicóptero.

–Joder, Michelle, ¿con este tiempo? ¿Qué esperabas? No se puede arriesgar la vida de varias personas así como así.

–¿Por qué demonios no? ¡Me pasé nueve años haciendo *eso* en el servicio secreto!

–Hacemos lo que podemos…

–¿Qué es eso? – preguntó ella de repente.

–¿Qué es qué?

–¡Es el teléfono! – gritó Michelle-. ¿Dónde está mi móvil?

–Atrás, en el asiento.

–Coge el timón.

Corrió hacia el teléfono y pulsó el botón de respuesta. El corazón le dio un brinco al escuchar su voz.

–Michelle, ¿has podido oír algo por el móvil?

–Sí, Todd y yo estamos en una embarcación yendo hacia casa de Sylvia ahora mismo. Hemos llamado a todo el mundo.

–Eddie tiene a Sylvia. Va hacia la cala cerca de donde se encontró la primera víctima. ¿Sabes dónde está?

–Sí.

–Ahora mismo voy para allá en mi lancha.

Michelle corrió hacia el puente de mando con el móvil presionado contra el oído, agarró el timón y viró con tal brusquedad que la embarcación escoró bruscamente. Williams volvió a caerse.

–Estoy de camino. Diez minutos. Enviaremos a todos allí. Ah, ¿Sean?

–¿sí?

–Gracias por seguir vivo.

Eddie apuntó la proa hacia el círculo de arcilla roja que sobresalía de la cala en que estaba, apagó los motores y dejó que la FasTech se deslizara hasta allí. Abrió la puerta de la cabina.

–Muy bien, doctora, en marcha.

El chorro de espuma le dio de lleno en la cara. Se tambaleó hacia atrás y recibió el golpe del extintor en la cabeza. Cegado, se llevó las manos a la cara y se dejó caer de rodillas.

Notó que Sylvia pasaba junto a él y extendió el brazo para que tropezara.

–¡Quítame las manos de encima, cabronazo! – gritó ella.

Eddie se limpió la cara con la mano, pero los ojos le seguían escociendo. Sujetó a Sylvia por la nuca, la levantó en vilo y la arrojó a la dura orilla de arcilla, donde cayó con un ruido sordo y se quedó inmóvil.

Abrió un compartimiento y sacó un hacha de mango corto, saltó por encima de la proa y cayó de pie en el agua. Se inclinó y hundió la cabeza para limpiarse la porquería que Sylvia le había lanzado. Se irguió, observó el lago y los

rayos y truenos bramando a lo lejos. Respiró hondo, se volvió y se acercó a Sylvia.

–Levántate.

Ella no respondió.

–He dicho que te levantes. – Le propinó una patada en las costillas para que quedase claro.

–Creo que me he roto un brazo -lloriqueó Sylvia.

–¿Cuál de los dos? – El izquierdo.

Eddie la cogió por ese brazo y la levantó mientras ella chillaba de dolor.

–Joder, me estás matando, ¡cabronazo!

–Exacto, eso hago. – La arrastró hacia el bosque.

La lancha de King volaba sobre el agua. Miró hacia atrás y vio unas luces que titilaban a unos quinientos metros. Marcó un número en el móvil, que milagrosamente había sobrevivido al chapuzón.

–¿Eres tú quien me sigue? – preguntó.

–Y me acerco a toda velocidad -respondió Michelle.

King aminoró mientras maniobraba por la estrecha ensenada. En cuanto vio la FasTech varada, apagó las luces.

–Bien -dijo por el móvil-, parece que no están en la lancha.

La embarcación de Michelle apareció en la entrada de la ensenada. Apagó los motores y las luces y se deslizó por las aguas poco profundas hasta alcanzar la lancha de King.

–¿Vas armado? – le preguntó.

King le enseñó la pistola.

–Pasé por la casa flotante antes de venir.

Michelle y Todd cogieron linternas del camarote del Sea Ray. Los tres desembarcaron y vadearon hacia la orilla, apuntando con las pistolas a la FasTech por si acaso era una encerrona.

Cubriéndose mutuamente, registraron la lancha y no encontraron nada salvo el extintor usado.

Avanzaron por la orilla hasta el bosque.

–Nos desplegaremos -dijo King-, pero sin perder el contacto visual. Nada de linternas. Nos vería enseguida.

Un rayo cayó con tal fuerza en la colina frente a ellos que el suelo pareció temblar.

–Si es que los rayos no acaban antes con nosotros -murmuró Williams.

Subieron hasta la cima de la colina y desde allí escrutaron la zona.

–Si no me equivoco, el primer cadáver se encontró a doscientos metros a la derecha.

–Más o menos -dijo Michelle.

–Nos lo tomaremos con calma -dijo Williams-. Este tipo está pirado pero es muy listo. No quiero acabar como Chip…

El grito de Sylvia les dejó helados.

King echó a correr colina abajo, con Michelle pisándole los talones y Williams cerrando la retaguardia.

98

–Por favor, no lo hagas.

Sylvia estaba arrodillada, con la cabeza encima de un tocón podrido; Eddie la tenía inmovilizada con una rodilla apoyada en la espalda.

–Por favor -siguió gimiendo-. ¡Por favor!

–¡Cállate!

–¿Por qué haces esto? ¿Por qué?

Eddie encajó la pistola en el cinturón que se había puesto en la lancha y extrajo una capucha negra del interior del traje de neopreno. Se la puso y ajustó los orificios de los ojos. No era la del círculo con un retículo en cruz que la policía le había confiscado, pero serviría igual de bien para esa ejecución improvisada.

Alzó el hacha en una mano.

–¿Tus últimas palabras?

Sylvia estaba casi inconsciente por el dolor y el miedo. Comenzó a farfullar algo. Eddie rió.

–¿Estás rezando? ¡Mierda! Bien, has perdido tu oportunidad.

Levantó el hacha por encima de su cabeza. Sin embargo, antes de que la dejara caer sobre la nuca de Sylvia, el mango del hacha estalló en pedazos.

–Joder, vaya disparo, Maxwell -murmuró Williams mientras seguían corriendo.

Si pensaban que Eddie se entregaría, se equivocaban, como comprobaron de inmediato.

Eddie saltó hacia un lado, lo suficiente para alcanzar una pendiente por la que rodó hasta abajo. Se levantó de un brinco y salió disparado.

King llegó junto a Sylvia y la sostuvo entre los brazos.

–Ya ha pasado todo, Sylvia -le susurró con dulzura-. Estás a salvo. – Vio un movimiento-. ¡Michelle! – gritó-. ¡No lo hagas!

Michelle rodó colina abajo y llegó hasta el pie de la misma. Se levantó tan rápido como Eddie y corrió tras él.

–Maldita sea -gritó King. Dejó a Sylvia al cuidado de Williams y echó a correr en pos de su socia.

Mientras King corría sólo podía orientarse cuando un rayo iluminaba la oscuridad circundante. O cuando oía pasos por delante.

–¿Por qué cono lo haces? – le gritó a Michelle aunque sabía que no le oiría.

Tras haber pasado la última hora en compañía de Eddie no tenía ganas de acercarse a él a no ser que estuviera encerrado y rodeado de doce guardianes. E incluso entonces era posible que declinara la oferta.

Se detuvo de repente porque los sonidos que le precedían habían cesado.

–¿Michelle? – llamó.

Sujetó con fuerza la pistola y la movió describiendo arcos, al tiempo que echaba vistazos por encima del hombro en previsión de que Eddie pretendiese atacarle por la retaguardia.

Un poco más arriba, Michelle observaba atentamente un grupo de arbustos. Cada pocos segundos bajaba la vista para comprobar si el minúsculo punto rojo se desplazaba por su cuerpo. Introdujo el cañón de la pistola en un pequeño hueco del arbusto tras el cual se ocultaba y separó las ramas un poco. Se produjo un movimiento a su derecha, pero era una ardilla.

Oyó un ruido a su espalda y se volvió rápidamente.

–¿Michelle?

Era King, a unos seis metros. Había seguido una ruta diferente y les separaba un muro de zarzas.

–Quédate ahí-susurró-. Se ha parado un poco más allá.

Michelle se volvió y esperó. Un rayo, eso era lo que necesitaba. Rodeó el arbusto, retrocedió unos pasos y luego descendió lentamente trazando un círculo con la intención de subir y aparecer por detrás de Eddie.

Un rayo. Oyó el estruendo a su derecha. Se volvió y disparó en el mismo instante. Se produjo una detonación delante de ella y una chispa de luz roja centelleó durante una milésima de segundo.

Michelle no lo sabía, pero Eddie había estado dando vueltas alrededor de ella y había disparado en el mismo instante que ella. Contra los pronósticos más descabellados, las dos balas habían chocado y causado la chispa explosiva que había visto.

Eddie la golpeó en el estómago, de forma que le cortó la respiración, y la arrojó al suelo. Era una técnica de manual. Le entraron tantas hojas, ramitas y barro en la boca que apenas podía respirar. Michelle se dio la vuelta y trató de darle una patada, pero Eddie se puso a horcajadas encima de ella y la inmovilizó. Era increíblemente fuerte, no podía zafarse de ninguna manera; era como una niña intentando escapar de su padre. Trató de levantarse, pero era imposible con esos cien kilos sobre su cuerpo.

«Maldita sea», pensó. Escupió la porquería que tenía en la boca. Si conseguía apartarle podría propinarle varias

patadas apabullantes, pero Eddie era demasiado fuerte para ella. Notó que le aferraba la garganta con una mano mientras con la otra le sujetaba los brazos. Se sacudió con todas sus fuerzas para descolocarle, en vano. Quiso gritar pero no pudo. Comenzó a ver borroso. Le costaba respirar, las extremidades empezaron a temblarle.

Pensó que su hora había llegado.

Entonces se relajó. El peso desapareció. Se sintió libre, sabiendo que acababa de morir a manos de Eddie Lee Battle. Se volvió y vio que él la miraba sonriendo.

Sin embargo, no la miraba a ella. Ella se irguió, se apartó de él a toda prisa y sólo entonces vio qué miraba fijamente.

King estaba allí, empuñando la pistola con ambas manos y apuntando directamente a Eddie, que retrocedía poco a poco. King tenía la ropa hecha jirones y la cara y las manos ensangrentadas tras haberse abierto camino por las zarzas.

–No iba a matarla, Sean.

King temblaba de furia.

–Ya, claro, cabronazo.

Eddie continuó retrocediendo, con las manos levantadas.

–Otro paso y te la meto entre ceja y ceja.

Eddie se detuvo y comenzó a bajar las manos.

–Mantenías en alto -ordenó King.

Michelle se puso de pie y buscó su pistola.

–Eh, venga, dispara -dijo Eddie cansinamente-. Ahórrale al estado un montón de dinero dándome alojamiento en el corredor de la muerte.

–No lo haremos así.

–Hazlo, Sean. Me doy por vencido. No me queda nada.

–Saldrás adelante, descuida.

–¿Eso crees?

–De hecho apuesto…

–Joder, acepto la apuesta…

Eddie saltó llevándose la mano a la espalda para desenfundar la pistola.

Michelle gritó.

Se oyó un disparo.

King se acercó a Eddie, que yacía en el suelo. Apartó la pistola de una patada y observó la sangre que le manaba del hombro, donde la bala había impactado antes de salir por la espalda.

–Esta vez he ganado la apuesta, Eddie.

Eddie le sonrió a duras penas y dijo:

–Un tic fuera de lugar, tío. Sólo un tic.

99

Eddie Battle se declaró culpable de todos los asesinatos que había cometido. A cambio de cooperar con las autoridades y responder a todas las preguntas, y puesto que su salud mental era dudosa, los abogados lograron negociar un acuerdo que le enviaría a prisión de por vida sin la posibilidad de volver a ser libre. Se produjeron reacciones por todas partes. Los activistas a favor de la pena de muerte se manifestaron en las calles de Wrightsburg. Se pidió la dimisión del gobernador, los fiscales y el juez asignado al caso. La familia Battle, lo que quedaba de ella, sufrió toda suerte de amenazas de muerte. Se decía que, fuera cual fuese la prisión de máxima seguridad a la que enviaran a Battle, estaría muerto antes de un mes.

King no se interesó por estos avatares. Tanto Sylvia como Eddie se habían recuperado por completo en el hospital, aunque King dudaba que Sylvia volviera a ser la misma después de una experiencia tan aterradora.

«Joder, yo nunca volvería a ser el mismo», pensaba King.

Michelle y él hablaban del asunto en ocasiones, pero lo evitaban en la medida de lo posible. Estaban más que agotados. Sin embargo, ella no perdía ocasión de agradecerle con efusividad que le hubiera salvado la vida.

Cada vez que recordaba aquella fatídica noche negaba con la cabeza.

–Nunca antes me había sentido tan impotente, Sean. Nunca me había topado con un hombre tan fuerte. Parecía

poseído por un demonio.

–Creo que lo estaba -replicaba King.

King estaba recordando todo eso sentado al escritorio y se preguntaba qué habría querido decir Eddie con las últimas palabras pronunciadas en la colina: «Un tic fuera de lugar, tío.» Le daban vueltas en la cabeza y no lograba deshacerse de ellas. Finalmente, se levantó y fue hasta la casa de los Battle. Masón le informó de que Remmy estaba en casa.

Había varias maletas en el vestíbulo.

–¿Alguien se va de viaje? – preguntó King.

–Savannah ha aceptado un trabajo en el extranjero. Se marcha hoy.

«Mejor para ella», pensó King mientras Masón le conducía por el pasillo.

Remmy parecía una versión muy pálida de la Remmy anterior. Estaba tomando café. King supuso que tenía un buen chorrito de bourbon.

–Tengo entendido que Savannah se marcha -dijo en cuanto Masón se retiró.

–Sí, pero ha dicho que es posible que regrese para Navidades -replicó ella esperanzada.

«O no», pensó King.

–¿Dorothea ha acabado la rehabilitación?

–Sí, está aquí. La ayudaré a resolver sus problemas económicos.

–Me alegro. No hay motivos para impedir que la riqueza se comparta. Y ella forma parte de la familia. ¿La policía ya no sospecha de ella en el caso Kyle?

–Creo que no. Dudo mucho que resuelvan ese caso.

–Nunca se sabe.

No mencionaron a Eddie. De todos modos, ¿qué iban a decir?

King tenía ganas de marcharse, así que decidió no andarse con rodeos.

–Remmy, he venido a hacerte una pregunta sobre un antiguo empleado de la casa, Billy Edwards.

–¿El mecánico? – Le miró con ceño.

–Exacto.

–¿Cuál es la pregunta?

–Necesito la fecha exacta de su marcha.

–Los registros de las nóminas deben de indicarla.

–Confiaba en que dijeras eso. – La miró expectante.

–¿Los quieres ahora?

–Ahora mismo.

Cuando Remmy regresó con los registros, King se dispuso a marcharse, pero algo le detuvo. Observó a Remmington Battle, meticulosamente acicalada y ataviada, sentada en una hermosa silla antigua, el arquetipo de la gran dama sureña.

Ella alzó la mirada.

–¿Quieres algo más? – le preguntó con frialdad.

–¿Valió la pena?

–¿Qué valió la pena?

–Ser la mujer de Bobby Battle. ¿Valió la pena perder a tus dos hijos?

–¡Cómo te atreves! – exclamó-. ¿Es que no has visto el infierno por el que he pasado?

–Sí, para mí tampoco ha sido fácil. Responde a mi pregunta, por favor.

–¿Por qué iba a hacerlo? – replicó.

–Digamos que por un acto de gentileza por parte de una dama digna y refinada.

–No comprendo tu sarcasmo.

–Entonces te lo diré con claridad. Bobby Jr. era tu hijo. ¿Cómo es posible que le dejaras morir?

–¡No fue así! – replicó alzando la voz-. ¿Crees que se trataba de elegir entre una cosa u otra? ¿Crees que no quería a mi hijo?

–Es fácil hablar, pero actuar cuesta más, Remmy. Como hacerle frente a tu marido. Como decirle que te importaba

una mierda dónde había contraído la enfermedad, pero que tu hijo recibiría el tratamiento adecuado. No es difícil diagnosticarla, ni siquiera entonces. Si le hubieras administrado penicilina es muy posible que tus dos hijos estuvieran aquí. ¿Nunca se te ocurrió?

Remmy comenzó a decir algo, pero se calló. Dejó la taza de café y entrelazó las manos en el regazo.

–Quizás antes no era tan fuerte como ahora. – King vio que se le empañaban los ojos-. Pero al final tomé la decisión correcta. Llevé a Bobby a toda clase de especialistas.

–Pero era demasiado tarde.

–Sí -admitió Remmy en voz baja-. Y entonces apareció el cáncer, y eso fue inexorable. – Se secó las lágrimas, cogió la taza, pero se detuvo y le miró-. Todo el mundo tiene que tomar decisiones en la vida, Sean.

–Y muchas personas se equivocan.

Remmy pareció dispuesta a soltar algún comentario mordaz, pero King se lo impidió al señalar una fotografía que había en un estante. Era de Eddie y Bobby Jr. de niños. Remmy se llevó una mano a la boca para reprimir un sollozo. Miró a Eddie con el rostro anegado en lágrimas.

–Cuando nos casamos Bobby era un hombre muy distinto. Quizás ése era al que yo me aferraba, el que esperaba que regresara.

–Creo que cualquier hombre que deje morir a su hijo sin mover un dedo no es un hombre por el que valga la pena esperar-dijo King.

Se marchó sin volver la vista atrás.

Al salir vio a un chófer cargando las maletas de Savannah en un sedán negro. Savannah bajó del coche y se le acercó.

–Quería verte antes de irme. He oído algo de lo que le decías a mi madre. No escuchaba a escondidas, sólo pasaba por allí.

–De verdad, no sé si compadecerla u odiarla.

Savannah contempló la casa.

–Siempre quiso ser la matriarca de esta gran familia sureña. Ya sabes, como una especie de dinastía.

–Pues no le salió bien del todo -comentó King.

Savannah le miró.

–Ya… Creo que se engañaba a sí misma creyendo que lo había logrado. Odiaba a mi padre en privado y lo idolatraba en público. Quería a sus hijos y, sin embargo, los sacrificó para salvar su matrimonio. No tiene sentido. Lo único que sé es que me largo de aquí. Me pasaré los próximos diez años tratando de entenderlo, pero lo haré bien lejos.

Se abrazaron y luego King le abrió la puerta del coche.

–Mis mejores deseos, Savannah.

–Oh, Sean, por favor dale las gracias a Michelle por todo lo que hizo.

–Lo haré.

–Y dile que seguí su consejo sobre el tatuaje.

King la miró sin entender, pero no dijo nada. Se despidió con la mano mientras el coche se alejaba.

Fue hasta la *Wrightsburg Gazette* y, sin querer, se sentó delante de la misma máquina para microfichas que Eddie había utilizado el día que había estado allí.

Repasó el carrete de números atrasados hasta que dio con la fecha que buscaba, el día que habían despedido a Edwards. No encontró lo que quería. Entonces se le ocurrió que quizás había sucedido demasiado tarde como para incluirse en la edición del día. Pasó al día siguiente. No tuvo que buscar mucho. Era noticia de primera página. Leyó el artículo detenidamente, se reclinó y, finalmente, apoyó la cabeza en la mesa mientras su imaginación se adentraba en terrenos verdaderamente inconcebibles.

Cuando se levantó vio lo que Eddie había escrito en la pared. Lo habían limpiado, pero la palabra todavía resultaba legible. «Teta.»

Días antes había probado varias combinaciones de la palabra: «tela», «tema», «teja», pero no parecían servir. Sin

embargo, estaba convencido de que Eddie no la habría escrito de no haber sido importante.

Sacó del bolsillo el disco para claves y jugueteó con él. Por algún motivo, se había acostumbrado a llevarlo consigo. Hacía tiempo se había descubierto que el análisis de las frecuencias podía descifrar códigos relativamente largos. El método era bien sencillo. Algunas letras del alfabeto aparecen con más frecuencia que otras, y la letra que aparece con más frecuencia es la *e.* Ese hallazgo había supuesto un gran

triunfo para los descifradores, pero décadas después los que se dedicaban a cifrar volvieron a salirse con la suya.

King desplazó el anillo externo del disco hasta que la letra *e* estuvo alineada con la *a.* Luego movió la *t* al final. Un tic fuera de lugar. Observó la pared y cambió mentalmente la palabra. Ahora decía: «teet». Tampoco tenía sentido. ¿ Qué era «teet»?

Aunque sabía que las probabilidades eran escasas, regresó a su despacho, seleccionó un buscador de internet, tecleó *teet* y, por si acaso, añadió *crimen.* No esperaba encontrar nada, pero apareció una larga lista. Pensó que seguramente sería inútil. No obstante, cuando leyó la primera entrada, se sobresaltó.

–Oh, Dios mío -dijo. Leyó la información y se reclinó. Se tocó la frente, perlada de sudor, igual que el resto del cuerpo-. Oh, Dios mío -repitió.

Se levantó lentamente. Se alegraba de que Michelle no estuviera en el despacho. No podría habérselo explicado, no en ese momento.

Para asegurarse, King tendría que averiguar varias cosas. Y luego no le quedaría más remedio que plantarle cara al asunto. Sabía que pocas cosas en la vida le costarían tanto.

100

Dos días después, King estacionó el coche en el aparcamiento y se dirigió al bloque de oficinas. Preguntó por

Sylvia y le indicaron dónde se encontraba la consulta.

Estaba sentada tras el escritorio, con el brazo izquierdo en cabestrillo. Alzó la mirada y sonrió, luego se levantó y le dio un medio abrazo.

–¿Te sientes ya un poco más humano? – bromeó.

–Estoy en ello -respondió él con voz muy queda-. ¿Qué tal el brazo?

–Casi como nuevo.

Se sentó frente a Sylvia mientras ella se apoyaba en el borde del escritorio.

–No te he visto mucho últimamente.

–He estado muy ocupado -dijo él.

–Tengo entradas para una obra de teatro en Washington D.C. para el sábado que viene. ¿Sería un descaro preguntarte si quieres acompañarme? Dormiremos en habitaciones de hotel separadas, por supuesto. No correrás peligro.

King lanzó una mirada al perchero. El abrigo, el suéter y los zapatos de ella estaban bien colocados en el perchero y junto al mismo.

–¿Ocurre algo, Sean?

Él la miró.

–Sylvia, ¿por qué crees que Eddie nos siguió?

Ella cambió de expresión al instante.

–Está loco. Nosotros ayudamos a atraparle, o por lo menos tú. Te odió por ello.

–Pero me dejó marchar. Y se quedó contigo. Te hizo doblegar en el tocón de un árbol para cortarte la cabeza. Como un verdugo.

Sylvia crispó el rostro.

–Sean, ese hombre ya había matado a nueve personas, la mayoría al azar.

Él extrajo un papel del bolsillo y se lo tendió. Ella se sentó tras el escritorio y lo leyó lentamente. Luego alzó la mirada.

–Es la noticia de periódico sobre la muerte de mi esposo.

–Lo atropello un conductor que se dio a la fuga; el caso nunca se resolvió.

–Soy perfectamente consciente de ello -repuso ella con frialdad, devolviéndole el papel-. ¿Y?

–La noche que George Diaz murió el Rolls-Royce de Bobby Battle sufrió daños. Al día siguiente el Rolls había desaparecido, igual que el mecánico que cuidaba de la colección de Bobby.

–¿Me estás diciendo que ese mecánico mató a mi marido?

–No; digo que lo mató Bobby Battle.

Ella lo miró aturdida.

–¿Por qué demonios iba a hacer una cosa así?

–Porque de esa manera te vengaba. Vengaba a la mujer que amaba.

Sylvia se levantó con la mano derecha apoyada en el escritorio.

–¿Qué demonios intentas hacer?

Entonces fue King quien cambió de expresión.

–Siéntate, Sylvia, tengo mucho más que decir.

–Yo…

–¡Siéntate!

Ella se dejó caer lentamente en el asiento sin quitarle los ojos de encima.

–Una vez me dijiste que habías visto a Lulu Oxley en el ginecólogo al que ibais. Diste a entender que luego ella había cambiado de médico. Pero no fue ella, fuiste tú quien cambió.

–¿Y qué hay de malo en eso?

–Tu antiguo médico me dio el nombre de tu nueva ginecóloga y fui a verla. Está en Washington D.C. ¿Por qué tan lejos, Sylvia?

–No es asunto tuyo.

–Tu marido fue quien te operó hace tres años y medio. Dijiste que era el mejor. Sólo que tenía otros planes cuando te abrió. Después de hablar con un cirujano amigo he

descubierto que la operación para corregir un divertículo roturado es una de las pocas que permite al cirujano hacer algo «extra» sin que los otros médicos o enfermeras presentes se den cuenta.

–¡Quieres hacer el favor de ir al grano! – exclamó.

–Lo sé, Sylvia.

–¿Qué es lo que sabes? – preguntó con fiereza.

–Que te hizo una ligadura de trompas que te dejó estéril sin que lo supieras.

Se produjo un largo silencio.

–No sabes de qué estás…

King la interrumpió.

–George Diaz te corrigió la diverticulitis y te operó el colon, pero al mismo tiempo te grapó las trompas de Falopio. Y lo hizo expresamente. No podías ir a tu ginecólogo con esas grapas: ¿cómo ibas a explicarlo? Así que acudiste a otro ginecólogo, probablemente con un historial fantasma, para que te las quitase. Fui a verla para hablarle de mi «esposa» y su problema de trompas de Falopio. Le dije que tú me la habías recomendado porque decías que te había dejado muy bien. Debido a la confidencialidad no pudo contarme gran cosa, pero fue suficiente para confirmar mi sospecha. El daño fue permanente, ¿verdad? Nunca podrías tener hijos.

–Cabrón, ¿cómo te atreves…?

King volvió a interrumpirla.

–Tu marido descubrió que eras amante de Bobby. Te enamoraste del viejo igual que docenas de mujeres antes que tú. Y George se vengó de tu infidelidad. Y luego te vengaste tú. – Tomó la foto de George Diaz del escritorio y la colocó boca abajo-. No hace falta que finjas ser la pobre viuda afligida.

–¡Cuando mataron a George yo estaba en la cama de un hospital!

–Cierto. Pero apuesto a que tu marido te lo contó. Seguro que quería que lo supieras. Que se había vengado por tu

traición. Y tú llamaste a Bobby y se lo contaste. Y él cogió su Rolls-Royce, se acercó a tu casa, vio a tu marido andando y ya está. Al principio pensé que Bobby había hecho que el coche de la mujer de Roger Canney se saliera de la carretera y la había matado, porque su muerte también se produjo en la época en que atropellaron a George. Pero lo suyo fue un accidente de coche. Tu marido sí que murió asesinado.

–No son más que conjeturas. Y aunque hubiera sucedido lo que dices, yo no hice nada malo. Nada.

–Lo malo vino después. Mataste a Bobby inyectándole una dosis letal de cloruro potásico en el suero.

–Sal de mi consulta.

–Me marcharé cuando haya acabado -le espetó él.

–Primero dices que soy la amante de ese hombre y luego su asesina. ¿Y qué móvil se supone que tenía para matarlo?

–Temías que te descubrieran -se limitó a decir King-. El mismo día que lo mataron nos vimos en casa de Diane Hinson. Michelle te dijo que Bobby estaba consciente pero que desvariaba, decía nombres y contaba cosas inconexas. Tuviste miedo de que pronunciara tu nombre, que hablara de vuestra relación. Porque de ese modo quizá saliera todo a relucir. Tal vez para entonces ya se hubiese olvidado de ti. Así que quizá no le debías nada. Eso no lo sé seguro, pero sí que lo mataste. Para una médica era fácil. Conocías la rutina del hospital. Introdujiste el veneno en la bolsa y no en el tubo y dejaste el reloj y la pluma porque querías que el crimen se

atribuyera al asesino en boga. Enseguida secundaste mi teoría de que algún familiar había matado a Bobby, pero cometiste un error: no te llevaste nada de la habitación del hospital. Los robos a las otras víctimas, la medalla de san Cristóbal y cosas así, no se revelaron al público ni a ti. O sea que no podías imitar ese detalle.

Sylvia sacudió la cabeza.

–Estás loco. Tan loco como Eddie, ¿ sabes? Y pensar que estaba planteándome reanudar nuestra relación.

–Sí, yo también. Supongo que tengo suerte.

Ella torció el gesto.

–Muy bien, ya has dicho lo que querías, ahora lárgate. Y si repites una sola palabra de esto, te demandaré por difamación.

–Todavía no he terminado, Sylvia.

–Vaya, ¿vas a seguir diciendo tonterías?

–Muchas más. También fuiste tú quien robó en casa de los Battle.

–No piensas parar, ¿verdad?

–Probablemente Bobby te había dado la clave de acceso y una llave. Júnior había trabajado para ti, nos lo dijiste. Conseguiste el material para inculparle con facilidad, y ¿quién mejor para falsificar una huella que una forense? No sé cómo lo hiciste pero sé que es posible, dada tu experiencia.

–¿Por qué iba a robar en su casa? ¿Qué me importa a mí la alianza de Remmy?

–El anillo no te importaba. Buscabas otra cosa. Battle estaba en coma en el hospital. No estabas segura de si Remmy sabía lo de su cajón secreto. Ni siquiera sabías si lo que querías estaba allí, pero tenías que buscar. Sabías dónde estaba el cajón secreto de Bobby pero no sabías cómo abrirlo y tuviste que forzarlo. Era obvio que alguien se daría cuenta, así que fuiste al vestidor de Remmy para que pareciera un robo y lo planeaste todo para que incriminaran a Júnior. Probablemente Bobby te había contado que Remmy tenía un cajón secreto en su vestidor, pero él no sabía exactamente

dónde. Por eso tuviste que destrozarlo todo, hasta encontrarlo.

–¿Y qué se supone que robé exactamente?

–Una foto de Bobby y tú juntos. Parte de las letras del dorso del papel Kodak manchó el fondo del cajón. Quizá te

dijo que la guardaba allí. Sea como fuese, tenías que recuperarla. Porque si moría y encontraban la foto, la gente podría empezar a atar cabos sobre la muerte de tu esposo. Y aunque tú no fuiste la culpable, nadie te creería. Quizá te resultó irónico acabar en poder de la alianza de Remmy. ¿La llevaste alguna vez en la intimidad de tu casa?

–¡Basta! ¡Largo de aquí! ¡Ahora mismo!

King no se movió.

–¿Realmente tenías que matar a Kyle? ¿Qué pasaba? ¿Te estaba chantajeando?

–Yo no lo maté. ¡El robaba fármacos de mi farmacia!

King lanzó una mirada al perchero.

–La noche que mataron a Battle estabas haciendo la autopsia de Hinson. Dijiste que Kyle había ido a la morgue aquella noche pero no mencionaste que lo hubieras visto o que hubieses hablado con él, sólo que había estado allí, tal como constaba en el registro de seguridad.

–No le vi. Estaba en la parte trasera haciendo la autopsia de Hinson.

–A las diez no estabas. Y probablemente es lo que Kyle vio o, para ser exactos, no vio. – Señaló las prendas del perchero-. La chaqueta, los zapatos y lo que siempre dejas ahí cuando estás trabajando. Y también es bastante raro practicar una autopsia de noche sin ayuda ni testigos, como hiciste con Hinson. Reprendiste a Todd por haberse escabullido de las otras autopsias pero no querías que estuviera en la de Hinson porque tenías otro lugar al que ir. Es decir, al hospital a matar a Bobby durante el cambio de turno de las enfermeras. Fingiste estar enferma cuando Todd te llamó esa misma noche para notificarte la muerte de Bobby, porque tenías que acabar la autopsia de Hinson o quizá porque no te atrevías a ver el cadáver de Bobby tan pronto después de haberlo matado.

–Menuda tontería. Quería hacer la autopsia lo antes posible. El cadáver sólo da pistas durante cierto…

–Ahórrate la lección forense -espetó King-. Seguro que Kyle ató cabos e intentó chantajearte. Así que me viniste con lo de que te robaba fármacos para venderlos y yo te dije que Todd iría a ver a Kyle al día siguiente. Pero para entonces ya le habías matado. Quizá lo hiciste justo después de que cenáramos. Y durante la autopsia te resultó muy cómodo encontrar pruebas de que había sido asesinado. Y por supuesto ahí estaba Dorothea para parecer la culpable, lo cual estoy convencido de que era tu intención. De hecho, seguro que la reconociste en el Aphrodisiac y supiste que era la dienta de Kyle.

Se interrumpió y la miró fijamente. Ella lo observaba con expresión vacía.

–Pero ¿todo eso valió la pena por un monstruo como Battle? ¿Valió la pena, Sylvia? No fuiste más que una entre mil. No te quería. Era incapaz de querer a otra persona.

Ella descolgó el auricular.

–Si no te marchas ahora mismo, llamo a la policía.

King se puso en pie.

–Oh, para que lo sepas, Eddie me dio la pista. Sabía que habías matado a su padre; por eso pensaba acabar contigo.

–¿O sea que ahora crees a asesinos convictos?

–¿Te suena un tal Teet Haerm?

–No.

–Vivió en Suecia. Quizá todavía siga allí. Fue acusado de matar a varias personas en los años ochenta. Fue detenido y condenado pero al final se revocó la sentencia y fue puesto en libertad.

–¿Y qué tiene que ver eso conmigo exactamente? –preguntó con frialdad.

–Teet Haerm era forense en Estocolmo. Se dice que incluso practicó la autopsia de algunas de sus víctimas. Probablemente fue la primera vez que ocurría algo así. Por lo menos hasta ahora. Eddie dejó una pista, pero la escribió mal a propósito. Al fin y al cabo quería ser el primero en echarte

el guante. – Hizo una pausa antes de añadir-: No sé si Teet era culpable, pero sé que tú sí.

–No puedes probar ni una sola palabra de lo que has dicho.

–Tienes razón, no puedo -reconoció King-. Por lo menos ahora no. Pero quiero que sepas una cosa: no voy a cejar en mi empeño. Mientras tanto espero que el sentimiento de culpa te amargue la vida.

King salió por la puerta y la cerró con fuerza tras de sí.

101

King y Michelle embarcaron en un pequeño avión que los trasladó a Carolina del Sur. Una vez allí, se dirigieron en coche a la prisión de máxima seguridad a la que habían trasladado a Eddie Battle para el resto de sus días. Michelle prefirió esperar fuera mientras King le visitaba.

Trajeron a Eddie con grilletes y rodeado de cuatro guardianes fornidos que no le quitaron ojo de encima ni un instante. Iba rapado y tenía cicatrices y heridas en el rostro y antebrazos; King sabía que se las habían hecho en la prisión. Se preguntó cuántas más habría bajo el mono. Se sentó frente a Eddie. Estaban separados por un panel de plexiglás de casi tres centímetros de grosor. King ya había sido informado de las normas para las visitas y la principal era no hacer movimientos bruscos ni intentar establecer contacto físico con el recluso. No tendría ningún problema en cumplirlas.

–Iba a preguntarte qué tal, pero ya lo veo.

Eddie se encogió de hombros.

–No está tan mal. Bastante simple. Mata o déjate matar, y yo sigo aquí. – Miró a King con expresión extraña-. No esperaba volver a verte.

–Tengo unas cuantas preguntas que hacerte. Y también algo que decirte. ¿Por dónde prefieres que empecemos?

–Por las preguntas. Los tíos de aquí no preguntan mucho. Paso la mayor parte del tiempo en la biblioteca. Hago pesas,

juego al fútbol; estoy montando un equipo con algunos chicos. Sin embargo, no me dejan pintar. Supongo que temen que ahogue a alguien en el bote. Lástima.

–Primera pregunta: ¿ el derrame cerebral de tu padre fue el principio de todo?

Eddie asintió:

–Llevaba un tiempo pensándolo. No estaba seguro de si tendría valor para hacerlo. Cuando el viejo enfermó, todo se me activó en la cabeza. Ahora o nunca.

–Segunda pregunta: ¿por qué matar a Steve Canney? Pensé que lo hacías por tu madre, pero ahora sé que no fue así.

Eddie se movió en el asiento y los grilletes sonaron. Uno de los guardas arrugó el entrecejo. Eddie sonrió y le enseñó irónicamente las manos antes de volver a mirar a King.

–Mis padres dejaron que mi hermano muriera, y mi viejo va y tiene otro hijo con una zorra. Yo ni necesitaba ni quería otro hermano. Ese chico, Canney, creció sano y fuerte. Tenía que haber sido Bobby Jr., ¿entiendes? – Alzó la voz y los cuatro guardas se acercaron a mirar. King no sabía quién daba más miedo, si Eddie o ellos.

–Tercera pregunta: como ahora sé que te daba igual que Júnior hubiera robado a tu madre, ¿por qué lo mataste?

–Un retrato de mi hermano se estropeó durante el robo.

–Tu madre me lo enseñó.

–Era un retrato de antes de que enfermara. – Eddie hizo una pausa y colocó las manos esposadas en la madera que tenía delante-. Lo había dibujado yo. Me encantaba ese retrato. Y quería que estuviera en la habitación de mamá para que no olvidara lo que había hecho. Cuando lo vi destrozado, decidí que mataría al culpable.

–Por si te interesa, te diré que todo esto ha conmocionado mucho a Remmy aunque intente disimularlo.

–Ha tenido suerte de que no tuviera valor para matarla a ella.

–¿La idea de imitar a asesinos en serie famosos se te ocurrió por Chip Bailey?

Eddie esbozó una sonrisa burlona.

–El viejo Chippy. Siempre alardeando de lo listo que era en comparación con los demás, de cuánto sabía sobre asesinos en serie, de su modus operandi. Afirmó que podría atrapar incluso al más listo de ellos. Bueno, asumí el reto. Creo que los resultados hablan por sí solos.

–Última pregunta: si tu padre no hubiera sido asesinado, ¿qué habrías hecho?

–Matarlo. Y le hubiese dejado todo lo que me había llevado de mis víctimas. Quería que supiera lo que había hecho. Quería que por una vez en su vida asumiera responsabilidades. Cuando murió, se lo coloqué todo a Robinson para inculparle. – Hizo una pausa, arrugó la frente y al final dijo en voz baja-: Supongo que soy como mi padre.

King comprendió que aquello era lo más duro que Eddie podía pensar de sí mismo, y que se lo auto imponía.

–Bueno, ¿qué has venido a decirme?

King bajó la voz.

–Que tienes razón en lo de Sylvia. Se lo he dicho a la cara, aunque no puedo probar nada. Seguiré intentándolo.

–¿Entendiste mi pista «Teet»?

–Sí.

–Lo descubrí cuando fui a la sede del FBI en Quántico con Chip.

–Sylvia se ha marchado de Wrightsburg, probablemente empiece una nueva vida con otro nombre.

–Qué suerte la suya.

–No se lo he contado a nadie, ni siquiera a Michelle.

–Supongo que da igual.

–No da igual, Eddie, lo que pasa es que ahora mismo no puedo hacer nada al respecto. No ha dejado el menor rastro pero seguiré intentándolo. – King se puso en pie-. No volveré a verte.

–Lo sé. – Al levantarse, Eddie dijo-: Oye, Sean, ¿puedes decirle a Michelle que no pensaba hacerle daño aquella noche? Y dile que disfruté de nuestro baile.

La última imagen que King tuvo de él fue verlo marcharse arrastrando los pies rodeado de guardianes. Y entonces Eddie Battle desapareció. King esperaba que para siempre.

Cuando salía de la prisión, llamaron a King y le entregaron un paquete en la sala de recepción. Sólo le dijeron que lo habían enviado allí y que tenían que entregárselo. De hecho iba dirigido a Michelle. Regresó al coche.

–¿Qué es eso?-preguntó ella.

–Es para ti. Pararemos para comer en esa cafetería por la que pasamos antes y podrás abrirlo allí.

En realidad era un local grasiento para camioneros, pero la comida era buena y el café estaba caliente. Encontraron una mesa al fondo y comieron.

–¿No quieres saber cómo está?

–No. ¿Por qué iba a interesarme? ¿Acaso ha preguntado por mí?

King vaciló antes de contestar.

–No, ni te ha mencionado.

Michelle dio un bocado y tomó un sorbo de café.

–Hay algo que sigue intrigándome -dijo.

–¿ Ah, sí? ¿Sólo una cosa? – King intentó sonreír.

–¿Qué había en el cajón secreto de Remmy que ésta quería recuperar por todos los medios?

–Creo que eran cartas de cierto caballero amigo suyo.

–¿O sea que tenía un amante?

–No; fue un caso de amor no correspondido. El caballero en cuestión no quería liarse con una mujer casada. Pero ella quería recuperar sus cartas.

–Me pregunto quién sería… -Se interrumpió con los ojos abiertos como platos-. No…

–Sí-se apresuró a decir King-. Sí, pero fue hace mucho tiempo y él no hizo nada de lo que avergonzarse. Sencillamente se encariñó de una mujer que al final no se lo merecía.

–Cielos, qué triste.

King la ayudó a rasgar el envoltorio. Los dos se quedaron observando el objeto.

Era el retrato de Michelle con el traje de época pintado por Eddie.

King la miró, y luego al cuadro, pero no dijo nada. Pagaron la cuenta y se marcharon. Antes de subir al coche, Michelle tiró el cuadro en el contenedor de la cafetería.

–¿Lista para volver a casa? – preguntó King mientras se sentaba al volante.

–Sí, claro.

Michelle arrancó y se marcharon dejando atrás un torbellino de polvo.

AGRADECIMIENTOS

A Michelle; es difícil de creer, la décima novela y seguimos adelante. No querría haber compartido la experiencia con ninguna otra persona.

A Rick Horgan, por ayudarme a distinguir entre el bosque y los árboles cuando realmente lo necesito.

A Maureen, Jamie y Larry, por todo vuestro apoyo y por ser unos amigos tan maravillosos.

A Tina Andreadis, por ser una muy buena amiga y una de las principales razones por las que el público me conoce.

Al resto del equipo de Warner Books, por vuestro esforzado trabajo y apoyo. Sé que los libros no se venden solos.

A Aaron Priest, por estar siempre accesible cuando lo necesito.

A Lucy Childs y Lisa Erbach Vanee, por todo lo que hacéis.

A María Rejt, por sus agudos comentarios editoriales.

A la doctora Monica Smiddy, por sus fantásticos conocimientos sobre medicina forense. Serías una gran profesora.

A la doctora Marcella Fierro, por responder pacientemente a todas mis preguntas y permitirme echar un vistazo por dentro a la oficina del forense de Richmond.

A la doctora Catherine Broome, por hacer que este escritor parezca mucho más experto en temas médicos de lo que en realidad es.

A Bob Schule, mi irremplazable experto en vinos, corrector de pruebas estelar y gran amigo.

A la doctora Alli Guleria y su marido el doctor Anshu Guleria, por ayudarme en los temas médicos, por prestarme vuestros fabulosos coches para la novela y por ser unos amigos tan entrañables. Los asesores son fantásticos, ¿no?

A Jennifer Steinberg, por su excelente documentación. Todavía no te he dejado perpleja pero seguiré intentándolo.

A Lynette y Deborah, por todo lo que hacéis todos los días para mantenerme cuerdo. Sé que no es tarea fácil.

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
29/04/2009
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com